HISTORIA

DEL FAMOSO CAVALLERO,

DON QUIXOTE DE LA MANCHA.

POR

MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA.

PRIMERA PARTE. SEGUNDO TOMO.

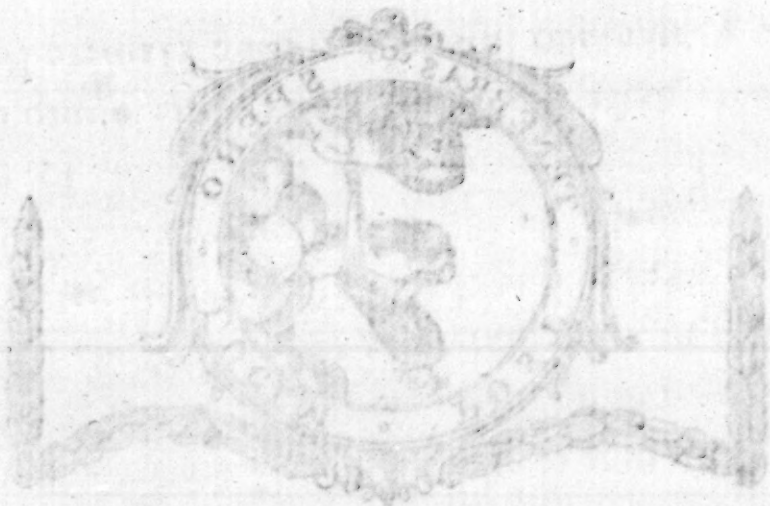


EN SALISBURY:
En la Imprenta de EDVARDO EASTON. M.DCC.LXXXI.



EN 4 tomos de EDAYARDO EASTON

EN SATISFAYA



DEDICADA AL SEGUNDO CONDE

DE

DON QUIXOTE DE LA MANCHA

DEL FAMOSO CAVALLERO

HISTORIA

Cap. XXVIII. Que trata de la nueva, y agradable aventura que al Cura, y Barbero ſucedió en la miſma Sierra.

FELICISIMOS y venturoſos fueron los tiempos donde ſe echó al mundo el audaciſimo Cavallero Don Quixote de la Mancha, pues por aver tenido tan honroſa determinacion, como fue el querer reſucitar, y bolver al mundo la ya perdida, y caſi muerta orden de la andante cavalleria, gozamos aora en eſta nueſtra edad neceſitada de alegres entretenimientos, no ſolo de la dulzura de ſu verdadera hiſtoria, ſino de los cuentos, y epiſodios della, que en parte no ſon menos agradables, y artificioſos, y verdaderos que la miſma hiſtoria, la qual proſiguiendo ſu raſtrillado, torcido, y haſpado hilo cuenta, que así como el Cura comenzó á prevenirſe para conſolar á Cardenio, lo impidió una voz que llegó á ſus oidos, que con triſtes acentos decia deſta manera.

Ay Dios, ſi ſerá poſible que he ya hallado lugar que pueda ſervir de eſcondida ſepultura á la carga peſada deſte cuerpo, que tan contra mi voluntad ſoſtengo? Si ſerá, ſi la ſoledad que prometen eſtas ſierras no me miente. Ay deſdichada, y quan mas agradable compañia harán eſtos riſcos, y malezas á mi intencion, pues me darán lugar para que con quexas comunique mi deſgracia al cielo, que no la de ningun hombre humano, pues no ay ninguno en la tierra de quien ſe pueda eſperar conſejo en las dudas, alivio en las quexas, ni remedio en los males. Todas eſtas razones oyeron, y percibieron el Cura, y los que con él eſtavan: y por parecerles, como ello era, que alli junto las decian, ſe levantaron á buſcar el dueño, y no huvieron andado veinte paſos, quando detras de un peñaſco

ñaſco vieron ſentado al pie de un freſno á un mozo, veſtido como labrador, el qual por tener inclinado el roſtro, á cauſa de que ſe lavava los pies en el arroyo que por alli corria, no ſe le pudieron ver por entonces: y ellos llegaron con tanto ſilencio, que dél no fueron ſentidos, ni él eſtava á otra coſa atento, que á lavarſe los pies, que eran tales, que no parecian ſino dos pedazos de blanco criſtal, que entre las otras piedras del arroyo ſe avian nacido. Suſpendióles la blancura, y belleza de los pies, pareciendoles que no eſtavan hechos á piſar terrones, ni á andar tras el arado, y los bueyes, como moſtrava el habito de ſu dueño: y así viendo que no avian ſido ſentidos, el Cura que iva delante hizo ſeñas á los otros dos, que ſe agazapaſen, ó eſcondieſen detras de unos pedazos de peña que alli avia, así lo hicieron todos, mirando con atencion lo que el mozo hacía: el qual traya pueſto un capotillo pardo de dos haldas, muy ceñido al cuerpo con una toalla blanca. Traya anſi miſmo unos calzones, y polainas de paño pardo, y en la cabeza una montera parda. Tenía las polainas haſta la mitad de la pierna, que ſin duda alguna de blanco alabaſtro parecia. Acabóſe de lavar los hermoſos pies, y luego con un paño de tocar, que ſacó debaxo de la montera, ſe los limpió: y al querer quitarſele alzó el roſtro, y tuvieron lugar los que mirandole eſtavan, de ver una hermoſura incomparable, tal, que Cardenio dixo al Cura, con voz baxa: Eſta, ya que no es Luſcinda, no és perſona humana, ſino divina. El mozo ſe quitó la montera, y ſacudiendo la cabeza á una, y á otra parte, ſe comenzaron á deſcoger, y deſparcir unos cabellos, que pudieren los del Sol tenerles embidia. Con eſto conocieron que él que parecia labrador, era muger, y delicada, y aun la mas hermoſa que haſta entonces los ojos de los dos avian viſto, y aun los de Cardenio, ſino huvieran mirado, y conocido á Luſcinda que deſpues afirmó,

que sola la belleza de Luscinda podia contender con aquella. Los luengos, y rubios cabellos no solo le cubrieron las espaldas, mas toda en torno la escondieron debaxo de ellos, que sino eran los pies, ninguna otra cosa de su cuerpo se parecia, tales, y tantos eran. En esto le sirvio de peyne unas manos, que si los pies en el agua avian parecido pedazos de cristal, las manos en los cabellos semejavan pedazos de apretada nieve: todo lo qual, en mas admiracion, y en mas deseo de saber quien era, ponia á los tres que la miravan. Por esto determinaron de mostrarse, y al movimiento que hicieron de ponerse en pie, la hermosa moza alzó la cabeza, y apartandose los cabellos de delante de los ojos con entrambas manos, miró los que el ruido hacian: y á penas los huvo visto, quando se levantó en pie, y sin aguardar á calzarse, ni á recoger los cabellos, asió con mucha presteza un bulto como de ropa, que junto á sí tenia, y quiso ponerse en huida, llena de turbacion, y sobresalto: mas no huvo dado seys pasos, quando no pudiendo sufrir los delicados pies la aspereza de las piedras dió consigo enel suelo. Lo qual visto por los tres, salieron á ella, y el Cura fue el primero que le dixo: Deteneos, señora, quien quiera que seays, que los que aquí veys solo tienen intencion de serviros: no ay para que os pongays en tan impertinente huida, porque ni vuestros pies lo podrán sufrir, ni nosotros consentir. A todo esto ella no respondia palabra, atonita, y confusa. Llegaron pues á ella, y asiendola por la mano el Cura prosiguió, diciendo: Lo que vuestro trage, Señora, nos niega, vuestros cabellos nos descubren señales claras, que no deven de ser de poco momento las causas que han disfrazado vuestra belleza en habito tan indigno, y traidola á tanta soledad como es esta, en la qual ha sido ventura el hallaros: sino para dar remedio á vuestros males, alomenos para darles consejo, pues ningun mal puede fatigar tanto, ni llegar tan al estremo de serlo,

mientras no acaba la vida, que rehuya de no escuchar siquiera el consejo que con buena intencion se le da, al que lo padece. Así que, Señora mia, ó Señor mio, ó lo que vos quisieredes ser, perded el sobresalto que nuestra vista os ha causado, y contadnos vuestra buena, ó mala suerte, que en nosotros juntos, ó en cada uno hallareys quien os ayude á sentir vuestras desgracias. En tanto que el Cura decia estas razones, estava la disfrazada moza como embelesada, mirandolos á todos, sin mover labio, ni decir palabra alguna: bien así como rustico aldeano, que de improviso se le muestran cosas raras, y dél jamas vistas. Mas bolviendo el Cura á decirle otras razones, al mismo efeto encaminadas, dando ella un profundo suspiro, rompió el silencio, y dixo: Pues que la soledad destas sierras no ha sido parte para encubrirme, ni la soltura de mis descompuestos cabellos no ha permitido que sea mentirosa mi lengua, en balde seria fingir yo de nuevo aora lo que, si se me creyese, seria mas por cortesia, que por otra razon alguna. Presupuesto esto, digo señores, que os agradezco el ofrecimiento que me aveys hecho, el qual me ha puesto en obligacion de satisfaceros en todo lo que me aveys pedido: puesto que temo, que la relacion que os hiciere de mis desdichas os ha de causar al par de la compasion la pesadumbre, porque no aveys de hallar remedio para remediarlas, ni consuelo para entretenerlas. Pero con todo esto, porque no ande vacilando mi honra en vuestras intenciones aviendome ya conocido por muger, y viendome moza, sola, y en este trage, cosas todas juntas, y cada una por si, que pueden echar por tierra qualquier honesto credito, os avré de decir lo que quisiera callar, si pudiera. Todo esto dixo sin parar la que tan hermosa muger parecia, con tan suelta lengua, con voz tan suave, que no menos les admiró su discrecion que su hermosura. Y tornandole á hacer nuevos ofrecimientos, y nuevos ruegos, para que lo pro-

prometido cumplieſe, ella ſin hacerſe mas de rogar, calzandoſe con toda honeſtidad, y recogiendo ſus cabellos, ſe acomodó en el aſiento de una piedra, y pueſtos los tres al rededor della, haciendoſe fuerza por detener algunas lagrimas que á los ojos ſe le venian, con voz repoſada, y clara comenzó la hiſtoria de ſu vida deſta manera.

En eſta Andaluzía ay un lugar, de quien toma titulo un Duque, que le hace uno de los que llaman Grandes en Eſpaña: eſte tiene dos hijos, el mayor heredero de ſu eſtado, y al parecer, de ſus buenas coſtumbres, y el menor no ſé yo de que ſea heredero, ſino de las traiciones de Vellido, y de los embuſtes de Galalon. Deſte ſeñor ſon vaſallos mis padres, humildes en linage, pero tan ricos, que ſi los bienes de ſu naturaleza igualaran á los de ſu fortuna, ni ellos tuvieran mas que deſear, ni yo temiera verme en la deſdicha en que me veo: porque quizá nace mi poca veñtura, de la que no tuvieron ellos en no aver nacido iluſtres. Bien es verdad, que no ſon tan baxos que puedan aſrentarſe de ſu eſtado, ni tan altos, que á mí me quiten la imaginacion que tengo, de que de ſu humildad viene mi deſgracia. Ellos en fin ſon labradores, gente llana, ſin mezcla de alguna raza mal ſonante, y como ſuele decirſe, Chriſtianos viejos rancioſos, pero tan rancios, que ſu riqueza, y magnifico trato les va poco á poco adquiriendo nombre de hidalgos, y aun de cavalleros. Pueſto que de la mayor riqueza, y nobleza que ellos ſe preciavan, era de tenerme á mí por hija: y así por no tener otra, ni otro que los heredaſe, como por ſer padres, y aficionados, yo era una de las mas regaladas hijas que padres jamas regalaron. Era el eſpejo en que ſe miravan, el baculo de ſu vejez, y el ſujeto á quien encaminavan, midiendolos con el cielo todos ſus deſeos: de los quales, por ſer ellos tan buenos, los mios no ſalian un punto. Y del miſmo modo que yo era ſeñora de ſus animos, anſi lo era de ſu hacienda. Por mí ſe recebían, y deſpedían los

criados

criados. La razon, y cuenta de lo que ſe ſembrava, y cogía, paſava por mi mano. Los molinos de azeyte, los lagares del vino, el numero del ganado mayor, y menor, el de las colmenas: finalmente, de todo aquello que un tan rico labrador como mi padre puede tener, y tiene, tenía yo la cuenta, y era la mayordoma, y ſeñora, con tanta ſolicitud mia, y con tanto guſto ſuyo, que buenamente no acertaré á encarecerlo. Los ratos que del dia me quedavan, deſpues de aver dado lo que convenía á los mayorales, ó capatazes, y a otros jornaleros, los entretenía en exercicios que ſon á las donzellas tan licitos como neceſarios, como ſon, los que ofrece la aguja, y la almohadilla, y la rueca muchas vezes: y ſi alguna por recrear el animo, eſtos exercicios dexava, me acogia al entretenimiento de leer algun libro devoto, ó á tocar una harpa, porque la experiencia me moſtrava, que la muſica compone los animos deſcompueſtos, y alivia los trabajos que nacen del eſpiritu. Eſta pues era la vida que yo tenia en caſa de mis padres: la qual ſi tan particularmente he contado, no ha ſido por oſtentacion, ni por dar á entender que ſoy rica, ſino porque ſe advierta, quan ſin culpa me he venido de aquel buen eſtado que he dicho, al infelice en que aora me hallo. Es pues el caſo, que paſando mi vida en tantas ocupaciones, y en un encerramiento tal, que al de un monaſterio pudiera compararſe, ſin ſer viſta, á mi parecer, de otra perſona alguna, que de los criados de caſa, porque los dias que iva á miſa, era tan demañana, y tan acompañada de mi madre, y de otras criadas, y yo tan cubierta, y recatada, que apenas vian mis ojos mas tierra de aquella, donde ponia los pies: y con todo eſto, los del amor, ó los de la ocioſidad, por mejor decir, á quien los de lince no pueden igualarſe, me vieron pueſtos en la ſolicitud de Don Fernando, que eſte es el nombre del hijo menor del Duque, que os he contado. No huvo bien nombrado á Don Fernando

nando la que el cuento contava, quando á Cardenio se le mudó la color del rostro, y comenzó á trasudar con tan grande alteracion, que el Cura, y el Barbero, que miraron en ello, temieron que le venia aquel accidente de locura, que avian oido decir que de quando en quando le venia. Mas Cardenio no hizo otra cosa que trasudar, y estarse quedo, mirando de hito en hito á la labradora, imaginando quien ella era, la qual sin advertir en los movimientos de Cardenio, prosiguió su historia, diciendo: Y no me huvieron bien visto, quando (segun el dixo despues) quedó tan preso de mis amores, quanto lo dieron bien á entender sus demonstraciones. Mas por acabar presto con el cuento (que no le tiene) de mis desdichas, quiero pasar en silencio las diligencias que Don Fernando hizo, para declararme su voluntad. Sobornó toda la gente de mi casa, dió, y ofreció dadivas, y mercedes á mis parientes. Los dias eran todos de fiesta, y de regozijo en mi calle. Las noches no dexavan dormir á nadie las musicas. Los billetes, que sin saber como á mis manos venian, eran infinitos, llenos de enamoradas razones, y ofrecimientos, con menos letras que promesas, y juramentos. Todo lo qual, no solo no me ablandava, pero me endurecia de manera, como si fuera mi mortal enemigo, y que todas las obras que para reducirme á su voluntad hacía, las hiziéra para el efeto contrario: no porque á mi me pareciese mal la gentileza de Don Fernando, ni que tuviese á demasia sus solicitudes, porque me dava un no sé que de contento, verme tan querida y estimada de un tan principal cavallero: y no me pesava ver en sus papeles mis alabanzas: que en esto, por feas que seamos las mugeres, me parece á mí, que siempre nos da gusto el oir que nos llaman hermosas. Pero á todo esto se opone mi honestidad, y los consejos continuos que mis padres me davan, que ya muy al descubierto sabian la voluntad de Don Fernando, porque ya á él no se lo dava nada

de que todo el mundo la ſupieſe. Decianme mis padres, que en ſola mi virtud, y bondad dexavan, y depoſitavan ſu honra, y fama: y que conſideraſe la deſigualdad que avia entre mí, y Don Fernando, y que por aquí echaria de ver, que ſus penſamientos (aunque él dixeſe otra coſa) mas ſe encaminavan á ſu guſto, que á mi provecho. Y que ſi yo quiſieſe poner en alguna manera algun inconveniente, para que él ſe dexaſe de ſu injuſta pretenſion, que ellos me caſarian luego con quien yo mas guſtaſe, así de los mas principales de nueſtro lugar, como de todos los circunuezinos, pues todo ſe podia eſperar de ſu mucha hacienda, y de mi buena fama. Con eſtos ciertos prometimientos, y con la verdad que ellos me decian fortificava yo mi entereza, y jamas quiſe reſponder á Don Fernando palabra, que le pudieſe moſtrar, aunque de muy lexos, eſperanza de alcanzar ſu deſeo. Todos eſtos recatos mios, que él devia de tener por deſdenes, devieron de ſer cauſa de avivar mas ſu laſcivo apetito (que eſte nombre quiero dar á la voluntad que me moſtrava) la qual ſi ella fuera como devia, no la ſupierades voſotros aora, porque huviera faltado ocaſion de deciroſla. Finalmente Don Fernando ſupo que mis padres andavan por darme eſtado: por quitalle á él la eſperanza, de poſeerme, ó alomenos, porque yo tuvieſe mas guardas para guardarme. Y eſta nueva, ó ſoſpecha, fue cauſa para que hicieſe, lo que aora oireys. Y fue que una noche eſtando yo en mi apoſento, con ſola la compañia de una donzella que me ſervia, teniendo bien cerradas las puertas, por temor que por deſcuido, mi honeſtidad no ſe vieſe en peligro: ſin ſaber, ni imaginar como, en medio deſtos recatos, y prevenciones, y en la ſoledad deſte ſilencio, y encierro, me le halle delante. Cuya viſta me turbó de manera, que me quitó la de mis ojos, y me enmudeció la lengua. Y así no fuy poderoſa de dar voces, ni aun el creo que me las dexara dar, porque luego ſe

llegó

llegó á mi, y tomandome entre ſus brazos (porque yo como digo, no tuve fuerzas para defenderme ſegun eſtava turbada) comenzó á decirme tales razones, que no ſé como es poſible, que tenga tanta abilidad la mentira, que las ſepa componer de modo que parezcan tan verdaderas. Hacía el traidor que ſus lagrimas acreditaſen ſus palabras, y los ſuſpiros ſu intencion. Yo pobrezilla ſola, entre los mios mal exercitada en caſos ſemejantes, comencé, no ſé en que modo, a tener por verdaderas tantas falſedades: pero no de ſuerte, que me movieſen á compaſion, menos que buena, ſus lagrimas, y ſuſpiros. Y así paſandoſeme aquel ſobreſalto primero, torné algun tanto á cobrar mis perdidos eſpiritus, y con mas animo del que penſe que pudiera tener, le dixe: Si como eſtoy, ſeñor, en tus brazos, eſtuvierá entre los de un leon fiero, y el librarme dellos ſe me aſegurara, con que hiciera, ó dixera coſa que fuera en perjuicio de mi honeſtidad, así fuera poſible hacella, ó decilla, como es poſible dexar de aver ſido lo que fue. Así que ſi tu tienes ceñido mi cuerpo con tus brazos, yo tengo atada mi alma con mis buenos deſeos, que ſon tan diferentes de los tuyos, como lo verás, ſi con hacerme fuerza, quiſieres paſar adelante en ellos. Tu vaſalla ſoy, pero no tu eſclava, ni tiene, ni deve tener imperio la nobleza de tu ſangre para deſhonrar, y tener en poco la humildad de la mia. Y en tanto me eſtimo yo villana, y labradora, como tu ſeñor, y cavallero. Conmigo no han de ſer de ningun efeto tus fuerzas, ni han de tener valor tus riquezas, ni tus palabras han de poder engañarme, ni tus ſuſpiros, y lagrimas enternecerme. Si alguna de todas eſtas coſas, que he dicho, viera yo en él que mis padres me dieran por eſpoſa, á ſu voluntad ſe ajuſtara la mia, y mi voluntad de la ſuya no ſaliéra. De modo, que como quedara con honra, aunque quedara ſin guſto, de grado te entregara lo que tu ſeñor aora con tanta fuerza procuras. Todo eſto he

dicho, porque no es penſar, que de mí alcance coſa alguna, el que no fuere mi legitimo eſpoſo. Sino reparas mas que en eſo, belliſima Dorotea (que eſte es el nombre deſta deſdichada) dixo el deſleal cavallero, ves aquí te doy la mano de ſerlo tuyo, y ſean teſtigos deſta verdad los cielos, á quien ninguna coſa ſe eſconde, y eſta imagen de Nueſtra Señora que aquí tienes. Quando Cardenio le oyó decir, que ſe llamava Dorotea, tornó de nuevo á ſus ſobreſaltos, y acabó de confirmar por verdadera ſu primera opinion, peró no quiſó interromper el cuento, por ver en que venia á parar lo que él ya caſi ſabia; ſolo dixo: Que Dorotea es tu nombre, Señora? Otra he oido yo decir del miſmo, que quizá corre parejas con tus deſdichas. Paſa adelante, que tiempo vendrá, en que te diga coſas que te eſpanten en el miſmo grado que te laſtimen. Reparó Dorotea en las razones de Cardenio, y en ſu eſtraño, y deſaſtrado trage, y rogóle, que ſi alguna coſa de ſu hacienda ſabia, ſe la dixeſe luego. Porque ſi algo le avia dexado bueno la fortuna, era el animo que tenía, para ſufrir qualquier deſaſtre, que le ſobrevinieſe, ſegura de que á ſu parecer ninguno podia llegar, que el que tenia acrecentaſe un punto. No le perdiera yo, Señora, reſpondió Cardenio, en decirte lo que pienſo, ſi fuera verdad lo que imagino, y haſta aora no ſe pierde coyuntura, ni á tí te importa nada el ſaberlo. Sea lo que fuere, reſpondió Dorotea, lo que en mi cuento paſa, fue, que tomando Don Fernando una imagen, que en aquel apoſento eſtava, la puſo por teſtigo de nueſtro deſpoſorio: con palabras eficaciſimas, y juramentos eſtraordinarios, me dió la palabra de ſer mi marido. Pueſto que antes que acabaſe de decirlas, le dixe, que miraſe bien lo que hacía, y que conſideraſe el enojo que ſu padre avia de recebir, de verle caſado con una villana, vaſalla ſuya, que no le cegaſe mi hermoſura, tal qual era. Pues no era baſtante para hallar en ella diſculpa de ſu yerro: y

que

que si algun bien me quería hacer, por el amor que me tenía, fuese dexar correr mi suerte á lo igual de lo que mi calidad podia. Porque nunca los tan desiguales casamientos se gozan, ni duran mucho, en aquel gusto con que se comienzan. Todas estas razones que aquí he dicho, le dixe, y otras muchas, de que no me acuerdo, pero no fueron parte, para que él dexase de seguir su intento, bien así como él que no piensa pagar, que al concertar de la barata, no repara en inconvenientes. Yo á esta sazon hice un breve discurso conmigo, y me dixe á misma: Si que no seré yo la primera, que por via de matrimonio aya subido de humilde á grande estado, ni será Don Fernando el primero, á quien hermosura, ó ciega aficion (que es lo mas cierto) aya hecho tomar compañia, desigual á su grandeza. Pues si no hago, ni mundo, ni uso nuevo, bien es acudir á esta honra, que la suerte me ofrece. Puesto que en este no dure mas la voluntad que me muestra, de quanto dure el cumplimiento de su deseo, que en fin, para con Dios, seré su esposa. Y si quiero con desdenes despedille, en termino le veo, que no usando el que deve, usará el de la fuerza, y vendré á quedar deshonrada, y sin disculpa de la culpa que me podia dar él, que no supiere quan sin ella he venido á este punto. Porque, que razones serán bastantes, para persuadir á mis padres, y á otros, que este cavallero entró en mi aposento, sin consentimiento mio? Todas estas demandas, y respuestas, rebolví en un instante en la imaginacion. Y sobre todo, me comenzaron á hacer fuerza, y á inclinarme á lo que fue (sin yo pensarlo) mi peticion, los juramentos de Don Fernando, los testigos que ponia, las lagrimas que derramava, y finalmente su disposicion, y gentileza, que acompañada con tantas muestras de verdadero amor, pudieran rendir á otro tan libre, y recatado corazon, como el mio. Llamé á mi criada, para que en la tierra acompañase á los testigos del cielo. Tornó

Don Fernando á reiterar, y confirmar ſus juramentos. Añadió á los primeros nuevos ſantos por teſtigos, echóſe mil futuras maldiciones, ſino cumplieſe lo que me prometia. Bolvió á humedecer ſus ojos, y acrecentar ſus ſuſpiros, apretóme mas entre ſus brazos, de los quales jamas me avia dexado. Y con eſto, y con bolverſe á ſalir del apoſento mi donzella, yo dexé de ſerlo, y él acabó de ſer traidor, y fementido. El dia, que ſucedió á la noche de mi deſgracia, ſe venia, aun no tan aprieſa, como yo pienſo que Don Fernando deſeava. Porque deſpues de cumplido aquello que el apetito pide, el mayor guſto que puede venir es apartarſe de donde le alcanzaron. Digo eſto, porque Don Fernando dió prieſa por partirſe de mí, y por induſtria de mi donzella, que era la miſma que alli le avia traido, antes que amanecieſe, ſe vió en la calle. Y al deſpedirſe de mí (aunque no con tanto ahinco, y vehemencia, como quando vinó) me dixo que eſtuvieſe ſegura de ſu fe, y de ſer firmes, y verdaderos ſus juramentos: y para mas confirmacion de ſu palabra, ſacó un rico anillo del dedo, y lo puſo en el mio. En efeto él ſe fue, y yo quedé, ni ſé ſi triſte, ó alegre: eſto ſé bien decir, que quedé confuſa, y penſativa, y caſi fuera de mí, con el nuevo acaecimiento, y no tuve animo, ó no ſe me acordó de reñir á mi donzella, por la traicion cometida, de encerrar á Don Fernando en mi miſmo apoſento: porque aun no me determinava, ſi era bien, ó mal, el que me avia ſucedido. Dixele al partir á Don Fernando, que por el miſmo camino de aquella, podia verme otras noches, pues ya era ſuya, haſta que quando él quiſieſe aquel hecho ſe publicaſe. Pero no vinó otra alguna, ſino fue la ſiguiente, ni yo pude verle en la calle, ni en la Igleſia en mas de un mes, que en vano me canſe en ſolicitalle pueſto que ſupe, que eſtava en la villa, y que los mas dias iva á caza, exercicio de que él era muy aficionado. Eſtos dias, y eſtas horas,

bien

bien ſé yo que para mí fueron aciagos, y menguadas. Y bien ſé que comencé á dudar en ellos, y aun á deſcreer de la fe de Don Fernando. Y ſé tambien, que mi donzella oyó entonces las palabras que en reprehenſion de ſu atrevimiento antes no avia oido. Y ſé que me fue forzoſo tener cuenta con mis lagrimas, y con la compoſtura de mi roſtro, por no dar ocaſion á que mis padres me preguntaſen, que de que andava deſcontenta, y me obligaſen á buſcar mentiras que decilles. Pero todo eſto ſe acabó en un punto, llegandoſe uno donde ſe atropellaron reſpetos, y ſe acabaron las honrados diſcurſos, y adonde ſe perdió la paciencia, y ſalieron á plaza mis ſecretos penſamientos. Y eſto fue, porque de alli á pocos dias, ſe dixo en el lugar, como en una Ciudad alli cerca, ſe avia caſado Don Fernando con una donzella hermoſiſima en todo eſtremo, y de muy principales padres, aunque no tan rica, que por la dote, pudiera aſpirar á tan noble caſamiento. Dixoſe, que ſe llamava Luſcinda, con otras coſas que en ſus deſpoſorios ſucedieron, dignas de admiracion. Oyó Cardenio el nombre de Luſcinda, y no hizo otra coſa, que encoger los ombros, morderſe los labios, enarcar las cejas, y dexar de alli á poco caer por ſus ojos dos fuentes de lagrimas. Mas no por eſto dexó Dorotea de ſeguir ſu cuento, diciendo: llegó eſta triſte nueva á mis oidos, y en lugar de elarſeme el corazon en oilla, fue tanta la colera, y rabia que ſe encendió en el, que faltó poco para no ſalirme por las calles, dando voces, publicando la alevoſia, y traicion, que ſe me avia hecho. Mas templóſe eſta furia por entonces, con penſar de poner aquella miſma noche por obra, lo que puſe. Que fue, ponerme en eſte habito, que me dió uno de los que llaman zagales en caſa de los labradores, que era criado de mi padre, al qual deſcubrí toda mi deſventura, y le rogue me acompañaſe haſta la Ciudad, donde entendí que mi enemigo eſtava. El deſpues que huvo repre-

reprehendido mi atrevimiento, y afeado mi determinacion, viendome reſuelta en mi parecer, ſe ofreció á tenerme compañia, como él dixo, haſta el cabo del mundo. Luego al momento encerre en una almohada de lienzo un veſtido de muger, y algunas joyas, y dineros, por lo que podia ſuceder. Y en el ſilencio de aquella noche, ſin dar cuenta á mi traidora donzella, ſalí de mi caſa acompañada de mi criado, y de muchas imaginaciones, y me puſe en camino de la Ciudad á pie, llevada en buelo del deſeo de llegar, ya que no á eſtorvar lo que tenía por hecho, alomenos á decir á Don Fernando, me dixeſe con que alma lo avia hecho. Llegué en dos dias, y medio, donde quería, y en entrando por la Ciudad, pregunté por la caſa de los padres de Luſcinda, y al primero á quien hize la pregunta, me reſpondió mas de lo que yo quiſiera oir. Dixome la caſa, y todo lo que avia ſucedido en el deſpoſorio de ſu hija, coſa tan publica en la Ciudad, que ſe hacen corrillos para contarla por toda ella. Dixome, que la noche que Don Fernando ſe deſpoſó con Luſcinda, deſpues de aver ella dado el sí de ſer ſu eſpoſa, le avia tomado un rezio deſmayo, y que llegando ſu eſpoſo á deſabrocharle el pecho, para que le dieſe el ayre, le halló un papel eſcrito de la miſma letra de Luſcinda, en que decia, y declarava, que ella no podia ſer eſpoſa de Don Fernando, porque lo era de Cardenio, que á lo que el hombre me dixo, era un cavallero muy principal, de la miſma Ciudad. Y que ſi avia dado el sí á Don Fernando, fue por no ſalir de la obedencia de ſus padres: en reſolucion, tales razones dixo que contenia el papel, que dava á entender, que ella avia tenido intencion de matarſe, en acabandoſe de deſpoſar, y dava alli las razones, porque ſe avia quitado la vida. Todo lo qual dicen que confirmó una daga que le hallaron no ſé en que parte de ſus veſtidos. Todo lo qual, viſto por Don Fernando, pareciendole que Luſcinda le avia burlado, y eſcarne-

carnecido, y tenido en poco, arremetió á ella, antes que de ſu deſmayo bolvieſe, y con la miſma daga que le hallaron, la quiſo dar de puñaladas, y lo hiciera, ſi ſus padres, y los que ſe hallaron preſentes, no ſe ló eſtorvaran. Dixeron mas, que luego ſe auſentó Don Fernando, y que Luſcinda no avia buelto de ſu paraſiſmo, haſta otro dia, que contó á ſus padres, como ella era verdadera eſpoſa de aquel Cardenio que he dicho. Supe mas, que el Cardenio, ſegun decian, ſe halló preſente á los deſpoſorios, y que en viendola deſpoſada, lo qual él jamas penſó, ſe ſalió de la ciudad deſeſperado, dexandole primero eſcrita una carta, donde dava á entender el agravio que Luſcinda le avia hecho, y de como él ſe iva adonde gentes no le vieſen. Eſto todo era publico, y notorio en toda la Ciudad, y todos hablavan dello, y mas hablaron, quando ſupieron que Luſcinda avia faltado de caſa de ſus padres, y de la Ciudad, pues no la hallaron en toda ella, de que perdian el juicio ſus padres, y no ſabian que medio ſe tomar para hallarla. Eſto que ſupe, puſo en vando mis eſperanzas, y tuve por mejor no aver hallado á Don Fernando, que no hallarle caſado, pareciendome que aun no eſtava del todo cerrada la puerta á mi remedio, dandome yo á entender, que podria ſer, que el cielo huyieſe pueſto aquel impedimento en el ſegundo matrimonio, por atraer le á conocer, lo que al primero devia, y á caer en la cuenta, de que era Chriſtiano, y que eſtava mas obligado á ſu alma, que á los reſpetos humanos. Todas eſtas coſas rebolvia en mi fantaſia, y me conſolava ſin tener conſuelo, fingiendo unas eſperanzas largas, y deſmayadas, para en tretener la vida, que ya aborrezco. Eſtando pues en la Ciudad, ſin ſaber que hacerme, pues á Don Fernando no hallava, llegó á mis oidos un publico pregon, donde ſe prometia grande hallazgo á quien me hallaſe, dando las ſeñas de la edad, y del miſmo trage que traya. Y oí decir que ſe decia, que me avia ſacado de caſa de

mis

mis padres el mozo que comigo vinó, cosa que me llegó al alma, por ver quan de caida andava mi credito, pues no bastava perderle con mi venida, fino añadir el con quien, siendo sugeto tan baxo, y tan indigno de mis buenos pensamientos. Al punto que oí el pregon, me salí de la Ciudad con mi criado, que ya comenzava á dar muestras de titubear en la fe que de fidelidad me tenía prometida, y aquella noche nos entramos por lo espeso desta montaña, con el miedo de no ser hallados. Pero como suele decirse, que un mal llama á otro, y que el fin de una desgracia suele ser principio de otra mayor: así me sucedió á mí, porque mi buen criado, hasta entonces fiel, y seguro, así como me vió en esta soledad, incitado de su misma vellaqueria, antes que de mi hermosura, quiso aprovecharse de la ocasion, que á su parecer estos yermos le ofrecian. Y con poca verguenca, y menos temor de Dios, ni respeto mio, me requirió de amores, y viendo que yo con feas, y justas palabras respondia á las desverguenzas de sus propositos, dexó aparte los ruegos, de quien primero pensó aprovecharse, y comenzo á usar de la fuerza. Pero el justo cielo, que pocas, ó ningunas veces, dexa de mirar, y favorecer á las justas intenciones, favoreció las mias, de manera, que con mis pocas fuerzas, y con poco trabajo, dí con él por un derrumbadero, donde le dexe, ni sé si muerto, ó si vivo. Y luego con mas ligereza, que mi sobresalto, y cansancio pedian, me entré por estas montañas, sin llevar otro pensamiento, ni otro disignio, que esconderme en ellas, y huir de mi padre, y de aquellos que de su parte me andavan buscando con este deseo. Ha no sé quantos meses que entré en ellas, donde hallé un ganadero, que me llevó por su criado, á un lugar que está en las entrañas desta sierra, al qual he servido de zagal todo este tiempo, procurando estar siempre en el campo, por encubrir estos cabellos, que aora tan sin pensarlo me han descubierto. Pero

toda

toda mi induſtria, y toda mi ſolicitud fue, y ha ſido, de ningun provecho, pues mi amo vinó en conocimiento de que yo no era varon, y nació en él el miſmo mal penſamiento que en mi criado, y como no ſiempre la fortuna, con los trabajos da los remedios, no hallé derrumbadero, ni barranco, de donde deſpeñar y deſpenar al amo, como le hallé para el criado. Y así tuve por menor inconveniente dexalle y eſconderme de nuevo entre eſtas aſperezas, que provar con él mis fuerzas, ó mis deſculpas. Digo pues, que me torné á emboſcar, y á buſcar donde ſin impedimento alguno pudieſe con ſuſpiros, y lagrimas, rogar al cielo ſe duela de mi deſventura, y me dé induſtria, y favor para ſalir della, ó para dexar la vida entre eſtas ſoledades, ſin que quede memoria deſta triſte, que tan ſin culpa ſuya avrá dado materia, para que de ella ſe hable, y murmure en la ſuya, y en las agenas tierras.

Cap. XXIX. Que trata de la diſcrecion de la hermoſa Dorotea, con otras coſas de mucho guſto y paſatiempo.

ESTA es, Señores, la verdadera hiſtoria de mi tragedia, mirad, y juzgad aora, ſi los ſuſpiros que eſcuchaſtes, las palabras que oiſtes, y las lagrimas que de mis ojos ſalian, tenían ocaſion baſtante, para moſtrarſe en mayor abundancia: y conſiderada la calidad de mi deſgracia, vereys que será en vano el conſuelo, pues es impoſible el remedio della. Solo os ruego, lo que con facilidad podreys, y deveys hacer, que me aconſejeys donde podré paſar la vida, ſin que me acabe el temor, y ſobreſalto que tengo, de ſer hallada de los que me buſcan, que aunque ſé que el mucho amor que mis padres me tienen me aſegura, que ſere dellos bien

recebida, es tanta la verguenza que me ocupa solo el pensar, que, no como ellos pensavan, tengo de parecer á su presencia, que tengo por mejor desterrarme para siempre de ser vista, que no verles el rostro, con pensamiento que ellos miran el mio, ageno de la honestidad, que de mí se devian de tener prometida. Calló en diciendo esto, y el rostro se le cubrió de un color, que mostró bien claro el sentimiento, y verguenza del alma. En las suyas sintieron los que escuchadola avian tanta lastima, como admiracion de su desgracia: y aunque luego quisiéra el Cura consolarla, y aconsejarla, tomó primero la mano Cardenio, diciendo. En fin, señora, que tu eres la hermosa Dorotea, la hija unica del rico Clenardo. Admirada quedó Dorotea, quando oyó el nombre de su padre, y de ver quan de poco era él que le nombrava, porque ya se ha dicho de la mala manera que Cardenio estava vestido. Y así le dixo: Y quien soys vos, hermano, que así sabeys el nombre de mi padre, porque yo hasta aora (si mal no me acuerdo) en todo el discurso del cuento de mi desdicha, no le he nombrado? Soy, respondió Cardenio, aquel sin ventura, que segun vos, señora, aveys dicho, Luscinda dixo que era su esposa. Soy el desdichado Cardenio, á quien el mal termino de aquel que á vos os ha puesto en el que estays, me ha traido á que me veays, qual me veys, roto, desnudo, falto de todo humano consuelo, y lo que es peor de todo, falto de juicio, pues no le tengo, sino quando al cielo se le antoja darmele, por algun breve espacio. Yo, Dorotea, soy él que me hallé presente á las sinrazones de Don Fernando, y él que aguardó oir el sí, que de ser su esposa pronunció Luscinda. Yo soy él que no tuvo animo para ver en que parava su desmayo, ni lo que resultava del papel, que le fue hallado en el pecho. Porque no tuvo el alma sufrimiento, para ver tantas desventuras juntas, y así dexé la casa, y la paciencia, y una carta que dexé á un huesped mio, á

quien

quien rogue que en manos de Luſcinda la puſieſe, y vineme á eſtas ſoledades, con intencion de acabar en ellas la vida, que deſde aquel tiempo aborrecí, como mortal enemiga mia. Mas no ha querido la ſuerte quitarmela, contentandoſe con quitarme el juicio, quiza para guardarme para la buena ventura, que he tenido en hallaros: pues ſiendo verdad, como creo que lo es, lo que aquí aveys contado aun podria ſer, que á entrambos nos tuvieſe el cielo guardado mejor ſuceſo en nueſtros deſaſtres, que noſotros penſamos. Porque preſupueſto que Luſcinda no puede caſarſe con Don Fernando por ſer mia, ni Don Fernando con ella, por ſer vueſtro, y averlo ella tan manifieſtamente declarado, bien podemos eſperar, que el cielo nos reſtituya lo que es nueſtro, pues eſtá toda via en ſer, y no ſe ha enagenado, ni deſhecho. Y pues eſte conſuelo tenemos, nacido no de muy remota eſperanza, ni fundado en deſvariadas imaginaciones, ſuplicoos ſeñora, que tomeys otra reſolucion en vueſtros honrados penſamientos, pues yo la pienſo tomar en los mios, acomodandoos á eſperar mejor fortuna. Que yo os juro por la fe de Cavallero, y de Chriſtiano, de no deſampararos, haſta veros en poder de Don Fernando, y que quando con razones no le pudiere atraer, á que conozca lo que os deve, de uſar entonces la libertad que me concede el ſer Cavallero, y poder con juſto titulo deſafialle, en razon de la ſin razon que os hace, ſin acordarme de mis agravios, cuya venganza dexaré al cielo, por acudir en la tierra á los vueſtros. Con lo que Cardenio dixo, ſe acabó de admirar Dorotea, y por no ſaber que gracias bolver á tan grandes ofrecimientos, quiſo tomarle los pies para beſarſelos, mas no lo conſintió Cardenio: y el Licenciado reſpondió por entrambos, y aprovó el buen diſcurſo de Cardenio, y ſobre todo les rogó, aconſejó, y perſuadió, que ſe fueſen con él á ſu aldea, donde ſe podrian reparar de las coſas que les faltavan, y que alli ſe daría orden, como

buſçar á Don Fernando, ó como llevar á Dorotea á ſus padres, ó hacer lo que mas les pareciese conveniente. Cardenio, y Dorotea ſe lo agradecieron, y acetaron la merced que ſe les ofrecia. El Barbero que á todo avia eſtado ſuſpenſo, y callado, hizo tambien ſu buena platica, y ſe ofreció con no menos voluntad que el Cura, a todo aquello que fueſe bueno para ſervirles. Contó aſimiſmo con brevedad la cauſa que alli los avia traido, con la eſtrañeza de la locura de Don Quixote, y como aguardavan á ſu eſcudero, que avia ido á buſcalle. Vinóſele á la memoria á Cardenio, como por ſueños, la pendencia que con Don Quixote avia tenido, y contóla á los demas, mas no ſupo decir, por que cauſa fue ſu queſtion.

En eſto oyeron voces, y conocieron que él que las dava, era Sancho Panza, que, por no averlos hallado en el lugar donde los dexó, los llamava á voces. Salieronle al encuentro, y preguntandole por Don Quixote, les dixo, como le avia hallado deſnudo en camiſa, flaco, amarillo, y muerto de hambre, y ſuſpirando por ſu Señora Dulcinea, y que pueſto que le avia dicho, que ella le mandava que ſaliéſe de aquel lugar, y ſe fuéſe al del Toboſo, donde le quedava eſperando, avia reſpondido, que eſtava determinado de no parecer ante ſu fermoſura, faſta que ovieſe fecho fazañas, que le fiziesen digno de ſu gracia. Y que ſi aquello paſava adelante, corria peligro de no venir á ſer Emperador, como eſtava obligado, ni aun Arzobiſpo, que era lo menos que podia ſer. Por eſo que miraſen lo que ſe avia de hacer para ſacarle de alli. El Licenciado le reſpondió, que no tuvieſe pena, que ellos le ſacarían de alli mal que le peſaſe. Contó luego á Cardenio, y á Dorotea lo que tenian penſado para remedio de Don Quixote, alomenos para llevarle á ſu caſa. A lo qual dixo Dorotea, que ella haría la donzella meneſteroſa mejor que el Barbero, y mas que tenía alli veſtidos

con

con que hacerlo al natural. Y que la dexaſen el cargo de ſaber repreſentar todo aquello, que fueſe meneſter para llevar adelante ſu intento, porque ella avia leido muchos libros de cavallerias, y ſabía bien el eſtilo que tenían las donzellas cuitadas, quando pedian ſus dones á los andantes cavalleros. Pues no es meneſter mas, dixo el Cura, ſino que luego ſe ponga por obra. Que ſin duda la buena ſuerte ſe mueſtra en favor mio, pues tan ſin penſarlo, á voſotros ſeñores ſe os ha comenzado á abrir puerta para vueſtro remedio, y á noſotros ſe nos ha facilitado la que aviamos meneſter. Sacó luego Dorotea de ſu almohada una ſaya entera de cierta telilla rica, y una mantellina de otra viſtoſa tela verde, y de una caxita un collar, y otras joyas, con que en un inſtante ſe adornó, de manera, que una rica, y gran ſeñora parecia. Todo aquello, y mas, dixo que avia ſacado de ſu caſa, para lo que ſe ofrecieſe, y que haſta entonces no ſe le avia ofrecido ocaſion de avello meneſter. A todos contentó en eſtremo ſu mucha gracia, donayre, y hermoſura, y confirmaron á Don Fernando por de poco conocimiento, pues tanta belleza deſechava. Pero él que mas ſe admiró fue Sancho Panza, por parecerle (como era así verdad) que en todos los dias de ſu vida avia viſto tan hermoſa criatura: y así preguntó al Cura con grande ahinco, le dixéſe, quien era aquella tan fermoſa ſeñora? Y que era lo que buſcava por aquellos andurriales? Eſta hermoſa ſeñora, reſpondió el Cura, Sancho hermano, es como quien no dice nada, es la heredera por linea recta de varon del gran reino de Micomicon, la qual viene en buſca de vueſtro Amo, á pedirle un don, el qual es, que le desfaga un tuerto, ó agravio que un mal gigante le tiene fecho: y á la fama que de buen cavallero vueſtro Amo tiene por todo lo deſcubierto de Guinea, ha venido á buſcarle eſta Princeſa. Dichoſa buſcada, y dichoſo hallazgo, dixoá eſta ſazon Sancho Panza, y mas ſi mi Amo es tan venturoſo, que desfaga eſe agravio,

vio, y enderece ese tuerto, matando á ese hideputa dese gigante que vuestra merced dice: que sí matará, si él le encuentra, si ya no fuese fantasma, que contra las fantasmas no tiene mi señor poder alguno. Pero una cosa quiero suplicar á vuestra merced entre otras, señor Licenciado, y es que porque á mi Amo no le tome gana de ser Arzobispo (que es lo que yo temo) que vuestra merced le aconseje que se case luego con esta Princesa, y así quedará imposibilitado de recebir ordenes Arzobispales, y vendra con facilidad á su Imperio, y yo al fin de mis deseos: que yo he mirado bien en ello, y hallo por mi cuenta, que no me esta bien que mi Amo sea Arzobispo, porque yo soy inutil para la Iglesia, pues soy casado, y andarme aora á traer dispensaciones para poder tener renta por la Iglesia, teniendo, como tengo, muger, y hijos, seria nunca acabar. Así que, señor, todo el toque está, en que mi Amo se case luego con esta señora, que hasta aora no se su gracia, y así no la llamo por su nombre. Llamase, respondió el Cura, la Princesa Micomicona, porque llamandose su reyno Micomicon, claro está que ella se ha de llamar así. No ay duda en eso, respondió Sancho, que yo he visto á muchos tomar el apellido, y alcurnia del lugar donde nacieron, llamandose Pedro de Alcala, Iuan de Ubeda, y Diego de Valladolid, y esto mismo se deve de usar allá en Guinea, tomar las Reynas los nombres de sus reynos. Así deve de ser, dixo el Cura, y en lo de casarse vuestro Amo, yo haré en ello todos mis poderios. Con lo que quedó tan contento Sancho, quanto el Cura admirado de su simplicidad, y de ver, quan encaxados tenía en la fantasia los mismos disparates que su Amo, pues sin alguna duda se dava á entender que avia de venir á ser Emperador. Ya en esto se avia puesto Dorotea sobre la mula del Cura, y el Barbero se avia acomodado al rostro la barba de la cola de buey, y dixeron á Sancho, que los guiase á donde Don Quixote estava,

estava, al qual advirtieron que no dixese que conocia al Licenciado, ni al Barbero, porque en no conocerlos consistia todo el toque de venir á ser Emperador su Amo. Puesto que ni el Cura, ni Cardenio quisieron ir con ellos, porque no se le acordase á Don Quixote la pendencia que con Cardenio avia tenido: y el Cura, porque no era menester por entonces su presencia, y así los dexaron ir delante, y ellos los fueron siguiendo á pie, poco á poco. No dexó de avisar el Cura lo que avia de hacer Dorotea: á lo que ella dixo, que descuidasen, que todo se haría sin faltar punto, como lo pedian, y pintavan los libros de cavallerias.

Tres quartos de legua avrian andado, quando descubrieron á Don Quixote entre unas intricadas peñas, ya vestido, aunque no armado: y así como Dorotea le vió, y fue informada de Sancho, que aquel era Don Quixote, dió del azote á su palafren, siguiendole el bien barbado Barbero: y en llegando junto á él, el escudero se arrojó de la mula, y fue á tomar en los brazos á Dorotea, la qual apeandose con grande desemboltura, se fue á hincar de rodillas ante las de Don Quixote: y aunque él pugnava por levantarla, ella, sin levantarse, le fabló en esta guisa: De aquí no me levantaré, ó valeroso, y esforzado cavallero, fasta que la vuestra bondad, y cortesia me otorgue un don, el qual redundará en honra, y prez de vuestra persona, y en pro de la mas desconsolada, y agraviada donzella que el Sol ha visto. Y si es que el valor de vuestro fuerte brazo corresponde á la voz de vuestra immortal fama, obligado estays á favorecer á la sin ventura que de tan lueñes tierras viene, al olor de vuestro famoso nombre, buscandoos para remedio de sus desdichas. No os responderé palabra, fermosa señora, respondió Don Quixote, ni oire mas cosa de vuestra fazienda, fasta que os levanteys de tierra. No me levantaré, señor, respondió la afligida donzella, si primero por la vuestra cortesia no me

me es otorgado el don que pido. Yo vos le otorgo, y concedo, reſpondió Don Quixote, como no ſe aya de cumplir en daño, ó mengua de mi Rey, de mi patria, y de aquella que de mi corazon, y libertad tiene la llave. No ſerá en daño, ni en mengua de los que decis, mi buen ſeñor, replicó la doloroſa donzella. Y eſtando en eſto, ſe llegó Sancho Panza al oido de ſu ſeñor, y muy paſito le dixo: Bien puede vueſtra merced, ſeñor, concederle el don que pide, que no es coſa de nada, ſolo es matar á un gigantazo, y eſta que lo pide es la alta Princeſa Micomicona, Reina del gran reino Micomicon de Etiopia. Sea quien fuere, reſpondió Don Quixote, que yo haré lo que ſoy obligado, y lo que me dicta mi conciencia, conforme á lo que profeſado tengo: y bolviendoſe á la donzella, dixo: La vueſtra gran fermoſura ſe levante, que yo le otorgo el don que pedirme quiſiere. Pues el que pido es, dixo la donzella, que la vueſtra magnanima perſona ſe venga luego conmigo donde yo le llevare, y me prometa, que no ſe ha de entremeter en otra aventura, ni demanda alguna, haſta darme venganza de un traidor, que contra todo derecho divino, y humano me tiene uſurpado mi reino. Digo que así lo otorgo, reſpondió Don Quixote, y así podeys ſeñora, deſde oy mas, deſechar la melancolia, que os fatiga, y hacer que cobre nuevos brios, y fuerzas vueſtra deſmayada eſperanza, que con el ayuda de Dios, y la de mi brazo, vos os vereys preſto reſtituida en vueſtro reino, y ſentada en la ſilla de vueſtro antiguo, y grande eſtado, á peſar, y á deſpecho de los follones que contradecirlo quiſieren: y manos á labor, que en la tardanza dicen que ſuele eſtar el peligro. La meneſteroſa donzella pugnó con mucha porfia por beſarle las manos, mas Don Quixote, que en todo era comedido, y cortés cavallero, jamas lo conſintió, antes la hizo levantar, y la abrazó con mucha corteſia, y comedimiento: y mandó á Sancho,

que

que requiriese las cinchas á Rozinante, y le armase luego al punto, Sancho descolgó las armas, que, como trofeo, de un árbol estavan pendientes, y requiriendo las cinchas, en un punto armó á su Señor: el qual viendose armado, dixo: Vamos de aquí en el nombre de Dios á favorecer esta gran señora. Estavase el Barbero aun de rodillas, teniendo gran cuenta de disimular la risa, y de que no se le cayese la barba, con cuya caida quiza quedaran todos sin conseguir su buena intencion: y viendo que ya el don estava concedido, y con la diligencia que Don Quixote se alistava para ir á cumplirle, se levantó, y tomó de la otra mano á su señora, y entre los dos la subieron en la mula: luego subió Don Quixote sobre Rozinante: y el Barbero se acomodó en su cavalgadura, quedandose Sancho á pie, donde de nuevo se le renovó la perdida del Ruzio, con la falta que entonces le hacía: mas todo lo llevava con gusto, por parecerle que ya su Señor estava puesto en camino, y muy á pique de ser Emperador: porque sin duda alguna pensava que se avia de casar con aquella Princesa, y ser por lo menos Rey de Micomicon: solo le dava pesadumbre, el pensar que aquel reino era en tierra de negros, y que la gente, que por sus vasallos le diesen, avian de ser todos negros: á lo qual hizo luego en su imaginacion un buen remedio, y dixose á sí mismo. Que se me dá a mí que mis vasallos sean negros, avra mas que cargar con ellos, y traerlos á España, donde los podré vender, y adonde me los pagarán de contado, de cuyo dinero podré comprar algun titulo, ó algun oficio con que vivir descansado todos los dias de mi vida? No sino dormios, y no tengays ingenio, ni habilidad para disponer de las cosas, y para vender treynta, ó diez mil vasallos, en dacame esas pajas. Par Dios que los he de bolar chico con grande, ó como pudiere: y que por negros que sean, los he de bolver blancos, ó amarillos: llegaos que me mamo el dedo. Con esto andava tan soli-

cito, y tan contento, que ſe le olvidava la peſadumbre de caminar á pie. Todo eſto miravan de entre unas breñas, Cardenio, y el Cura, y no ſabían que hacerſe para juntarſe con ellos: pero el Cura, que era gran traciſta, imaginó luego lo que harían para conſeguir lo que deſeavan, y fue, que con unas tixeras que traya en un eſtuche, quitó con mucha preſteza la barba á Cardenio, y viſtióle un capotillo pardo que él traya, y dióle un herreuelo negro, y él ſe quedó en calzas, y en jubon: y quedó tan otro de lo que antes parecia Cardenio, que el miſmo no ſe conociera, aunque á un eſpejo ſe mirara. Hecho eſto, pueſto ya que los otros avian paſado adelante, en tanto que ellos ſe disfrazaron, con facilidad ſalieron al camino real antes que ellos, porque las malezas, y malos paſos de aquellos lugares no concedian que anduvieſen tanto los de á cavallo, como los de á pie. En efeto, ellos ſe puſieron en el llano á la ſalida de la ſierra, y así como ſalió della Don Quixote, y ſus camaradas, el Cura ſe le puſo á mirar muy de eſpacio, dando ſeñales de que le iva reconociendo: y al cabo de averle una buena pieza eſtado mirando, ſe fue á él abiertos los brazos, y diciendo á voces: Para bien ſea hallado el eſpejo de la cavalleria, el mi buen compatriote Don Quixote de la Mancha, la flor, y la nata de la gentileza, el amparo y remedio de los meneſterоſos, la quinta eſencia de los cavalleros andantes: y diciendo eſto, tenía abrazado por la rodilla de la pierna izquierda á Don Quixote: el qual eſpantado de lo que veya, y oya decir, y hacer aquel hombre, ſe le puſo á mirar con atencion, y al fin le conoció y quedó como eſpantado de verle, y hizo grande fuerza por apearſe, mas el Cura no lo conſintió, por lo qual Don Quixote decia: Dexeme vueſtra merced, ſeñor Licenciado, que no es razon que yo eſté á cavallo, y una tan reverenda perſona como vueſtra merced eſté á pie. Eſo no conſentiré yo en ningun modo, dixo el Cura,

eſteſe

eſteſe la vueſtra grandeza á cavallo, pues eſtando á cavallo acaba las mayores fazañas, y aventuras que en nueſtra edad ſe han viſto, que á mí, aunque indigno ſacerdote, baſtarame ſubir en las ancas de una deſtas mulas deſtos ſeñores que con vueſtra merced caminan, ſino lo han por enojo: y aun haré cuenta, que voy cavallero, ſobre el cavallo Pegaſo, ó ſobre la cebra, ó alfana en que cavalgava aquel famoſo Moro Muzaraque, que aun haſta aora yace encantado en la gran cueſta Zulema, que diſta poco de la gran Compluto. Aun no caya yo en tanto, mi ſeñor Licenciado, reſpondió Don Quixote, y yo ſé que mi ſeñora la Princeſa ſerá ſervida, por mi amor, demandar á ſu eſcudero, dé á vueſtra merced la filla de ſu mula, que él podrá acomodarſe en las ancas, ſi es que ella las ſufre. Si ſufre, á lo que yo creo, reſpondió la Princeſa: y tambien ſé que no ſerá meneſter mandarſelo al ſeñor mi eſcudero, que él es tan cortés, y tan Corteſano, que no conſentirá que una perſona Eccleſiaſtica vaya á pie, pudiendo ir á cavallo. Así es, reſpondió el Barbero, y apeandoſe en un punto, combidó al Cura con la filla, y él la tomó ſin hacerſe mncho de rogar. Y fue el mal, que al ſubir á las ancas el Barbero, la mula, que en efeto era de alquiler, que para decir que era mala eſto baſta, alzó un poco los quartos traſeros, y dió dos coces en el aire, que á darlas en el pecho de Maeſe Nicolas, ó en la cabeza, el diera al diablo la venida por Don Quixote. Con todo eſo le ſobreſaltaron de manera, que cayó en el ſuelo, con tan poco cuidado de las barbas, que ſe le cayeron: y como ſe vió ſin ellas, no tuvo otro remedio, ſino acudir á cubrirſe el roſtro con ambas manos, y á quexarſe, que le avian derribado las muelas. Don Quixote, como vió todo aquel mazo de barbas ſin quixadas, y ſin ſangre lexos del roſtro del eſcudero caido, dixo: Vive Dios que es gran milagro eſte, las barbas le ha derribado, y arrancado del roſtro, como ſi las quitaran á poſta. El

Cura que vió el peligro que corria ſu invéncion de ſer deſcubierta, acudió luego á las barbas, y fueſe con ellas adonde yacia Maeſe Nicolas, dando aun voces toda via, y de un golpe llegandole la cabeza á ſu pecho, ſe las puſo, murmurando ſobre él unas palábras, que dixo que era cierto enſalmo apropiado para pegar barbas, como lo verían: y quando ſe las tuvo pueſtas ſe apartó, y quedó el eſcudero tan bien barbado, y tan ſano como de antes: de que ſe admiró Don Quixote ſobre manera, y rogó al Cura, que quando tuvieſe lugar le enſeñaſe aquel enſalmo, que él entendia que ſu virtud á mas que pegar barbas ſe devia de eſtender, pues eſtava claro, que de donde las barbas ſe quitaſen, avia de quedar la carne llagada, y mal trecha, y que pues todo lo ſanava, á mas que barbas aprovechava. Así es, dixo el Cura, y prometió de enſeñarſele en la primera ocaſion. Concertaronſe, que por entonces ſubieſe el Cura, y á trechos ſe fueſen los tres mudando, haſta que llegaſen á la venta, que eſtaría haſta dos leguas de allí. Pueſtos los tres á cavallo, es á ſaber, Don Quixote, la Princeſa, y el Cura: y los tres á pie, Cardenio, el Barbero, y Sancho Panza, Don Quixote dixo á la donzella: Vueſtra grandeza, ſeñora mia, guie por donde mas guſto le diere. Y antes que ella reſpondiéſe, dixo el Licenciado: Hácia que reino quiere guíarle vueſtra ſeñoria, es por ventura hácia el de Micomicon, que sí deve de ſer, ó yo fé poco de reinos? Ella, que eſtava bien en todo, entendió que avia de reſponder que sí, y así dixo: Sí ſeñor, hácia eſe reino es mi camino. Si así es, dixo el Cura, por la mitad de mi pueblo hemos de paſar, y de alli tomará vueſtra merced la derrota de Cartagena, donde ſe podrá embarcar con la buena ventura: y ſi ay viento proſpero, mar tranquilo, y ſin borraſca en poco menos de nueve años ſe podrá eſtar á viſta de la gran laguna Meona, digo, Meotides, que eſtá poco mas de cien jornadas mas acá del reino

de

de vueſtra grandeza. Vueſtra merced eſtá engañado, ſeñor mio, dixo ella, porque no ha dos años que yo parti del, y en verdad que nunca tuve buen tiempo, y con todo eſo he llegado á ver lo que tanto deſeava, que es al Señor Don Quixote de la Mancha, cuyas nuevas llegaron á mis oidos, así como puſe los pies en Eſpaña, y ellas me movieron á buſcarle, para encomendarme en ſu corteſia, y fiar mi juſticia del valor de ſu invencible brazo. No mas, ceſen mis alabanzas, dixo á eſta ſazon Don Quixote, porque ſoy enemigo de todo genero de adulacion, y aunque eſta no lo ſea, toda via ofenden mis caſtas orejas ſemejantes platicas. Lo que yo ſé decir, Señora mia, que aora tenga valor, ó no, el que tuviere, ó no tuviere, ſe ha de emplear en vueſtro ſervicio, haſta perder la vida: y así dexando eſto para ſu tiempo, ruego al ſeñor Licenciado me diga, que es la cauſa que le ha traido por eſtas partes, tan ſolo, tan ſin criados, y tan á la ligera, que me pone eſpanto? A eſo yo reſponderé con brevedad, reſpondió el Cura, porque ſabra vueſtra merced, Señor Don Quixote, que yo, y Maeſe Nicolas, nueſtro amigo y nueſtro barbero, ivamos á Sevilla, á cobrar cierto dinero, que un pariente mio que ha muchos años que paſó á Indias, me avia embiado, y no tan pocos que no paſan de ſeſenta mil peſos enſayados, que es otro que tal, y paſando ayer por eſtos lugares, nos ſalieron al encuentro quatro ſalteadores, y nos quitaron haſta las barbas, y de modo nos las quitaron, que le convinó al barbero ponerſelas poſtizas: y aun á eſte mancebo que aquí va, ſeñalando á Cardenio, le puſieron como de nuevo. Y es lo bueno, que es publica fama por todos eſtos contornos, que los que nos ſaltearon ſon de unos galeotes, que dicen que libertó, caſi en eſte miſmo ſitio, un hombre tan valiente, que á peſar del Comiſario, y de las guardas, los ſoltó á todos: y ſin duda alguna él devia de eſtar fuera

de

de juicio, ó deve de ſer tan grande vellaco como ellos, ó algun hombre ſin alma, y ſin conciencia, pues quiſo ſoltar al lobo entre las ovejas, á la rapoſa entre las gallinas, á la moſca entre la miel: quiſo defraudar la juſticia, ir contra ſu Rey, y ſeñor natural, pues fue contra ſus juſtos mandamientos. Quiſo, digo, quitar á las galeras ſus pies, poner en alboroto á la Santa Hermandad, que avia muchos años que repoſava. Quiſo finalmente hacer un hecho, por donde ſe pierda ſu alma, y no ſe gane ſu cuerpo. Aviales contado Sancho al Cura, y al Barbero la aventura de los Galeotes que acabó ſu Amo con tanta gloria ſuya, y por eſto cargava la mano el Cura refiriendola, por ver lo que hacía, ó decia Don Quixote, al qual ſe le mudava la color á cada palabra, y no oſava decir que él avia ſido el libertador de aquella buena gente: Eſto pues, dixo el Cura, fueron los que nos robaron, que Dios por ſu miſericordia ſe lo perdone al que no los dexó llevar al devido ſuplicio.

Cap.

Cap. XXX. Que trata del gracioſo artificio, y orden que ſe tuvo en ſacar á nueſtro enamorado Cavallero de la aſperiſima penitencia en que ſe avia pueſto.

NO huvo bien acabado el Cura, quando Sancho dixo: Pues mia fe, ſeñor Licenciado, él que hizo eſa fazaña fue mi Amo, y no porque yo no le dixe antes, y le aviſé, que miraſe lo que hacía, y que era pecado darles libertad, porque todos ivan alli por grandiſimos vellacos. Majadero, dixo á eſta ſazon Don Quixote, á los cavalleros andantes no les toca, ni atañe averiguar, ſi los afligidos, encadenados, y opreſos que encuentran por los caminos, van de aquella manera, ó eſtan en aquella anguſtia por ſus culpas, ó por ſus gracias, ſolo le toca ayudarles como á meneſteroſos, poniendo los ojos en ſus penas, y no en ſus vellaquerias. Yo topé un roſario, y ſarta de gente mohina, y deſdichada, y hice con ellos lo que mi religion me pide, y lo demas allá ſe avenga: y á quien mal le ha parecido, ſalvo la ſanta dignidad del ſeñor Licenciado, y ſu honrada perſona, digo que ſabe poco de achaque de cavalleria, y que miente como un hideputa, y mal nacido: y eſto le haré conocer con mi eſpada, donde mas largamente ſe contiene: y eſto dixo afirmandoſe en los eſtribos, y calandoſe el morrion, porque la bacia de barbero, que á ſu cuenta era el yelmo de Mambrino, llevava colgado del arzon delantero, haſta adobarla del mal tratamiento que la hicieron los galeotes. Dorotea (que era diſcreta, y de gran donaire) como quien ya ſabia el menguado humor de Don Quixote, y que todos hacían burla dél, ſino Sancho Panza, no quiſo ſer para menos, y viendole tan enojado, le dixo:

Señor

Señor cavallero, miembreſele á la vueſtra merced el don que me tiene prometido, y que conforme á el, no puede entremeterſe en otra aventura, por urgente que ſea: ſoſiegue vueſtra merced el pecho, que ſi el ſeñor Licenciado ſupiéra que por eſe invicto brazo avian ſido librados los Galeotes, él ſe diéra tres puntos en la boca, y aun ſe mordiera tres veces la lengua, antes que aver dicho palabra que en deſpecho de vueſtra merced redundara. Eſo juro yo bien, dixo el Cura, y aun me huviera quitado un vigote. Yo calláre, Señora mia, dixo Don Quixote, y reprimiré la juſta colera, que ya en mi pecho ſe avia levantado, y iré quieto, y pacifico, haſta tanto que os cumpla el don prometido: pero en pago deſte buen deſeo, os ſuplico me digays, ſino ſe os hace de mal, qual es la vueſtra cuita? y quantas, quienes, y quales ſon las perſonas de quien os tengo de dar devida, ſatisfecha, y entera venganza? Eſo haré yo de gana, reſpondió Dorotea, ſi es que no os enfadan oir laſtimas, y deſgracias. No enfadará, ſeñora mia, reſpondió Don Quixote: á lo que reſpondió Dorotea: Pues así es, eſtenme vueſtras mercedes atentos. No huvo ella dicho eſto, quando Cardenio, y el Barbero ſe le puſieron al lado, deſeoſos de ver como fingia ſu hiſtória: y lo miſmo hizo Sancho, que tan enſañado iva con ella como ſu Amo. Y ella, deſpues de averſe pueſto bien en la ſilla, y prevenidoſe con toſer, y hacer otros ademanes con mucho donaire, comenzo á decir deſta manera.

Primeramente quiero que vueſtras mercedes ſepan, ſeñores mios, que á mí me llaman: y detuvoſe aquí un poco, porque ſe le olvidó el nombre que el Cura le avia pueſto; pero él acudió al remedio, porque entendió en lo que reparàva, y dixo: No es maravilla, ſeñora mia, que la vueſtra grandeza ſe turbe, y empache, contando ſus deſventuras, que ellas ſuelen ſer tales, que muchas veces quitan la memoria á los que maltratan, de tal manera, que

aun

aun de ſus miſmos nombres no ſe les acuerda, como han hecho con vueſtra gran ſeñoría, que ſe ha olvidado que ſe llama la Princeſa Micomicona, legitima heredera del gran reino Micomicon: y con eſte apuntamiento puede la vueſtra grandeza reducir aora facilmente á ſu laſtimada memoria todo aquello que contar quiſiere. Así es la verdad, reſpondió la donzella, y deſde aquí adelante, creo que no ſerá meneſter apuntarme nada, que yo ſaldre á buen puerto con mi verdadera hiſtoria: la qual es, que el Rey mi padre, que ſe llamava Tinacrio el Sabidor, fue muy docto en eſto que llaman el arte Magica, y alcanzó por ſu ciencia, que mi madre, que ſe llamava la Reyna Xaramilla, avia de morir primero que él, y que de alli á poco tiempo él tambien avia de paſar deſta vida, y yo avia de quedar huerfana de padre, y madre. Pero decia él, que no le fatigava tanto eſto, quanto le ponia en confuſion ſaber por coſa muy cierta, que un deſcomunal Gigante, ſeñor de una grande Inſula, que caſi alinda con nueſtro reino, llamado Pandafilando de la foſca viſta: porque es coſa averiguada, que aunque tiene los ojos en ſu lugar y derechos, ſiempre mira al reves, come ſi fueſe vizco: y eſto lo hace él de maligno, y por poner miedo, y eſpanto á los que mira. Digo que ſupo, que eſte Gigante en ſabiendo mi horfandad, avia de paſar con gran poderio ſobre mi reino, y me lo avia de quitar todo, ſin dexarme una pequeña aldea donde me recogiéſe. Pero que podia eſcuſar toda eſta ruina, y deſgracia, ſi yo me quiſieſe caſar con él: mas á lo que él entendia, jamas penſava que me vendria á mí en voluntad de hacer tan deſigual caſamiento: y dixo en eſto la pura verdad, porque jamas me ha paſado por el penſamiento caſarme con aquel Gigante, ni con otro alguno, por grande, y deſaforado que fuéſe. Dixo tambien mi padre, que deſpues que él fuéſe muerto, y viéſe yo, que Pandafilando comenzava á paſar ſobre mi reino, que

no aguardaſe á ponerme en defenſa, porque ſeria deſtruirme, ſino que libremente le dexaſe deſembarazado el reino, ſi queria eſcuſar la muerte, y total deſtruicion de mis buenos, y leales vaſallos, porque no avia de ſer poſible defenderme de la endiablada fuerza del Gigante: ſino que luego, con algunos de los mios, me puſiéſe en camino de las Eſpañas, donde hallaría el remedio di mis males, hallando á un cavallero andante, cuya fama en eſte tiempo ſe eſtendería por todo eſte reino, el qual ſe avia de llamar, ſi mal no me acuerdo, Don Azote, ó Don Gigote. Don Quixote diría, ſeñora, dixo á eſta ſazon Sancho Panza, ó por otro nombre, el Cavallero de la triſte figura. Así es la verdad, dixo Dorotea. Dixo mas, que avia de ſer alto de cuerpo, ſeco de roſtro, y que en el lado derecho, debaxo del ombro izquierdo, ó por alli junto, avia de tener un lunar pardo, con ciertos cabellos á manera de cerdas. En oyendo eſto Don Quixote, dixo á ſu eſcudero: Ten aquí Sancho hijo, ayudame á deſnudar, que quiero ver ſi ſoy el cavallero que aquel ſabio Rey dexó profetizado. Pues para que quiere vueſtra merced deſnudarſe, dixo Dorotea? Para ver ſi tengo eſe lunar que vueſtro padre dixo, reſpondió Don Quixote. No ay para que deſnudarſe, dixo Sancho, que yo ſé que tiene vueſtra merced un lunar deſas ſeñas en la mitad del eſpinazo, que es ſeñal de ſer hombre fuerte. Eſo baſta, dixo Dorotea, porque con los amigos no ſe ha de mirár en pocas coſas, y que eſté en el ombro, ó que eſté én el eſpinazo, importa poco, baſta que aya lunar, y eſté donde eſtuviere, pues todo es una miſma carne: y ſin duda acertó mi buen padre en todo, y yo he acertado en encomendarme al ſeñor Don Quixote, que él es por quien mi padre dixo, pues las ſeñales del roſtro vienen con las de la buena fama, que eſte cavallero tiene, no ſolo en Eſpaña, pero en toda la Mancha, pues apenas me huve deſembarcado en Oſuna, quando oí decir tantas hazañas

ſuyas,

ſuyas, que luego me dió el alma, que era el miſmo que venía á buſcar. Pues como ſe deſembarcó vueſtra merced en Oſuna, ſeñora mia, preguntó Don Quixote, ſino es puerto de mar? Mas antes que Dorotea reſpondiéſe, tomó el Cura la mano y dixo: Deve de querer decir la ſeñora Princeſa, que deſpues que deſembarcó en Malaga, la primera parte, donde oyó nuevas de vueſtra merced, fue en Oſuna. Eſo quiſe decir, dixo Dorotea. Y eſto lleva camino, dixo el Cura, y proſiga vueſtra Mageſtad adelante. No ay que proſeguir, reſpondió Dorotea, ſino que finalmente mi ſuerte ha ſido tan buena en hallar al ſeñor Don Quixote, que ya me cuento, y tengo por Reyna, y ſeñora de todo mi Reino, pues él por ſu corteſia, y magnificencia me ha prometido el don de irſe conmigo, donde quiera que yo le llevare, que no ſerá á otra parte, que á ponerle delante de Pandafilando de la foſca viſta, para que le mate, y me reſtituya lo que tan contra razon me tiene uſurpado: que todo eſto ha de ſuceder á pedir de boca, pues así lo dexó profetizado Tinacrio el Sabidor mi buen padre: el qual tambien dexó dicho, y eſcrito en letras Caldeas, ó Griegas, que yo no las ſé leer, que ſi eſte cavallero de la profecia, deſpues de aver degollado al Gigante, quiſiéſe caſarſe conmigo, que yo me otorgaſe luego ſin replica alguna por ſu legitima eſpoſa, y le diéſe la poſeſion de mi reino junto con la de mi perſona. Que te parece, Sancho amigo? dixo á eſte punto Don Quixote, no oyes lo que paſa? no te lo dixe yo? mira ſi tenemos ya reino que mandar, y Reina con quien caſar. Eſo juro yo, dixo Sancho: Para el puto que no ſe caſare en abriendo el gaznatico al ſeñor Pandahilado. Pues monta que es mala la Reina, así ſe me buelvan las pulgas de la cama: y diciendo eſto, dió dos zapatetas en el aire con mueſtras de grandiſimo contento, y luego fue á tomar las riendas de la mula de Dorotea, y haciendola detener, ſe hincó de rodillas ante ella, ſuplicandole le

diéſe las manos para beſarſelas, en ſeñal que la recibia por ſu Reina, y ſeñora. Quien no avia de reir de los circunſtantes, viendo la locura del Amo, y la ſimplicidad del criado? En efeto Dorotea ſe las dió, y le prometió de hacerle gran ſeñor en ſu reino, quando el cielo le hicieſe tanto bien, que ſe lo dexaſe cobrar, y gozar. Agradecióſelo Sancho con tales palabras, que renovó la riſa en todos. Eſta ſeñores, proſiguió Dorotea, es mi hiſtoria, ſolo reſta por deciros, que de quanta gente de acompañamiento ſaqué de mi reino, no me ha quedado ſino ſolo eſte bien barbado eſcudero, porque todos ſe anegaron en una gran borraſca que tuvimos á viſta del puerto. Y él, y yo ſalimos en dos tablas á tierra, como por milagro, y así es todo milagro, y miſterio el diſcurſo de mi vida, como lo aveys notado. Y ſi en alguna coſa he andado demaſiada, ó no tan acertada como deviera, echad la culpa á lo que el ſeñor Licenciado dixo al principio de mi cuento, que los trabajos continuos, y extraordinarios quitan la memoria al que los padece. Eſa no me quitarán á mí, ó alta, y valeroſa Señora, dixo Don Quixote, quantos yo paſare en ſerviros, por grandes, y no viſtos que ſean. Y así de nuevo confirmo el don que os he prometido, y juro de ir con vos al cabo del mundo, haſta verme con el fiero enemigo vueſtro, á quien pienſo con el ayuda de Dios, y de mi brazo, tajar la cabeza ſobervia con los filos deſta (no quiero decir buena) eſpada, merced á Gines de Paſſamonte, que me llevó la mia: eſto dixo entre dientes, y proſiguió diciendo: y deſpues de averſela tajado, y pueſto os en pacifica poſeſion de vueſtro eſtado, quedará á vueſtra voluntad hacer de vueſtra perſona lo que mas en talante os viniere. Porque mientras que yo tuviere ocupada la memoria, y cautiva la voluntad, perdido el entendimiento por aquella, y no digo mas, no es poſible que yo arroſtre, ni por pienſo, el caſarme, aunque fueſe con el Ave Fenix. Pareciόle

cióle tan mal á Sancho lo que ultimamente ſu Amo dixo, acerca de no querer caſarſe, que con grande enojo, alzando la voz, dixo: voto á mí, y juro á mí, que no tiene vueſtra merced ſeñor Don Quixote cabal juicio: pues como es poſible, que pone vueſtra merced en duda el caſarſe con tan alta Princeſa como aqueſta? Pienſa, que le ha de ofrecer la fortuna tras cada cantillo ſemejante ventura, como la que aora ſe le ofrece? Es por dicha mas hermoſa mi ſeñora Dulcinea? no por cierto, ni aun con la mitad, y aun eſtoy por decir, que no llega á ſu zapato de la que eſtá delante. Así noramala alcanzaré yo el Condado que eſpero, ſi vueſtra merced ſe anda á pedir cotufas en el golfo; caſeſe, caſeſe luego, encomiendole yo á ſatanas, y tome eſe reino que ſe le viene á las manos, de vobis, vobis, y en ſiendo Rey, hagame Marques, ó Adelantado, y luego ſiquiera ſe lo lleve el diablo todo. Don Quixote, que tales blasfemias oyó decir contra ſu ſeñora Dulcinea, no lo pudo ſufrir, y alzando el lanzon, ſin hablalle palabra á Sancho, y ſin decirle eſta boca es mia, le dió tales dos palos, que dió con él en tierra, y ſino fuera porque Dorotea le dió voces que no le diera mas, ſin duda le quitara alli la vida. Penſays, le dixo, á cabo de rato, villano ruin, que ha de aver lugar ſiempre para ponerme la mano en la horcaxadura, y que todo ha de ſer errar vos, y perdonaros yó? Pues no lo penſeys, vellaco deſcomulgado, que ſin duda lo eſtas, pues has pueſto lengua en la ſin par Dulcinea. Y no ſabeys vos, gañan, faquin, belitre, que ſino fueſe por el valor que ella infunde en mi brazo, que no le tendria yo para matar una pulga? Decid ſocarron de lengua viperina, y quien penſays que ha ganado eſte reino? Y cortado la cabeza á eſte Gigante? Y hecho os á vos Marques (que todo eſto doy ya por hecho, y por coſa paſada en coſa juzgada) ſino es el valor de Dulcinea, tomando á mi brazo por inſtrumento de ſus hazañas, ella pelea en mí, y vence

en mí, y yo vivo, y reſpiro en ella, y tengo vida, y ſer. O hideputa vellaco, y como ſoys deſagradecido, que os veys levantado del polvo de la tierra á ſer ſeñor de titulo, y correſpondeys á tan buena obra, con decir mal de quien os la hizo! No eſtava tan mal trecho Sancho, que no oyéſe todo quanto ſu Amo le decia, y levantandoſe con un poco de preſteza, ſe fue á poner detras del palafren de Dorotea, y deſde alli dixo á ſu Amo: Digame Señor, ſi vueſtra merced tiene determinado de no caſarſe con eſta gran Princeſa, claro eſtá que no ſerá el reino ſuyo, y no ſiendolo, que mercedes me puede hacer? Eſto es de lo que yo me quexo, caſeſe vueſtra merced una por una con eſta Reina, aora que la tenemos aquí, como llovida del cielo, y deſpues puede bolverſe con mi ſeñora Dulcinea, que Reyes deve de aver avido en el mundo, que ayan ſido amancebados. En lo de la hermoſura no me entremeto, que en verdad ſi va á decirla, que entrambas me parecen bien, pueſto que yo nunca he viſto á la Señora Dulcinea. Como que no la has viſto traidor blasfemo, dixo Don Quixote, pues no acabas de traerme aora un recado de ſu parte? Digo que no la he viſto tan deſpacio, dixo Sancho, que pueda aver notado particularmente ſu hermoſura, y ſus buenas partes punto por punto, pero así á bulto me parece bien. Aora te diſculpo, dixo Don Quixote, y perdoname el enojo que te he dado, que los primeros movimientos no ſon en manos de los hombres. Ya yo lo veo, reſpondió Sancho, y así en mí la gana de hablar ſiempre es primero movimiento, y no puedo dexar de decir, por una vez ſiquiera, lo que me viene á la lengua. Con todo eſo, dixo Don Quixote, mira Sancho lo que hablas, porque tantas veces va el cantarillo á la fuente, y no te digo mas. Aora bien, reſpondió Sancho, Dios eſtá en el cielo que vee las trampas, y ſerá juez de quien hace mas mal, yo en no hablar bien, ó vueſtra merced in obrallo. No aya mas, dixo Dorotea,

rotea, corred Sancho, y beſad la mano á vueſtro Señor, y pedilde perdon, y de aquí adelante andad mas atentado en vueſtras alabanzas, y vituperios, y no digays mal de aqueſa ſeñora Toboſa, aquien yo no conozco, fino es para ſervilla, y tened confianza en Dios, que no os ha de faltar un eſtado donde vivays como un Principe. Fue Sancho cabizbaxo, y pidió la mano á ſu Señor, y el ſe la dió con repoſado continente, y deſpues que ſe la huvo beſado, le echó la bendicion, y dixo á Sancho que ſe adelantaſen un poco, que tenía que preguntalle, y que departir con él coſas de mucha importancia. Hizolo así Sancho, y apartaronſe los dos algo adelante, y dixole Don Quixote, deſpues que veniſte no he tenido lugar, ni eſpacio, para preguntarte muchas coſas de particularidad, á cerca de la embaxada que llevaſte, y de la reſpueſta que truxiſte, y aora pues la fortuna nos ha concedido tiempo, y lugar, no me niegues tu la ventura, que puedes dar me, con tan buenas nuevas. Pregunte vueſtra merced lo que quiſiere, reſpondió Sancho, que á todo daré tan buena ſalida, como tuve la entrada. Pero ſuplico á vueſtra merced, Senor mio, que no ſea de aquí adelante tan vengativo. Porque lo dices Sancho, dixo Don Quixote? Digolo reſpondió, porque eſtos palos de agora mas fueron por la pendencia que entre los dos travó el diablo la otra noche, que por lo que dixe contra mi Señora Dulcinea, á quien amo, y reverencio como á una reliquia, aunque en ella no lo aya, ſolo por ſer coſa de vueſtra merced. No tornes á eſas platicas Sancho, por tu vida, dixo Don Quixote, que me dan peſadumbre: ya te perdoné entonces, y bien ſabes tu que ſuele decirſe, á pecado nuevo, penitencia nueva.

Mientras eſto paſava vieron venir por el camino donde ellos ivan á un hombre cavallero ſobre un jumento, y quando llegó cerca les parecia que era Gitano: pero Sancho Panza que do quiera que via

aſnos

aſnos ſe le ivan los ojos, y el alma, á penas huvo viſto al hombre, quando conoció que era Gines de Paſſamonte, y por el hilo del Gitano ſacó el ovillo de ſu aſno, como era la verdad, pues era el Ruzio ſobre que Paſſamonte venia: el qual por no ſer conocido, y por vender el aſno ſe avia pueſto en trage de Gitano, cuya lengua y otras muchas ſabia muy bien hablar, como ſi fueran naturales ſuyas. Vióle Sancho, y conocióle, y á penas le huvo viſto, y conocido, quando á grandes voces le dixo: A ladron Gineſillo dexa mi prenda, ſuelta mi vida, no te empaches con mi deſcanſo, dexa mi aſno, dexa mi regalo, huye puto, auſentate ladron, y deſampara lo que no es tuyo. No fueran meneſter tantas palabras, ni baldones, porque á la primera ſaltó Gines, y tomando un trote que parecia carrera, en un punto ſe auſentó, y alexó de todos. Sancho llegó á ſu Ruzio, y abrazandole, le dixo: Como has eſtado bien mio, Ruzio de mis ojos, compañero mio, y con eſto le beſava, y acariciava, como ſi fuera perſona: el aſno callava, y ſe dexava beſar, y acariciar de Sancho ſin reſponderle palabra alguna. Llegaron todos, y dieronle el parabien del hallazgo del Ruzio, eſpecialmente Don Quixote, el qual le dixo, que no por eſo anulava la poliza de los tres pollinos, Sancho ſe lo agradeció.

En tanto que los dos ivan en eſtas platicas, dixo el Cura á Dorotea, que avia andado muy diſcreta, así en el cuento, como en la brevedad del, y en la ſimilitud que tuvo con los de los libros de cavallerias: ella dixo, que muchos ratos ſe avia entretenido en leellos, pero que no ſabía ella, donde eran las provincias, ni puertos de mar, y que así avia dicho á tiento, que ſe avia deſembarcado en Oſuna. Yo lo entendí así, dixo el Cura, y por eſo acudí luego á decir lo que dixe, con que ſe acomodó todo. Pero no es coſa eſtraña ver, con quanta facilidad cree eſte deſventurado hidalgo todas eſtas invenciones, y mentiras, ſolo porque llevan el eſtilo, y

modo

modo de las necedades de ſus libros? Sí es, dixo Cardenio, y tan rara, y nunca viſta, que yo no ſé ſi queriendo inventarla, y fabricarla mentiroſamente, huviera tan agudo ingenio, que pudiéra dar en ella. Pues otra coſa ay en ello, dixo el Cura, que fuera de las ſimplicidades que eſte buen hidalgo dice tocantes á ſu locura, ſi le tratan de otras coſas, diſcurre con boniſimas razones, y mueſtra tener un entendimiento claro, y apacible en todo. De manera, que como no le toquen en ſus cavallerias, no avrá nadie que le juzgue ſino por de muy buen entendimiento. En tanto que ellos ivan en eſta converſacion, proſiguió Don Quixote con la ſuya, y dixo á Sancho: Echemos, Panza amigo, pelillos á la mar, en eſto de nueſtras pendencias, y dime aora ſin tener cuenta con enojo, ni rencor alguno: Donde, como, y quando hallaſte á Dulcinea? Que hacía? Que le dixiſte? Que te reſpondió? Que roſtro hizo, quando leya mi carta? Quien te la traſladó? Y todo aquello que vieres, que en eſte caſo es digno de ſaberſe, de preguntarſe, y ſatisfacerſe, ſin que añadas, ó mientas por darme guſto: ni menos te acortes, por no quitarmele. Señor, reſpondió Sancho, ſi va á decir la verdad, la carta no me la traſladó nadie, porque yo no llevé carta alguna. Así es como tu dices, dixo Don Quixote, porque el librillo de memoria donde yo la eſcriví, le hallé en mi poder, á cabo de dos dias de tu partida, lo qual me cauſó grandiſima pena, por no ſaber lo que avias tu de hacer, quando te viéſes ſin carta, y creí ſiempre que te bolviéras, deſde el lugar donde la echaras menos. Así fuéra, reſpondió Sancho, ſino la huviéra yo tomado en la memoria, quando vueſtra merced me la leyó, de manera, que ſe la dixe á un ſacriſtan, que me la traſladó del entendimiento, tan punto por punto, que dixo que en todos los dias de ſu vida, aunque avia leido muchas cartas de deſcomunion, no avia viſto, ni leido tan linda carta como aquella. Y tieneſla toda via en la me-

moria Sancho, dixo Don Quixote? No Señor, reſpondió Sancho, porque deſpues que la dí, como vi que no avia de ſer de mas provecho, dí en olvidalla. Y ſi algo ſe me acuerda, es aquello de ſobajada, digo del ſoberana ſeñora, y lo ultimo, vueſtro haſta la muerte, el Cavallero de la triſte figura. Y en medio deſtas dos coſas le puſe mas de trecientas almas, y vidas, y ojos mios.

Cap. XXXI. De los ſabroſos razonamientos que paſaron entre Don Quixote, y Sancho Panza ſu eſcudero; con otros ſuceſos.

TODO eſo no me deſcontenta: proſigue adelante, dixo Don Quixote. Llegaſte: y que hacía aquella Reyna de la hermoſura? á buen ſeguro, que la hallaſte enſartando perlas, ó bordando alguna empreſa con oro de cañutillo para eſte ſu cautivo cavallero. No la halle, reſpondió Sancho, ſino ahechando dos hanegas de trigo en un corral de ſu caſa. Pues haz cuenta, dixo Don Quixote, que los granos de aquel trigo eran granos de perlas, tocados de ſus manos. Y ſi miraſte amigo, el trigo era candeal, ó trechel? No era ſino rubion, reſpondió Sancho. Pues yo te aſeguro, dixo Don Quixote, que ahechado por ſus manos hizo pan candeal ſin duda alguna: pero paſa adelante. Quando le diſte mi carta, beſóla? Puſoſela ſobre la cabeza? hizo alguna ceremonia, digna de tal carta? ó que hizo? Quando yo ſe la iva á dar, reſpondió Sancho, ella eſtava en la fuga del menéo de una buena parte de trigo, que tenía en la criva. Y dixome, poned amigo eſa carta ſobre aquel coſtal, que no la puedo leer haſta que acabe de acrivar todo lo que aquí eſtá. Diſcreta ſeñora, dixo Don Quixote, eſo devió de ſer por leerla de eſpacio, y recrearſe con ella.

Ade-

Adelante Sancho, y en tanto que eſtava en ſu meneſter, que coloquios paſó contigo? Que te preguntó de mí? Y tu que le reſpondiſte? Acaba, cuentamelo todo, no ſe te quede en el tintero una minima. Ella no me preguntó nada, dixo Sancho, mas yo le dixe de la manera que vueſtra merced por ſu ſervicio quedava haciendo penitencia, deſnudo de la cintura arriba, metido entre eſtas ſierras, como si fuera ſalvage, durmiendo en el ſuelo, ſin comer pan á manteles, ni ſin peinarſe la barba, llorando, y maldiciendo ſu fortuna. En decir que maldecia mi fortuna, dixiſte mal, dixo Don Quixote, porque antes la bendigo, y bendeciré todos los dias de mi vida, por averme hecho digno de merecer amar tan alta ſeñora, como Dulcinea del Toboſo. Tan alta es, reſpondió Sancho, que á buena fe, que me lleva á mí mas de un coto. Pues como Sancho, dixo Don Quixote, haſte medido tu con ella? Medime en eſta manera, reſpondió Sancho, que llegando á ayudar á poner un coſtal de trigo ſobre un jumento, llegamos tan juntos, que eché de ver, que me llevava mas de un gran palmo. Pues es verdad, replicó Don Quixote, que no acompaña eſa grandeza, y la adorna con mil millones, y gracias del alma? Pero no me negarás, Sancho, una coſa, quando llegaſte junto á ella, no ſentiſte un olor Sabeo, una fragrancia aromatica, y un no ſé que de bueno, que yo no acierto á dalle nombre, digo un tuho, ó tuſo, como ſi eſtuvieras en la tienda de algun curioſo guantero? Lo que ſé decir, dixo Sancho, es, que ſenti un olorcillo algo hombruno, y devia de ſer, que ella con el mucho exercicio eſtava ſuada, y algo correoſa. No ſería eſo, reſpondió Don Quixote, ſino que tu devias de eſtar romadizado, ó te deviſte de oler á tí miſmo, porque yo ſé bien lo que huele aquella roſa entre eſpinas, aquel lirio del campo, aquel ambar deſleydo. Todo puede ſer, reſpondió Sancho, que muchas veces ſale de mí aquel olor, que entonces me pa-

reció que ſalia de ſu merced de la ſeñora Dulcinea, pero no ay de que maravillarſe, que un diablo parece á otro. Y bien, proſiguió Don Quixote, he aquí que acabó de limpiar ſu trigo, y de embiallo al molino, que hizo quando leyó la carta? La carta, dixo Sancho, no la leyó, porque dixo que no ſabia leer, ni eſcrivir, antes la raſgó, y la hizo menudas piezas, diciendo que no la queria dar á leer á nadie, porque no ſe ſupieſen en el lugar ſus ſecretos, y que baſtava lo que yo le avia dicho de palabra, á cerca del amor que vueſtra merced le tenía, y de la penitencia extraordinaria, que por ſu cauſa quedava haciendo. Y finalmente me dixo, que dixéſe á vueſtra merced, que le beſava las manos, y que alli quedava con mas deſeo de verle, que de eſcrivirle: y que así le ſuplicava, y mandava, que viſta la preſente, ſaliéſe de aquellos matorrales, y ſe dexaſe de hacer diſparates, y ſe puſiéſe luego, luego, en camino del Toboſo, ſi otra coſa de mas importancia no le ſucediéſe, porque tenía gran deſeo de ver á vueſtra merced. Rióſe mucho quando le dixe, como ſe llamava vueſtra merced el Cavallero de la triſte figura. Preguntéle ſi avia ido allá el Vizcaino de marras, dixome que sí, y que era un hombre muy de bien. Tambien le pregunté por los Galeotes, mas dixome que no avia viſto haſta entonces alguno. Todo va bien haſta agora, dixo Don Quixote. Pero dime, que joya fue la que te dió al deſpedirte, por las nuevas que de mí le llevaſte? Porque es uſada y antigua coſtumbre, entre los cavalleros, y damas andantes, dar á los eſcuderos, donzellas, ó enanos, que les llevan nuevas de ſus damas á ellos, á ellas de ſus Andantes, alguna rica joya, en albricias, en agradecimiento de ſu recado. Bien puede eſo ſer así, y yo la tengo por buena uſanza, pero eſo devia de ſer en los tiempos paſados, que aora ſolo ſe deve de acoſtumbrar á dar un pedazo de pan, y queſo, que eſto fue lo que me dió mi ſeñora Dulcinea

por

por las bardas d un corral, quando della me deſpedí: y aun por mas ſeñas, era el queſo ovejuno. Es liberal en eſtremo, dixo Don Quixote, y fino te dió joya de oro, fin duda devió de ſer, porque no la tendria alli á la mano para dartela, pero buenas ſon mangas deſpues de Paſcua, yo la veré, y ſe ſatisfará todo. Sabes de que eſtoy maravillado Sancho? De que me parece que fuiſte, y veniſte por los aires, pues poco mas de tres dias has tardado en ir, y venir deſde aquí al Toboſo, aviendo de aquí allá mas de treinta leguas. Por lo qual me doy á entender, que aquel Sabio Nigromante, que tiene cuenta con mis coſas, y es mi amigo, porque por fuerza le ay, y le ha de aver, ſo pena que yo no ſería buen Cavallero Andante. Digo que eſte tal te devió de ayudar á caminar, ſin que tu lo ſintiéſes, que ay Sabio deſtos que coge á un cavallero andante durmiendo en ſu cama, y ſin ſaber como, ó en que manera amanece otro dia mas de mil leguas de donde anocheció. Y ſino fuéſe por eſto, no ſe podrian ſocorrer en ſus peligros los cavalleros andantes unos á otros, como ſe ſocorren á cada paſo. Que acaece eſtar uno peleando en las ſierras de Armenia con algun Endriago, ó con algun fiero Veſtiglo, ó con otro cavallero, donde lleva lo peor de la batalla, y eſtá ya á punto de muerte: y quando no os me cato, aſoma por acullá encima de una nube, ó ſobre un carro de fuego, otro cavallero amigo ſuyo, que poco antes ſe hallava en Inglaterra, que le favorece, y libra de la muerte, y á la noche ſe halla en ſu poſada cenando muy á ſu ſabor, y ſuele aver de la una á la otra parte, dos, ó tres mil leguas. Y todo eſto ſe hace por induſtria, y ſabiduria deſtos ſabios encantadores, que tienen cuidado deſtos valeroſos cavalleros. Así que, amigo Sancho, no ſe me hace dificultoſo creer, que en tan breve tiempo ayas ido, y venido deſde eſte lugar al del Toboſo, pues como tengo dicho, algun Sabio amigo te devió de llevar en bolandillas, ſin que tu lo ſintiéſes. Así

ſería, dixo Sancho, porque á buena fe que andava Rozinante como ſi fuera aſno de Gitano con azogue en los oidos. Y como ſi llevava azogue, dixo Don Quixote, y aun una legion de demonios, que es gente que camina, y hace caminar ſin canſarſe todo aquello que ſe les antoja. Pero dexando eſto á parte, que te parece á tí que devo yo de hacer aora, cerca de lo que mi ſeñora me manda, que la vaya á ver, que aunque yo veo que eſtoy obligado á cumplir ſu mandamiento, veome tambien impoſibilitado del don que he prometido á la Princeſa, que con noſotros viene, y fuerzame la ley de cavalleria á cumplir mi palabra, antes que mi guſto. Por una parte me acoſa, y fatiga el deſeo de ver á mi ſeñora, por otra me incita, y llama, la prometida fé, y la gloria que he de alcanzar en eſta empreſa. Pero lo que pienſo hacer, ſerá caminar á priéſa, y llegar preſto donde eſtá eſte Gigante, y en llegando le cortaré la cabeza, y pondré á la Princeſa pacificamente en ſu Eſtado, y al punto daré la buelta á ver á la luz que mis ſentidos alumbra. A la qual daré tales diſculpas, que ella venga á tener por buena mi tardanza, pues verá que todo redunda en aumento de ſu gloria, y fama, pues quanta yo he alcanzadó, alcanzo, y alcanzaré por las armas en eſta vida, toda me viene del favor que ella me da, y de ſer yo ſuyo. Ay dixo Sancho, y como eſtá vueſtra merced laſtimado de eſos caſcos. Pues digame ſeñor, pienſa vueſtra merced caminar eſte camino en balde? Y dexar piſar, y perder un tan rico, y tan principal caſamiento como eſte, donde le dan en dote un Reino? Que a buena verdad, que he oido decir, que tiene mas de veinte mil leguas de contorno, y que es abundantiſimo de todas las coſas que ſon neceſarias para el ſuſtento de la vida humana, y que es mayor que Portugal, y que Caſtilla juntos. Calle por amor de Dios, y tenga verguenza de lo que ha dicho, y tome mi conſejo, y perdoneme, y caſeſe

luego

luego en el primer lugar que aya Cura, y fino aí eſtá nueſtro Licenciado, que lo hará de perlas. Y advierta que ya tengo edad para dar conſejos, y que eſte que le doy le viene de molde, que mas vale paxaro en mano, que buitre bolando, porque quien bien tiene, y mal eſcoge, por bien que ſe enoja, no ſe venga. Mira Sancho, reſpondió Don Quixote, ſi el conſejo que me das de que me caſe es, porque ſea luego Rey en matando al Gigante, y tenga comodo para hacerte mercedes, y darte lo prometido. Hagote ſaber, que ſin caſarme, podré cumplir tu deſeo muy facilmente, porque yo ſacaré de adahala, antes de entrar en la batalla, que ſaliendo vencedor della, ya que no me caſe, me han de dar una parte del Reino, para que la pueda dar á quien yo quiſiere: y en dandomela, á quien quieres tu que la dé, ſino á ti? Eſo eſtá claro, reſpondió Sancho, pero mire vueſtra merced que la eſcoja hácia la marina, porque ſino me contentare la vivienda, pueda embarcar mis negros vaſallos, y hacer dellos lo que ya he dicho. Y vueſtra merced no ſe cure de ir por aora á ver mi ſeñora Dulcinea, ſino vayaſe á matar al Gigante, y concluyamos eſte negocio, que por Dios que ſe me afienta, que ha de ſer de mucha honra, y de mucho provecho. Digote Sancho, dixo Don Quixote, que eſtás en lo cierto, y que avré de tomar tu conſejo, en quanto el ir antes con la Princeſa, que á ver á Dulcinea. Y aviſote que no digas nada á nadie, ni á los que con noſotros vienen, de lo que aquí hemos departido, y tratado, que pues Dulcinea es tan recatada, que no quiere que ſe ſepan ſus penſamientos, no ſerá bien que yo, ni otro por mí los deſcubra. Pues ſi eſo es así, dixo Sancho, como hace vueſtra merced, que todos los que vence por ſu brazo, ſe vayan á preſentar ante mi ſeñora Dulcinea, ſiendo eſto firma de ſu nombre, que la quiere bien, y que es ſu enamorado? Y ſiendo forzoſo que los que fuéren, ſe han de ir á hincar de finojos ante ſu preſencia,

y de-

y decir que van de parte de vueſtra merced á dalle la obediencia, como ſe pueden encubrir los penſamientos de entrambos? O que necio, y que ſimple que eres, dixo Don Quixote. Tu no ves Sancho, que eſo todo redunda en ſu mayor enſalzamiento. Porque has de ſaber, que en eſte nueſtro eſtilo de cavalleria, es gran honra tener una dama muchos cavalleros andantes que la ſirvan, ſin que ſe eſtiendan mas ſus penſamientos, que á ſervilla, por ſolo ſer ella quien es, ſin eſperar otro premio de ſus muchos, y buenos deſeos, ſino que ella ſe contente de acetarlos por ſus cavalleros. Con eſa manera de amor, dixo Sancho, he oido yo predicar, que ſe ha de amar á nueſtro Señor por sí ſolo, ſin que nos mueva eſperanza de gloria, ó temor de pena. Aunque yo le querria amar, y ſervir, por lo que pudiéſe. Valate el diablo por villano, dixo Don Quixote, y que de diſcreciones dices á las veces, no parece ſino que has eſtudiado. Pues á fe mia que no ſé leer, reſpondió Sancho. En eſto les dió voces Maeſe Nicolas, que eſperaſen un poco, que querian detenerſe á bever en una fuentecilla que alli eſtava. Detuvoſe Don Quixote, con no poco guſto de Sancho, que ya eſtava canſado de mentir tanto, y temía no le cogieſe ſu Amo á palabras. Porque, pueſto que él ſabia que Dulcinea era una labradora del Toboſo, no la avia viſto en toda ſu vida. Aviaſe en eſte tiempo veſtido Cardenio los veſtidos que Dorotea traya, quando le hallaron, que aunque no eran muy buenos, hacían mucha ventaja á los que dexava. Apearonſe junto á la fuente, y con ló que el Cura ſe acomodó en la venta, ſatisficieron, aunque poco, la mucha hambre que todos trayan.

Eſtando en eſto, acertó á paſar por alli un muchacho, que iva de camino, el qual poniendoſe á mirar con mucha atencion á los que en la fuente eſtavan: de alli á poco arremetió á Don Quixote, y abrazandole por las piernas, comenzó á llorar muy de propoſito,

poſito, diciendo: Ay ſeñor mio, no me conoce vueſtra merced? Pues mireme bien, que yo ſoy aquel mozo Andres, que quitó vueſtra merced de la encina donde eſtava atado. Reconocióle Don Quixote, y aſiendole por la mano ſe bolvió á los que alli eſtavan, y dixo: Porque vean vueſtras mercedes, quan de importancia es aver cavalleros andantes en el mundo, que desfagan los tuertos, y agravios, que en el ſe hacen por los inſolentes, y malos hombres, que en el viven, ſepan vueſtras mercedes, que los dias paſados, paſando yo por un boſque, oy unos gritos, y unas voces muy laſtimoſas, como de perſona afligida, y meneſteroſa: acudí luego, llevado de mi obligacion, hácia la parte donde me pareció que las lamentables voces ſonavan, y hallé atado á una encina á eſte muchacho que aora eſtá delante (de lo que me huelgo en el alma, porque ſerá teſtigo que no me dexará mentir en nada.) Digo que eſtava atado á la encina deſnudo del medio cuerpo arriba, y eſtavale abriendole á azotes con las riendas de una yegua un villano, que deſpues ſupe que era amo ſuyo: y así como yo le vi, le pregunté la cauſa de tan atroz vapulamiento: reſpondió el zafio, que le azotava, porque era ſu criado, y que ciertos deſcuidos que tenía nacían mas de ladron, que de ſimple. A lo qual eſte niño dixo: Señor no me azota ſino porque le pido mi ſalario. El amo replicó no ſe que arengas, y diſculpas, las quales aunque de mí fueron oidas, no fueron admitidas. En reſolucion, yo le hize deſatar, y tomé juramento al villano, de que le llevaría conſigo, y le pagaría un real ſobre otro, y aun ſahumados. No es verdad todo eſto hijo Andres? no notaſte con quanto imperio ſe lo mandé, y con quanta humildad prometió de hacer todo quanto yo le impuſe, y notifique, y quiſe? Reſponde, no te turbes, ni dudes en nada, dí lo que paſó á eſtos ſeñores, porque ſe vea, y considere ſer del provecho que digo, aver cavalleros andantes por los caminos. Todo

lo que vueſtra merced ha dicho es mucha verdad, reſpondió el muchacho, pero el fin del negocio ſucedió muy al reves de lo que vueſtra merced ſe imagina. Como al reves? replicó Don Quixote: luego no te pagó el villano? No ſolo no me pagó, reſpondió el muchacho, pero así como vueſtra merced traſpuſo del boſque, y quedamos ſolos, me bolvió á atar á la miſma encina, y me dió de nuevo tantos azotes, que quedé hecho un San Bartolome deſolladó. Y á cada azote que me dava, me decia un donaire, y chuſeta, acerca de hacer burla de vueſtra merced, que á no ſentir yo tanto dolor, me riyéra de lo que decia. En efeto, él me paró tal, que haſta aora he eſtado curandome en un hoſpital del mal que el mal villano entonces me hizo. De todo lo qual tiene vueſtra merced la culpa, porque ſi ſe fuéra ſu camino adelante, y no viniéra donde no le llamavan, ni ſe entremetiéra en negocios agenos, mi amo ſe contentara con darme una, ó dos dozenas de azotes, y luego me ſoltara, y pagara quanto me devia. Mas como vueſtra merced le deſhonró tan ſin propoſito, y le dixo tantas villanias, encendióſele la colera, y como no la pudo vengar en vueſtra merced, quando ſe vió ſolo deſcargó ſobre mí el nublado, de modo que me parece, que no ſeré mas hombre en toda mi vida. El daño eſtuvo, dixo Don Quixote, en irme yo de alli, que no me avia de ir haſta dexarte pagado: porque bien devia yo de ſaber por luengas experiencias, que no ay villano que guarde palabra que tiene, ſi él vee que no le eſtá bien guardalla. Pero ya te acuerdas, Andres, que yo juré que ſino te pagava, que avia de ir a buſcarle, y que le avia de hallar, aunque ſe eſcondiéſe en el vientre de la Vallena. Así es la verdad, dixo Andres, pero no aprovechó nada. Aora verás ſi aprovecha, dixo Don Quixote, y diciendo eſto, ſe levantó muy aprieſa, y mandó á Sancho que enfrenaſe á Rozinante (que eſtava paciendo en tanto que ellos comían.)

Pre-

Preguntóle Dorotea, que era lo que hacer queria? El le reſpondió, que queria ir á buſcar al villano, y caſtigalle de tan mal termino, y hacer pagado á Andres, haſta el ultimo maravedí, á deſpecho, y peſar de quantos villanos huvieſe el mundo. A lo que ella reſpondió, que advirtiéſe, que no podia conforme al don prometido entremeterſe en ninguna empreſa, haſta acabar la ſuya, y que pues eſto ſabia él mejor que otro alguno, que ſoſegáſe el pecho, haſta la buelta de ſu Reino. Así es verdad, reſpondió Don Quixote, y es forzoſo que Andres tenga paciencia haſta la buelta, como vos ſeñora decis, que yo le torno á jurar, y á prometer de nuevo, de no parar haſta hacerle vengado, y pagado. No me creo deſos juramentos, dixo Andres, mas quiſiéra tener aora con que llegar á Sevilla, que todas las venganzas del mundo: deme ſi tiene aí algo que coma, y lleve, y quedeſe con Dios ſu merced, y todos los cavalleros andantes, que tambien andantes ſean ellos para conſigo, como lo han ſido para conmigo. Sacó de ſu repueſto Sancho un pedazo de pan, y otro de queſo, y dandoſelo al mozo, le dixo: Toma hermano Andres, que á todos nos alcanza parte de vueſtra deſgracia. Pues que parte os alcanzá á vos, preguntó Andres? Eſta parte de queſo, y pan que os doy, reſpondió Sancho, que Dios ſabe ſi me ha de hacer falta, ó no, porque os hago ſaber, amigo, que los eſcuderos de los cavalleros andantes eſtamos ſujetos á mucha hambre, y á mala ventura, y aun á otras coſas, que ſe ſienten mejor que ſe dicen. Andres aſió de ſu pan, y queſo, y viendo que nadie le dava otra coſa, abaxó ſu cabeza, y tomó el camino en las manos, como ſuele decirſe. Bien es verdad, que al partirſe dixo á Don Quixote: Por amor de Dios, Señor Cavallero Andante, que ſi otra vez me encontrare, aunque vea que me hacen pedazos no me ſocorra, ni ayude, ſino dexeme con mi deſgracia, que no ſerá tanta, qne no ſea mayor la que me vendrá de ſu ayuda de

vueſtra merced, á quien Dios maldiga, y á todos quantos cavalleros andantes han nacido en el mundo. Ivaſe á levantar Don Quixote para caſtigalle, mas él ſe puſo á correr de modo, que ninguno ſe atrevió á ſeguillo. Quedó corridiſimo Don Quixote del cuento de Andres, y fue meneſter que los demas tuviéſen mucha cuenta con no reirſe, por no acaballe de correr del todo.

Cap. XXXII. Que trata de lo que ſucedió en la venta á toda la quadrilla de Don Quixote.

ACabóſe la buena comida, enſillaron luego, y ſin que les ſucediéſe coſa digna de contar, llegaron otro dia á la venta, eſpanto y aſombro de Sancho Panza: y aunque él quiſiera no entrar en ella, no lo pudo huir. La Ventera, Ventero, ſu hija, y Maritornes, que viéron venir á Don Quixote, y á Sancho, les ſaliérom á recebir con mueſtras de mucha alegria, y él las recibió con grave continente, y aplauſo, y dixoles que le aderezáſen otro mejor lecho, que la vez paſada: á lo qual reſpondió la hueſpeda, que como la pagaſe mejor que la otra vez, que ella ſe la daría de Principes. Don Quixote dixo, que ſi haría, y así le aderezaron una razonable en el miſmo camaranchon de marras: y él ſe acoſtó luego, porque venia muy quebrantado, y falto de juicio. No ſe huvo bien encerrado, quando la hueſpeda arremetió al Barbero, y aſiendole de la barba dixo: Para mi ſantiguada, que no ſe ha aun de aprovechar mas de mi rabo para ſu barba, y que me ha de bolver mi cola, que anda lo de mi marido por eſos ſuelos que es verguenza, digo el peine, que ſolia yo colgar de mi buena cola. No ſe la queria dar el Barbero, aunque ella mas tirava, haſta que el Licenciado

ciado le dixo, que ſe la diéſe, que ya no era meneſter mas uſar de aquella induſtria, ſino que ſe deſcubriéſe, y moſtráſe en ſu miſma forma, y dixéſe á Don Quixote que quando lo deſpojaron los ladrones Galeotes ſe avia venido á aquella venta huyendo, y que ſi preguntaſe por el eſcudero de la Princeſa, le dirían que ella le avia embiado adelante á dar aviſo á los de ſu Reino, como ella iva, y llevava conſigo el libertador de todos. Con eſto dió de buena gana la cola á la Ventera el Barbero, y aſsí miſmo le bolviéron todos los aderentes, que avia preſtado para la libertad de Don Quixote. Eſpantaronſe todos los de la venta de la hermoſura de Dorotea, y aun del buen talle del zagal Cardenio. Hizo el Cura, que les adereza-ſen de comer de lo que en la venta huviéſe, y el hueſped con eſperanza de mejor paga, con diligencia les aderezó una razonable comida, y á todo eſto dormia Don Quixote, y fueron de parecer de no deſpertalle. Porque mas provecho le haría por entonces el dormir, que el comer. Trataron ſobre comida, eſtando delante el Ventero, ſu muger, ſu hija, y Maritornes, todos los paſageros de la eſtraña locura de Don Quixote, y del modo que le avian hallado. La hueſpeda les contó lo que con él, y con el harriero les avia acontecido, mirando ſi acaſo eſtava alli Sancho, y como no le viéſe, contó todo lo de ſu manteamiento, de que no poco guſto recibiéron. Y como el Cura dixéſe, que los libros de cavallerías, que Don Quixote avia leido le avian buelto el juicio, dixo el Ventero: No ſé yo como puede ſer eſo, que en verdad que á lo que yo entiendo no ay mejor letura en el mundo, y que tengo aí dos, ó tres dellos con otros papeles, que verdaderamente me han dado la vida, no ſolo á mí, ſino á otros muchos. Porque quando es tiempo de la ſiega ſe recogen aquí las ſieſtas muchos ſegadores, y ſiempre ay algunos que ſaben leer, el qual coge uno deſtos libros en las manos, y rodeamonos dél mas de treinta, y eſtamoſſe eſcuchando,

chando con tanto gusto que nos quita mil canas: alomenos de mí sé decir, que quando oyo decir aquellos furibundos, y terribles golpes que los cavalleros pegan, que me toma gana de hacer otro tanto, y que querria estar oyendolos noches, y dias. Y yo ni mas, ni menos, dixo la Ventera, porque nunca tengo buen rato en mi casa, sino aquel que vos estays escuchando leer, que estays tan embobado, que no os acordays de reñir por entonces. Así es la verdad, dixo Maritornes, y á buena fe, que yo tambien gusto mucho de oir aquellas cosas, que son muy lindas, y mas quando cuentan, que se está la otra señora debaxo de unos naranjos abrazada con su cavallero, y que les está una dueña haciendoles la guarda, muerta de embidia, y con mucho sobresalto. Digo que todo esto es cosa de mieles. Y á vos que os parece, señora donzella, dixo el Cura, hablando con la hija del ventero? No sé señor, en mi anima, respondió ella, tambien yo lo escucho, y en verdad que aunque no lo entiendo, que recibo gusto en oillo: pero no gusto yo de los golpes de que mi padre gusta, sino de las lamentaciones que los cavalleros hacen, quando estan ausentes de sus señoras: que en verdad, que algunas veces me hacen llorar de compasion que les tengo. Luego bien las remediarades vos, señora donzella, dixo Dorotea, si por vos lloraran? No sé lo que me hiciéra, respondió la moza, solo sé que ay algunas señoras de aquellas tan crueles, que las llaman sus cavalleros tigres, y leones, y otras mil inmundicias. Y Iesus, yo no sé que gente es aquella tan desalmada, y tan sin conciencia, que por no mirar á un hombre honrado, le dexan que se muera, ó que se buelva loco. Yo no sé para que es tanto melindre, si lo hacen de honradas, casense con ellos, que ellos no desean otra cosa. Calla niña, dixo la Ventera, que parece que sabes mucho destas cosas: y no está bien á las donzellas saber, ni hablar tanto. Como me lo pregunta este señor, respondió ella,

no pude dexar de reſpondelle. Aora bien, dixo el Cura, traedme ſeñor hueſped aqueſos libros, que los quiero ver. Que me place, reſpondio él, y entrando en ſu apoſento ſacó del una maletilla vieja cerrada con una cadenilla, y abriendola halló en ella tres libros grandes, y unos papeles de muy buena letra eſcritos de mano. El primer libro que abrió, vió que era Don Cirongilio de Tracia: y el otro de Felixmarte de Ircania: y el otro la hiſtoria del gran Capitan Gonzalo Hernandez de Cordova, con la vida de Diego Garcia de Paredes. Así como el Cura leyó los dos titulos primeros, bolvió el roſtro al Barbero, y dixo: Falta nos hacen aqui aora el Ama de mi amigo, y ſu Sobrina. No hacen, reſpondió el Barbero, que tambien ſé yo llevarlos al corral, ó á la chiminea, que en verdad, que ay muy buen fuego en ella. Luego quiere vueſtra merced quemar mas libros, dixo el Ventero? No mas, dixo el Cura, que eſtos dos, el de Don Cirongilio, y el de Felixmarte. Pues por ventura, dixo el Ventero, mis libros ſon hereges, ó flematicos, que los quiere quemar? Ciſmaticos quereys decir amigo, dixo el Barbero, que no flematicos. Así es, replicó el Ventero: mas ſi alguno quiere quemar ſea eſe del gran Capitan, y deſe Diego Garcia, que antes dexaré quemar un hijo, que dexar quemar ninguno deſotros. Hermano mio, dixo el Cura, eſtos dos libros ſon mentiroſos, y eſtan llenos de diſparates, y devaneos. Y eſte del gran Capitan es hiſtoria verdadera, y tiene los hechos de Gonzalo Hernandez de Cordova: el qual por ſus muchas, y grandes hazañas mereció ſer llamado de todo el mundo el gran Capitan, renombre famoſo, y claro, y dél ſolo merecido. Y eſte Diego Garcia de Paredes, fue un principal cavallero, natural de la ciudad de Truxillo, en Eſtremadura, valentiſimo ſoldado, y de tantas fuerzas naturales, que detenía con un dedo una rueda de molino en la mitad de ſu furia. Y pueſto con un montante en la entrada de una

puente

puente detuvo á todo un innumerable exercito, que no paſaſe por ella. Y hizo otras tales coſas, que como ſi él las cuenta, y las eſcrive él así miſmo con la modeſtia de cavallero; y de coroniſta propio las eſcriviéra otro libre, y deſapaſionado, puſiéran en ſu olvido las de los Hetores, Aquiles, y Roldanes. Tomaos con mi padre, dixo el dicho Ventero, mirad de que ſe eſpanta de detener una rueda de molino, por Dios aora: avia vueſtra merced de leer lo que leí yo de Felixmarte de Ircania, que de un reves ſolo partió cinco gigantes por la cintura, como ſi fueran hechos de havas, como los fraylecicos que hacen los niños. Y otra vez arremetió con un grandiſimo, y poderoſiſimo exercito donde llevó mas de un millon, y ſeiſcientos mil ſoldados, todos armados deſde el pie haſta la cabeza, y los deſbarató á todos, como ſi fueran manadas de ovejas. Pues que me dirán del bueno de Don Cirongilio de Tracia, que fue tan valiente, y animoſo, como ſe verá en el libro donde cuenta, que navegando por un rio le ſalió de la mitad del agua una ſerpiente de fuego, y él así como la vió ſe arrojó ſobre ella, y ſe puſo ahorcaxadas encima de ſus eſcamoſas eſpaldas, y la apretó con ambas manos la garganta, con tanta fuerza, que viendo la ſerpiente que la iva ahogando, no tuvo otro remedio, ſino dexarſe ir á lo hondo del rio, llevandoſe tras sí al cavallero, que nunca la quiſo ſoltar, y quando llegaron allá abaxo, ſe halló en unos palacios, y en unos jardines tan lindos, que era maravilla: y luego la ſierpe ſe bolvió en un viejo anciano, que le dixo tantas de coſas que no ay mas que oir. Calle ſeñor, que ſi oyéſe eſto ſe bolveria loco de placer. Dos higas para el gran Capitan, y para eſe Diego Garcia, que dice. Oyendo eſto Dorotea, dixo callando á Cardenio: poco le falta á nueſtro hueſped para hacer la ſegunda parte de Don Quixote? Así me parece á mí, reſpondió Cardenio, porque ſegun dá indicio, él tiene por cierto, que todo lo que eſtos

libros cuentan paſó, ni mas ni menos que lo eſcriven, y no le harán creer otra coſa frailes deſcalzos. Mirad hermano, tornó á decir el Cura, que no huvo en el mundo Felixmarte de Ircania, ni Don Cirongilio de Tracia, ni otros cavalleros ſemejantes, que los libros de cavallerias cuentan. Porque todo es compoſtura, y ficcion de ingenios ocioſos, que los compuſiéron para el efeto que vos decis de entretener el tiempo, como lo entretienen leyendolos vueſtros ſegadores: porque realmente os juro que nunca tales cavalleros fueron en el mundo, ni tales hazañas, ni diſparates aconteciéron en el. A otro perro con eſe hueſo, reſpondió el Ventero, como ſi yo no ſupiéſe quantos ſon cinco, y á donde me aprieta el zapato: no pienſe vueſtra merced darme papilla, porque por Dios que no ſoy nada blanco. Bueno es, que quiera darme vueſtra merced á entender, que todo aquello que éſtos buenos libros dicen ſea diſparates, y mentiras, eſtando impreſo con licencia de los ſeñores del Conſejo Real, como ſi ellos fueran gente, que avian de dexar imprimir tanta mentira junta, y tantas batallas, y tantos encantamentos, que quitan el juicio. Ya os he dicho amigo, replicó el Cura, que eſto ſe hace para entretener nueſtros ocioſos penſamientos: y así como ſe conſiente en las Republicas bien concertadas, que aya juegos de Axedrez, de pelota, y de trucos, para entretener á algunos, que ni tienen, ni deven, ni pueden trabajar: así ſe conſiente imprimir, y que aya tales libros: creyendo, como es verdad, que no ha de aver alguno tan ignorante, que tenga por hiſtoria verdadera ninguna deſtos libros. Y ſi me ſuera licito agora, y el auditorio lo requiriéra, yo dixéra coſas acerca de lo que han de tener los libros de cavallerias para ſer buenos, que quiza fuéran de provecho, y aun de guſto para algunos: pero yo eſpero, que vendrá tiempo en que lo pueda comunicar con quien pueda remediallo, y en eſte entretanto, creed, ſeñor Ventero, lo que os he

dicho, y tomad vueſtros libros, y allá os avenid con ſus verdades, ó mentiras, y buen provecho os hagan, y quiera Dios, que no coxeeys del pie que coxea vueſtro hueſped Don Quixote. Eſo no, reſpondió el Ventero, que no ſeré yo tan loco, que me haga cavallero andante, que bien veo, que aora no ſe uſa lo que ſe uſava en aquel tiempo, quando ſe dice, que andavan por el mundo eſtos famoſos cavalleros. A la mitad deſta platica ſe halló Sancho preſente, y quedó muy confuſo, y penſativo de lo que avia oido decir, que aora no ſe uſavan cavalleros andantes, y que todos los libros de cavallerias eran necedades, y mentiras: y propuſo en ſu corazon de eſperar en lo que parava aquel viage de ſu Amo, y que ſino ſalia con la felicidad que él penſava, determinava de dexalle, y bolverſe con ſu muger, y ſus hijos á ſu acoſtumbrado trabajo. Llevavaſe la maleta, y los libros el Ventero, mas el Cura le dixo: Eſperad que quiero ver que papeles ſon eſos, que de tan buena letra eſtan eſcritos: ſacólos el hueſped, y dandoſelos á leer, vió haſta obra de ocho pliegos eſcritos de mano, y al principio tenían un titulo grande que decia: Novela del Curioſo Impertinente: leyó el Cura para sí tres, ó quatro renglones, y dixo: Cierto que no me parece mal el titulo deſta novela, y que me viene voluntad de leella toda. A lo que reſpondió el Ventero: Pues bien puede leella ſu reverencia, porque le hago ſaber, que á algunos hueſpedes que aquí la han leido les ha contentado mucho, y me la han pedido con muchas veras, mas yo no ſe la he querido dar, penſando bolverſela á quien aquí dexó eſta maleta olvidada con eſtos libros, y eſos papeles, que bien puede ſer que buelva ſu dueño por aquí algun tiempo: y aunque ſé que me han de hacer falta los libros, á fé que ſe les he de bolver, que aunque ventero toda via ſoy Chriſtiano. Vos teneys mucha razon amigo, dixo el Cura, amas con todo eſo, ſi la novela me contenta, me la aveys de dexar traſladar: De muy

buena

buena gana, reſpondió el Ventero. Mientras los dos eſto decian, avia tomado Cardenio la novela, y comenzado á leer en ella: y pareciendole lo miſmo que al Cura, le rogó que la leyéſe de modo que tódos la oyéſen. Sí leyera, dixo el Cura, ſino fuéra mejor gaſtar eſte tiempo en dormir, que en leer. Harto repoſo ſerá para mí, dixo Dorotea, entretener el tiempo oyendo algun cuento, pues aun no tengo el eſpiritu tan ſoſegado, que me conceda dormir quando fuéra razon. Pues deſa manera, dixo el Cura, quiero leerla por curioſidad ſiquiera, quizá tendrá alguna de guſto. Acudió Maeſe Nicolas á rogarle lo miſmo, y Sancho tambien: lo qual viſto del Cura, y entendiendo que á todos daría guſto, y él le recebiria, dixo: Pues así es, eſtenme todos atentos, que la Novela comienza deſta manera.

Cap. XXXIII. Donde ſe cuenta la Novela del Curioſo Impertinente.

EN Florencia, ciudad rica, y famoſa de Italia, en la Provincia que llaman Toſcana, vivian Anſelmo, y Lotario, dos cavalleros ricos, y principales, y tan amigos, que por excellencia, y antonomaſia, de todos los que los conocian, los dos amigos eran llamados: eran ſolteros, mozos de una miſma edad, y de unas miſmas coſtumbres: todo lo qual era baſtante cauſa á que los dos con reciproca amiſtad ſe correſpondiéſen. Bien es verdad, que el Anſelmo era algo mas inclinado á los paſatiempos amoroſos que el Lotario, al qual llevavan tras sí los de la caza. Pero quando ſe ofrecia, dexava Anſelmo de acudir á ſus guſtos, por ſeguir los de Lotario: y Lotario dexava los ſuyos por acudir á los de Anſelmo: y deſta manera andavan tan á una ſus voluntades, que no avia con-

certado relox que así lo anduviéſe. Andava Anſelmo perdido de amores de una donzella principal, y hermoſa, de la miſma ciudad, hija de tan buenos padres, y tan buena ella por sí, que ſe determinó (con el parecer de ſu amigo Lotario, ſin el qual ninguna coſa hacía) de pedilla por eſpoſa á ſus padres, y así lo puſo en execucion, y él que llevó la embaxada fue Lotario, y él que concluyó el negocio tan á guſto de ſu amigo, que en breve tiempo ſe vió pueſto en la poſeſion que deſeava, y Camila tan contenta de aver alcanzado á Anſelmo por eſpoſo, que no ceſava de dar gracias al cielo, y á Lotario, por cuyo medio tanto bien le avia venido. Los primeros dias, como todos los de boda ſuelen ſer alegres, continuó Lotario, como ſolia, la caſa de ſu amigo Anſelmo, procurando honralle, feſtejalle, y regozijalle con todo aquello que á él le fue poſible. Pero acabadas las bodas, y ſoſegada ya la frequencia de las viſitas, y parabiénes, comenzó Lotario á deſcuidarſe con cuidado de las idas en caſa de Anſelmo, por parecerle á él (como es razon que parezca á todos los que fueren diſcretos) que no ſe han de viſitar, ni continuar las caſas de los amigos caſados de la miſma manera que quando eran ſolteros. Porque aunque la buena, y verdadera amiſtad no puede, ni deve de ſer ſoſpechoſa en nada, con todo eſto es tan delicada la honra del caſado, que parece que ſe puede ofender, aun de los miſmos hermanos, quanto mas de los amigos. Notó Anſelmo la remiſion de Lotario, y formó dél quexas grandes, diciendole, que ſi él ſupiéra, que el caſarſe avia de ſer parte para no comunicalle, como ſolia, que jamas lo huviéra hecho: y que ſi por la buena correſpondencia que los dos tenían mientras el fue ſoltero avian alcanzado tan dulce nombre como el ſer llamados los Dos Amigos, que no permitiéſe, por querer hacer del circunſpecto, ſin otra ocaſion alguna, que tan famoſo, y tan agradable nombre ſe perdiéſe: y que así le ſuplicava,

ſi era

ſi era licito, que tal termino de hablar ſe uſaſe entre ellos, que bolviéſe á ſer ſeñor de ſu caſa, y á entrar, y ſalir en ella, como de antes, aſegurandole que ſu eſpoſa Camila no tenía otro guſto, ni otra voluntad que la que él queria que tuviéſe: y que por aver ſabido ella con quantas veras los dos ſe amavan, eſtava confuſa de ver en él tanta eſquiveza. A todas eſtas, y otras muchas razones, que Anſelmo dixo á Lotario, para perſuadille bolviéſe como ſolia á ſu caſa, reſpondió Lotario con tanta prudencia, diſcrecion, y aviſo, que Anſelmo quedó ſatisfecho de la buena intencion de ſu amigo: y quedaron de concierto, que dos dias en la ſemana, y las fieſtas fuéſe Lotario á comer con él: y aunque eſto quedó así concertado entre los dos, propuſo Lotario de no hacer mas de aquello que viéſe que mas convenia á la honra de ſu amigo, cuyo credito eſtimava en mas que el ſuyo propio. Decia él, y decia bien, que el caſado á quien el cielo avia concedido muger hermoſa tanto cuidado avia de tener, que amigos llevava á ſu caſa, como en mirar, con que amigas ſu muger converſava, porque lo que no ſe hace, ni concierta en las plazas, ni en los templos, ni en las fieſtas publicas, ni eſtaciones, (coſas que no todas veces las han de negar los maridos á ſus mugeres) ſe concierta, y facilita en caſa de la amiga, ó la parienta de quien mas ſatisfacion ſe tiene. Tambien decia Lotario, que tenían neceſidad los caſados de tener cada uno algun amigo que le advirtiéſe de los deſcuidos, que en ſu proceder hiciéſe, porque ſuele acontecer, que con el mucho amor que el marido á la muger tiene, ó no le advierte, ó no le dice por no enojalla, que haga, ó dexe de hacer algunas coſas, que el hazellas, ó no, le ſería de honra, ó de vituperio: de lo qual ſiendo del amigo advertido ſacilmente pondria remedio en todo: pero donde ſe hallará amigo tan diſcreto, y tan leal, y verdadero, como aquí Lotario le pide, no lo ſé yo por cierto: ſolo Lotario era eſte, que

con

cón toda ſolicitud, y advertimiento mirava por la honra de ſu amigo, y procurava dezmar, friſar, y acortar los dias del concierto del ir á ſu caſa, porque no pareciéſe mal al vulgo ocioſo, y á los ojos vagabundos, y malicioſos la entrada de un mozo rico, gentilhombre, y bien nacido, y de las buenas partes, que él penſava que tenía, en la caſa de una muger tan hermoſa como Camila: que pueſto que ſu bondad, y valor podia poner freno á toda maldiciente lengua, toda via no queria poner en duda ſu credito, ni el de ſu amigo, y por eſto los mas de los dias del concierto los ocupava, y entretenía en otras coſas, que él dava á entender ſer ineſcuſables. Así que en quexas del uno, y diſculpas del otro, ſe paſavan muchos ratos, y partes del dia. Sucedió pues, que uno, que los dos ſe andavan paſeando por un prado fuera de la ciudad, Anſelmo dixo á Lotario las ſemejantes razones.

Penſavas amigo Lotario, que á las mercedes que Dios me ha hecho en hacerme hijo de tales padres, como fueron los mios, y al darme no con mano eſcaſa los bienes, así los que llaman de naturaleza, como los de fortuna, no puedo yo correſponder con agradecimiento, que llegue al bien recebido, y ſobre al que me hizo en darme á tí por amigo, y á Camila por muger propia, dos prendas que las eſtimo, ſino en el grado que devo, y en el que puedo, pues con todas eſtas partes, que ſuelen ſer el todo con que los hombres ſuelen, y pueden vivir contentos, vivo yo el mas deſpechado, y el mas deſabrido hombre de todo el univerſo mundo? Porque no ſé que dias á eſta parte me fatiga, y aprieta un deſéo tan eſtraño, y tan fuera del uſo comun de otros, que yo me maravillo de mí miſmo, y me culpo, y me riño á ſolas, y procuro callarlo, y encubrillo de mis propios penſamientos: y así me ha ſido poſible ſalir con eſte ſecreto, como ſi de induſtria procurara decillo á todo el mundo: y pues que en efeto el ha de ſalir á plaza, quiero que ſea

en

en la del archivo de tu ſecreto: confiado que con el, y con la diligencia que pondrâs, como mi amigo verdadero en remediarme, yo me veré preſto libre de la anguſtia que me cauſa, y llegará mi alegria por tu ſolicitud al grado que ha llegado mi deſcontento por mi locura. Suſpenſo tenían á Lotario las razones de Anſelmo, y no ſabia en que avia de parar tan larga prevencion, ó preambulo: y aunque iva rebolviendo en ſu imaginacion que deſeo podria ſer aquel que á ſu amigo tanto fatigava, dió ſiempre muy lexos del blanco de la verdad: y por ſalir preſto de la agonia que le cauſava aquella ſuſpenſion le dixo, que hacia notorio agravio á ſu mucha amiſtad, en andar buſcando rodéos, para decirle ſus mas encubiertos penſamientos, pues tenía cierto que ſe podia prometer dél, ó ya conſejos para entretenellos, ó ya remedio para cumplillos. Asi es la verdad, reſpondió Anſelmo, y con eſa confianza te hago ſaber, amigo Lotario, que el deſeo que me fatiga, es penſar ſi Camila mi eſpoſa eſtá tan buena, y tan perfeta como yo pienſo: y no puedo enterarme en eſta verdad, ſino es provandola, de manera que la prueva manifieſte los quilates de ſu bondad, como el fuego mueſtra los del oro. Porque yo tengo para mí (ó amigo) que no es una muger mas buena de quanto es, ó no es ſolicitada: y que aquella ſola es fuerte, que no ſe dobla á las promeſas, á las dadivas, á las lagrimas, y á las continuas importunidades de los ſolicitos amantes. Porque que ay que agradecer, decia él, que una muger ſea buena, ſi nadie le dice que ſea mala? Que mucho que eſté recogida, y temeroſa la que no le dan ocaſion para que ſe ſuelte, y la que ſabe que tiene marido, que encogiendola en la primera deſemboltura, la ha de quitar la vida? Anſi que la que es buena por temor, ó por falta de lugar, yo no la quiero tener en aquella eſtima en que tendré á la ſolicitada, y perſeguida, que ſalió con la corona del vencimiento. De modo que por eſtas razones, y por

otras

otras muchas que te pudiera decir, para acreditar, y fortalecer la opinion que tengo, deſéo que Camila mi eſpoſa paſe por eſtas dificultades, y ſe acriſole, y quilate en el fuego de verſe requerida, y ſolicitada, y de quien tenga valor para poner en ella ſus deſeos: y ſi ella ſale, como creo que ſaldrá, con la palma deſta batalla, tendré yo por ſin igual mi ventura. Podré yo decir, que eſtá colmado el vacio de mis deſeos. Diré que me cupo en ſuerte la muger fuerte, de quien el Sabio dice, que quien la hallará? Y quando eſto ſuceda al reves de lo que pienſo, con el guſto de ver que acerté en mi opinion, llevaré ſin pena, la que de razon podrá cauſarme mí tan coſtoſa experiencia. Y proſupueſto que ninguna coſa de quantas me dixeres en contra de mi deſeo, ha de ſer de algun provecho, para dexar de ponerle por la obra, quiero, ó amigo Lotario, que te diſpongas á ſer el inſtrumento que labre aqueſta obra de mi guſto, que yo te daré lugar para que lo hagas, ſin faltarte todo aquello que yo viere ſer neceſario para ſolicitar á una muger honeſta, honrada, recogida, y deſintereſada. Y mueveme, entre otras coſas, á fiar de tí eſta tan ardua empreſa, el ver que ſi de tí es vencida Camila, no ha de llegar el vencimiento á todo trance, y rigor, ſino á ſolo á tener por hecho lo que ſe ha de hacer por buen reſpeto, y así no quedaré yo ofendido mas de con el deſéo, y mi injuria quedará eſcondida en la virtud de tu ſilencio, que bien ſé, que en lo que me tocare ha de ſer eterno como el de la muerte. Así que ſi quieres que yo tenga vida, que pueda decir, que lo es deſde luego has de entrar en eſta amoroſa batalla, no tibia, ni perezoſamente, ſino con el ahinco, y diligencia que mi deſeo pide, y con la confianza que nueſtra amiſtad me aſegura. Eſtas fueron las razones que Anſelmo dixo á Lotario; á todas las quales eſtuvo tan atento, que ſino fueron las que quedan eſcritas que le dixo, no deſplegó ſus labios haſta que

huvo

huvo acabado: y viendo que no decia mas, deſpues que le eſtuvo mirando un buen eſpacio, como ſi mirara otra coſa que jamas huviera viſto, que le cauſara admiracion, y eſpanto, le dixo: No me puedo perſuadir, ó amigo Anſelmo, á que no ſean burlas las coſas que me has dicho, que á penſar que de veras las decias, no conſintiera, que tan adelante paſaras, porque con no eſcucharte previniera tu larga arenga: ſin duda imagino, ó que no me conoces, ó que yo no te conozco. Pero no, que bien ſé que eres Anſelmo, y tu ſabes que yo ſoy Lotario: el daño eſtá, en que yo pienſo que no eres el Anſelmo que ſolias, y tu deves de aver penſado, que tampoco yo ſoy el Lotario que devia ſer: porque las coſas que me has dicho, ni ſon de aquel Anſelmo mi amigo, ni las que me pides ſe han de pedir á aquel Lotario que tu coñoces. Porque los buenos amigos han de provar á ſus amigos, y valerſe dellos, como dixo un Poeta, *uſque ad aras*, que quiſo decir, que no ſe avian de valer de ſu amiſtad en coſas que fueſen contra Dios. Pues ſi eſto ſintió un Gentil de la amiſtad, quanto mejor es que lo ſienta el Chriſtiano, que ſabe que por ninguna humana ha de perder la amiſtád divina? Y quando el amigo tiraſe tanto la barra, que puſieſe á parte los reſpetos del cielo, por acudir á los de ſu amigo, no ha de ſer por coſas ligeras, y de poco momento, ſino por aquellas en que vaya la honra, y la vida de ſu amigo. Pues dime tu aora, Anſelmo, qual deſtas dos coſas tienes en peligro, para que yo me aventure á complacerte, y á hacer una coſa tan deteſtable como me pides? Ninguna por cierto, antes me pides, ſegun yo entiendo, que procure, y ſolicite quitarte la honra, y la vida, y quitarmela á mí juntamente. Porque ſi yo he de procurar quitarte la honra, claro eſtá, que te quito la vida, pues el hombre ſin honra, peor es que un muerto: y ſiendo yo el inſtrumento, como tu quieres que lo ſea, de tanto mal tuyo, yo vengo á quedar deſhonrado, y por el

miſmo conſiguiente ſin vida. Eſcucha amigo Anſelmo, y ten paciencia de no reſponderme, haſta que acabe de decirte lo que ſe me ofreciere, acerca de lo que te ha pedido tu deſeo, que tiempo quedará para que tu me repliques, y yo te eſcuche. Que me place, dixo Anſelmo, dí lo que quiſieres. Y Lotario proſiguió, diciendo: Pareceme, ó Anſelmo, que tienes tu aora el ingenio como el que ſiempre tienen los Moros, á los quales no ſe les puede dar á entender el error de ſu ſeta, con las acotaciones de la ſanta Eſcritura, ni con razones que conſiſtan en eſpeculacion del entendimiento, ni que vayan fundadas en articulos de fe, ſino que les han de traer exemplos palpables, faciles, intelegibles, demonſtrativos, indubitables, con demonſtraciones Matematicas, que no ſe pueden negar, como quando dicen: Si de dos partes iguales quitamos partes iguales, las que quedan tambien ſon iguales. Y quando eſto no entiendan de palabra, como en efeto no lo entienden, haſeles de moſtrar con las manos, y ponerſelo delante de los ojos, y aun con todo eſto, no baſta nadie con ellos á perſuadirles las verdades de nueſtra ſacra Religion. Y eſte miſmo termino, y modo me convendrá uſar contigo, porque el deſeo que en tí ha nacido, va tan deſcaminado, y tan fuera de todo aquello que tenga ſombra de razonable, que me parece que ha de ſer tiempo mal gaſtado, el que ocupare en darte á entender tu ſimplicidad, que por aora no le quiero dar otro nombre, y aun eſtoy por dexarte en tu deſatino, en pena de tu mal deſeo: mas no me dexa uſar deſte rigor la amiſtad que te tengo, la qual no conſiente que te dexe pueſto en tan manifieſto peligro de perderte. Y porque claro lo veas, dime Anſelmo, tu no me has dicho que tengo de ſolicitar á una retirada? perſuadir á una honeſta? ofrecer á una deſintereſada? ſervir á una prudente? Sí, que me lo has dicho. Pues ſi tu ſabes que tienes muger retirada, honeſta, deſintereſada, y prudente, que buſcas? Y ſi pienſas que de todos mis aſaltos

ſaltos ha de ſalir vencedora, como ſaldrá ſin duda, que mejores titulos pienſas darle deſpues, que los que aora tiene? ó que ſerá mas deſpues de lo que es aora? O es que tu no la tienes por la que dices, ó tu no ſabes lo que pides. Sino la tienes por lo que dices, para que quieres provarla, ſino como á mala, hacer della lo que mas te viniere en guſto? mas ſi es tan buena como crees, impertinente coſa ſerá hacer experiencia de la miſma verdad, pues deſpues de hecha ſe ha de quedar con la eſtimacion que primero tenía. Así que es razon concluyente, que el intentar las coſas, de las quales antes nos puede ſuceder daño que provecho, es de juicios ſin diſcurſo, y temerarios: ó mas quando quieren intentar aquellas á que no ſon forzados, ni compelidos, y que de muy lexos traen deſcubierto, que el intentarlas es manifieſta locura. Las coſas dificultoſas ſe intentan por Dios, ó por el mundo, ó por entrambos á dos: las que ſe acometen por Dios, ſon las que acometieron los ſantos, acometiendo a vivir vida de Angeles en cuerpos humanos: las que ſe acometen por reſpeto del mundo ſon las de aquellos que paſan tanta infinidad de agua, tanta diverſidad de climas, tanta eſtrañeza de gentes, por adquirir eſtos que llaman, bienes de fortuna. Y las que ſe intentan por Dios, y por el mundo juntamente ſon aquellas de los valeroſos ſoldados, que á penas veen en el contrario muro abierto tanto eſpacio, quanto es el que pudo hacer una redonda bala de artilleria, quando pueſto á parte todo temor, ſin hacer diſcurſo, ni advertir al manifieſto peligro que les amenaza, llevados en buelo de las alas del deſeo de bolver por ſu fe, por ſu nacion, y por ſu Rey, ſe arrojan intrepidamente por la mitad de mil contrapueſtas muertes que los eſperan. Eſtas coſas ſon las que ſuelen intentarſe, y es honra, gloria, y provecho intentarlas, aunque tan llenas de inconvenientes, y peligros. Pero la que tu dices, que quieres intentar, y poner por obra, ni te ha de

alcanzar gloria de Dios, bienes de la fortuna, ni fama con los hombres: porque pueſto que ſalgas con ella como deſeas, no has de quedar, ni mas ufano, ni mas rico, ni mas honrado que eſtás aora: y ſino ſales, te has de ver en la mayor miſeria que imaginarſe pueda: porque no te ha de aprovechar penſar entonces, que no ſabe nadie la deſgracia que te ha ſucedido, porque baſtará para afligirte, y deſhacerte, que la ſepas tu miſmo. Y para confirmacion deſta verdad, te quiero decir una eſtancia, que hizo el famoſo Poeta Luys Tanſilo, en el fin de ſu primera parte de las Lagrimas de San Pedro, que dice así.

Crece el dolor, y crece la verguenza
En Pedro quando el dia ſe ha moſtrado,
Y aunque alli no vee á nadie, ſe averguenza
De sí miſmo, por ver que avia pecado:
Que á un magnanimo pecho aver verguenza
No ſolo ha de moverle el ſer mirado;
Que de sí ſe averguenza quando yerrá,
Si bien otro no vee que cielo, y tierra.

Así que no eſcuſarás con el ſecreto tu dolor, antes tendrás que llorar contino, ſino lagrimas de los ojos, lagrimas de ſangre del corazon, como las llorava aquel ſimple Doctor que nueſtro Poeta nos cuenta, que hizo la prueva del vaſo, que con mejor diſcurſo ſe eſcuſó de hacerla el prudente Reynaldos: que pueſto que aquello ſea ficcion Poetica, tiene en sí encerrados ſecretos morales, dignos de ſer advertidos, y entendidos, é imitados. Quanto mas, que con lo que aora pienſo decirte, acabarás de venir en conocimiento del grande error que quieres cometer. Dime Anſelmo, ſi el cielo, ó la ſuerte buena, te huviera hecho ſeñor, y legitimo poſeſor de un

un finiſimo diamante, de cuya bondad, y quilates eſtuvieſen ſatisfechos quantos lapidarios le vieſen, que todos á una voz, y de comun parecer dixeſen, que llegava en quilates, bondad, y fineza, á quanto ſe podia eſtender la naturaleza de tal piedra, y tu miſmo lo creyeſes así, ſin ſaber otra coſa en contrario, ſería juſto que te vinieſe en deſeo de tomar aquel diamante, y ponerle entre un ayunque, y un martillo, y alli á pura fuerza de golpes, y brazos, provar ſi es tan duro, y tan fino como dicen? y mas ſi lo puſieſes por obra: que pueſto caſo que la piedra hicieſe reſiſtencia á tan necia prueva, no por eſo ſe le añadiria mas valor, ni mas fama: y ſi ſe rompieſe, coſa que podria ſer, no ſe perderia todo? Si por cierto, dexando á ſu dueño en eſtimacion de que todos le tengan por ſimple. Pues haz cuenta, Anſelmo amigo, que Camila es finiſimo diamante, así en tu eſtimacion, como en la agena, y que no es razon ponerla en contingencia de que ſe quiebre, pues aunque ſe quede con ſu entereza, no puede ſubir á mas valor del que aora tiene: y ſi faltaſe, y no reſiſtiéſe, conſidera deſde aora, qual quedaria ſin ella, y con quanta razon te podrias quexar de tí miſmo, por aver ſido cauſa de ſu perdicion, y la tuya? Mira que no ay joya en el mundo que tanto valga, como la muger caſta, y honrada, y que todo el honor de las mugeres conſiſte en la opinion buena que dellas ſe tiene: y pues la de tu eſpoſa es tal, que llega al eſtremo de bondad que ſabes, para que quieres poner eſta verdad en duda? Mira amigo, que la muger es animal imperfeto, y que no ſe le han de póner embarazos donde tropiece, y cayga, ſino quitarſelos, y deſpejalle el camino de qualquier inconveniente, para que ſin peſadumbre corra ligera á alcanzar la perfecion que le falta, que conſiſte en el ſer virtuoſa. Cuentan los naturales, que el Arminio es un animalejo que tiene una piel blanquisima, y que quando quieren cazarle los cazadores, uſan deſte artificio, que ſabiendo

las

las partes por donde ſuele paſar, y acudir, las atajan con lodo, y deſpues ojeandole, le encaminan hácia aquel lugar, y así como el Arminio llega al lodo, ſe eſtá quedo, y ſe dexa prender, y cautivar, á trueco de no paſar por el cieno, y perder, y enſuciar ſu blancura, que la eſtima en mas qne la libertad, y la vida. La honeſta, y caſta muger es Arminio, y es mas que nieve blanca, y limpia la virtud de la honeſtidad, y él que quisiere que no la pierda, antes la guarde y conſerve, ha de uſar de otro eſtilo diferente que con el Arminio ſe tiene, porque no le han de poner delante el cieno de los regalos, y ſervicios de los importunos amantes, porque quizá, y aun ſin quiza, no tiene tanta virtud, y fuerza natural, que pueda por sí miſma atropellar, y paſar por aquellos embarazos: y es neceſario quitarſelos, y ponerle delante la limpieza de la virtud, y la belleza que encierra en sí la buena fama. Es así miſmo la buena muger, como eſpejo de criſtal luciente, y claro, pero eſta ſugeto á empañarſe, y eſcurecerſe con qualquiera aliento que lo toque. Haſe de uſar con la honeſta muger el eſtilo que con las reliquias, adorarlas, y no tocarlas. Haſe de guardar, y eſtimar la muger buena, como ſe guarda, y eſtima un hermoſo jardin que eſtá lleno de flores, y roſas, cuyo dueño no conſiente, que nadie le paſee, ni manoſee; baſta que deſde lexos, y por entre las verjas de hierro gozen de ſu fragrancia, y hermoſura. Finalmente, quíero decirte unos verſos que ſe me han venido á la memoria, que los oí en una comedia moderna, que me parece que hacen al propoſito de lo que vamos tratando. Aconſejava un prudente viejo á otro padre de una donzella, que la recogiéſe, guardaſe, y encerraſe, y entre otras razones le dixo eſtas:

Es de vidrio la muger,
Pero no ſe ha de provar

Si ſe puede, ó no quebrar,
Porque todo podria ſer.
Y es mas facil el quebrarſe,
Y no es cordura ponerſe
A peligro de romperſe
Lo que no puede ſoldarſe.
Y en eſta opinion eſten
Todos, y en razon la fundo,
Que ſi ay Danaes en el mundo,
Ay pluvias de oro tambien.

Quanto haſta aquí te he dicho, ó Anſelmo, ha ſido por lo que á tí te toca, y aora es bien que ſe oiga algo de lo que á mí me conviene: y ſi fuere largo, perdoname, que todo lo requiere el laberinto donde te has entrado, y de donde quieres que yo te ſaque. Tu me tienes por amigo, y quieres quitarme la honra, coſa que es contra toda amiſtad: y aun no ſolo pretendes eſto, ſino que procures, que yo te la quite á tí. Que me la quieres quitar á mí, eſtá claro, pues quando Camila vea que yo la ſolicito, como me pides, cierto eſtá, que me ha de tener por hombre ſin honra, y mal mirado, pues intento, y hago una coſa tan ſuera de aquello que el ſer quien ſoy, y tu amiſtad me obliga. De que quieres que te la quite á tí, no ay duda, porque viendo Camila que yo la ſolicito, ha de penſar que yo he viſto en ella alguna liviandad, que me dió atrevimiento á deſcubrirle mi mal deſeo, y teniendoſe por deſhonrada te toca á tí, como á coſa ſuya, ſu miſma deſhonra.. Y de aquí nace lo que comunmente ſe platica, que el marido de la muger adultera, pueſto que él no lo ſepa, ni aya dado ocaſion para que ſu muger no ſea la que deve, ni aya ſido en ſu mano, ni en ſu deſcuido, y poco recato, eſtorvar ſu deſgracia, con todo le llaman, y le nombran con nombre de vituperio, y baxo: y

en

en cierta manera le miran los que la maldad de ſu muger ſaben, con ojos de menoſprecio, en cambio de mirarle con los ojos de laſtima, viendo que no por ſu culpa, ſino por el guſto de ſu mala compañera eſtá en aquella deſventura. Pero quierote decir la cauſa, porque con juſta razon es deſhonrado el marido de la muger mala, aunque él no ſepa que lo es, ni tenga culpa, ni aya ſido parte, ni dado ocaſion para que ella lo ſea: y no te canſes de oirme, que todo ha de redundar en tu provecho. Quando Dios crió á nueſtro primero Padre en el Parayſo terrenal, dice la divina Eſcritura, que infundió Dios ſueño en Adan, y que eſtando durmiendo le ſacó una coſtilla del lado ſinieſtro, de la qual formó á nueſtra madre Eva: y así como Adan deſpertó, y la miró, dixo: Eſta es carne de mi carne, y hueſo de mis hueſos. Y Dios dixo: Por eſta dexará el hombre á ſu padre, y madre, y ſerán dos en una carne miſma. Y entonces fue inſtituido el divino Sacramento del Matrimonio con tales lazos, que ſola la muerte puede deſatarlos. Y tiene tanta fuerza, y virtud eſte milagroſo Sacramento, que hace que dos diferentes perſonas ſean una miſma carne: y aun hace mas en los buenos caſados, que aunque tienen dos almas, no tienen mas de una voluntad. Y de aquí viene, que como la carne de la eſpoſa ſea una miſma con la del eſpoſo, las manchas que en ella caen, ó los defetos que ſe procuran, redundan en la carne del marido, aunque él no aya dado, como queda dicho, ocaſion para aquel daño. Porque así como el dolor del pie, ó de qualquier miembro del cuerpo humano, le ſiente todo el cuerpo, por ſer todo de una carne miſma: y la cabeza ſiente el daño del tovillo, ſin que ella ſe le aya cauſado: Así el marido es participante de la deſhonra de la muger, por ſer una miſma coſa con ella. Y como las honras, y deſhonras del mundo, ſean todas, y nazcan de carne, y ſangre, y las de la muger mala ſean deſte genéro, es forzoſo, que al

marido

marido le quepa parte dellas, y ſea tenido por deſhonrado, ſin que él lo ſepa. Mira pues, ó Anſelmo, al peligro que te pones, en querer turbar el ſoſiego en que tu buena eſpoſa vive. Mira por quan vana, é impertinente curioſidad, quieres rebolver los humores, que aora eſtan ſoſegados en el pecho de tu caſta eſpoſa. Advierte, que lo que aventuras á ganar, es poco, y que lo que perderás ſerá tanto, que lo dexaré en ſu punto, porque me faltan palabras para encarecerlo. Pero ſi todo quanto he dicho no baſta á moverte de tu mal propoſito, bien puedes buſcar otro inſtrumento de tu deſhonra, y deſventura, que yo no pienſo ſerlo, aunque por ello pierda tu amiſtad, que es la mayor perdida que imaginar puedo. Calló en diciendo eſto el virtuoſo, y prudente Lotario, y Anſelmo quedó tan confuſo, y penſativo, que por un buen eſpacio no le pudo reſponder palabra, pero en fin le dixo: Con la atencion que has viſto he eſcuchado, Lotario amigo, quanto has querido decirme, y en tus razones, exemplos, y comparaciones, he viſto la mucha diſcrecion que tienes, y el eſtremo de la verdadera amiſtad que alcanzas: y anſi miſmo veo, y confieſo, que ſino ſigo tu parecer, y me voy tras el mio, voy huyendo del bien, y corriendo tras el mal. Proſupueſto eſto, has de conſiderar, que yo padezco aora la enfermedad que ſuelen tener algunas mugeres, que ſe les antoja comer tierra, yeſo, carbon y otras coſas peores, aun aſqueroſas para mirarſe, quanto mas para comerſe así que es meneſter uſar de algun artificio para que yo ſane, y eſto ſe podia hacer con facilidad, ſolo con que comiences, aunque tibia, y fingidamente, á ſolicitar á Camila, la qual no ha de ſer tan tierna, que á los primeros encuentros dé con ſu honeſtidad por tierra, y con ſolo eſte principio quedaré contento, y tu avrás cumplido con lo que deves á nueſtra amiſtad, no ſolamente dandome la vida, ſino perſuadiendome de no verme ſin honra. Y eſtás obligado á hacer

esto, por una razon sola y es, que estando yo, como estoy determinado, de poner en platica esta prueva, no has tu de consentir que yo dé cuenta de mi desatino á otra persona, con que pondria en aventura el honor que tu procuras que no pierda: y quando el tuyo no esté en el punto que deve en la intencion de Camila, en tanto que la solicitares, importa poco, ó nada, pues con brevedad, viendo ella la entereza que esperamos, le podrás decir la pura verdad de nuestro artificio, con que bolverá tu credito al ser primero. Y pues tan poco aventuras, y tanto contento me puedes dar aventurandote, no lo dexes de hacer, aunque mas inconvenientes se te pongan delante, pues como ya he dicho con solo que comiences, daré por concluida la causa. Viendo Lotario la resoluta voluntad de Anselmo, y no sabiendo que mas exemplos traerle, ni que mas razones mostrarle para que no las siguiese: y viendo que le amenazava que daría á otro cuenta de su mal deseo, por euitar mayor mal, determinó de contentarle, y hacer lo que le pedia, con proposito, é intencion de guiar aquel negocio de modo, que, sin alterar los pensamientos de Camila, quedase Anselmo satisfecho, y así le respondió, que no comunicase su pensamiento con otro alguno, que él tomava á su cargo aquellá empresa, la qual comeñzaría quando á él le diese mas gusto. Abrazole Anselmo tierna, y amorosamente, y agradecióle su ofrecimiento, como si alguna grande merced le huviera hecho, y quedaron de acuerdo entre los dos, que desde otro dia siguiente se comenzase la obra, que él le daría lugar, y tiempo como á sus solas pudiese hablar á Camila, y así mismo le daría dineros, y joyas que darla, y que ofrecerla. A consejóle, que le diese musicas, que escriviese versos en su alabanza, y que quando él no quisiese tomar trabajo de hacerlos, él mismo los haría. A todo se ofreció Lotario, bien con diferente intencion que Anselmo pensava: y con este acuerdo se bolvieron á casa de

Ansel-

Anſelmo, donde hallaron á Camila con anſia, y cuidado, eſperando á ſu eſpoſo, porque aquel dia tardava en venir mas de lo acoſtumbrado. Fueſe Lotario á ſu caſa, y Anſelmo quedó en la ſuya, tan contento, como Lotario fue penſativo, no ſabiendo, que traza dar para ſalir bien de aquel impertinente negocio. Pero aquella noche penſó el modo que tendria para engañar á Anſelmo, ſin ofender á Camila: y otro dia vinó á comer con ſu amigo, y fue bien recebido de Camila, la qual le recebia, y regalava con mucha voluntad, por entender la buena que ſu eſpoſo le tenia. Acabaron de comer, levantaron los manteles, y Anſelmo dixo á Lotario, que ſe quedáſe alli con Camila, en tanto que él iva á un negocio forzoſo, que dentro de hora y media bolvería. Rogóle Camila que no ſe fueſe, y Lotario ſe ofreció á hacerle compañia, mas nada aprovechó con Anſelmo, antes importunó á Lotario, que ſe quedáſe, y le aguardáſe, porque tenía que tratar con él una coſa de mucha importancia. Dixo tambien á Camila, que no dexaſe ſolo á Lotario, en tanto que él bolvieſe. En efeto él ſupo tambien fingir la necesidad, ó necedad de ſu auſencia, que nadie pudiera entender que era fingida. Fueſe Anſelmo, y quedaron ſolos á la meſa Camila, y Lotario, porque la demas gente de caſa, toda ſe avia ido á comer. Vióſe Lotario pueſto en la eſtacada, que ſu amigo deſeava: y con el enemigo delante, que pudiera vencer con ſola ſu hermoſura á un eſquadron de cavalleros armados: mirad si era razon que le temiera Lotario? Pero lo que hizo, fue poner el codo ſobre el brazo de la ſilla, y la mano abierta en la mexilla, y pidiendo perdon á Camila del mal comedimiento, dixo que queria repoſar un poco en tanto que Anſelmo bolvia. Camila le reſpondió, que mejor repoſaría en el eſtrado, que en la ſilla, y así le rogó ſe entraſe á dormir en el. No quiſo Lotario, y alli ſe quedó dormido, haſta que bolvió Anſelmo: el qual como halló á Camila en ſu

aposento, y á Lotario durmiendo, creyó que como se avia tardado tanto, ya avrian tenido los dos lugar para hablar, y aun para dormir, y no vió la hora en que Lotario despertáse, para bolverse con él fuera, y preguntarle de su ventura. Todo le sucedió como él quiso. Lotario despertó, y luego salieron los dos de casa, y así le preguntó lo que deseava: y le respondió Lotario, que no le avia parecido ser bien que la primera vez se descubriese del todo, y así no avia hecho otra cosa, que alabar á Camila de hermosa, diciendole, que en toda la Ciudad no se tratava de otra cosa, que de su hermosura, y discrecion, y que este le avia parecido buen principio para entrar ganando la voluntad, y disponiendola á que otra vez le escuchase con gusto: usando en esto del artificio que el demonio usa quando quiere engañar á alguno que esta puesto en atalaya de mirar por sí, que se transforma en Angel de luz, siendolo él de tinieblas, y poniendole delante apariencias buenas, al cabo descubre quien es, y sale con su intencion, si á los principios no es descubierto su engaño. Todo estó le contentó mucho á Anselmo, y dixo, que cada dia daría el mismo lugar, aunque no saliese de casa, porque en ella se ocuparia en cosas que Camila no pudiese venir en conocimiento de su artificio. Sucedió pues, que se pasaron muchos dias que sin decir Lotario palabra á Camila, respondia á Anselmo, que la hablava, y jamas podia sacar della una pequeña muestra de venir en ninguna cosa que mala fuese, ni aun dar una señal de sombra de esperanza: antes decía que le amenazava, que si de aquel mal pensamiento no se quitava, que lo avia de decir á su esposo. Bien está, dixo Anselmo, hasta aquí ha resistido Camila á las palabras, es menester ver, como resiste á las obras, yo os daré mañana dos mil escudos de oro, para que se los ofrezcays, y aun se los deys: y otros tantas para que compreys joyas con que cevarla, que las mugeres suelen ser aficionadas, y

mas si ſon hermoſas, por mas caſtas que ſean, á eſto de traerſe bien, y andar galanas: y si ella reſiſte á eſta tentacion, yo quedaré ſatisfecho, y no os daré mas peſadumbre. Lotario reſpondió, que ya que avia comenzado, que él llevaria haſta el fin aquella empreſa, pueſto que entendia ſalir della canſado y vencido. Otro dia recibió los quatro mil eſcudos, y con ellos quatro mil confuſiones, porque no ſabia que decirſe para mentir de nuevo, pero en efeto determinó de decirle, que Camila eſtava tan entera á las dadivas, y promeſas, como á las palabras, y que no avia para que canſarſe mas, porque todo el tiempo ſe gaſtava en balde. Pero la fuerte que las coſas guiava de otra manera, ordenó, que aviendo dexado Anſelmo ſolos á Lotario, y á Camila, como otras veces ſolia, él ſe encerró en un apoſento, y por los agujeros de la cerradura eſtuvo mirando, y eſcuchando lo que los dos tratavan, y vió que en mas de media hora Lotario no habló palabra á Camila, ni ſe la hablára, si alli eſtuviera un ſiglo. Y cayó en la cuenta, de que quanto ſu amigo le avia dicho de las reſpueſtas de Camila, todo era ficcion, y mentira. Y para ver si eſto era ansi, ſalió del apoſento, y llamando á Lotario á parte, le preguntó, que nuevas avia, y de que temple eſtava Camila? Lotario le reſpondió, que no penſava mas darle puntada en aquel negocio, porque reſpondia tan aſpera, y deſabridamente, que no tendria animo para bolver á decirle coſa alguna. Há, dixo Anſelmo, Lotario, Lotario, y quan mal correſpondes á lo que me deves, y á lo mucho que de tí confio! Aora te he eſtado mirando por el lugar que concede la entrada deſta llave, y he viſto que no has dicho palabra á Camila. Por donde me doy á entender, que aun las primeras le tienes por decir: y ſi eſto es así, como ſin duda lo es, para que me engañas? O porque quieres quitarme con tu induſtria los medios que yo podria hallar para conſeguir mi deſeo? No dixo mas Anſelmo,

ſelmo, pero baſtó lo que avia dicho, para dexar corrido, y confuſo á Lotario. El qual casi como tomando por punto de honra el aver ſido hallado en mentira, juró á Anſelmo, que deſde aquel momento, tomava tan á ſu cargo el contentalle, y no mentille, qual lo vería, si con curioſidad lo eſpiava: quanto mas, que no ſería meneſter uſar de ninguna diligencia, porque la que él penſava poner en ſatisfacelle, le quitaria de toda ſoſpecha. Creyóle Anſelmo, y para dalle comodidad mas ſegura, y menos ſobreſaltada, determinó de hacer auſencia de ſu caſa, por ocho dias, yendoſe á la de un amigo ſuyo, que eſtava en una aldea, no lexos de la Ciudad. Con el qual amigo concertó, que le embiaſe á llamar con muchas veras, para tener ocaſion con Camila de ſu partida. Deſdichado, y mal advertido de tí Anſelmo, que es lo que haces? que es lo que trazas? que es lo que ordenas? Mira, que haces contra tí miſmo, trazando tu deſhonra, y ordenando tu perdicion. Buena es tu eſpoſa Camila, quieta, y ſoſegadamente la poſees, nadie ſobreſalta tu guſto, ſus penſamientos no ſalen de las paredes de ſu caſa, tu eres ſu cielo en la tierra, el blanco de ſus deſeos, el cumplimiento de ſus guſtos, y la medida por donde mide ſu voluntad, ajuſtandola en todo con la tuya, y con la del cielo. Pues si la mina de ſu honor, hermoſura, honeſtidad, y recogimiento te da ſin ningun trabajo; toda la riqueza que tiene, y tu puedes deſear; para que quieres ahondar la tierra, y buſcar nuevas vetas de nuevo, y nunca viſto teſoro, poniendote á peligro, que toda venga abaxo, pues en fin ſe ſuſtenta ſobre los debiles arrimos de ſu flaca naturaleza? Mira que él que buſca lo impoſible, es juſto que lo poſible ſe le niegue. Como lo dixo mejor un Poeta diciendo:

Buſco en la muerte la vida
Salud en la enfermedad,
En la priſion libertad,

En

En lo cerrado ſalida,
Y en el traidor lealdad.
Pero mi ſuerte, de quien
Jamas eſpero algun bien,
Con el cielo ha eſtatuido,
Que pues lo impoſible pido,
Lo poſible aun no me den.

Fueſe otro dia Anſelmo á la aldea, dexando dicho á Camila, que el tiempo que él eſtuvieſe auſente, vendria Lotario á mirar por ſu caſa, y á comer con ella, que tuvieſe cuidado de tratalle como á ſu miſma perſona. Afligióſe Camila, como muger diſcreta, y honrada, de la orden que ſu marido le dexava: y dixole que advirtiéſe, que no eſtava bien, que nadie, él auſente, ocupaſe la ſilla de ſu meſa, y que ſi lo hacía por no tener confianza, que ella ſabria governar ſu caſa, que provaſe por aquella vez, y vería por experiencia, como para mayores cuidados era baſtante. Anſelmo le replicó, que aquel era ſu guſto, y que no tenia mas que hacer, que baxar la cabeza, y obedecelle. Camila dixo, que anſi lo haría, aunque contra ſu voluntad. Partióſe Anſelmo, y otro dia vinó á ſu caſa Lotario, donde fue recebido de Camila con amoroſo, y honeſto acogimiento. La qual jamas ſe puſo en parte, donde Lotario la vieſe á ſolas, porque ſiempre andava rodeada de ſus criados, y criadas, eſpecialmente de una donzella ſuya, llamada Leonela, á quien ella mucho queria, por averſe criado deſde niñas las dos juntas en caſa de los padres de Camila, y quando ſe caſó con Anſelmo, la truxo conſigo. En los tres dias primeros, nunca Lotario le dixo nada, aunque pudiera, quando ſe levantavan los manteles, y la gente ſe iva á comer con mucha prieſa, porque así ſe lo tenía mandado Camila. Y aun tenía orden Leonela, que comiéſe

miéſe primero que Camila, y qué de ſu lado jamas ſe quitaſe: mas ella, que en otras coſas de ſu guſto tenía pueſto el penſamiento, y avia meneſter aquellas horas, y aquel lugar, para ocuparle en ſus contentos, no cumplia todas veces el mandamiento de ſu ſeñora, antes los dexava ſolos, como si aquello le huvieran mandado. Mas la honeſta preſencia de Camila, la gravedad de ſu roſtro, la compoſtura de ſu perſona era tanta, que ponia freno á la lengua de Lotario. Pero el provecho que las muchas virtudes de Camila hicieron, poniendo ſilencio en la lengua de Lotario, redundó mas en daño de los dos. Porque si la lengua callava, el penſamiento diſcurria, y tenia lugar de contemplar parte por parte todos los eſtremos de bondad, y de hermoſura que Camila tenía, baſtantes á enamorar á una eſtatua de marmol, no que un corazon de carne. Miravala Lotario en el lugar, y eſpacio que avia de hablarla, y conſiderava, quan digna era de ſer amada: y eſta conſideracion comenzó poco á poco á dar aſalto á los reſpectos que á Anſelmo tenía, y mil veces quiſo auſentarſe de la Ciudad, y irſe donde jamas Anſelmo le vieſe á él, ni él vieſe á Camila: mas ya le hacía impedimento, y detenia el guſto que hallava en mirarla. Haciaſe fuerza, y peleava conſigo miſmo, por deſechar, y no ſentir el contento, que le llevava á mirar á Camila. Culpavaſe á ſolas de ſu deſatino, llamavaſe mal amigo, y aun mal Chriſtiano. Hacía diſcurſos, y comparaciones entre él, y Anſelmo, y todos paravan en decir, que mas avia ſido la locura, y confianza de Anſelmo, que ſu poca fidelidad. Y que si así tuviera diſculpa para con Dios, como para con los hombres, de lo que penſava hacer, que no temiera pena por ſu culpa. En efeto, la hermoſura, y la bondad de Camila, juntamente con la ocaſion que el ignorante marido le avia pueſto en las manos, dieron con la lealtad de Lotario en tierra. Y ſin mirar á otra coſa, que aquella á que ſu guſto le incli-

inclinava, al cabo de tres dias de la auſencia de Anſelmo, en los quales eſtuvo en continua batalla, por reſiſtir á ſus deſeos, comenzó á requebrar á Camila con tanta turbacion, y con tan amoroſas razones, que Camila quedó ſuſpenſa, y no hizo otra coſa, que levantarſe de donde eſtava, y entrarſe en ſu apoſento, ſin reſpondelle palabra alguna. Mas no por eſta ſequedad ſe deſmayó en Lotario la eſperanza, que ſiempre nace juntamente con el amor, antes tuvo en mas á Camila. La qual aviendo viſto en Lotario lo que jamas penſara, no ſabia que hacerſe. Y pareciendole no ſer coſa ſegura, ni bien hecha, darle ocaſion, ni lugar, á que otra vez la hablaſe, determinó de embiar aquella miſma noche, como lo hizo á un criado ſuyo con un billete á Anſelmo, donde le eſcrivió eſtas razones.

Cap. XXXIV. Donde ſe proſigue la Novela del Curioſo Impertinente.

ASí como ſuele decirſe, que parece mal el exercito ſin ſu General, y el caſtillo ſin ſu Caſtellano, Digo yo, que parece muy peor la muger caſada, y moza, ſin ſu marido, quando juſtiſimas ocaſiones no lo impiden. Yo me hallo tan mal ſin vos, y tan impoſibilitada, de no poder ſufrir eſta auſencia, que ſi preſto no venis, me avré de ir á entretener en caſa de mis padres, aunque dexe ſin guarda la vueſtra. Porque la que me dexaſtes, si es que quedó con tal titulo, creo que mira mas por ſu guſto, que por lo que á vos os toca, y pues ſoys diſcreto, no tengo mas que deciros, ni aun es bien que mas os diga.

Eſta carta recibió Anſelmo, y entendió por ella, que Lotario avia ya comenzado la empreſa, y que Camila devia de aver reſpondido como él deſeava. Y alegre ſobre manera de tales nuevas, reſ-

pondió á Camila de palabra, que no hicieſe mudamiento de ſu caſa en modo ninguno, porque él bolvería con mucha brevedad. Admirada quedó Camila de la reſpueſta de Anſelmo, que la puſo en mas confusion que primero, porque ni ſe atrevia á eſtar en ſu caſa ni menos irſe á la de ſus padres. Porque en la quedada corria peligro ſu honeſtidad, y en la ida iva contra el mandamiento de ſu eſpoſo. En fin ſe reſolvió en lo que le eſtuvo peor, que fue, en el quedarſe, con determinacion de no huir la preſencia de Lotario, por no dar que decir á ſus criados; y ya le peſava de aver eſcrito, lo que eſcrivió á ſu eſpoſo, temeroſa de que no penſaſe, que Lotario avia viſto en ella alguna deſemboltura, que le huvieſe movido á no guardalle el decoro que devia. Pero fiada en ſu bondad, ſe fió en Dios, y en ſu buen penſamiento, con que penſava reſiſtir callando á todo aquello que Lotario decirle quisieſe, sin dar mas cuenta á ſu marido, por no ponerle en alguna pendencia, y trabajo. Y aun andava buſcando manera como diſculpar á Lotario con Anſelmo, quando le preguntaſe la ocasion, que le avia movido á eſcrivirle aquel papel. Con eſtos penſamientos, mas honrados que acertados, ni provechoſos, eſtuvo otro dia eſcuchando á Lotario, el qual cargó la mano de manera, que comenzó á titubear la firmeza de Camila, y ſu honeſtidad tuvo harto que hacer en acudir á los ojos, para que no dieſen mueſtra de alguna amoroſa compaſion, que las lagrimas, y las razones de Lotario en ſu pecho avian deſpertado. Todo eſto notava Lotario, y todo le encendia. Finalmente á él le pareció, que era meneſter en el eſpacio, y lugar, que dava la auſencia de Anſelmo, apretar el cerco á aquella fortaleza. Y así acometió á ſu pretenſion, con las alabanzas de ſu hermoſura, porque no ay coſa que mas preſto rinda, y allane las encaſtilladas torres de la vanidad de las hermoſas que la miſma vanidad, pueſta en las lenguas de la adulacion. En efeto,

él

él con toda diligencia minó la roca de ſu entereza con tales pertrechos, que aunque Camila fuera toda de bronze, viniera al ſuelo. Lloró, rogó, ofreció, aduló, porfió, y fingió Lotario, con tantos ſentimientos, con mueſtras de tantas veras, que dió al traves con el recato de Camila, y vinó á triunfar de lo que menos ſe penſava, y mas deſeava. Rindióſe Camila, Camila ſe rindió: pero que mucho, ſi la amiſtad de Lotario no quedó en pie? Exemplo claro, que nos mueſtra, que ſolo ſe vence la paſion amoroſa, con huilla, y que nadie ſe ha de poner abrazos con tan poderoſo enemigo. Porque es meneſter fuerzas divinas, para vencer las ſuyas humanas. Solo ſupo Leonela la flaqueza de ſu ſeñora, porque no ſe la pudieron encubrir los dos malos amigos, y nuevos amantes. No quiſo Lotario decir á Camila la pretension de Anſelmo, ni que él le avia dado lugar, para llegar á aquel punto. Porque no tuvieſe en menos ſu amor, y penſaſe que así á caſo, y ſin penſar, y no de proposito, la avia ſolicitado. Bolvió de alli á pocos dias Anſelmo á ſu caſa, y no echo de ver lo que faltava en ella, que era lo que en menos tenía, y mas eſtimava. Fueſe luego á ver á Lotario, y hallóle en ſu caſa, abrazaronſe los dos, y el uno preguntó por las nuevas de ſu vida, ó de ſu muerte. Las nuevas que te podré dar, ó amigo Anſelmo, dixo Lotario ſon de que tienes una muger, que dignamente puede ſer exemplo, y corona de todas las mugeres buenas. Las palabras que le he dicho, ſe las ha llevado el aire, los ofrecimientos ſe han tenido en poco, las dadivas no ſe han admitido, de algunas lagrimas fingidas mias ſe ha hecho burla notable. En reſolucion, así como Camila es cifra de toda belleza, es archivo donde aſiſte la honeſtidad, y vive el comedimiento, y el recato, y todas las virtudes que pueden hacer loable, y bien afortunada á una honrada muger. Buelve á tomar tus dineros amigo, que aquí los tengo, ſin aver tenido neceſidad de to-

car á ellos, que la entereza de Camila no ſe rinde á coſas tan baxas, como ſon dadivas, ni promeſas. Contentate Anſelmo, y no quieras hacer mas pruevas de las hechas. Y pues á pie enxuto has paſado el mar de las dificultades, y ſoſpechas, que de las mugeres ſuelen, y pueden tenerſe, no quieras entrar de nuevo en el profundo pielago de nuevos inconvenientes, ni quieras hacer experiencia con otro piloto de la bondad, y fortaleza del navio que el cielo te dió en ſuerte, para que en el paſaſes la mar deſte mundo. Sino haz cuenta que eſtás ya en ſeguro puerto, y aferrate con las ancoras de la buena conſideracion, y dexate eſtar haſta que te vengan á pedir la deuda, que no ay hidalguia humana, que de pagarla ſe eſcuſe. Contentiſimo quedó Anſelmo de las razones de Lotario, y así ſe las creyó, como si fueran dichas por algun Oraculo. Pero con todo eſo le rogó, que no dexaſe la empreſa, aunque no fueſe mas de por curioſidad, y entretenimiento, aunque no ſe aprovechaſe de alli adelante de tan ahincadas diligencias, como haſta entonces. Y que ſolo queria, que le eſcrivieſe algunos verſos en ſu alabanza, debaxo del nombre de Clori, porque él le daría á entender á Camila, que andava enamorado de una dama, á quien le avia pueſto aquel nombre, por poder celebrarla, con el decoro que á ſu honeſtidad ſe le devía. Y que quando Lotario no quiſiera tomar trabajo de eſcrivir los verſos, que él los haría. No ſerá meneſter eſo, dixo Lotario, pues no me ſon tan enemigas las Muſas, que algunos ratos del año no me viſiten. Dile tu á Camila lo que has dicho del fingimiento de mis amores, que los verſos yo los haré, ſino tan buenos como el ſugeto merece, ſeran por lo menos los mejores que yo pudiere. Quedaron deſte acuerdo, el impertinente, y el traidor amigo. Y buelto Anſelmo á ſu caſa, preguntó á Camila lo que ella ya ſe maravillava, que no ſe lo huvieſe preguntado: Que fue, que le dixeſe la ocaſion porque le avia

eſcrito

eſcrito el papel que le embió. Camila le reſpondió, que le avia parecido, que Lotario la mirava un poco mas deſembueltamente, que quando él eſtava en caſo. Pero que ya eſtava deſengañada, y creya que avia ſido imaginacion ſuya, porque ya Lotario huya de vella, y de eſtar con ella á ſolas. Dixole Anſelmo, que bien podia eſtar ſegura de aquella ſoſpecha, porque él ſabía que Lotario andava enamorado de una donzella principal de la Ciudad, á quien él celebrava debaxo del nombre de Clori, y que aunque no lo eſtuviera, no avia que temer de la verdad de Lotario, y de la mucha amiſtad de entrambos. Y á no eſtar aviſada Camila de Lotario, de que eran fingidos aquellos amores de Clori, y que él ſe lo avia dicho á Anſelmo, por poder ocuparſe algunos ratos en las miſmas alabanzas de Camila, ella ſin duda cayera en la deſeſperada red de los zelos : mas por eſtar ya advertida, paſó aquel ſobreſalto ſin peſadumbre. Otro dia, eſtando los tres ſobre meſa, rogó Anſelmo á Lotario, dixeſe alguna coſa de las que avia compueſto á ſu amada Clori, que pues Camila no la conocia, ſeguramente podia decir lo que quiſieſe. Aunque la conociera, reſpondió Lotario, no encubriera yo nada, porque quando algun amante loa á ſu dama de hermoſa, y la nota de cruel, ningun oprobrio hace á ſu buen credito. Pero ſea lo que fuere, lo que ſé decir, que ayer hice un Soneto á la ingratitud deſta Clori, que dice anſi.

SONETO.

En el ſilencio de la noche, quando
Ocupa el dulce ſueño á los mortales,
La pobre cuenta de mis ricos males
Eſtoy al cielo, y á mi Clori dando.

Y al

Y al tiempo quando el Sol ſe va moſtrando
Por las roſadas puertas Orientales,
Con ſuſpiros, y acentos deſiguales
Voy la antigua querella renovando.
Y quando el Sol de ſu eſtrellado aſiento
Derechos rayos á la tierra embia,
El llanto crece, y doblo los gemidos.
Buelve la noche, y buelvo al triſte cuento,
Y ſiempre hállo en mi mortal porfia
Al cielo ſordo, á Clori ſin oidos.

Bien le pareció el Soneto á Camila, pero mejor á Anſelmo, pues le alabó, y dixo que era demaſiadamente cruel la dama, que á tan claras verdades no correſpondia. A lo que dixo Camila: Luego todo aquello que los poetas enamorados dicen, es verdad? En quanto Poetas no la dicen, reſpondio Lotario, mas en quanto enamorados ſiempre quedan tan cortos, como verdaderos. No ay duda deſo, replicó Anſelmo, todo por apoyar, y acreditar los penſamientos de Lotario con Camila, tan deſcuidada del artificio de Anſelmo, como ya enamorada de Lotario. Y así con el guſto que de ſus coſas tenía, y mas teniendo por entendido, que ſus deſeos, y eſcritos, á ella ſe encaminavan, y que ella era la verdadera Clori, le rogó, que si otro Soneto, ó otros verſos ſabía, los dixeſe. Si ſé, reſpondió Lotario, pero no creo que es tan bueno como el primero, ó por mejor decir, menos malo. Y podreyſlo bien juzgar, pues es eſte.

SONETO.

Yo ſé que muero, y ſi no ſoy creido,
Es mas cierto el morir, como es mas cierto,
Verme á tus pies, ó bella ingrata, muerto,
Antes que de adorarte arrepentido. *Podré*

Podré yo verme en la region de olvido,
De vida, y gloria, y de favor deſierto,
Y alli verſe podra en mi pecho abierto,
Como tu hermoſo roſtro eſtá eſculpido.
Que eſta reliquia guardo para el duro
Trance, que me amenaza mi porfia,
Que en tu miſmo rigor ſe fortalece.
Ay de aquel que navega el cielo eſcuro,
Por mar no uſado, y peligroſa via,
Adonde Norte, ó puerto no ſe ofrece!

Tambien alabó eſte ſegundo Soneto Anſelmo como avia hecho el primero, y deſta manera iva añadiendo eſlabon á eſlabon á la cadena, con que ſe enlazava, y travava ſu deſhonra, pues quando mas Lotario le deſhonrava, entonces le decia que eſtava mas honrado. Y con eſto, todos los eſcalones que Camila baxava hácia el centro de ſu menoſprecio, los ſubia en la opinion de ſu marido, hácia la cumbre de la virtud, y de ſu buena fama. Sucedió en eſto, que hallandoſe una vez entre otras ſola Camila con ſu donzella, le dixo: Corrida eſtoy, amiga Leonela, de ver en quan poco he ſabido eſtimarme, pues si quiera no hice, que con el tiempo comprara Lotario la entera poſeſion, que le dí tan preſto de mi voluntad. Temo que ha de deſeſtimar mi preſteza, ó ligereza, ſin que eche de ver la fuerza que él me hizo, para no poder reſiſtirle. No te dé pena eſo, ſeñora mia, reſpondió Leonela, que no eſtá la monta, ni es cauſa para mengua, la eſtimacion, darſe lo que ſe da preſto, si en efeto lo que ſe da es bueno, y ello por sí digno de eſtimarſe. Y aun ſuele decirſe, que él que luego dá da dos veces. Tambien ſe ſuele decir, dixo Camila, que lo que cueſta poco ſe eſtima en menos. No corre por tí eſa razon, reſpondió Leonela,

porque

porque el amor, ſegun he oido decir, unas veces buela, y otras anda, con eſte corre, y con aquel va deſpacio, á unos entibia, y â otros abraſa, á unos hiere, y á otros mata. En un miſmo punto comienza la carrera de ſus deſeos, y en aquel miſmo punto la acaba, y concluye. Por la mañana ſuele poner el cerco á una fortaleza, y á la noche la tiene rendida, porque no ay fuerza que le reſiſta. Y ſiendo así de que te eſpantas, ó de que temes, ſi lo miſmo deve de aver acontecido á Lotario, aviendo tomado el amor por inſtrumento de rendirnos la auſencia de mi ſeñor? Y era forzoſo que en ella ſe concluyeſe lo que el amor tenía determinado, ſin dar tiempo al tiempo, para que Anſelmo le tuvieſe de bolver, y con ſu preſencia quedaſe imperfeta la obra? Porque el amor no tiene otro mejor miniſtro para executar lo que deſea, que es la ocaſion: de la ocaſion ſe ſirve en todos ſus hechos, principalmente en los principios. Todo eſto ſé yo muy bien mas de experiencia, que de oidas: y algun dia te lo dire, ſeñora, que yo tambien ſoy de carne, y de ſangre moza. Quanto mas, ſeñora Camila, que no te entregaſte, ni diſte tan luego, que primero no huvieſes viſto en los ojos, en los ſuſpiros, en las razones, y en las promeſas, y dadivas de Lotario toda ſu alma, viendo en ella, y en ſus virtudes, quan digno era Lotario de ſer amado. Pues ſi eſto es anſi, no te aſalten la imaginacion eſos eſcrupuloſos, y melindroſos penſamientos, ſino aſegurate, que Lotario te eſtima, como tu le eſtimas á él, y vive con contento, y ſatisfacion, de que ya que caiſte en el lazo amoroſo, es él que te aprieta de valor, y de eſtima. Y que no ſolo tiene las quatro S S, que dicen que han de tener los buenos enamorados, ſino todo un A. b. c. entero: ſino eſcuchame, y veras como te lo digo de coro. El es ſegun yo veo, y á mí me parece, Agradecido, bueno, cavallero, dadivoſo, enamorado, firme, gallardo, honrado, iluſtre, leal, mozo, noble, honeſto, principal, quantioſo,

tioſo, rico: y las SS, que dicen. Y luego, tacito, verdadero. La X no le quadra, porque es letra aſpera. La Y ya eſta dicha. La Z zelador de tu honra. Rióſe Cami la del A. b. c. de ſu donzella, y tuvola por mas platica en las coſas de amor, que ella decia. Y así lo confeſó ella, deſcubriendo á Camila, como tratava amores con un mancebo bien nacido de la miſma Ciudad. De lo qual ſe turbó Camila, temiendo que era aquel camino por donde ſu honra podia correr rieſgo. Apuróla, si paſavan ſus platicas á mas que ſerlo. Ella con poca verguenza, y mucha deſemboltura, le reſpondió, que sí paſavan. Porque es coſa ya cierta, que los deſcuidos de las ſeñoras quitan la verguenza á las criadas, las quales quando ven á las amas echar traſpies, no ſe les da nada á ellas de coxear, ni de que lo ſepan. No pudo hacer otra coſa Camila, ſino rogar á Leonela, no dixeſe nada de ſu hecho al que decia ſer ſu amante, y que trataſe ſus coſas con ſecreto, porque no viniesen á noticia de Anſelmo, ni de Lotario. Leonela reſpondió, que así lo haría, mas cumpliólo de manera, que hizo cierto el temor de Camila, de que por ella avia de perder ſu credito. Porque la deſhoneſta, y atrevida Leonela, deſpues que vió, que el proceder de ſu ama no era el que ſolia, atrevióſe á entrar, y poner dentro de caſa á ſu amante, confiada que aunque ſu ſeñora la vieſe no avia de oſar deſcubrille. Que eſte daño acarrean entre otros los pecados de las ſeñoras, que ſe hacen eſclavas de ſus miſmas criadas, y ſe obligan á encubrirles ſus deſhoneſtidades, y vilezas, como aconteció con Camila. Que aunque vió una, y muchas veces, que ſu Leonela eſtava con ſu galan en un apoſento de ſu caſa, no ſolo no la oſava reñir, mas davale lugar á que lo encerraſe, y quitavale todos los eſtorvos, para que no fueſe viſto de ſu marido. Pero no los pudo quitar, que Lotario no le vieſe una vez ſalir al romper del alva. El qual ſin conocer quíen era, penſó primero que devia

de ſer alguna fantaſma. Mas quando le vió caminar, embozarſe, y encubrirſe con cuidado, y recato, cayó de ſu ſimple penſamiento, y dió en otro, que fuera la perdicion de todos, ſi Camila no lo remediara. Penſó Lotario, que aquel hombre que avia viſto ſalir tan á deſhora de caſa de Anſelmo, no avia entrado en ella por Leonela, ni aun ſe acordó ſí Leonela era en el mundo. Solo creyó que Camila, de la miſma manera que avia ſido facil, y ligera con él, lo era para otro, que eſtas añadiduras trae conſigo la maldad de la muger mala, que pierde el credito de ſu honra, con el miſmo á quien ſe entregó rogada, y perſuadida. Y cree que con mayor facilidad ſe entrega á otros, y da infalible credito á qualquiera ſoſpecha que deſto le venga. Y no parece, ſino que le faltó á Lotario en eſte punto todo ſu buen entendimiento, y ſe le fueron de la memoria todos ſus advertidos diſcurſos. Pues ſin hacer alguno que bueno fueſe, ni aun razonable, ſin mas, ni mas, antes que Anſelmo ſe levantaſe, impaciente, y ciego de la zeloſa rabia, que las entrañas le roya, muriendo por vengarſe de Camila, que en ninguna coſa le avia ofendido, ſe fue á Anſelmo, y le dixo: Sabete Anſelmo, que ha muchos dias que he andado peleando conmigo miſmo, haciendo me fuerza, á no decirte lo que ya no es poſible, ni juſto, que mas te encubra. Sabete que la fortaleza de Camila eſtá ya rendida, y ſugeta á todo aquello que yo quiſiere hacer della, y si he tardado en deſcubrirte eſta verdad, ha ſido por ver ſi era algun liviano antojo ſuyo, ó si lo hacía por provarme, y ver si eran con propoſito firme tratados los amores que con tu licencia con ella he comenzado. Crey anſimiſmo, que ella si fuera la que devia, y la que entrambos penſavamos, ya te huviera dado cuenta de mi ſolicitud. Pero aviendo viſto que ſe tarda, conozco, que ſon verdaderas las promeſas que me ha dado, de que quando otra vez hagas auſencia de tu caſa, me hablará en la reca-

recamara, donde eſtá el repueſto de tus alhajas, (y era la verdad, que alli le ſolia hablar Camila) y no quiero que precipitoſamente corras á hacer alguna venganza, pues no eſtá aun cometido el pecado ſino con penſamianto, y podria ſer, que deſte, haſta el tiempo de ponerle por obra, ſe mudaſe el de Camila, y nacieſe en ſu lugar el arrepentimiento. Y así ya que en todo, ó en parte has ſeguido ſiempre mis conſejos, ſigue, y guarda uno que aora te diré, para que ſin engaño, y con medroſo advertimiento te ſatisfagas de aquello que mas vieres que te convenga. Finge que te auſentas por dos, ó tres dias, como otras veces ſueles, y haz de manera que te quedes eſcondido en tu recamara, pues los tapizes que alli ay, y otras coſas con que te puedas encubrir, te ofrecen mucha comodidad, y entonces veras por tus miſmos ojos, y yo por los mios, lo que Camila quiere: y ſi fuere la maldad que ſe puede temer antes que eſperar, con ſilencio, ſagacidad, y diſcrecion podrás ſer el verdugo de tu agravio. Abſorto, ſuſpenſo, y admirado quedó Anſelmo con las razones de Lotario, porque le cogieron en tiempo, donde menos las eſperava oír, porque ya tenía á Camila por vencedora de los fingidos aſaltos de Lotario, y comenzava á gozar la gloria del vencimiento. Callando eſtuvo por un buen eſpacio mirando al ſuelo ſin mover peſtaña, y al cabo dixo: Tu lo has hecho Lotario, como yo eſperava de tu amiſtad, en todo he de ſeguir tu conſejo, haz lo que quiſieres, y guarda aquel ſecreto, que ves que conviene en caſo tan no penſado. Prometióſelo Lotario, y en apartandoſe dél, ſe arrepintió totalmente de quanto le avia dicho, viendo quan neciamente avia andado, pues pudiera el vengarſe de Camila, y no por camino tan cruel, y tan deſhonrado. Maldecia ſu entendimiento, afeava ſu ligera determinacion, y no ſabia que medio tomarſe para deſhacer lo hecho, ó para dalle alguna razonable ſalida. Al fin acordó de dar cuenta de todo á Camila,

mila, y como no faltava lugar para poderlo hacer, aquel mismo dia la halló sola: y ella, así como vió que la podia hablar, le dixo: Sabed amigo Lotario que tengo una pena en el corazon, que me le aprieta de suerte, que parece que quiere rebentar en el pecho, y ha de ser maravilla sino lo hace. Pues ha llegado la desverguenza de Leonela á tanto, que cada noche encierra á un galan suyo en esta casa, y se está con él hasta el dia, tan á costa de mi credito, quanto le quedará campo abierto de juzgarlo al que le viere salir á horas tan inusitadas de mi casa, y lo que me fatiga es que no la puedo castigar, ni reñir: que el ser ella secretaria de nuestros tratos me ha puesto un freno en la boca para callar los suyos, y temo que de aquí ha de nacer algun mal suceso. Al principio que Camila esto decia, creyó Lotario que era artificio para desmentille, que el hombre que avia visto salir era de Leonela, y no suyo: pero viendola llorar, y afligirse, y pedirle remedio, vinó á creer la verdad, y en creyendola acabó de estar confuso, y arrepentido del todo. Pero con todo esto respondió á Camila, que no tuviese pena, que él ordenaría remedio para atajar la insolencia de Leonela. Dixole así mismo lo que instigado de la furiosa rabia de los zelos avia dicho á Anselmo, y como estava concertado de esconderse en la recamara para ver desde alli á la clara la poca lealtad, que ella le guardava. Pidióle perdon desta locura, y consejo para poder remedialla, y salir bien de tan rebuelto laberinto, como su mal discurso le avia puesto. Espantada quedó Camila de oir lo que Lotario le decia, y con mucho enojo, y muchas, y discretas razones le riñó, y afeó su mal pensamiento, y la simple, y mala determinacion que avia tenido. Pero como naturalmente tiene la muger ingenio presto para el bien, y para el mal, mas que el varon: puesto que le va faltando, quando de proposito se pone á hacer discursos, luego al instante halló Camila el

modo

modo de remediar tan al parecer inremediable negocio; y dixo á Lotario que procuraſe que otro dia ſe eſcondieſe Anſelmo donde decia, porque ella penſava ſacar de ſu eſcondimiento comodidad, para que deſde alli en adelante los dos ſe gozaſen ſin ſobreſalto alguno: y ſin declararle del todo ſu penſamiento le advirtió, que tuvieſe cuidado que en eſtando Anſelmo eſcondido, él vinieſe quando Leonela le llamaſe, y que á quanto ella le dixeſe, le reſpondieſe, como reſpondiera, aunque no ſupierá que Anſelmo lo eſchuchava. Porfió Lotario, que le acabaſe de declarar ſu intencion, porque con mas ſeguridad, y aviſo guardaſe todo lo que vieſe ſer neceſario. Digo, dixo Camila, que no ay mas que aguardar, ſino fuere reſponder me como yo os preguntare. No queriendo Camila darle antes cuenta de lo que penſava hacer, temeroſa que no quiſieſe ſeguir el parecer que á ella tan bueno le parecia, y ſiguieſe, ó buſcaſe otros, que no podrian ſer tan buenos. Con eſto ſe fue Lotario, y Anſelmo otra dia, con la eſcuſa de ir á aquella aldea de ſu amigo, ſe partio, y bolvió á eſconderſe, que lo pudo hacer con comodidad, porque de induſtria ſe la dieron Camila y Leonela. Eſcondido pues Anſelmo, con aquel ſobreſalto que ſe puede imaginar que tendria él, que eſperava ver por ſus ojos hacer notomia de las entrañas de ſu honra, ivaſe á pique de perder el ſumo bien, que el penſava que tenía en ſu querida Camila. Seguras ya, y ciertas Camila, y Leonela, que Anſelmo eſtava eſcondido, entraron en la recamara: y apenas huvo pueſto los pies en ella Camila, quando dando un grande ſuſpiro, dixo: Ay Leonela amiga, no ſería mejor, que antes que llegaſe á poner en execucion lo que no quiero que ſepas, porque no procures eſtorvarlo, que tomaſes la daga de Anſelmo que te he pedido, y paſaſes con ella eſte infame pecho mio? Pero no hagas tal, que no ſerá razon que yo lleve la pena de la agena culpa. Primero quiero ſaber, que es lo que vieron en mí los

atre-

atrevidos, y deſhoneſtos ojos de Lotario, que fueſe cauſa de darle atrevimiento á deſcubrirme un tan mal deſeo, como es el que me ha deſcubierto en deſprecio de ſu amigo, y en deſhonra mia. Ponte Leonela á eſa ventana, y llamale, que ſin duda alguna él deve de eſtar en la calle eſperando poner en efeto ſu mala intencion. Pero primero ſe pondrá la cruel, quanto honrada mia. Ay ſeñora mia, reſpondió la ſagaz, y advertida Leonela, y que es lo que quieres hacer con eſta daga? Quieres por ventura quitarte la vida, ó quitarſela á Lotario? que qualquiera deſtas coſas que quieras ha de redundar en perdida de tu credito, y fama. Mejor es que diſimules tu agravio, y no des lugar á que eſte mal hombre entre aora en eſta caſa, y nos halle ſolas: mira, ſeñora, que ſomas flacas mugeres, y él es hombre, y determinado, y como viene con aquel mal propoſito ciego, y apaſionado, quizá antes que tu pongas en execucion el tuyo hará él lo que te eſtaría mas mal, que quitarte la vida. Mal aya mi ſeñor Anſelmo, que tanto mal ha querido dar á eſte deſvellacaras en ſu caſa. Y ya, ſeñora, que le mates, como yo pienſo que quieres hacer, que hemos de hacer dél deſpues de muerto? Que amiga? reſpondió Camila, dexaremoſle, para que Anſelmo le entierre, pues ſerá juſto que tenga por deſcanſo el trabajo que tomare en poner debaxo de la tierra ſu miſma infamia. Llamale, acaba, que todo el tiempo que tardo en tomar la devida venganza de mi agravio, parece que ofendo á la lealtad que á mi eſpoſo devo. Todo eſto eſcuchava Anſelmo, y á cada palabra que Camila decia, ſe le mudavan los penſamientos. Mas quando entendió que eſtava reſuelta en matar á Lotario, quiſo ſalir, y deſcubrirſe, porque tal coſa no ſe hicieſe: pero detuvole el deſeo de ver en que parava tanta gallardia, y honeſta reſolucion, con propoſito de ſalir á tiempo que la eſtorvaſe. Tomóle en eſto a Camila un fuerte deſmayo, y arrojandoſe encima de una

una cama que alli eſtava, comenzó Leonela á llorar muy amargamente, y á decir: Ay deſdichada de mí, sí fueſe tan ſin ventura, que ſe me muriese aquí entre mis brazos la flor de la honeſtidad del mundo, la corona de las buenas mugeres, el exemplo de la caſtidad, con otras coſas á eſtas ſemejantes, que ninguno la eſcuchara, que no la tuviera por la mas laſtimada, y leal donzella del mundo, y á ſu ſeñora por otra nueva, y perſeguida Penelope. Poco tardó en bolver de ſu deſmayo Camila, y al bolver en sí, dixo: Porque no vas, Leonela, á llamar al mas deſleal amigo de amigo que vió el Sol, ó cubrió la noche. Acaba, corre, aguija, camina, no ſe desfogue con la tardanza el fuego de la colera que tengo, y ſe paſe en amenazas, y maldiciones la juſta venganza que eſpero. Ya voy á llamarle, ſeñora mia, dixo Leonela, mas has me de dar primero eſa daga, porque no hagas coſa en tanto que falto, que dexes con ella que llorar toda la vida á todos los que bien te quieren. Ve ſegura, Leonela amiga, que no haré, reſpondió Camila, porque ya que ſea atrevida, y ſimple á tu parecer en bolver por mi honra, no lo he de ſer tanto como aquella Lucrecia, de quien dicen, que ſe mató ſin aver cometido error alguno, y ſin aver muerto primero á quien tuvo la cauſa de ſu deſgracia: yo moriré ſi muero, pero ha de ſer vengada, y ſatisfecha dél que me ha dado ocaſion de venir á eſte lugar á llorar ſus atrevimientos, nacidos tan ſin culpa mia. Mucho ſe hizo de rogar Leonela antes que ſalieſe á llamar á Lotario, pero en fin ſalió, y entretanto que bolvia quedó Camila diciendo, como que hablava conſigo miſma: Valame Dios, no fuera mas acertado aver deſpedido á Lotario, como otras muchas veces lo he hecho, que no ponerle en condicion, como ya le he pueſto, que me tenga por deſhoneſta, y mala, ſiquiera eſte tiempo que he de tardar en deſengañarle? mejor fuera ſin duda: pero no quedara yo vengada, ni la honra de mi marido ſatisfecha, si tan á manos

lava-

lavadas, y tan á paſo llano ſe bolviera á ſalir de donde ſus malos penſamientos le entraron. Pague el traidor con la vida, lo que intentó con tan laſcivo deſeo. Sepa el mundo (si acaſo llegare á ſaberlo) de que Camila no ſolo guardó la lealtad á ſu eſpoſo, ſino que le dió venganza dél que ſe atrevió á ofendelle. Mas con todo creo, que fuera mejor dar cuenta deſto á Anſelmo, pero ya ſe la apunté á dar en la carta que le eſcriví al aldea, y creo que el no acudir él al remedio del daño que alli le ſeñalé, devió de ſer que de puro bueno, y confiado, no quiſo, ni pudo creer, que en el pecho de ſu tan firme amigo pudieſe caber genero de penſamiento que contra ſu honra fueſe, ni aun yo lo creí deſpues por muchos dias, ni lo creyera jamas, si ſu inſolencia no llegara á tanto, que las manifieſtas dadivas, y las largas promeſas, y las continuas lagrimas no me lo manifeſtaran. Mas para que hago yo aora eſtos diſcurſos? tiene por ventura una reſolucion gallarda neceſidad de conſejo alguno? no por cierto. A fuera pues traidores, aquí venganzas: entre el falſo, venga, llegue, muera, y acabe, y ſuceda lo que ſucediere. Limpia entré en poder dél que el cielo me dió por mio, limpia he de ſalir dél, y quando mucho ſaldré bañada en mi caſta ſangre, y en la impura del mas falſo amigo que vió la amiſtad en el mundo: y diciendo eſto ſe paſeava por la ſala con la daga deſembainada, dando tan deſconcertados, y deſaforados paſos, y haciendo tales ademanes, que no parecia ſino que le faltava el juicio, y que no era muger delicada, ſino un rufian deſeſperado. Todo lo mirava Anſelmo cubierto detras de unos tapices donde ſe avia eſcondido, y de todo ſe admirava, y ya le parecia que lo que avia viſto, y oido era baſtante ſatisfacion para mayores ſoſpechas: y ya quiſiera la prueva de venir Lotario aunque temeroſo de algun mal repentino ſuceſo: y eſtando ya para manifeſtarſe, y ſalir para abrazar, y defengañar á ſu eſpoſa, ſe detuvo, porque vio que Leonela

bolvia

bolvia coñ Lotario de la mano, y así como Camila le vió, haciendo con la daga en el ſuelo una gran raya delante della, le dixo: Lotario, advierte lo que te digo: si á dicha te atrevieres á paſar deſta raya que ves, ni aun llegar á ella, en el punto que viere que lo intentas, en eſe miſmo me paſaré el pecho con eſta daga que en las manos tengo: y antes que á eſto me reſpondas palabra, quiero que otras algunas me eſcuches, que deſpues reſponderas lo que mas te agradare. Lo primero, quiero, Lotario, que me digas si conoces á Anſelmo mi marido, y en que opinion le tienes? Y lo ſegundo, quiero ſaber tambien si me conoces á mí? Reſpondeme á eſto, y no te turbes, ni pienſes mucho lo que has de reſponder: pues no ſon dificultades las que te pregunto. No era tan ignorante Lotario, que deſde el primer punto que Camila le dixo que hicieſe eſconder á Anſelmo, no huvieſe dado en la cuenta de lo que ella penſava hacer, y así correſpondió con ſu intencion tan diſcretamente, y tan á tiempo, que hicieran los dos paſar aquella mentira por mas que cierta verdad, y así reſpondió á Camila deſta manera: No penſé yo, hermoſa Camila, que me llamavas para preguntarme coſas tan fuera de la intencion con que yo aquí vengo: si lo haces por dilatarme la prometida merced, deſde mas lexos pudieras entretenerla, porque tanto mas fatiga el bien deſeado, quanto la eſperanza eſtá mas cerca de poſeello: pero porque no digas, que no reſpondo á tus preguntas, digo que conozco á tu eſpoſo Anſelmo, y nos conocemos los dos deſde nueſtros mas tiernos años, y no quiero decir lo que tu tambien ſabes de nueſtra amiſtád por me hacer teſtigo del agravio que el amor hace que le haga poderoſa diſculpa de mayores yerros. A tí te conozco, y tengo en la miſma poſeſion que él te tiene, que á no ſer así, por menos prendas que las tuyas, no avia yo de ir contra lo que devo á ſer quien ſoy, y contra las ſantas leyes de la verdadera amiſtad, aora

por tan poderoſo enemigo como el amor por mí rompidas, y violadas. Si eſo confieſas, reſpondió Camila, enemigo mortal de todo aquello que juſtamente merece ſer amado, con que roſtro oſas parecer ante quien ſabes que es el eſpejo donde ſe mira aquel en quien tu te devieras mirar, para que vieras con quan poca ocaſion le agravias? Pero ya cayo, ay deſdichada de mí, en la cuenta de quien te ha hecho tener tan poca con lo que á tí miſmo deves, que deve de aver ſido alguna deſemboltura mia, que no quiero llamarla deſhoneſtidad, pues no avrá procedido de deliberada determinacion, ſino de algun deſcuido de los que las mugeres, que pienſan que no tienen de quien recatarſe, ſuelen hacer inadvertidamente. Sino dime quando, ó traidor, reſpondí á tus ruegos con alguna palabra, ó ſeñal, que pudieſe deſpertar en tí alguna ſombra de eſperanza de cumplir tus infames deſeos? Quando tus amoroſas palabras no fueron deſhechas, y reprehendidas de las mias, con rigor, y con aſpereza? Quando tus muchas promeſas, y mayores dadivas fueron de mí creidas, ni admitidas? Pero por parecerme, que alguno no puede perſeverar en el intento amoroſo luengo tiempo, ſino es ſuſtentado de alguna eſperanza, quiero atribuirme á mí la culpa de tu impertinencia: pues ſin duda algun deſcuido mio ha ſuſtentado tanto tiempo tu cuidado, y así quiero caſtigarme, y darme la pena que tu culpa merece. Y porque vieſes, que ſiendo conmigo tan inhumana, no era poſible dexar de ſerlo contigo, quiſe traerte á ſer teſtigo del ſacrificio que pienſo hacer á la ofendida honra de mi tan honrado marido, agraviado de tí con el mayor cuidado que te ha ſido poſible: y de mí tambien con el poco recato que he tenido del huir la ocaſion, si alguna te di para favorecer, y canonizar tus malas intenciones. Torno á decir, que la ſoſpecha que tengo que algun deſcuido mio engendró en tí tan deſvariados penſamientos, es la que mas me fatiga,

y la

y la que yo mas deſeo caſtigar con mis propias manos porque caſtigandome otro verdugo, quiza ſería mas publica mi culpa: pero antes que eſto haga, quiero matar muriendo, y llevar conmigo quien me acabe de ſatisfacer el deſeo de la venganza que eſpero, y tengo, viendo allá, donde quiera que fuere la pena que da la juſticia deſintereſada, y que no ſe dobla al que en terminos tan deſeſperados me ha pueſto. Y diciendo eſtas razones con una increible fuerza, y ligereza arremetió á Lotario con la daga deſembainada, con tales mueſtras de querer enclavarſela en el pecho, que caſi él eſtuvo en duda, si aquellas demoſtraciones eran falſas, ó verdaderas, porque le fue forzoſo valerſe de ſu induſtria, y de ſu fuerza, para eſtorvar que Camila no le dieſe, la qual tan vivamente fingia aquel eſtraño embuſte, y fealdad, que por dalle color de verdad la quiſo matizar con ſu miſma ſangre, porque viendo que no podia, aver á Lotario, ó fingiendo que no podia, dixo: Pues la ſuerte no quiere ſatisfacer del todo mi tan juſto deſeo, alomenos no ſerá tan poderoſa que en parte me quite que no le ſatisfaga: y haciendo fuerza para ſoltar la mano de la daga, que Lotario la tenía aſida, la ſacó, y guiando ſu punta por parte que pudieſe herir no profundamente, ſe la entró, y eſcondió por mas arriba de la iſlilla del lado izquierdo junto al ombro, y luego ſe dexó caer en el ſuelo como deſmayada. Eſtavan Leonela, y Lotario ſuſpenſos, y atonitos, de tal ſuceſo: y toda via dudavan de la verdad de aquel hecho, viendo á Camila tendida en tierra, y bañada en ſu ſangre: acudió Lotario con mucha preſteza deſpavorido, y ſin aliento á ſacar la daga, y en ver la pequeña herida ſalió del temor que haſta entonces tenía, y de nuevo ſe admiró de la ſagacidad, prudencia, y mucha diſcrecion de la hermoſa Camila: y por acudir con lo que á él le tocava, comenzó á hacer una larga, y triſte lamentacion ſobre el cuerpo de Camila, como ſi eſtuviera difunta, echandoſe muchas maldiciones, no ſolo á él,

ſino al que avia ſido cauſa de avelle pueſto en aquel termino. Y como ſabia que le eſcuchava ſu amigo Anſelmo, decia coſas, que él que le oyera le tuviera mucha mas laſtima que á Camila, aunque por muerta la juzgara. Leonela la tomó en brazos, y la puſo en el lecho, ſuplicando á Lotario fueſe á buſcar quien ſecretamente á Camila curaſe. Pediale así miſmo conſejo, y parecer de lo que dirian á Anſelmo de aquella herida de ſu ſeñora, si acaſo vinieſe antes que eſtuvieſe ſana. El reſpondió que dixeſen lo que quiſieſen, que él no eſtava para dar conſejo que de provecho fueſe, ſolo le dixo, que procuraſe tomarle la ſangre, porque él ſe iva adonde gentes no le vieſen. Y con mueſtras de mucho dolor, y ſentimiento ſe ſalió de caſa, y quando ſe vió ſolo, y en parte donde nadie le veya, no ceſava de hacerſe Cruzes, maravillandoſe de la induſtria de Camila, y de los ademanes tan propios de Leonela. Conſiderava quan enterado avia de quedar Anſelmo de que tenía por muger á una ſegunda Porcia, y deſeava verſe con él, para celebrar los dos la mentira, y la verdad mas diſimulada, que jamas pudiera imaginarſe. Leonela tomó, como ſe ha dicho, la ſangre á ſu ſeñora, que no era mas de aquello que baſtó para acreditar ſu embuſte, y lavando con un poco de vino la herida, ſe la ató lo mejor que ſupo, diciendo tales razones en tanto que la curava, que, aunque no huvieran precedido otras, baſtaran á hacer creer á Anſelmo que tenía en Camila un ſimulacro de la honeſtidad. Iuntaronſe á las palabras de Leonela otras de Camila, llamandoſe cobarde, y de poco animo, pues le avia faltado al tiempo que fuera mas neceſario tenerle, para quitarſe la vida, que tan aborrecida tenía. Pedia conſejo á ſu donzella, ſi diría, ó no, todo aquel ſuceſo á ſu querido eſpoſo, la qual le dixo, que no ſe lo dixeſe, porque le pondria en obligacion de vengarſe de Lotario, lo qual no podria ſer ſin mucho rieſgo ſuyo, y que la buena muger eſtava obligada, á no dar

ocaſion

ocaſion á ſu marido á que riñeſe, ſino á quitalle todas aquellas que le fueſe poſible. Reſpondió Camila, que le parecia muy bien ſu parecer, y que ella ſe ſeguiría. Pero que en todo caſo convenia buſcar que decir á Anſelmo de la cauſa de aquella herida, que él no podria dexar de ver. A lo que Leonela reſpondia, que ella, ni aun burlando no ſabia mentir. Pues yo hermana, replicó Camila, que tengo de ſaber? que no me atreveré á forjar, ni ſuſtentar una mentira si me fueſe en ello la vida? Y si es que no hemos de ſaber dar ſalida á eſto, mejor ſerá decirle la verdad deſnuda, que no que nos alcance en mentiroſa cuenta. No tengas pena, ſeñora, de aquí á mañana, reſpondió Leonela, yo penſaré que le digamos, y quizá que por ſer la herida donde es, ſe podrá encubrir ſin que él la vea, y el cielo ſerá ſervido de favorecer á nueſtros tan juſtos, y tan honrados penſamientos. Soſiegate, ſeñora mia, y procura ſoſegar tu alteracion, porque mi ſeñor no te halle ſobreſaltada: y lo demas dexalo á mi cargo, y al de Dios, que ſiempre acude á los buenos deſeos. Atentiſimo avia eſtado Anſelmo á eſcuchar, y a ver repreſentar la tragedia de la muerte de ſu honra: la qual con tán eſtraños, y eficaces afetos la repreſentaron los perſonages della, que pareció que ſe avian transformado en la miſma verdad de lo que fingian. Deſeava mucho la noche, y el tener lugar para ſalir de ſu caſa, y ir á verſe con ſu buen amigo Lotario, congratulandoſe con él de la margarita precioſa que avia hallado en el deſengaño de la bondad de ſu eſpoſa. Tuvieron cuidado las dos de darle lugar, y comodidad á que ſalieſe, y él fin perdella ſalió, y luego fue á buſcar á Lotario, el qual hallado, no ſe puede buenamente contar los abrazos que le dió, las coſas que de ſu contento le dixo, las alabanzas que dió á Camila. Todo lo qual eſcuchó Lotario ſin poder dar mueſtras de alguna alegria: porque ſe le repreſentava á la memoria quan engañado eſtava ſu amigo, y quan injuſta-

injuſtamente él le agraviava. Y aunque Anſelmo veya que Lotario no ſe alegrava, creya ya ſer la cauſa por aver dexado á Camila herida, y aver él ſido la cauſa. Y así entre otras razones le dixo, que no tuvieſe pena del ſuceſo de Camila, porque ſin duda la herida era ligera: pues quedavan de concierto de encubrirſela á él. Y que ſegun eſto no avia de que temer, ſino que de alli adelante ſe gozaſe, y alegraſe con él, pues por ſu induſtria, y medio él ſe veya levantado á la mas alta felicidad, que acertará deſearſe, y queria que no fueſen otros ſus entretenimientos que en hacer verſos en alabanza de Camila, que la hicieſen eterna en la memoria de los ſiglos venideros. Lotario alabó ſu buena determinacion, y dixo, que él por ſu parte ayudaría á levantar tan iluſtre edificio. Con eſto quedó Anſelmo el hombre mas ſabroſamente engañado que pudo aver en el mundo: él miſmo llevava por la mano á ſu caſa, creyendo que llevava el inſtrumento de ſu gloria, toda la perdicion de ſu fama. Recebiale Camila con roſtro, al parecer torcido, aunque con alma riſueña. Duró eſte engaño algunos dias, haſta que al cabo de pocos meſes bolvió fortuna ſu rueda, y ſalió á plaza la maldad con tanto artificio haſta alli cubierta, y á Anſelmo le coſtó la vida ſu Impertinente Curioſidad.

Cap. XXXV. Que trata de la brava, y deſcomunal batalla, que Don Quixote tuvo con unos Cueros de vino tinto: y donde ſe da fin á la Novela del Curioſo Impertinente.

POCO mas quedava por leer de la Novela, quando del camaranchon donde repoſava Don Quixote, ſalió Sancho Panza todo alborotado, diciendo a voces: Acudid ſeñores preſto, y ſocorred

corred á mi ſeñor, que anda embuelto en la mas reñida, y travada batalla, que mis ojos han viſto. Vive Dios que ha dado una cuchillada al Gigante enemigo de la ſeñora Princeſa Micomicona, que le ha tajado la cabeza cercen á cercen, como ſi fuera un nabo. Que decis hermano, dixo el Cura, (dexando de leer lo que de la Novela quedava) eſtays en vos Sancho? Como diablos puede ſer eſo que decis, eſtando el gigante dos mil leguas de aquí? En eſto oyeron un gran ruido en el apoſento, y que Don Quixote decia á voces: Tente ladron, malandrin, follón, que aquí te tengo, y no te ha de valer tu cimitarra. Y parecia que dava grandes cuchilladas por las paredes. Y dixo Sancho, no tienen que pararſe á eſcuchar, ſino entren á deſpartir la peléa, ó á ayudar á mi Amo: aunque ya no ſerá meneſter, porque ſin duda alguna el Gigante eſtá ya muerto, y dando cuenta á Dios de ſu paſada, y mala vida, que yo vi correr la ſangre por el ſuelo, y la cabeza cortada, y caida á un lado que es tamaña como un gran cuero de vino. Que me maten, dixo á eſta ſazon el Ventero, si Don Quixote, ó Don Diablo no ha dado alguna cuchillada en alguno de los cueros de vino tinto, que á ſu cabecera eſtavan llenos, y el vino derramado deve de ſer lo que le parece ſangre á eſte buen hombre. Y con eſto entró en el apoſento, y todas tras él, y hallaron á Don Quixote en el mas eſtraño trage del mundo: eſtava en camiſa, la qual no era tan cumplida, que por delante le acabaſe de cubrir los muſlos, y por detras tenía ſeys dedos menos: las piernas eran muy largas, y flacas, llenas de vello, y no nada limpias. Tenía en la cabeza un bonetillo colorado graſiento, que era del Ventero. En el brazo izquierdo tenía rebuelta la manta de la cama, con quien tenía ogeriza Sancho, y él le ſabia bien el porque. Y en la derecha deſembainada la eſpada, con la qual dava cuchilladas á todas partes, diciendo palabras, como si verdaderamente eſtuviera peleando con algun gigante: y

es lo bueno, que no tenía los ojos abiertos, porque eſtava durmiendo, y ſoñando que eſtava en batalla con el Gigante. Que fue tan intenſa la imaginacion de la aventura que iva á fenecer, que le hizo ſoñar que ya avia llegado al Reyno de Micomicon, y que ya eſtava en la peléa con ſu enemigo, y avia dado tantas cuchilladas en los cueros, creyendo que las dava en el Gigante, que todo el apoſento eſtava lleno de vino: lo qual viſto por el Ventero, tomó tanto enojo, que arremetió con Don Quixote, y á puño cerrado le comenzó á dar tantos golpes, que si Cardenio, y el Cura no ſe le quitaran, él acabara la guerra del Gigante, y con todo aquello no deſpertava el pobre Cavallero, haſta que el Barbero truxo un gran caldero de agua fria del pozo, y ſe le echo por todo el cuerpo de golpe, con lo qual deſpertó Don Quixote, mas no con tanto acuerdo, que echaſe de ver de la manera que eſtava. Dorotea, que vió quan corta, y ſotilmente eſtava veſtido, no quiſo entrar á ver la batalla de ſu ayudador, y de ſu contrario. Andava Sancho buſcando la cabeza del Gigante por todo el ſuelo, y como no la hallava, dixo: Ya yo ſé que todo lo deſta caſa es encantamento, que la otra vez en eſte miſmo lugar donde aora me hallo, me dieron muchos moxicones, y porrazos, ſin ſaber quien me los dava, y nunca pude ver á nadie: y aora no parece por aquí eſta cabeza, que vi cortar por mis miſmos ojos, y la ſangre corria del cuerpo como de una fuente. Que ſangre, ni que fuente dices, enemigo de Dios y de ſus ſantos, dixo el Ventero? No vees, ladron, que la ſangre, y la fuente no es otra coſa, que eſtos cueros que aquí eſtan horadados, y el vino tinto que nada en eſte apoſento, que nadando vea yo el alma en los infiernos, de quien los horadó? No ſé nada, reſpondió Sancho, ſolo ſé, que vendré á ſer tan deſdichado, que por no hallar eſta cabeza ſe me ha de deſhacer mi Condado, como la ſal en el agua. Y eſtava peor Sancho deſpierto,

erto, que ſu Amo durmiendo: tal le tenían las promeſas que ſu Amo le avia hecho. El Ventero ſe deſeſperava de ver la flema del eſcudero, y el maleficio del ſeñor, y jurava que no avia de ſer como la vez paſada, que ſe le fueron ſin pagar: y que aora no le avian de valer los privilegios de ſu Cavalleria, para dexar de pagar lo uno, y lo otro, aun haſta lo que pudieſen coſtar las botanas que ſe avian de echar á los rotos cueros. Tenía el Cura de las manos á Don Quixote, el qual creyendo que ya avia acabado la aventura, y que ſe hallava delante de la Princeſa Micomicona, ſe hincó de rodillas delante del Cura, diciendo: Bien puede la vueſtra grandeza, alta, y fermoſa ſeñora, vivir de oy mas ſegura, ſin que le pueda hacer mal eſta mal nacida criatura: y yo tambien de oy mas ſoy quito de la palabra que os di, pues con el ayuda del alto Dios, y con el favor de aquella por quien yo vivo, y reſpiro, tambien la he cumplido. No lo dixe yo? dixo oyendo eſto Sancho, sí que no eſtava yo borracho, mirad si tiene pueſto ya en ſal mi Amo al gigante? Ciertos ſon los toros, mi Condado eſtá de molde. Quien no avia de reir con los diſparates de los dos, Amo, y mozo? Todos reyan, ſino el Ventero, que ſe dava á Satanas. Pero en fin, tanto hicieron el Barbero, Cardenio, y el Cura, que con no poco trabajo dieron con Don Quixote en la cama, el qual ſe quedó dormido, con mueſtras de grandiſimo canſancio. Dexaronle dormir, y ſalieronſe al portal de la venta á conſolar á Sancho Panza, de no aver hallado la cabeza del Gigante: aunque mas tuvieron que hacer en aplacar al Ventero, que eſtava deſeſperado por la repentina muerte de ſus cueros: y la Ventera decia en voz, y en grito: En mal punto, y en hora menguada entró en mi caſa eſte Cavallero andante, que nunca mis ojos le huvieran viſto, que tan caro me cueſta. La vez paſada ſe fue con el coſte de una noche, de cena cama, paja, y cevada para el, y para ſu eſcudero, y un roz n, y un jumen o,

mento, diciendo que era cavallero aventurero, que mala aventura le dé Dios á él, y á quantos aventureros ay en el mundo: y que por esto no estava obligado á pagar nada, que así estava escrito en los aranzeles de la Cavalleria andantesca. Y aora por su respeto vinó estotro señor, y me llevó mi cola, y hamela buelto con mas de dos quartillos de daño, toda pelada, que no puede servir para lo que la quiere mi marido. Y por fin, y remate de todo, romperme mis cueros, y derramarme mi vino: que derramada le vea yo su sangre. Pues no se piense, que por los huesos de mi padre, y por el siglo de mi madre, sino me lo han de pagar un quarto sobre otro, ó no me llamaría yo como me llamo, ni sería hija de quien soy. Estas, y otras razones tales, decia la Ventera, con grande enojo: y ayudavala su buena criada Maritornes. La hija callavá, y de quando en quando se sonreya. El Cura lo sosegó todo, prometiendo de satisfacerles su perdida lo mejor que pudiese, así de los cueros, como del vino: y principalmente del menoscabo de la cola, de quien tanta cuenta hacían. Doroteá consoló á Sancho Panza, diciendole, que cada, y quando que pareciese aver sido verdad que su Amo huviese descabezado al Gigante, le prometia, en viendose pacifica en su Reino, de darle el mejor Condado que en el huviese. Consolóse con esto Sancho, y aseguró á la Princesa, que tuviese por cierto que él avia visto la cabeza del Gigante, y que por mas señas tenía una barba que le llegava á la cintura, y que sino parecia, era porque todo quanto en aquella casa pasava era por via de encantamento, como él lo avia provado otra vez que avia posado en ella. Dorotea dixo que así lo creya, y que no tuviese pena, que todo se haría bien, y sucedería á pedir de boca. Sosegados todos, el Cura quiso acabar de leer la novela, porque vió que faltava poco. Cardenio, Dorotea, y todos los demas

mas le rogaron la acabaſe: él, que á todos quiſo dar guſto, y por el que el tenía de leerla, proſiguió el cuento, que así decia.

Sucedió pues, que por la ſatisfacion que Anſelmo tenía de la bondad de Camila, vivia una vida contenta, y deſcuidada: y Camila de induſtria hacía mal roſtro á Lotario, porque Anſelmo entendieſe al reves de la voluntad que le tenía: y para mas confirmacion de ſu hecho, pidió licencia Lotario, para no venir á ſu caſa, pues claramente ſe moſtrava la peſadumbre que con ſu viſta Camila recebia, mas el engañado Anſelmo le dixo, que en ninguna manera tal hicieſe. Y deſta manera, por mil maneras era Anſelmo el fabricador de ſu deſhonra, creyendo que lo era de ſu guſto. En eſto el gozo, que tenía Leonela de verſe calificada en ſus amores, llegó á tanto, que ſin mirar á ótra coſa, ſe iva tras el á ſuelta rienda, fiada en que ſu ſeñora la encubria, y aun la advertia del modo que con poco rezelo pudieſe ponerle en execucion. En fin, una noche ſintió Anſelmo paſos en el apoſento de Leonela, y queriendo entrar á ver quien los dava, ſintió que le detenian la puerta: coſa que le puſo mas voluntad de abrirla, y tanta fuerza hizo, que la abrió, y entró dentro á tiempo que vió que un hombre ſaltava por la ventana á la calle: y acudiendo con preſteza á alcanzarle, ó conocerle, no pudo conſeguir lo uno, ni lo otro, porque Leonela ſe abrazó con él, diciendole: Soſiegate, ſeñor mio, y no te alborotes, ni ſigas al que de aquí ſaltó, que es coſa mia, y tanto, que es mi eſpoſo. No lo quiſo creer Anſelmo, antes ciego de enojo, ſacó la daga, y quiſo herir á Leonela, diciendole, que le dixeſe la verdad, ſino que la mataría. Ella con el miedo, ſin ſaber lo que ſe decia, le dixo: No me mates, ſeñor, que yo te diré coſas de mas importancia de las que puedes imaginar. Dilas luego, dixo Anſelmo, ſino muerta eres. Por aora ſerá impoſible, dixo Leonela, ſegun eſtoy de turbada, dexame haſta mañana, que

entonces ſabras de mí lo que te ha de admirar: y eſtá ſeguro, que él que ſaltó por eſta ventana es un mancebo deſta ciudad, que me ha dado la mano de ſer mi eſpoſo. Soſegóſe con eſto Anſelmo, y quiſo aguardar el termino que ſe le pedia, porque no penſava oir coſa que contra Camila fueſe, por eſtar de ſu bondad tan ſatisfecho, y ſeguro, y así ſe ſalió del apoſento, y dexó encerrada en el á Leonela, diciendole, que de alli no ſaldria, haſta que le dixeſe lo que tenía que decirle. Fue luego á ver á Camila, y á decirle, como le dixo, todo aquello que con ſu donzella le avia paſado, y la palabra que le avia dado de decirle grandes coſas, y de importancia. Si ſe turbó Camila, ó no, no ay para que decirlo, porque fue tanto el temor que cobró, creyendo verdaderamente (y era de creer) que Leonela avia de decir á Anſelmo, todo lo que ſabia de ſu poca fe, que no tuvo animo para eſperar si ſu ſoſpecha ſalia falſa, ó no. Y aquella miſma noche, quando le pareció que Anſelmo dormia, juntó las mejores joyas que tenía, y algunos dineros, y ſin ſer de nadie ſentida, ſalió de caſa y ſe fue á la de Lotario, á quien contó lo que paſava, y le pidió, que la puſieſe en cobro, ó que ſe auſentaſen los dos, donde de Anſelmo pudieſen eſtar ſeguros. La confuſion en que Camila puſo á Lotario fue tal, que no le ſabia reſponder palabra, ni menos ſabia reſolverſe en lo que haría. En fin, acordó de llevar á Camila á un monaſterio, en quien era Priora una ſu hermana. Conſintió Camila en ello, y con la preſteza que el caſo pedia, la llevó Lotario, y la dexó en el monaſterio: y él anſi miſmo ſe auſentó luego de la ciudad, ſin dar parte á nadie de ſu auſencia. Quando amaneció, ſin echar de ver Anſelmo, que Camila faltava de ſu lado, con el deſeo que tenía de ſaber lo que Leonela queria decirle, ſe levantó, y fue á donde la avia dexado encerrada. Abrió, y entró en el apoſento, pero no halló en el á Leonela, ſolo halló

pueſtas unas ſábanas añudadas á la ventana, indicio, y ſeñal, que por alli ſe avia deſcolgado, é ido. Bolvió luego muy triſte, á decirſelo á Camila, y no hallando la en la cama, ni en toda la caſa, quedó aſombrado. Preguntó á los criados de caſa por ella, pero nadie le ſupo dar razon de lo que pedia. Acertó á caſo andando á buſcar á Camila, que vió ſus cofres abiertos, y que dellos faltavan las mas de ſus joyas, y con eſto acabó de caer en la cuenta de ſu deſgracia, y en que no era Leonela la cauſa de ſu deſventura. Y anſi como eſtava, ſin acabarſe de veſtir, triſte, y penſativo, fue á dar cuenta de ſu deſdicha á ſu amigo Lotario: mas quando no le halló, y ſus criados le dixeron, que aquella noche avia faltado de caſa, y avia llevado conſigo todos los dineros que tenía, penſó perder el juicio. Y para acabar de concluir con todo, bolviendoſe á ſu caſa, no halló en ella ninguno de quantos criados, ni criadas tenía, ſino la caſa deſierta, y ſola. No ſabia que penſar, que decir, ni que hacer, y poco á poco ſe le iva bolviendo el juicio. Contemplavaſe, y miravaſe en un inſtante, ſin muger, ſin amigo, y ſin criados: deſamparado, á ſu parecer, del cielo que le cubria, y ſobre todo ſin honra, porque en la falta de Camila vió ſu perdicion. Reſolvióſe en fin, á cabo de una gran pieza de irſe á la aldea de ſu amigo, donde avia eſtado quando dió lugar á que ſe maquinaſe toda aquella deſventura. Cerró las puertas de ſu caſa, ſubió á cavallo, y con deſmayado alíento ſe puſo en camino: y á penas huvo andado la mitad, quando acoſado de ſus penſamientos, le fue forzoſo apearſe, y arrendar ſu cavallo á un arbol, á cuyo tronco ſe dexó caer, dando tiernos, y doloroſos ſuſpiros: y alli ſe eſtuvo, haſta caſi que anochecia, y aquella hora vió, que venia un hombre á cavallo de la ciudad: y deſpues de averle ſaludado le pregunto, que nuevas avia en Florencia? El ciudadano respondió: Las mas eſtrañas que muchos dias ha ſe han oido en ella, porque ſe dice publicamente,

que

que Lotario aquel grande amigo de Anſelmo el rico, que vivia á ſan Juan, ſe llevó eſta noche á Camila, muger de Anſelmo, el qual tampoco parece. Todo eſto ha dicho una criada de Camila, que á noche la halló el Governador, deſcolgandoſe con una ſabana por las ventanas de la caſa de Anſelmo. En efeto, no ſé puntualmente como paſó el negocio, ſolo ſé, que toda la ciudad eſtá admirada deſte ſuceſo, porque no ſe podia eſperar tal hecho, de la mucha, y familiar amiſtad de los dos, que dicen que era tanta, que los llamavan: Los Dos Amigos. Sabeſe por ventura, dixo Anſelmo, el camino que llevan Lotario, y Camila? Ni por pienſo, dixo el ciudadano, pueſto que el Governador ha uſado de mucha diligencia en buſcarlos. A Dios vays, ſeñor, dixo Anſelmo. Con él quedeys, reſpondió el ciudadano, y fueſe. Con tan deſdichadas nuevas, caſi, caſi llegó á terminos Anſelmo, no ſolo de perder el juicio, ſino de acabar la vida. Levantóſe como pudo, y llegó á caſa de ſu amigo, que aun no ſabia ſu deſgracia: mas como le vió llegar amarillo, conſumido, y ſeco, entendió que de algun grave mal venia fatigado. Pidió luego Anſelmo, que le acoſtaſen, y que le dieſen aderezo de eſcrivir. Hizoſe aſí, y dexaronle acoſtado, y ſolo, porque él aſí lo quiſo, y aunque le cerraſen la puerta. Viendoſe pues ſolo, comenzó á cargar tanto la imaginacion de ſu deſventura, que claramente conoció por las premiſas mortales que en sí ſentia que ſe le iva acabando la vida, y aſí ordenó de dexar noticia de la cauſa de ſu eſtraña muerte: y comenzando á eſcrivir, antes que acabaſe de poner todo lo que queria, le faltó el aliento, y dexó la vida en las manos del dolor, que le cauſó ſu Curioſidad Impertinente. Viendo el ſeñor de caſa que era ya tarde, y que Anſelmo no llamava, acordó de entrar á ſaber, si paſava adelante ſu indiſpoſicion, y hallóle tendido boca á baxo, la mitad del cuerpo en la cama, y la otra mitad ſobre el bufete,

ſobre

ſobre el qual eſtava con el papel eſcrito, y abierto: y él tenía aun la pluma en la mano. Llegóſe el hueſped á él, aviendole llamado primero, y travandole por la mano, viendo qne no le reſpondia, y hallandole frio, vió que eſtava muerto. Admiróſe, y congoxóſe en gran manera, y llamó á la gente de caſa para que vieſen la deſgracia á Anſelmo ſucedida: y finalmente leyó el papel, que conoció que de ſu miſma mano eſtava eſcrito, el qual contenia eſtas razones.

Un necio, é impertinente deſeo me quitó la vida. Si las nuevas de mi muerte llegaren á los oidos de Camila, ſepa que yo la perdono, porque no eſtava ella obligada á hacer milagros, ni yo tenía neceſidad de querer que ella los hicieſe: y pues yo fuy el fabricador de mi deſhonra, no ay para que.

Haſta aquí eſcrivió Anſelmo, por donde ſe echó de ver, que en aquel punto, ſin poder acabar la razon ſe le acabó la vida. Otro dia dió aviſo ſu amigo á los parientes de Anſelmo de ſu muerte: los quales ya ſabian ſu deſgracia, y el monaſterio donde Camila eſtava, caſi en el termino de acompañar á ſu eſpoſo en aquel forzoſo viage, no por las nuevas del muerto eſpoſo, mas por las que ſupo del auſente amigo. Diceſe, que aunque ſe vió biuda, no quiſo ſalir del monaſterio, ni menos hacer profeſion de monja, haſta que no de alli á muchos dias le vinieron nuevas, que Lotario avia muerto en una batalla que en aquel tiempo dió Monſiur de Lautrec al gran Capitan Gonzalo Fernandez de Cordova en el Reino de Napoles, donde avia ido á parar el tarde arrepentido amigo: lo qual ſabido por Camila, hizo profeſion, y acabó en breves dias la vida á las riguroſas manos de triſtezas, y melancolias. Eſte fue el fin que tuvieron todos, nacido de un tan deſatinado principio. Bien, dixo el Cura, me parece eſta novela, pero no me puedo perſuadir que eſto ſea verdad, y ſi es fingido, fingió mal el autor, porque no ſe puede imaginar, que aya marido tan

necio,

necio, que quiera hacer tan coſtoſa experiencia como Anſelmo. Si eſte caſo ſe puſiera entre un galan, y una dama, pudieraſe llevar, pero entre marido y muger, algo tiene de impoſible: y en lo que toca al modo de contarle, no me deſcontenta.

Cap. XXXVI. Otros raros ſuceſos que en la venta ſucedieron.

ESTando en eſto, el Ventero que eſtava á la puerta de la venta, dixo: Eſta que viene es una hermoſa tropa de hueſpedes: si ellos paran aquí, gaudeamus tenemos. Que gente es, dixo Cardenio? Quatro hombres, reſpondió el Ventero, vienen á cavallo á la gineta con lanzas, y adargas, y todos con antifaces negros: y junto con ellos viene una muger veſtida de blanco en un ſillon, anſi miſmo cubierto el roſtro: y otros dos mozos de á pie. Vienen muy cerca, preguntó el Cura? Tan cerca, reſpondió el Ventero, que ya llegan. Oyendo eſto Dorotea ſe cubrió el roſtro, y Cardenio ſe entró en el apoſento de Don Quixote, y caſi no avian tenido lugar para eſto, quando entraron en la venta todos los que el Ventero avia dicho: y apeandoſe los quatro de á cavallo, que de muy gentil talle, y diſpoſicion eran, fueron á apear á la muger que en el ſillon venia: y tomandola uno dellos en ſus brazos, la ſentó en una ſilla que eſtava á la entrada del apoſento donde Cardenio ſe avia eſcondido. En todo eſte tiempo, ni ella, ni ellos ſe avian quitado los antifaces, ni hablado palabra alguna: ſolo que al ſentarſe la muger en la ſilla, dió un profundo ſuſpiro, y dexó caer los brazos, como perſona enferma, y deſmayada. Los mozos de á pie llevaron los cavallos á la cavalleriza. Viendo eſto el Cura,

Cura, deſeoſo de ſaber que gente era aquella, que con tal trage, y tal ſilencio eſtava, ſe fue donde eſtavan los mozos, y á uno dellos le preguntó lo que ya deſeava: el qual le reſpondió: Par diez, ſeñor, yo no ſabré deciros que gente ſea eſta, ſolo ſé, que mueſtra ſer muy principal, eſpecialmente aquel que llegó á tomar en ſus brazos á aquella ſeñora que aveys viſto: y eſto digolo, porque todos los demas le tienen reſpeto, y no ſe hace otra coſa mas de la que él ordena, y manda. Y la ſeñora quien es, preguntó el Cura? Tampoco ſabré decir eſo, reſpondió el mozo, porque en todo el camino no la he viſto el roſtro: ſuſpirar sí la he oido muchas veces, y dar unos gemidos, que parece que con cada uno dellos quiere dar el alma: y no es de maravillar que no ſepamos mas de lo que avemos dicho, porque mi compañero, y yo, no ha mas de dos dias que los acompañamos, porque aviendolos encontrado en el camino, nos rogaron, y perſuadieron, que vinieſemos con ellos haſta el Andaluzia, ofreciendoſe á pagarnoſlo muy bien. Y aveys oido nombrar á alguno dellos, preguntó el Cura? No por cierto, reſpondió el mozo, porque todos caminan con tanto ſilencio, que es maravilla, porque no ſe oye entre ellos otra coſa, que los ſuſpiros, y ſollozos de la pobre ſeñora, que nos mueven á laſtima: y ſin duda tenemos creido, que ella va forzada donde quiera que va: y ſegun ſe puede colegir por ſu habito, ella es monja, ó va á ſerlo, que es lo mas cierto: y quiza porque no le deve de nacer de voluntad el mongio, va triſte, como parece. Todo podria ſer, dixo el Cura, y dexandolos, ſe bolvió adonde eſtava Dorotea, la qual como avia oido ſuſpirar á la embozada, movida de natural compaſion, ſe llegó á ella, y le dixo: Que mal ſentis, ſeñora mia? mirad ſi es alguno de quien las mugeres ſuelen tener uſo, y experiencia de curarle, que de mi parte os ofrezco una buena voluntad de ſerviros? A todo eſto callava la laſtimada ſeñora: y aun-

que Dorotea tornó con mayores ofrecimientos, toda via ſe eſtava en ſu ſilencio, haſta que llegó el cavallero embozado (que dixo el mozo que los demas obedecian) y dixo á Dorotea: No os canſeys, ſeñora, en ofrecer nada á eſa muger, porque tiene por coſtumbre de no agradecer coſa que por ella ſe hace, ni procureys que os reſponda, ſino quereys oir alguna mentira de ſu boca. Jamas la dixe (dixo á eſta ſazon la que haſta alli avia eſtado callando) antes por ſer tan verdadera, y tan ſin trazas mentiroſas, me veo aora en tanta deſventura: y deſto vos miſmo quiero que ſeays el teſtigo, pues mi pura verdad os hace á vos ſer falſo, y mentiroſo. Oyó eſtas razones Cardenio, bien clara, y diſtintamente, como quien eſtava tan junto de quien las decia, que ſola la puerta del apoſento de Don Quixote eſtava en medio, y aſí como las oyó, dando una gran voz, dixo: Valgame Dios, que es eſto que oigo? Que voz es eſta que ha llegado á mis oidos? Bolvió la cabeza á eſtos gritos aquella ſeñora, toda ſobreſaltada, y no viendo quien las dava, ſe levantó en pie, y fueſe á entrar en el apoſento: lo qual viſto por el cavallero, la detuvo, ſin dexarla mover un paſo. A ella con la turbacion, y deſaſoſiego, ſe le cayó el tafetan con que traya cubierto el roſtro, y deſcubrió una hermoſura incomparable, y un roſtro milagroſo, aunque deſcolorido, y aſombrado: porque con los ojos andava rodeando todos los lugares donde alcanzava con la viſta, con tanto ahinco, que parecia perſona fuera de juicio, cuyas ſeñales, ſin ſaber por que las hacía, puſieron gran laſtima en Dorotea, y en quantos la miravan. Teníala el cavallero fuertemente aſida por las eſpaldas, y por eſtar tan ocupado en tenerla, no pudo acudir á alzarſe el embozo que ſe le caya, como en efeto ſe le cayó del todo: y alzando los ojos Dorotea (que abrazada con la ſeñora eſtava) vió, que él, que abrazada anſi miſmo la tenía, era ſu eſpoſo Don Fernando: y apenas

le

le huvo conocido, quando arrojando de lo intimo de ſus entrañas un luengo, y triſtiſimo ay, ſe dexó caer de eſpaldas deſmayada: y á no hallarſe alli junto el Barbero, que la recogió en los brazos, ella diera conſigo en el ſuelo. Acudió luego el Cura á quitarle el embozo, para echarle agua en el roſtro, y así como la deſcubrió, la conoció Don Fernando, que era él que eſtava abrazado con la otra, y quedó como muerto en verla, pero no porque dexaſe con todo eſto, de tener á Luſcinda, que era la que procurava ſoltarſe de ſus brazos: la qual avia conocido en el ſuſpiro á Cardenio, y él la avia conocido á ella. Oyó así miſmo Cardenio el ay que dio Dorotea, quando ſe cayó deſmayada, y creyendo que era ſu Luſcinda ſalió del apoſento deſpavorido, y lo primero que vió fue á Don Fernando, que tenía abrazada á Luſcinda. Tambien Don Fernando conoció luego á Cardenio: y todos tres, Luſcinda, Cardenio, y Dorotea, quedaron mudos, y ſuſpenſos, caſi ſin ſaber lo que les avia acontecido. Callavan todos, y miravanſe todos, Dorotea á Don Fernando, Don Fernando á Cardenio, Cardenio á Luſcinda, y Luſcinda á Cardenio. Mas quien primero rompió el ſilenció fue Luſcinda, hablando á Don Fernando deſta manera: Dexadme ſeñor Don Fernando, por lo que deveys á ſer quien ſoys, ya que por otro reſpeto no lo hagays, dexadme llegar al muro de quien yo ſoy yedra, al arrimo de quien no me han podido apartar vueſtras importunaciones, vueſtras amenazas, vueſtras promeſas, ni vueſtras dadivas. Notad como el cielo, por deſuſados, y á noſotros encubiertos caminos, me ha pueſto á mi verdadero eſpoſo delante. Y bien ſabeys por mil coſtoſas experiencias, que ſola la muerte fuera baſtante para borrarle de mi memoria: ſean pues parte tan claros deſengaños, para que bolvays (ya que no podays hacer otra coſa) el amor en rabia, la voluntad en deſpecho, y acabadme con el la vida, que como yo la rinda delante de mi buen eſpoſo, la daré

por bien empleada: quiza con mi muerte quedará ſatisfecho de la fé que le mantuve, haſta el ultimo trance de la vida. Avia en eſte entretanto buelto Dorotea en sí, y avia eſtado eſcuchando todas las razones que Luſcinda dixo, por las quales vinó en conocimiento de quien ella era: que viendo que Don Fernando aun no la dexava de los brazos, ni reſpondia á ſus razones, esforzandoſe lo mas que pudo, ſe levantó, y ſe fue á hincar de rodillas á ſus pies, y derramando mucha cantidad de hermoſas, y laſtimeras lagrimas, así le comenzó á decir.

Si ya no es, ſeñor mio, que los rayos deſte Sol que en tus brazos eclipſado tienes, te quitan, y ofuſcan los de tus ojos, ya avras echado de ver, que la que á tus pies eſtá arrodillada, es la ſin ventura (haſta que tu quieras) la deſdichada Dorotea. Yo ſoy aquella labradora humilde, á quien tu por tu bondad, ó por tu guſto, quiſiſte levantar á la alteza de poder llamarſe tuya. Soy la que encerrada en los limites de la honeſtidad vivió vida contenta, haſta que á las voces de tus importunidades, y al parecer, juſtos, y amoroſos ſentimientos, abrió las puertas de ſu recato, y te entregó las llaves de ſu libertad: dadiva, de tí tan mal agradecida, qual lo mueſtra bien claro, aver ſido forzoſo hallarme en el lugar donde me hallas, y verte yo á tí de la manera que te veo. Pero con todo eſto, no querria que cayeſe en tu imaginacion, penſar que he venido aquí con paſos de mi deſhonra, aviendome traido ſolo los del dolor, y ſentimiento de verme de tí olvidada. Tu quiſiſte que yo fueſe tuya, y quiſiſtelo de manera, que aunque aora quieras que no lo ſea, no ſerá poſible que tu dexes de ſer mio. Mira, ſeñor mio, que puede ſer recompenſa á la hermoſura, y nobleza por quien me dexas, la incomparable voluntad que te tengo. Tu no puedes ſer de la hermoſa Luſcinda, porque eres mio: ni ella puede ſer tuya, porque es de Cardenio. Y mas facil

ſerá,

ſerá, ſi en ello miras, reducir tu voluntad á querer á quien te adora, que no encaminar la que te aborrece á que bien te quiera. Tu ſolicitaſte mi deſcuido, tu rogaſte á mi entereza, tu no ignoraſte mi calidad: tu ſabes bien de la manera que me entregué á toda tu voluntad, no te queda lugar, ni acogida de llamarte á engaño. Y ſi eſto es así, como lo es, y tu eres tan Chriſtiano como cavallero, porque por tantos rodeos dilatas de hacerme venturoſa en los fines, como me hiciſte en los principios? Y ſino me quieres per la que ſoy, que ſoy tu verdadera, y legitima eſpoſa, quiere me alomenos, y admiteme por tu eſclava, que como yo eſté en tu poder, me tendré por dichoſa, y bien afortunada. No permitas, con dexarme, y deſampararme, que ſe hagan, y junten corrillos en mi deſhonra. No des tan mala vejez á mis padres, pues no lo merecen los leales ſervicios, que como buenos vaſallos á los tuyos ſiempre han hecho. Y ſi te parece que has de aniquilar tu ſangre por mezclarla con la mia, conſidera, que pocas, ó ninguna nobleza ay en el mundo, que no aya corrido por eſte camino: y que la que ſe toma de las mugeres, no es la que hace al caſo en las iluſtres decendencias. Quanto mas, que la verdadera nobleza conſiſte en la virtud, y ſi eſta á tí te falta, negandome lo que tan juſtamente me deves, yo quedaré con mas ventajas de noble, que las que tu tienes. En fin, ſeñor, lo que ultimamente te digo es, que quieras, ó no quieras, yo ſoy tu eſpoſa, teſtigos ſon tus palabras, que no han, ni deven ſer mentiroſas, ſi ya es que te precias de aquello porque me deſprecias. Teſtigo ſera la firma que hiciſte, y teſtigo el cielo, á quien tu llamaſte por teſtigo de lo que me prometias. Y quando todo eſto falte, tu miſma conciencia no ha de faltar de dar voces callando en mitad de tus alegrias, bolviendo por eſta verdad que te he dicho, y turbando tus mejores guſtos, y contentos. Eſtas, y otras razones dixo la laſtimada Dorotea con

tanto

tanto ſentimiento, y lagrimas, que los miſmos que acompañavan á Don Fernando, y quantos preſentes eſtavan, la acompañaron en ellas. Eſcuchóla Don Fernando ſin replicalle palabra, haſta que ella dió fin á las ſuyas, y principio á tantos ſollozos, y ſuſpiros, que bien avia de ſer córazon de bronze él, que con mueſtras de tanto dolor no ſe enterneciera. Mirandola eſtava Luſcinda, no menos laſtimada de ſu ſentimiento, que admirada de ſu mucha diſcrecion, y hermoſura: y aunque quiſiera llegarſe á ella, y decirle algunas palabras de conſuelo, no la dexavan los brazos de Don Fernando, que apretada la tenían: el qual lleno de confuſion, y eſpanto, al cabo de un buen eſpacio, que atentamente eſtuvo mirando á Dorotea abrió los brazos, y dexando libre a Luſcinda, dixo: Venciſte, hermoſa Dorotea, venciſte: porque no es poſible tener animo para ñegar tantas verdades juntas. Con el deſmayo que Luſcinda avia tenido, así como la dexó Don Fernando, iva á caer en el ſuelo, mas hallandoſe Cardenio alli junto, que á las eſpaldas de Don Fernando ſe avia pueſto porque no le conocieſe, poſpueſto todo temor, y aventurando á todo rieſgo, acudió á ſoſtener á Luſcinda, y cogiendola entre ſus brazos, le dixo: Si el piadoſo cielo guſta, y quiere que ya tengas algun deſcanſo, leal, firme, y hermoſa ſeñora mia, en ninguna parte creo yo que le tendras mas ſeguro que en eſtos brazos que aora te reciben, y otro tiempo te recibieron quando la fortuna quiſo que pudieſe llamarte mia. A eſtas razones puſo Luſcinda en Cardenio los ojos, y aviendo comenzado á conocerle primero por la voz, y aſegurandoſe que él era con la viſta, caſi fuera de ſentido, y ſin tener cuenta á ningun honeſto reſpeto, le echó los brazos al cuello, y juntando ſu roſtro con el de Cardenio, le dixo: Vos sí, ſeñor mio, ſoys el verdadero dueño deſta vueſtra cautiva, aunque mas lo impida la contraria ſuerte, y aunque mas amenazas le hagan á eſta vida, que en la vueſtra ſe ſuſtenta. Eſ-

Eſtraño eſpectaculo fue eſte para Don Fernando, y para todos los circunſtantes, admirandoſe de tan no viſto ſuceſo. Parecióle á Dorotea que Don Fernando avia perdido la color del roſtro, y que hacía ademan de querer vengarſe de Cardenio porque le vió encaminar la mano á ponella en la eſpada, y así como lo penſó con no viſta preſteza ſe abrazó con él por las rodillas, beſandoſelas, y teniendole apretado, que no le dexava mover, y ſin ceſar un punto de ſus lagrimas, le decia: Que es lo que pienſas hacer, unico refugio mio, en eſte tan impenſado trance? Tu tienes á tus pies á tu eſpoſa, y la que quieres que lo ſea eſtá en los brazos de ſu marido, mira ſi te eſtará bien, ó te ſerá poſible deſhacer lo que el cielo á hecho, ó ſi te convendrá querer levantar á igualar á tí miſmo á la que poſpueſto todo inconveniente, confirmada en ſu verdad, y firmeza, delante de tus ojos tiene los ſuyos bañados de licor amoroſo el roſtro, y pecho de ſu verdadero eſpoſo. Por quien Dios es, te ruego, y por quien tu eres, te ſuplico, que eſte tan notorio deſengaño no ſolo no acreciente tu ira, ſino que la mengue en tal manera, que con quietud, y ſoſiego permitas que eſtos dos amantes le tengan ſin impedimento tuyo, todo el tiempo que el cielo quiſiere concederſele, y en eſto moſtraras la generoſidad de tu iluſtre, y noble pecho, y vera el mundo que tiene contigo mas fuerza la razon, que el apetito. En tanto que eſto decia Dorotea, aunque Cardenio tenía abrazada á Luſcinda, no quitava los ojos de Don Fernando, con determinacion, de que ſi le vieſe hacer algun movimiento en ſu perjuicio, procurar defenderſe, y ofender, como mejor pudieſe á todos aquellos que en ſu daño ſe moſtraſen, aunque le coſtaſe la vida: pero á eſta ſazon acudieron los amigos de Don Fernando, y el Cura, y el Barbero, que á todo avian eſtado preſentes, ſin que faltaſe el bueno de Sancho Panza, y

todos

todos rodeavan á Don Fernando, ſuplicandole tuvieſe por bien de mirar las lagrimas de Dorotea, y que ſiendo verdad, como ſin duda ellos creyan que lo era, lo que en ſus razones avia dicho, que no permitieſe, quedaſe defraudada de ſus tan juſtas eſperanzas. Que confideraſe, que no á caſo, como parecia, ſino con particular providencia del cielo ſe avian todos juntado en lugar donde menos ninguno penſava. Y que advirtieſe, dixo el Cura, que ſola la muerte podia apartar á Luſcinda de Cardenio, y aunque los dividieſen filos de alguna eſpada, ellos tendrian por felicifima ſu muerte: y que en los lazos inremediables era ſuma cordura, forzandoſe, y venciendoſe á sí miſmo, moſtrar un generoſo pecho, permitiendo que por ſola ſu voluntad los dos gozaſen el bien que el cielo ya les avia concedido, que puſieſe los ojos anſi miſmo en la beldad de Dorotea, y verla que pocas, ó ninguna ſe le podian igualar, quanto mas hacerle ventaja, y que juntaſe á ſu hermoſura ſu humildad, y el eſtremo del amor que le tenía: y ſobre todo advirtieſe, que si ſe preciava de cavallero, y de Chriſtiano, que no podia hacer otra coſa que cumplille la palabra dada, y que cumpliendoſela cumpliria con Dios, y ſatisfaría á las gentes diſcretas, las quales ſaben, y conocen que es prerrogativa de la hermoſura, aunque eſté en ſugeto humilde como ſe acompañe con la honeſtidad, poder levantarſe, é igualarſe á qualquiera alteza, ſin nota de menoſcabo dél que le levanta, é iguala á sí miſmo: y quando ſe cumplen las fuertes leyes del guſto, como en ello no intervenga pecado, no deve de ſer culpado él que las ſigue. En efeto á eſtas razones añadieron todos otras tales, y tantas, que el valeroſo pecho de Don Fernando en fin, como alimentado con iluſtre ſangre, ſe ablandó, y ſe dexó vencer de la verdad que él no pudiera negar, aunque quiſiera: y la ſeñal que dió de averſe rendido, y entregado al buen parecer que ſe le avia propueſto, fue

abaxarſe,

abaxarſe, y abrazar á Dorotea, diciendole: Levantaos, ſeñora mia, que no es juſto que eſté arrodillada á mis pies la que yo tengo en mi alma: y ſi haſta aquí no he dado mueſtras de lo que digo, quiza ha ſido por orden del cielo, para que viendo yo en vos la fé con que me amays, os ſepa eſtimar en lo que mereceys: lo que os ruego es, que no me reprehendays mi mal termino, y mi mucho deſcuido. Pues la miſma ocaſion, y fuerza que me movió para acetaros por mia, eſa miſma me impelió para procurar no ſer vueſtro: y que eſto ſea verdad, bolved, y mirad los ojos de la ya contenta Luſcinda, y en ellos hallareys diſculpa de todos mis yerros: y pues ella halló, y alcanzó lo que deſeava, y yo he hallado en vos lo que me cumple, viva ella ſegura, y contenta luengos, y felices años con ſu Cardenio, que yo de rodillas rogaré al cielo que me los dexe vivir con mi Dorotea: y diciendo eſto, la tornó á abrazar, y á juntar ſu roſtro con el ſuyo con tan tierno ſentimiento, que le fue neceſario tener gran cuenta con que las lagrimas no acabaſen de dar indubitables ſeñales de ſu amor, y arrepentimiento. No lo hicieron así las de Luſcinda, y Cardenio, y aun las de caſi todos los que alli preſentes eſtavan, porque comenzaron á derramar tantas los unos de contento propio, y los otros del ageno, que no parecia ſino que algun grāve, y mal caſo á todos avia ſucedido. Haſta Sancho Panza llorava, aunque deſpues dixo, que no llorava él, ſino por ver que Dorotea no era, como el penſava, la Reina Micomicona, de quien él tantas mercedes eſperava. Duró algun eſpacio, junto con el llanto, la admiracion en todos: y luego Cardenio, y Luſcinda ſe fueron á poner de rodillas ante Don Fernando, dandole gracias de la merced que les avia hecho con tan corteſes razones, que Don Fernando no ſabia que reſponder les, y así los levantó, y abrazó con mueſtras de mucho amor, y de mucha corteſia. Preguntó luego á Dorotea,

le dixeſe, como avia venido á aquel lugar tan lexos del ſuyo? Ella con breves, y diſcretas razones contó todo lo que antes avia contado á Cardenio: de lo qual guſtó tanto Don Fernando, y los que con él venian, que quiſieran que durara el cuento mas tiempo, tanta era la gracia con que Dorotea contava ſus deſventuras. Y así como huvo acabado, dixo Don Fernando lo que en la ciudad le avia acontecido deſpues que halló el papel en el ſeno de Luſcinda, donde declarava ſer eſpoſa de Cardenio, y no poder lo ſer ſuya, dixo que la quiſo matar, y lo hiciera si de ſus padres no fuera impedido: y que así ſe ſalió de ſu caſa deſpechado, y corrido, con determinacion de vengarſe con mas comodidad, y que otro dia ſupo como Luſcinda avia faltado de caſa de ſus padres, ſin que nadie ſupieſe decir donde ſe avia ido, y que en reſolucion al cabo de algunos meſes vinó á ſaber como eſtava en un monaſterio con voluntad de quedarſe en el toda la vida, ſino la pudieſe paſar con Cardenio, y que así como lo ſupo eſcogiendo para ſu compañia aquellos tres cavalleros, vinó al lugar donde eſtava, á la qual no avia querido hablar, temeroſo, que en ſabiendo que él eſtava alli avia de aver mas guarda en el monaſterio: y así aguardando un dia á que la porteria eſtuvieſe abierta, dexó á los dos á la guarda de la puerta, y él con otro avian entrado en el monaſterio buſcando á Luſcinda, la qual hallaron en el clauſtro hablando con una monja, y arrebatandola ſin darle lugar á otra coſa ſe avian venido con ella á un lugar donde ſe acomodaron de aquello que huvieron meneſter para traella. Todo lo qual avian podido hacer bien á ſu ſalvo por eſtar el monaſterio en el campo buen trecho fuera del pueblo. Dixo, que así como Luſcinda ſe vió en ſu poder, perdió todos los ſentidos, y que deſpues de buelta en ſí, no avia hecho otra coſa ſino llorar, y ſuſpirar ſin hablar pala-

bra

bra alguna: y que así acompañados de ſilencio, y de lagrimas avian llegado á aquella venta, que para él era aver llegado al cielo, donde ſe rematan, y tienen fin todas las deſventuras de la tierra.

Cap. XXXVII. Que proſigue la hiſtoria de la famoſa Infanta Micomicona, con otras gracioſas aventuras.

TODO eſto eſcuchava Sancho, no con poco dolor de ſu anima, viendo que ſe le deſparecian, é ivan en humo las eſperanzas de ſu ditado: y que la linda Princeſa Micomicona ſe le avia buelto en Dorotea, y el Gigante en Don Fernando, y ſu Amo ſe eſtava durmiendo á ſueño ſuelto, bien deſcuydado de todo lo ſucedido. No ſe podia aſegurar Dorotea si era ſoñado el bien que poſeya. Cardenio eſtava en el miſmo penſamiento: y el de Luſcinda corria por la miſma cuenta. Don Fernando dava gracias al cielo por la merced recebida, y averle ſacado de aquel intricado laberinto, donde ſe hallava tan apique de perder el credito, y el alma: y finalmente quantos en la venta eſtavan eſtavan contentos, y gozoſos del buen ſuceſo que avian tenido tan travados, y deſeſperados negocios. Todo lo ponia en ſu punto el Cura como diſcreto, y á cada uno dava el parabien del bien alcanzado: pero quien mas jubilava, y ſe contentava era la Ventera, por la promeſa que Cardenio, y el Cura le avian hecho de pagalle todos los daños, é intereſes que por cuenta de Don Quixote le huvieſen venido. Solo Sancho, come ya ſe ha dicho, era el afligido, el deſventurado, y el triſte: y así con malenconico ſemblante entró a ſu Amo, el qual acabava de deſpertar, á quien dixo: Bien puede vueſtra merced, Señor triſte figura, dormir todo lo que

quiſiere ſin cuidado de matar á ningun gigante, ni de bolver á la Princeſa ſu Reino, que ya todo eſtá hecho, y concluido. Eſo creo yo bien, reſpondió Don Quixote, porque he tenido con el Gigante la mas deſcomunal, y deſaforada batalla que pienſo tener en todos los dias de mi vida: y de un reves, zas, le derribé la cabeza en el ſuelo, y fue tanta la ſangre que le ſalió, que los arroyos corrían por la tierra, como si fueran de agua. Como si fueran de vino tinto, pudiera vueſtra merced decir mejor, reſpondió Sancho: porque quiero que ſepa vueſtra merced, si es que no lo ſabe, que el Gigante muerto es un cuero horadado, y la ſangre ſeys arrobas de vino tinto, que encerrava en ſu vientre: y la cabeza cortada, es la puta que me parió, y llevelo todo Satanas. Y que es lo que dices loco, replicó Don Quixote, eſtás en tu ſeſo? Levantaſe vueſtra merced, dixo Sancho, y verá el buen recado que ha hecho, y lo que tenemos que pagar, y verá á la Reyna convertida en una dama particular llamada Dorotea, con otros ſuceſos, que si cae en ellos, le han de admirar. No me maravillaria de nada deſo, replicó Don Quixote, porque si bien te acuerdas, la otra vez que aquí eſtuvimos, te dixe yo, que todo quanto aquí ſucedia eran coſas de encantamento, y no ſería mucho que aora fueſe lo miſmo. Todo lo creyera yo, reſpondió Sancho, si tambien mi manteamiento fuera coſa deſe jaez, mas no lo fue, ſino real, y verdaderamente: y vi yo que el Ventero que aquí eſtá oy dia tenía del un cabo de la manta, y me empujava hacia el cielo con mucho donaire, y brio, y con tanta riſa, como fuerza, y donde interviene conocerſe las perſonas tengo para mí, aunque ſimple, y pecador, que no ay encantamento alguno, ſino mucho molimiento, y mucha malaventura. Aora bien, Dios lo remediará, dixo Don Quixote, déme de veſtir, y dexame ſalir alla fuera, que quiero ver los ſuceſos, y transformaciones que dices.

dices. Dióle de veſtir Sancho, y en el entretanto que Don Quixote ſe veſtia, contó el Cura á Don Fernando, y á los demas que alli eſtavan las locuras de Don Quixote, y del artificio que avian uſado, para ſacarle de la Peña Pobre, donde él ſe imaginava eſtar por deſdenes de ſu Señora. Contóles así miſmo caſi todas las aventuras que Sancho avia contado, de que no poco ſe admiraron, y rieron, por parecerles, lo que á todos parecia, ſer el mas eſtraño genero de locura que podia caber en penſamiento diſparatado. Dixo mas el Cura, que pues ya el buen ſuceſo de la ſeñora Dorotea impidia paſar con ſu deſignio adelante, que era meneſter inventar, y hallar otro para poderle llevar á ſu tierra. Ofrecióſe Cardenio de proſeguir lo comenzado, y que Luſcinda haría, y repreſentaría ſuficientemente la perſona de Dorotea. No, dixo Don Fernando, no ha de ſer así, que yo quiero que Dorotea proſiga ſu invencion, que como no ſea muy lexos de aquí el lugar deſte buen cavallero, yo holgaré de que ſe procure ſu remedio. No eſtá mas de dos jornadas de aquí, pues aunque eſtuviera mas, guſtara yo de caminallas, á trueco de hacer tan buena obra. Salió en eſto Don Quixote armado de todos ſus pertrechos, con el yelmo, aunque abollado, de Mambrino en la cabeza, embrazado de ſu rodela, y arrimado á ſu tronco, ó lanzon. Suſpendió á Don Fernando, y á los demas la eſtraña preſencia de Don Quixote, viendo ſu roſtro de mediá legua de andadura, ſeco, y amarillo, la deſigualdad de ſus armas, y ſu meſurado continente, y eſtuvieron callando haſta ver lo que él decia, el qual con mucha gravedad, y repoſo, pueſtos los ojos en la hermoſa Dorotea, dixo.

Eſtoy informado (hermoſa ſeñora) deſte mi eſcudero que la vueſtra grandeza ſe ha aniquilado, y vueſtro ſer ſe ha deſhecho, porque de Reina, y gran Señora que ſoliades ſer, os aveys buelto en una particular donzella: ſi eſto ha ſido por orden del Rey Nigromante

mante de vueſtro padre, temeroſo que yo no os dieſe la neceſaria, y devida ayuda, digo, que no ſupo, ni ſabe de la Miſa la media, y que fue poco verſado en las hiſtorias cavallereſcas, porque ſi él las huviera leido, y paſado tan atentamente, y con tanto eſpacio como yo las paſé, y leí, hallara á cada paſo, como otros cavalleros de menor fama que la mia, avian acabado coſas mas dificultoſas, no ſiendolo mucho matar á un gigantillo, por arrogante que ſea, porque no ha muchas horas que yo me vi con él, y quiero callar, porque no me digan que miento: pero el tiempo deſcubridor de todas las coſas lo dirá, quando menos lo penſemos. Viſtes os vos con dos cueros, que no con un Gigante, dixo á eſta ſazon el Ventero, al qual mandó Don Fernando que callaſe, y no interrumpieſe la platica de Don Quixote en ninguna manera: y Don Quixote proſiguió, diciendo: Digo en fin alta, y deſheredada ſeñora, que ſi por la cauſa que he dicho, vueſtro padre ha hecho eſte Metamorfoſeos en vueſtra perſona, que no le deys credito alguno: porque no ay ningun peligro en la tierra, por quien no le abra camino mi eſpada, con la qual poniendo la cabeza de vueſtro enemigo en tierra, os pondré á vos la corona de la vueſtra en la cabeza en breves dias. No dixo mas Don Quixote, y eſperó á que la Princeſa le reſpondieſe, la qual como ya ſabia la determinacion de Don Fernando, de que ſe proſiguieſe adelante en el engaño haſta llevar á ſu tierra á Don Quixote, con mucho donaire, y gravedad le reſpondió: Quienquiera que os dixo, valeroſo Cavallero de la triſte figura, que yo me avia mudado, y trocado de mi ſer, no os dixo lo cierto, porque la miſma que ayer fuy, me ſoy oy: verdad es, que alguna mudanza han hecho en mí ciertos acaecimientos de buena ventura, que me la han dado la mejor que yo pudiera deſearme: pero no por eſo he dexado de ſer la que antes, y de tener los miſmos penſamientos de valerme del valor

de

de vueſtro valeroſo, é invencible brazo, que ſiempre he tenido. Así que, ſeñor mio, vueſtra bondad buelva la honra al padre que me engendró, y tengale por hombre advertido, y prudente, pues con ſu ciencia halló camino tan facil, y tan verdadero para remediar mi deſgracia, que yo creo, que ſi por vos, ſeñor, no fuera, jamas acertara á tener la ventura que tengo, y en eſto digo tanta verdad como ſon buenos teſtigos della los mas deſtos ſeñores que eſtan preſentes: lo que reſta es, que mañana nos pongamos en camino, porque ya oy ſe podrá hacer poca jornada, y en lo demas del buen ſuceſo que eſpero, lo dexaré á Dios, y al valor de vueſtro pecho. Eſto dixo la diſcreta Dorotea, y en oyendolo Don Quixote, ſe bolvió á Sancho, y con mueſtras de mucho enojo, le dixo: Aora te digo, Sanchuelo, que eres el mayor vellacuelo que ay en Eſpana: dime ladron, vagamundo, no me acabaſte de decir aora que eſta Princeſa ſe avia buelto en una donzella, que ſe llamava Dorotea? y que la cabeza, que entiendo que corté á un gigante, era la puta que te parió, con otros diſparates que me puſieron en la mayor confuſion que jamas he eſtado en todos los dias de mi vida? Voto, y miró al cielo, y apretó los dientes, que eſtoy par hacer un eſtrago en tí, que ponga ſal en la mollera á todos quantos mentiroſos eſcuderos huviere de cavalleros andantes de aquí adelante en el mundo. Vueſtra merced ſe ſoſiegue, ſeñor mio, reſpondió Sancho, que bien podria ſer que yo me huvieſe engañado en lo que toca á la mutacion de la Señora Princeſa Micomicona: pero en lo que toca á la cabeza del Gigante, ó alomenos á la horadacion de los cueros, y á lo de ſer vino tinto la ſangre, no me engaño, vive Dios, porque los cueros alli eſtan heridos á la cabecera del lecho de vueſtra merced, y el vino tinto tiene hecho un lago el apoſento, y ſino, al freir de los huevos lo verá: quiero decir, que lo verá, quando aquí ſu merced del ſeñor Ventero le pida el menoſcabo

de

de todo. De lo demas, de que la Señora Reina ſe eſté como ſe eſtava, me regozijo en el alma, porque me va mi parte, como á cada hijo de vecino. Aora yo te digo Sancho, dixo Don Quixote, que eres un mentecato, y perdoname, y baſta. Baſta, dixo Don Fernando, y no ſe hable mas en eſto: y pues la Señora Princeſa dice, que ſe camine mañana, porque ya oy es tarde, hagaſe así, y eſta noche la podremos paſar en buena converſacion, haſta el venidero dia donde todos acompañaremos al Señor Don Quixote, porque queremos ſer teſtigos de las valeroſas, é inauditas hazañas, que ha de hacer en el diſcurſo deſta grande empreſa que á ſu cargo lleva. Yo ſoy él que tengo de ſerviros, y acompañaros, reſpondió Don Quixote: y agradezco mucho la merced que ſe me hace, y la buena opinion que de mí ſe tiene, la qual procuraré que ſalga verdadera, ó me coſtará la vida, y aun mas, ſi mas coſtar me puede. Muchas palabras de comedimiento, y muchos ofrecimientos paſaron entre Don Quixote, y Don Fernando: pero á todo puſo ſilencio un paſagero que en aquella ſazon entró en la venta: el qual en ſu trage moſtrava ſer Chriſtiano recien venido de tierra de Moros, porque venia veſtido con una caſaca de paño azul, corta de faldas, con medias mangas, y ſin cuello: los calzones eran así miſmo de lienzo azul, con bonete de la miſma color: traya unos borzeguies datilados, y un alfange Moriſco, pueſto en un tahali que le atraveſava el pecho. Entró luego tras él encima de un jumento una muger á la Moriſca veſtida, cubierto el roſtro con una toca en la cabeza: traya un bonetillo de brocado, y veſtida una almalafa, que deſde los ombros á los pies la cubria: Era el hombre de robuſto, y agraciado talle, de edad de poco mas de quarenta años, algo moreno de roſtro, largo de vigotes, y la barba muy bien pueſta, en reſolucion él moſtrava en ſu apoſtura, que ſi eſtuviera bien veſtido le juzgaren por perſona de calidad, y

bien

bien nacida. Pidió en entrando un aposento, y como le dixeron que en la venta no le avia, mostró recebir pesadúmbre, y llegandose á la que en el trage parecia Mora, la apeó en sus brazos. Luscinda, Dorotea, la Ventera, su hija, y Maritornes llevadas del nuevo, y para ellas nunca visto trage, rodearon á la Mora, y Dorotea que siempre fue agraciada, comedida, y discreta, pareciendole que así ella, como él que la traya, se congoxavan por la falta del aposento, le dixo: No os dé mucha pena, señora mia, la incomodidad de regalo que aquí falta, pues es propio de ventas no hallarse en ellas: pero con todo esto si gustaredes de posar con nosotras, señalando á Luscinda, quiza en el discurso de este camino avreys hallado otros no tan buenos acogimientos. No respondió nada á esto la embozada, ni hizo otra cosa que levantarse de donde sentado se avia, y puestas entrambas manos cruzadas sobre el pecho, inclinada la cabeza dobló el cuerpo, en señal de que lo agradecia. Por su silencio imaginaron que sin duda alguna devia de ser Mora, y que no sabia hablar Christiano. Llegó en esto el Cautivo, que entendiendo en otra cosa hasta entonces avia estado, y viendo que todas tenían cercada á la que con él venia, y que ella á quanto le decian callava, dixo: Señoras mias, esta donzella apenas entiende mi lengua, ni sabe hablar otra ninguna sino conforme á su tierra, y por esto no deve de aver respondido, ni responde á lo que se le ha preguntado. No se le pregunta otra cosa ninguna, respondió Luscinda, sino ofrecelle por esta noche nuestra compañía, y parte del lugar donde nos acomodaremos, donde se le hará el regalo que la comodidad ofreciere con la voluntad que obliga á servir á todos los estrangeros que dello tuvieren necesidad, especialmente siendo muger á quien se sirve. Por ella, y por mí, respondió el Cautivo, os beso señora mia las manos, y estimo mucho, y en lo que es razon, la merced ofrecida, que en tal ocasion, y de tales personas

como vueſtro parecer mueſtra, bien ſe echa de ver que ha de ſer muy grande. Decidme, ſeñor, dixo Dorotea, eſta ſeñora es Chriſtiana, ó Mora? porque el trage, y el ſilencio nos hace penſar, que ès lo que no querriamos que fueſe? Mora es en el trage, y en el cuerpo: pero en el alma es muy grande Chriſtiana, porque tiene grandiſimos deſeos de ſerlo. Luego no es bautizada, replicó Luſcinda? No ha avido lugar para ello, reſpondió el cautivo, deſpues que ſalió de Argel ſu patria, y tierra, y haſta agora no ſe ha viſto en peligro de muerte tan cercana, que obligaſe á bautizalla, ſin que ſupieſe primero todas las ceremonias que nueſtra madre la ſanta Igleſia manda: pero Dios ſerá ſervido que preſto ſe bautize con la decencia que la calidad de ſu perſona merece, que es mas de lo que mueſtra ſu habito, y el mio. Eſtas razones puſo gana en todos los que eſcuchandole eſtavan, de ſaber quien fueſe la Mora, y el Cautivo: pero nadie ſe lo quiſo preguntar por entonces, por ver que aquella ſazon era mas para procurarles deſcanſo, que para preguntarles ſus vidas. Dorotea la tomó por la mano, y la llevó á ſentar junto á ſí, y le rogo que ſe quitaſe el embozo. Ella miró al cautivo, como ſi le preguntara, le dixeſe lo que decian, y lo que ella haría. El en lengua Arabiga le dixo, que le pedian ſe quitaſe el embozo, y que lo hicieſe, y así ſe lo quitó, y deſcubrió un roſtro tan hermoſo, que Dorotea la tuvo por mas hermoſa que á Luſcinda, y Luſcinda por mas hermoſa que á Dorotea, y todos los circunſtantes conocieron que ſi alguno ſe podria igualar al de las dos, era el de la Mora, y aun huvo algunos que le aventajaron en alguna coſa. Y como la hermoſura tenga prerrogativa, y gracia de reconciliar los animos, y atraer las voluntades, luego ſe rindieron todos al deſeo de ſervir, y acariciar á la hermoſa Mora. Preguntó Don Fernando al cautivo como ſe llamava la Mora, el qual reſpondió que Lela Zorayda, y así

como

como eſto oyó, ella entendio lo que le avian preguntado al Chriſtiano, y dixo con mucha prieſa llena de congoxa, y donaire: No, no Zorayda, Maria, Maria, dando á entender que ſe llamava Maria, y no Zorayda. Eſtas palabras, y el grande afecto con que la Mora las dixo, hicieron derramar mas de una lagrima á algunos de los que la eſcucharon, eſpecialmente á las mugeres que de ſu naturaleza ſon tiernas, y compaſivas. Abrazóla Luſcinda con mucho amor, diciendole: Sí, sí, Maria, Maria, á lo qual reſpondió la Mora: Sí, sí Maria, Zorayda macange, que quiere decir, no. Ya en eſto llegava la noche, y por orden de los que venian con Don Fernando, avia el Ventero pueſto diligencia, y cuidado en aderezarles de cenar, lo mejor que á él le fue poſible. Llegada pues la hora, ſentaronſe todos á una larga meſa, como de tinelo, porque no la avia redonda, ni quadrada en la venta. Y dieron la cabecera, y principal aſiento, pueſto que él lo rehuſava, á Don Quixote, el qual quiſo que eſtuvieſe á ſu lado la ſeñora Micomicona, pues él era ſu aguardador. Luego ſe ſentaron Luſcinda, y Zorayda, y frontero dellas Don Fernando, y Cardenio, y luego el Cautivo, y los demas cavalleros, y al lado de las ſeñoras el Cura, y el Barbero. Y así cenaron con mucho contento, y acrecentóſeles mas, viendo que dexando de comer Don Quixote, movido de otro ſemejante eſpiritu, que el que le movió á hablar tanto, como habló quando cenó con los cabreros, comenzó á decir: Verdaderamente si bien ſe conſidera, ſeñores mios, grandes, é inauditas coſas ven los que profeſan la orden de la andante cavalleria. Sino qual de los vivientes avrá en el mundo, que aora por la puerta deſte caſtillo entrara, y de la ſuerte que eſtamos nos viera, que juzgue, y crea, que noſotros ſomos, quien ſomos? Quien podrá decir que eſta ſeñora que eſtá á mi lado es la gran Reina que todos ſabemos, y que yo ſoy aquel Cavallero de la triſte figura, que anda

por aí en boca de la fama? Aora no ay que dudar, ſino, que eſta arte, y exercicio, excede á todas aquellas, y aquellos, que los hombres inventaron, y tanto mas ſe ha de tener en eſtima, quanto á mas peligros eſtá ſugeto. Quitenſeme delante, los que dixeren que las letras hacen ventaja á las armas, que les diré, y ſean quien ſe fueren, que no ſaben lo que dicen. Porque la razon que los tales ſuelen decir, y á lo que ellos mas ſe atienen, es, que los trabajos del eſpiritu exceden á los del cuerpo. Y que las armas, ſolo con el cuerpo ſe exercitan, como ſi fueſe ſu exercicio oficio de ganapanes, para el qual no es meneſter mas de buenas fuerzas. O como ſi en eſto que llamamos armas, los que las profeſamos, no ſe encerraſen los actos de la fortaleza, los quales piden para executallo mucho entendimiento. O como ſino trabajaſe el animo del guerrero, que tiene á ſu cargo un exercito, ó la defenſa de una Ciudad ſitiada así con el eſpiritu, como con el cuerpo. Sino veaſe, ſi ſe alcanza con las fuerzas corporales á ſaber, y congeturar el intento del enemigo, los deſignios, las eſtratagemas, las dificultades, el prevenir los daños que ſe temen, que todas eſtas coſas ſon acciones del entendimiento, en quien no tiene parte alguna el cuerpo. Siendo pues anſi, que las armas requieren eſpiritu como las letras, veamos aora, qual de los dos eſpiritus, el del letrado, ó el del guerrero, trabaja mas? Y eſto ſe vendrá á conocer por el fin, y paradero á que cada uno ſe encamina, porque aquella intencion ſe ha de eſtimar en mas, que tiene por objeto mas noble fin. Es el fin, y paradero de las letras, (y no hablo aora de las divinas, que tienen por blanco llevar, y encaminar las almas al cielo, que á un fin, tan ſin fin como eſte, ninguno otro ſe le puede igualar) hablo de las letras humanas, que es ſu fin poner en ſu punto la juſticia diſtributiva, y dar á cada uno lo que es ſuyo, entender, y hacer que las buenas leyes ſe guarden: fin por cierto

cierto generoſo, y alto, y digno de grande alabanza, pero no de tanta, como merece aquel á que las armas atienden, las quales tienen por objeto, y fin la paz, que es el mayor bien que los hombres pueden deſear en eſta vida. Y así las primeras buenas nuevas que tuvo el mundo, y tuvieron los hombres, fueron las que dieron los Angeles la noche que fue nueſtro dia, quando cantaron en los aires: Gloria ſea en las alturas, y paz en la tierra á los hombres de buena voluntad: y la ſalutacion, que el mejor maeſtro de la tierra, y del cielo, enſeñó á ſus allegados, y favorecidos, fue decirles, que quando entraſen en alguna caſa, dixeſen: Paz ſea en eſta caſa. Y otras muchas veces les dixo: Mi paz os doy, mi paz os dexo, paz ſea con voſotros. Bien como joya, y prenda dada, y dexada de tal mano, joya que ſin ella en la tierra, ni en el cielo puede aver bien alguno. Eſta paz es el verdadero fin de la guerra, que lo miſmo es decir armas, que guerra. Proſupueſta pues eſta verdad, que el fin de la guerra es la paz, y que en eſto hace ventaja al fin de las letras, vengamos aora á los trabajos del cuerpo del letrado, y á los del profeſor de las armas, y veaſe quales ſon mayores. De tal manera, y por tan buenos terminos iva proſiguiendo en ſu platica Don Quixote, que obligó á que por entonces ninguno de los que eſcuchandole eſtavan, le tuvieſen por loco. Antes como todos los mas eran cavalleros, á quien ſon anejas las armas, le eſcuchavan de muy buena gana, y él proſiguió, diciendo: Digo pues, que los trabajos del eſtudiante ſon eſtos: Principalmente pobreza, (no porque todos ſean pobres, ſino por poner eſte caſo en todo el eſtremo que pueda ſer) y en aver dicho que padece pobreza, me parece que no avia que decir mas de ſu mala ventura. Porque quien es pobre, no tiene coſa buena, eſta pobreza la padece por ſus partes, ya en hambre, ya en frio, ya en deſnudez, ya en todo junto. Pero con todo eſo no es tanta que no

coma,

coma, aunque ſea un poco mas tarde de lo que ſe uſa, aunque ſea de las ſobras de los ricos, que es la mayor miſeria del eſtudiante eſte, que entre ellos llaman andar á la ſopa, y no les falta algun ageno braſero, ó chimenea, que ſino calienta, alomenos entibie ſu frio, y en fin la noche duermen muy bien debaxo de cubierta. No quiero llegar á otras menudencias, conviene á ſaber de la falta de camiſas, y no ſobra de zapatos, la raridad, y poco pelo del veſtido, ni aquel ahitarſe con tanto guſto, quando la buena ſuerte les depara algun banquete. Por eſte camino que he pintado, aſpero, y dificultoſo, tropezando aquí, cayendo alli, levantandoſe aculla, tornando á caer acá, llegan al grado que deſean, el qual alzando á muchos, hemos viſto (que aviendo paſado por eſtas Sirtes, y por eſtas Scilas, y Caribdis, como llevados en buelo de la favorable fortuna) digo que los hemos viſto mandar, y governar el mundo deſde una ſilla, trocada ſu hambre en hartura, ſu frio en refrigerio, ſu deſnudez en galas, y ſu dormir en una eſtera, en repoſar en olandas, y damaſcos. Premio juſtamente merecido de ſu virtud, pero contrapueſtos, y comparados ſus trabajos con los del milite guerrero, ſe quedan muy atras en todo, como aora dire.

Cap. XXXVIII. Que trata del curioſo diſcurſo que hizo Don Quixote de las armas, y las letras.

PRoſiguiendo Don Quixote, dixo: Pues comenzamos en el eſtudiante por la pobreza, y ſus partes, veamos ſi es mas rico el ſoldado. Y veremos que no ay ninguno mas pobre en la miſma pobreza, porque eſtá atenido á la miſeria de ſu paga, que viene,

viene, ó tarde, ó nunca, ó á lo que garbeare por ſus manos, con notable peligro de ſu vida, y de ſu conciencia. Y á veces ſuele ſer ſu deſnudez tanta, que un coleto acuchillado le ſirve de gala, y de camiſa, y en la mitad del invierno le ſuele reparar de las inclemencias del cielo. Eſtando en la campaña raſa, con ſolo el aliento de ſu boca, que como ſale de lugar vacio, tengo por averiguado, que deve de ſalir frio contra toda naturaleza. Pues eſperad, que eſpere que llegue la noche, para reſtaurarſe de todas eſtas incomodidades en la cama que le aguarda. La qual ſino es por ſu culpa, jamas pecara de eſtrecha, que bien puede medir en la tierra los pies que quiſiere, y rebolverſe en ella á ſu ſabor, ſin temor que ſe le encojan las ſabanas. Llegueſe pues á todo eſto el dia, y la hora de recebir el grado de ſu exercicio: llegueſe un dia de batalla, que alli le pondran la borla en la cabeza, hecha de hilas, para curarle algun balazo, que quiza le avrá paſado las ſienes, ó le dexara eſtropeado de brazo, ó pierna. Y quando eſto no ſuceda, ſino que el cielo piadoſo le guarde, y conſerve, ſano, y vivo, podrá ſer que ſe quede en la miſma pobreza que antes eſtava, y que ſea meneſter que ſuceda uno, y otro rencuentro, una, y otra batalla, y que de todas ſalga vencedor, para medrar en algo. Pero eſtos milagros venſe raras veces. Pero decidme, ſeñores, ſi aveys mirado en ello? Quan menos ſon los premiados por la guerra, que los que han perecido en ella? Sin duda aveys de reſponder, que no tienen comparacion, ni ſe pueden reducir á cuenta los muertos, y que ſe podran contar los premiados vivos con tres letras de guariſmo. Todo eſto es al reves en los letrados, porque de faldas, que no quiero decir de mangas, todos tienen en que entretenerſe. Aſí que aunque es mayor el trabajo del ſoldado, es mucho menor el premio. Pero á eſto ſe puede reſponder, que es mas facil premiar á dos mil letrados, que á treinta mil ſoldados. Por-

que

que á aquellos ſe premian con darles oficios, que por fuerza ſe han de dar á los de ſu profeſion: y á eſtos no ſe pueden premiar, ſino con la miſma hacienda del ſeñor á quien ſirven: y eſta imposibilidad fortifica mas la razon que tengo. Pero dexemos eſto á parte, que es laberinto de muy dificultoſa ſalida, ſino bolvamos á la preeminencia de las armas contra las letras. Materia que haſta aora eſtá por averiguar, ſegun ſon las razones, que cada una de ſu parte alega: y entre las que he dicho, dicen las letras, que ſin ellas no ſe podrían ſuſtentar las armas. Porque la guerra tambien tiene ſus leyes, y eſtá ſugeta á ellas, y que las leyes caen debaxo de lo que ſon letras, y letrados. A eſto reſponden las armas, que las leyes no ſe podran ſuſtentar ſin ellas. Porque con las armas ſe defienden las Republicas, ſe conſervan los Reinos, ſe guardan las Ciudades, ſe aſeguran los caminos, ſe deſpojan los mares de coſarios. Y finalmente, ſi por ellas no fueſe, las Republicas, los Reinos, las Monarquias, las Ciudades, los caminos de mar, y tierra eſtarían ſugetos al rigor, y á la confuſion que trae conſigo la guerra el tiempo que dura, y tiene licencia de uſar de ſus privilegios, y de ſus fuerzas. Y es razon averiguada, que aquello que mas cueſta ſe eſtima, y deve de eſtimar en mas. Alcanzar alguno á ſer eminente en letras, le cueſta tiempo, vigilias, hambre, deſnudez, vaguido de cabeza, indigeſtiones de eſtomago, y otras coſas á eſtas aderentes, que en parte yá las tengo referidas. Mas llegar uno por ſus terminos á ſer buen ſoldado, le cueſta todo lo que á el eſtudiante, en tanto mayor grado, que no tiene comparacion, porque á cada paſo eſtá á pique de perder la vida. Y que temor de neceſidad, y pobreza, puede llegar, ni fatigar al eſtudiante, que llegue al que tiene un ſoldado, que hallandoſe cercado en alguna fuerza, y eſtando de poſta, ó guarda, en algun rebellin, ó cavallero, ſiente que los enemigos eſtan minando

hácia

hácia la parte donde él eſtá, y no puede apartarſe de alli, por ningun caſo, ni huir el peligro, que de tan cerca le amenaza. Solo lo que puede hacer es, dar noticia á ſu Capitan de lo que paſa, para que lo remedie con alguna contramina, y el eſtarſe quedo, temiendo, y eſperando, quando improviſamente ha de ſubir á las nubes ſin alas, y baxar al profundo ſin ſu voluntad. Y ſi eſte parece pequeño peligro, veamos ſi le iguala, ó hace ventaja, el de enveſtirſe dos galeras por las proas en mitad del mar eſpacioſo. Las quales enclavijadas, y travadas, no le queda al ſoldado mas eſpacio del que concede dos pies de tabla del eſpolon. Y con todo eſto, viendo que tiene delante de sí tantos miniſtros de la muerte, que le amenazan, quantos cañones de artilleria le aſeſtan de la parte contraria, que no diſtan de ſu cuerpo una lanza, y viendo que al primer deſcuido de los pies iria á viſitar los profundos ſenos de Neptuno: y con todo eſto, con intrepido corazon, llevado de la honra que le incita, ſe pone á ſer blanco de tanta arcabuzería, y procura paſar por tan eſtrecho paſo al baxel contrario. Y lo que mas es de admirar, que apenas uno ha caido, donde no ſe podrá levantar haſta la fin del mundo, quando otro ocupa ſu miſmo lugar, y ſi eſte tambien cae en el mar, que como á enemigo le aguarda, otro, y otro, le ſucede, ſin dar tiempo al tiempo de ſus muertes, valentia, y atrevimiento, el mayor que ſe puede hallar en todos los trances de la guerra. Bien ayan aquellos benditos ſiglos, que carecieron de la eſpantable furia de aqueſtos endemoniados inſtrumentos de la artilleria, á cuyo inventor, tengo para mí, que en el infierno ſe le eſtá dando el premio de ſu diabolica invencion, con la qual dió cauſa, que un infame, y cobarde brazo quite la vida á un valeroſo cavallero, y que ſin ſaber como, ó por donde, en la mitad del corage, y brio, que enciende, y anima á los valientes pechos, llega una deſmandada bala (diſparada, de quien

quiza huyó, y ſe eſpantó, del reſplandor que hizo el fuego, al diſparar de la maldita maquina) y corta, y acaba en un inſtante los penſamientos, y vida de quien la merecia gozar luengos ſiglos. Y así conſiderando eſto, eſtoy por decir, que en el alma me peſa de aver tomado eſte exercicio de cavallero andante en edad tan deteſtable, como es eſta, en que aora vivimos: porque aunque á mí ningun peligro me pone miedo, toda via me pone rezelo penſar ſi la polvora, y el eſtaño, me han de quitar la ocaſion de hacerme famoſo, y conocido por el valor de mi brazo, y filos de mi eſpada por todo lo deſcubierto de la tierra. Pero haga el cielo lo que fuere ſervido, que tanto ſeré mas eſtimado, ſi ſalgo con lo que pretendo, quanto a mayores peligros me he pueſto, que ſepuſieron los cavalleros andantes de los paſados ſiglos. Todo eſte largo preambulo dixo Don Quixote en tanto que los demas cenavan, olvidandoſe de llevar bocado á la boca, pueſto que algunas veces le avia dicho Sancho Panza, que cenaſe, que deſpues avria lugar para decir todo lo que quiſieſe. En los que eſcuchado le avian ſobrevino nueva laſtima de ver, que hombre, que al parecer tenía buen entendimiento, y buen diſcurſo en todas las coſas que tratavan, le huvieſe perdido tan rematadamente, en tratandole de ſu negra, y pizmienta cavalleria. El Cura le dixo, que tenía mucha razon en todo quanto avia dicho en favor de las armas, y que él aunque letrado, y graduado, eſtava de ſu miſmo parecer. Acabaron de cenar, levantaron los manteles, y en tanto que la Ventera, ſu hija, y Maritornes aderezavan el camaranchon de Don Quixote de la Mancha, donde avian determinado, que aquella noche las mugeres ſolas en el ſe recogieſen: Don Fernando rogó al Cautivo, les contaſe el diſcurſo de ſu vida, porque no podria ſer, ſino que fueſe peregrino, y guſtoſo, ſegun las mueſtras que avia comenzado á dar, viniendo en compañia de *Z*orayda. A lo qual

reſpondió

reſpondió el Cautivo, que de muy buena gana haría lo que ſe le mandava, y que ſolo temia, que el cuento no avia de ſer tal, que les dieſe el guſto que él deſeava. Pero que con todo eſo, por no faltar en obedecelle le contaría: El Cura, y todos los demas ſe lo agradecieron, y de nuevo ſe lo rogaron. Y él viendoſe rogar de tantos dixo: Que no eran meneſter ruegos, adonde el mandar tenía tanta fuerza. Y así eſten vueſtras mercedes atentos, y oirán un diſcurſo verdadero, á quien podria ſer que no llegaſen los mentiroſos, que con curioſo, y penſado artificio, ſuelen componerſe. Con eſto que dixo, hizo que todos ſe acomodaſen, y le preſtaſen un grande ſilencio, y él viendo que ya callavan, y eſperavan lo que decir quiſieſe, con voz agradable, y repoſada comenzó á decir deſta manera.

Cap. XXXIX. Donde el Cautivo cuenta ſu vida, y ſuceſos.

EN un lugar de las montañas de Leon tuvo principio mi linage, con quien fue mas agradecida, y liberal la naturaleza, que la fortuna. Aunque en la eſtrecheza de aquellos pueblos toda via alcanzava mi padre fama de rico, y verdaderamente lo fuera, ſi así ſe diera maña á conſervar ſu hacienda, como ſe la dava en gaſtalla. Y la condicion que tenía de ſer liberal, y gaſtador, le procedió de aver ſido ſoldado los años de ſu juventud. Que es eſcuela la ſoldadeſca, donde el mezquino ſe hace franco, y el franco prodigo, y ſi algunos ſoldados ſe hallan miſerables, ſon como monſtruos, que ſe ven raras veces. Paſava mi padre los terminos de la liberalidad, y rayava en los de ſer prodigo: Coſa que no le es de ningun provecho al hombre caſado, y que tiene hijos que le han

de ſuceder en el nombre, y en el ſer. Los que mi padre tenía eran tres, todos varones, y todos de edad de poder elegir eſtado. Viendo pues mi padre, que ſegun él decia, no podia irſe á la mano contra ſu condicion, quiſo privarſe del inſtrumento, y cauſa, que le hacia gaſtador, y dadivoſo, que ſue privarſe de la hacienda, ſin la qual el miſmo Alexandro pareciera eſtrecho. Y así llamandanos un dia á todos tres á ſolas en un apoſento, nos dixo unas razones ſemejantes á las que aora diré: Hijos, para deciros que os quiero bien, baſta ſaber, y decir, que ſoys mis hijos, y para entender que os quiero mal, baſta ſaber que no me voy á la mano en lo que toca á conſervar vueſtra hacienda. Pues para que entendays deſde aquí adelante, que os quiero como padre, y que no os quiero deſtruir como padraſtro, quiero hacer una coſa con voſotros, que ha muchos dias que la tengo penſada, y con madura conſideracion diſpueſta. Voſotros eſtays ya en edad de tomar eſtado, ó alomenos de elegir exercicio, tal que quando mayores os honre, y aproveche. Y lo que he penſado es, hacer de mi hacienda quatro partes, las tres os daré á voſotros, á cada uno lo que le tocare, ſin exceder en coſa alguna, y con la otra me quedaré yo para vivir, y ſuſtentarme los dias que el cielo fuere ſervido de darme de vida. Pero querria, que deſpues que cada uno tuvieſe en ſu poder la parte que le toca de ſu hacienda, ſiguieſe uno de los caminos que le diré. Ay un refran en nueſtra Eſpaña, á mi parecer muy verdadero, como todos lo ſon, por ſer ſentencias breves, ſacadas de la luenga, y diſcreta experiencia, y el, que yo digo, dice: Igleſia, ó mar, ó caſa Real, como ſi mas claramente dixera: Quien quiſiere valer, y ſer rico, ſiga, ó la Igleſia, ó navegue, exercitando el arte de la mercancia, ó entre á ſervir á los Reyes en ſus caſas, porque dicen: Mas vale migaja de Rey, que merced de ſeñor. Digo eſto, porque querria, y es mi voluntad, que uno de voſotros ſiguieſe

guieſe las letras, el otro la mercancia, y el otro ſirvieſe al Rey en la guerra, pues es dificultoſo entrar á ſervirle en ſu caſa, que ya que la guerra no dé muchas riquezas, ſuele dar mucho valor, y mucha fama. Dentro de ocho dias os daré toda vueſtra parte en dineros, ſin defraudaros en un ardite, como lo vereys por la obra. Decidme aora, ſi quereys ſeguir mi parecer, y conſejo en lo que os he propueſto; y mandandome á mi por ſer el mayor, que reſpondieſe: Deſpues de averle dicho que no ſe deſhicieſe de la hacienda, ſino que gaſtaſe todo lo que fueſe ſu voluntad, que noſotros eramos mozos para ſaber ganarla, vine á concluir, en que cumpliria ſu guſto, y que el mio era ſeguir el exercicio de las armas, ſirviendo en el á Dios, y á mi Rey. El ſegundo hermano hizo los miſmos ofrecimientos, y eſcogió el irſe á las Indias, llevando empleada la hacienda que le cupieſe. El menor, y á lo que yo creo el mas diſcreto, dixo que queria ſeguir la Igleſia, ó irſe á acabar ſus comenzados eſtudios á Salamanca. Así como acabamos de concordarnos, y eſcoger nueſtros exercicios, mi padre nos abrazó á todos, y con la brevedad que dixo, puſo por obra quanto nos avia prometido, y dando á cada uno ſu parte, que, á lo que ſe me acuerda, fueron cada tres mil ducados en dineros, porque un nueſtro Tio compró toda la hacienda, y la pagó de contado, porque no ſalieſe del tronco de la caſa. En un miſmo dia nos deſpedimos todos tres de nueſtro buen padre, y en aquel miſmo, pareciendome á mí ſer inhumanidad, que mi padre quedaſe viejo, y con tan poca hacienda, hize con él, que de mis tres mil tomaſe los dos mil ducados, porque á mí me baſtava el reſto para acomodarme de lo que avia meneſter un ſoldado. Mis dos hermanos movidos de mi exemplo, cada uno le dió mil ducados. De modo, que á mi padre le quedaron quatro mil ducados en dineros, y mas tres mil, que á lo que parece valia la hacienda que le cupo, que no quiſo vender, ſino quedarſe con ella

en

en raizes. Digo en fin, que nos deſpedimos dél, y de aquel nueſtro tio que he dicho, no ſin mucho ſentimiento, y lagrimas de todos, encargandonos, que les hicieſemos ſaber, todas las veces que huvieſe comodidad para ello, de nueſtros ſuceſos, proſperos, ó adverſos. Prometimoſelo, y abrazandonos, y echandonos ſu bendicion, el uno tomó el viage de Salamanca, y el otro de Sevilla, y yo el de Alicante, adonde tuve nuevas que avia una nave Ginoveſa, que cargava alli lana para Genova. Eſte hará veinte y dos años, que ſalí de caſa de mi padre, y en todos ellos, pueſto que he eſcrito algunas cartas, no he ſabido del, ni de mis hermanos nueva alguna. Y lo que en eſte diſcurſo de tiempo he paſado, lo diré brevemente. Embarqueme en Alicante, llegué con proſpero viage á Genova, fuy deſde alli á Milan, donde me acomodé de armas, y de algunas galas de ſoldado, de donde quiſe ir á aſentar mi plaza al Piamonte, y eſtando ya de camino para Alexandria de la Palla, tuve nuevas que el gran Duque de Alva paſava á Flandes. Mudé propoſito, fuime con él, ſervile en las jornadas que hizo, halleme en la muerte de los Condes de Eguemon, y de Hornos, alcancé á ſer Alferez de un famoſo Capitan de Guadalajara, llamado Diego de Urbina. Y á cabo de algun tiempo que llegué á Flandes, ſe tuvo nuevas de la liga, que la Santidad del Papa Pio quinto de felice recordacion, avia hecho con Venecia, y con Eſpaña, contra el enemigo comun, que es el Turco. El qual en aquel miſmo tiempo avia ganado con ſu armada la famoſa Iſla de Chipre, que eſtava debaxo del dominio de Venecianos, perdida lamentable, y deſdichada. Supoſe cierto que venia por General deſta liga el Sereniſimo Don Juan de Auſtria, hermano natural de nueſtro buen Rey Don Felipe. Divulgoſe el grandiſimo aparato de guerra que ſe hacía. Todo lo qual me incitó, y comovió el animo, y el deſeo de verme en la jornada que ſe eſperava: y aun-

y aunque tenía barruntos, y casi promesas ciertas, de que en la primera ocasion que se ofreciese, sería promovido á Capitan, lo quise dexar todo, y venirme, como me vine á Italia. Y quiso mi buena suerte, que el Señor Don Juan de Austria acabava de llegar á Genova, que pasava á Napoles, á juntarse con la armada de Venecia, como despues lo hizo en Mecina. Digo en fin, que yo me hallé en aquella felicisima jornada, ya hecho Capitan de Infanteria, á cuyo honroso cargo me subió mi buena suerte, mas que mis merecimientos. Y aquel dia; que fue para la Christiandad tan dichoso, porque en el se desengañó el mundo, y todas las naciones, del error en que estavan, creyendo que los Turcos eran invencibles por la mar; en aquel dia digo, donde quedó el orgullo, y sobervia Otomana quebrantada, entre tantos venturosos, como alli huvo: Porque mas ventura tuvieron los Christianos que alli murieron, que los que vivos, y vencedores quedaron; Yo solo fuy el desdichado, pues en cambio de que pudiera esperar, si fuera en los Romanos siglos alguna naval corona, me vi aquella noche, que siguió á tan famoso dia, con cadenas á los pies, y espossas á las manos. Y fue desta suerte, que aviendo el Uchali, Rey de Argel, atrevido, y venturoso Cosario, envestido, y rendido la Capitana de Malta, que solos tres cavalleros quedaron vivos en ella, y estos mal heridos, acudió la Capitana de Juan Andrea á socorrella, en la qual yo iva con mi compañia, y haciendo lo que devia en ocasion semejante, salté en la galera contraria, la qual desviandose de la que avia envestido estorvó que mis soldados me siguiesen, y así me hallé solo entre mis enemigos, á quien no pude resistir por ser tantos: en fin me rindieron lleno de heridas. Y como ya aveys, señores, oido decir, que el Uchali se salvó con toda su esquadra, vine yo á quedar cautivo en su poder, y solo fuy el triste entre tantos alegres, y el cautivo entre tantos libres, porque fueron quinze mil Christianos los

que

que aquel dia alcanzaron la deſeada libertad, que todos venian al remo en la Turqueſca armada. Llevaronme á Conſtantinopla, donde el gran Turco Selin hizo General de la mar á mi amo, porque avia hecho ſu dever en la batalla, aviendo llevado por mueſtra de ſu valor el eſtandarte de la Religion de Malta. Halléme el ſegundo año, que fue el de ſetenta y dos, en Navarino, bogando en la Capitana de los tres fanales. Vi, y noté la ocaſion que alli ſe perdió, de no coger en el puerto toda el armada Turqueſca. Porque todos los Levantes, y Genizaros, que en ella venian, tuvieron por cierto, que les avian de enveſtir dentro del meſmo puerto, y tenían á punto ſu ropa, y paſſamaques, que ſon ſus zapatos, para huirſe luego por tierra, ſin eſperar ſer combatidos: tanto era el miedo que avian cobrado á nueſtra armada. Pero el cielo lo ordenó de otra manera, no por culpa, ni deſcuido del General, que á los nueſtros regía, ſino por los pecados de la Chriſtiandad: y porque quiere, y permite Dios, que tengamos ſiempre verdugos que nos caſtiguen. En efeto el Uchali ſe recogió á Modon, que es una iſla que eſtá junto á Navarino, y echando la gente en tierra, fortificó la boca del puerto, y eſtuvoſe quedo, haſta que el ſeñor Don Juan ſe bolvió. En eſte viage ſe tomó la galera, que ſe llamava la Preſa, de quien era Capitan un hijo de aquel famoſo Coſario Barbaroxa: tomóla la Capitana de Napoles, llamada la Loba, regida por aquel rayo de la guerra, por el padre de los ſoldados, por aquel venturoſo, y jamas vencido Capitan Don Alvaro de Bazan, Marques de Santa Cruz. Y no quiero dexar de decir lo que ſucedió en la preſa de la Preſa. Era tan cruel el hijo de Barbaroxa, y tratava tan mal á ſus cautivos, que así como los que venian al remo vieron que la galera Loba les iva entrando, y que los alcanzava, ſoltaron todos á un tiempo los remos, y afieron de ſu Capitan, que eſtava ſobre el eſtanterol,

rol, gritando que bogaſen á prieſa, y paſandole de banco en banco, de popa á proa, le dieron bocados, que a poco mas que paſó del arbol, ya avia paſado ſu anima al infierno. Tal era, como he dicho, la crueldad con que los tratava, y el odio que ellos le tenían. Bolvímos á Conſtantinopla, y el año ſiguiente, que fue el de ſetenta y tres, ſe ſupo en ella, como el ſeñor Don Juan avia ganado á Tunez, y quitado aquel Reino á los Turcos, y pueſto en poſeſion del á Muley Hamet, cortando las eſperanzas que de bolver á reinar en el tenía Muley Hamida, el Moro mas cruel, y mas valiente que tuvo el mundo. Sintió mucho eſta perdida el gran Turco, y uſando de la ſagacidad que todos los de ſu caſa tienen, hizo paz con Venecianos, que mucho mas que él la deſeavan: y el año ſiguiente de ſetenta y quatro acometió á la Goleta, y al fuerte, que junto á Tunez avia dexado medio levantado el Señor Don Juan. En todos eſtos trances andava yo al remo ſin eſperanza de libertad alguna: alomenos no eſperava tenerla por reſcate, porque tenía determinado de no eſcrivir las nuevas de mi deſgracia á mi padre. Perdióſe en fin la Goleta, perdióſe el fuerte, ſobre las quales plazas huvo de ſoldados Turcos pagados ſetenta y cinco mil: y de Moros, y Alarabes de toda la Africa, mas de quatrocientos mil, acompañado eſte tan gran numero de gente con tantas municiones, y pertrechos de guerra, y con tantos gaſtadores, que con las manos y á puñados de tierra pudieran cubrir la Goleta, y el fuerte. Perdióſe primero la Goleta, tenida haſta entonces por inexpugnable, y no ſe perdió por culpa de ſus defenſores, los quales hicieron en ſu defenſa todo aquello que devian, y podian, ſino porque la experiencia moſtró la facilidad con que ſe podian levantar trincheas en aquella deſierta arena, porque á dos palmos ſe hallava agua, y los Turcos no la hallaron á dos varas: y así con muchos ſacos de arena levantaron las trincheas tan altas, que ſobrepujavan

las murallas de la fuerza, y tirandoles á cavallero, ninguno podia parar, ni aſiſtir á la defenſa. Fue comon opinion, que no ſe avian de encerrar los nueſtros en la Goleta, ſino eſperar en campaña al deſembarcadero: y los que eſto dicen hablan de lexos, y con poca experiencia de caſos ſemejantes: porque ſi en la Goleta, y en el fuerte á penas avia ſiete mil ſoldados, como podia tan poco numero (aunque mas esforzados fueſen) ſalir á la campaña, y quedar en las fuerzas, contra tanto como era el de los enemigos? Y como es poſible dexar de perderſe fuerza que no es ſocorrida, y mas quando la cercan enemigos muchos, y porfiados, y en ſu miſma tierra? Pero á muchos les pareció, y así me pareció á mí, que fue particular gracia, y merced que el cielo hizo á Eſpaña, en permitir que ſe aſolaſe aquella oficina, y capa de maldades, y aquella gomia ó eſponja, y polilla de la infinidad de dineros, que alli ſin provecho ſe gaſtavan, ſin ſervir de otra coſa, que de conſervar la memoria de averla ganado la felicifima del invictiſimo Carlos Quinto, como ſi fuera meneſter para hacerla eterna (como lo es, y ſerá) que aquellas piedras la ſuſtentaran. Perdióſe tambien el fuerte, pero fueronle ganando los Turcos palmo á palmo, porque los ſoldados que lo defendian pelearon tan valeroſa, y fuertemente, que paſaron de veinte, y cinco mil enemigos los que mataron en veinte y dos aſaltos generales que les dieron. Ninguno cautivaron ſano de trecientos que quedaron vivos, ſeñal cierta, y clara de ſu esfuerzo y valor, y de lo bien que ſe avian defendido, y guardado ſus plazas. Rindióſe á partido un pequeño fuerte, ó torre que eſtava en mitad del eſtaño, á cargo de Don Juan Zanoguera, cavallero Valenciano, y famoſo ſoldado. Cautivaron á Don Pedro Puertocarrero, General de la Goleta, el qual hizo quanto fue poſible por defender ſu fuerza, y ſintió tanto el averla perdido, que de peſar murió en el camino de Conſtantinopla,

nopla, donde le llevavan cautivo. Cautivaron anſi miſmo al General del Fuerte, que ſe llamava Gabrio Cerbellon, cavallero Milanes, grande ingeniero, y valentiſimo ſoldado. Murieron en eſtas dos fuerzas muchas perſonas de cuenta, de las quales fue una, Pagan de Oria, cavallero del habito de ſan Juan, de condicion generoſo, como lo moſtró la ſuma liberalidad que uſó con ſu hermano el famoſo Juan Andrea de Oria: y lo que mas hizo laſtimoſa ſu muerte fue aver muerto á manos de unos Alarabes, de quien ſe fió viendo ya perdido el Fuerte, que ſe ofrecieron de llevarle en habito de Moro á Tabarca, que es un portezuelo, ó caſa que en aquellas riberas tienen los Ginoveſes, que ſe exercitan en la peſqueria del coral: los quales Alarabes le cortaron la cabeza, y ſe la truxeron al General de la armada Turqueſca: el qual cumplió con ellos nueſtro refran Caſtellano; Que aunque la traicion aplace, el traidor ſe aborrece: y así ſe dice, que mandó el General ahorcar á los que le truxeron el preſente, porque no ſe le avian traido vivo. Entre los Chriſtianos que en el Fuerte ſe perdieron, fue uno llamado Don Pedro de Aguilar, natural no ſé de que lugar del Andaluzia, el qual avia ſido Alferez en el Fuerte, ſoldado de mucha cuenta, y de raro entendimiento: eſpecialmente tenía particular gracia en lo que llaman Poeſia. Digolo, porque ſu ſuerte le truxo á mi galera, y á mi banco, y á ſer eſclavo de mi miſmo Patron: y antes que nos partieſemos de aquel puerto, hizo eſte cavallero dos Sonetos á manera de epitafios, el uno á la Goleta, y el otro al Fuerte. Y en verdad que los tengo de decir, porque los ſé de memoria, y creo que antes cauſarán guſto que peſadumbre. En el punto que el Cautivo nombró á Don Pedro de Aguilar, Don Fernando miró á ſus camaradas, y todos tres ſe ſonrieron: y quando llegó á decir de los Sonetos, dixo el uno: Antes que vueſtra merced paſe adelante, le ſuplico me diga, que le hizo eſe

Don Pedro de Aguilar que ha dicho? Lo que sé es, respondió el Cautivo, que al cabo de dos años que estuvo en Constantinopla, se huyó en trage de Arnaute con un Griego espia, y no sé si vinó en libertad: puesto que creo que sí, porque de alli á un año vi yo al Griego en Constantinopla, y no le pude preguntar el suceso de aquel viage. Pues no fue, respondió el cavallero, porque ese Don Pedro es mi hermano, y está aora en nuestro lugar, bueno, y rico, casado, y con tres hijos. Gracias sean dadas á Dios, dixo el Cautivo, por tantas mercedes como le hizo, porque no ay en la tierra, conforme mi parecer, contento que se iguale á alcanzar la libertad perdida. Y mas, replicó el cavallero, que yo sé los Sonetos, que mi hermano hizo. Digalos pues vuestra merced, dixo el Cautivo, que los sabrá decir mejor que yo. Que me place, respondió el cavallero: y el de la Goleta decia así.

Cap. XL. Donde se prosigue la historia del Cautivo.

SONETO.

ALmas dichosas, que del mortal velo
Libres, y esentas, por el bien que obrastes,
Desde la baxa tierra os levantastes
A lo mas alto, y lo mejor del cielo.
Y ardiendo en ira, y en honroso zelo,
De los cuerpos la fuerza exercitastes,
Que en propia, y sangre agena colorastes
El mar vecino, y arenoso suelo.
Primero que el valor, faltó la vida
En los cansados brazos, que muriendo
Con ser vencidos llevan la vitoria.

Y esta

Y eſta vueſtra mortal triſte caida
Entre el muro, y el hierro os va adquiriendo
Fama, que el mundo os da, y el cielo gloria.

Deſa miſma manera le ſé yo, dixo el Cautivo. Pues el del Fuerte, ſi mal no me acuerdo, dixo el cavallero, dice así.

SONETO.

DE entre eſta tierra eſteril, derribada,
Deſtos torreones por el ſuelo echados,
Las almas ſantas de tres mil ſoldados
Subieron vivas á mejor morada.
Siendo primero en vano exercitada
La fuerza de ſus brazos esforzados,
Haſta que al fin de pocos, y canſados,
Dieron la vida al filo de la eſpada.
Y eſte es el ſuelo que continuo ha ſido
De mil memorias lamentables lleno
En los paſados ſiglos, y preſentes.
Mas no mas juſtas de ſu duro ſeno
Avran al claro cielo almas ſubido,
Ni aun el ſoſtuvo cuerpos tan valientes.

No parecieron mal los Sonetos, y el Cautivo ſe alegró con las nuevas que de ſu camarada le dieron: y proſiguiendo ſu cuento, dixo: Rendidos pues la Goleta, y el Fuerte, los Turcos dieron orden en deſmantelar la Goleta, porque el Fuerte quedó tal, que no huvo que poner por tierra: y para hacerlo con mas brevedad, y menos trabajo la minaron por tres partes, pero con ninguna ſe pudo bolar lo que parecia menos fuerte, que eran las murallas viejas: y todo aquello que avia quedado en pie de la fortificacion nueva,

nueva, que avia hecho el Fratin, con mucha facilidad vinó á tierra. En reſolucion, la armada bolvió á Conſtantinopla, triunfante, y vencedora: y de alli á pocos meſes murió mi amo el Uchali, al qual llamavan, Uchali Fartax, que quiere decir en lengua Turqueſca, el renegado tiñoſo, porque lo era: y es coſtumbre entre los Turcos, ponerſe nombres de alguna falta que tengan, ó de alguna virtud que en ellos aya. Y eſto es, porque no ay entre ellos, ſino quatro apellidos de linages, que decienden de la caſa Otomana, y los demas, como tengo dicho, toman nombre, y apellido, ya de las tachas del cuerpo, y ya de las virtudes del animo: y eſte tiñoſo bogó al remo, ſiendo eſclavo del gran ſeñor catorze años, y á mas de los treinta y quatro de ſu edad renegó, de deſpecho de que un Turco eſtando al remo le dió un bofeton, y por poderſe vengar, dexó ſu fe: y fue tanto ſu valor, que ſin ſubir por los torpes medios, y caminos que los mas privados del gran Turco ſuben, vinó á ſer Rey de Argel, y deſpues á ſer General de la mar, que es el tercero cargo que ay en aquel ſeñorio. Era Calabres de nacion, y moralmente fue hombre de bien, y tratava con mucha humanidad á ſus cautivos, que llegó á tener tres mil, los quales deſpues de ſu muerte ſe repartieron, como él lo dexó en ſu teſtamento, entre el Gran Señor (que tambien es hijo heredero de quantos mueren, y entra á la parte con los mas hijos que dexa el difunto) y entre ſus renegados: y yo cupe á un renegado Veneciano, que ſiendo grumete de una nave, le cautivó el Uchali, y le quiſo tanto, que fue uno de los mas regalados garzones ſuyos, y el vinó á ſer el mas cruel renegado que jamas ſe ha viſto. Llamavaſe Azanaga, y llegó á ſer muy rico, y á ſer Rey de Argel, con el qual yo vine de Conſtantinopla algo contento, por eſtar tan cerca de Eſpaña, no porque penſaſe eſcrivir á nadie el deſdichado ſuceſo mio, ſino por ver ſi me era mas favorable la ſuerte

en

en Argel que en Conſtantinopla, donde ya avia provado mil maneras de huirme, y ninguna tuvo ſazon, ni ventura: y penſava en Argel buſcar otros medios de alcanzar lo que tanto deſeava, porque jamas me deſamparó la eſperanza de tener libertad, y quando en lo que fabricava, penſava, y ponia por obra, no correſpondía el ſuceſo á la intencion, luego ſin abandonarme, fingia, y buſcava otra eſperanza que me ſuſtentaſe, aunque fueſe debil, y flaca. Con eſto entretenia la vida, encerrado en una priſion, ó caſa, que los Turcos llaman baño, donde encierran los cautivos Chriſtianos, así los que ſon del Rey, como de algunos particulares, y los que llaman del Almazen, que es como decir, cautivos del Conſejo, que ſirven á la ciudad en las obras publicas que hace, y en otros oficios: y eſtos tales cautivos tienen muy dificultoſa ſu libertad, que como ſon del comun, y no tienen amo particular, no ay con quien tratar ſu reſcate, aunque le tengan. En eſtos baños, como tengo dicho, ſuelen llevar á ſus cautivos algunos particulares del pueblo, principalmente quando ſon de reſcate, porque alli los tienen holgados, y ſeguros, haſta que venga ſu reſcate. Tambien los cautivos del Rey, que ſon de reſcate, no ſalen al trabajo con la demas chuſma, ſino es quando ſe tarda ſu reſcate, que entonces por hacerles que eſcrivan por el con mas ahinco les hacen trabajar, y ir por leña con los demas, que es un no pequeño trabajo. Yo pues era uno de los de reſcate, que como ſe ſupo que era Capitan, pueſto que dixe mi poca poſibilidad, y falta de hacienda, no aprovechó nada para que no me puſieſen en el numero de los cavalleros, y gente de reſcate. Puſieronme una cadena mas por ſeñal de reſcate, que por guardarme con ella, y así paſava la vida en aquel baño con otros muchos cavalleros, y gente principal, ſeñalados, y tenidos por de reſcate. Y aunque la hambre, y deſnudez pudiera fatigarnos á veces, y aun caſi ſiempre, ninguna coſa nos fatigava tanto,

tanto, como oir, y ver á cada paſo las jamas viſtas, ni oidas crueldades que mi amo uſava con los Chriſtianos. Cada dia ahorcava el ſuyo, empalava á eſte, deſorejava aquel, y eſto por tan poca ocaſion, y tan ſin ella, que los Turcos conocían que lo hacía no mas de por hacerlo, y por ſer natural condicion ſuya ſer homicida de todo el genero humano. Solo libró bien con él un ſoldado Eſpañol, llamado tal de Saavedra, el qual con aver hecho coſas que quedarán en la memoria de aquellas gentes por muchos años, y todas por alcanzar libertad, jamas le dió palo, ni ſe lo mandó dar, ni le dixo mala palabra: y por la menor coſa de muchas que hizo, temiamos todos que avia de ſer empalado, y así lo temió él mas de una vez: y ſino fuera porque el tiempo no da lugar, yo dixera aora algo de lo que eſte ſoldado hizo, que fuera parte para entreteneros, y admiraros, harto mejor que con el cuento de mi hiſtoria. Digo pues, que encima del patio de nueſtra priſion, cayan las ventanas de la caſa de un Moro rico, y principal, las quales, como de ordinario ſon las de los Moros, mas eran agujeros que ventanas, y aun eſtas ſe cubrian con celoſias muy eſpeſas, y apretadas. Acaeció pues, que un dia eſtando en un terrado de nueſtra priſion, con otros tres compañeros, haciendo pruevas de ſaltar con las cadenas, por entretener el tiempo, eſtando ſolos, porque todos los demas Chriſtianos avian ſalido á trabajar, alcé á caſo los ojos, y vi que por aquellas cerradas ventanillas que he dicho parecia una caña, y al remate della pueſto un lienzo atado, y la caña ſe eſtava blandeando, y moviendoſe, caſi como ſi hiciera ſeñas, que llegaſemos á tomarla. Miramos en ello, y uno de los que conmigo eſtavan, fue á ponerſe debaxo de la caña, por ver ſi la ſoltavan, ó lo que hacían: pero así como llegó alzaron la caña, y la movieron á los dos lados, como ſi dixeran, no, con la cabeza. Bolvióſe el Chriſtiano, y tornaronla á baxar, y hacer los miſmos

miſmos movimientos que primero. Fue otro de mis compañeros, y ſucediole lo miſmo que al primero. Finalmente fue el tercero, y avinole lo que al primero, y al ſegundo. Viendo yo eſto, no quiſe dexar de provar la ſuerte, y así como llegué á ponerme debaxo de la caña, la dexaron caer, y dió á mis pies dentro del baño: acudí luego á deſatar el lienzo, en el qual vi un nudo, y dentro del venian diez zianiys, que ſon unas monedas de oro baxo, que uſan los Moros, que cada una vale diez reales de los nueſtros. Si me holgué con el hallazgo, no ay para que decirlo, pues fue tanto el contento, como la admiracion de penſar de donde podia venirnos aquel bien, eſpecialmente á mí, pues las mueſtras de no aver querido ſoltar la caña ſino á mí claro decian, que á mí ſe hacía la merced. Tomé mi buen dinero, quebré la caña, bolvíme al terradillo, miré la ventana, y vi que por ella ſalia una muy blanca mano, que la abrian, y cerravan muy apriesa. Con eſto entendimos, ó imaginamos, que alguna muger que en aquella caſa vivia, nos devia de aver hecho aquel beneficio: y en ſeñal de que lo agradeciamos, hizimos zalemas á uſo de Moros, inclinando la cabeza, doblando el cuerpo, y poniendo los brazos ſobre el pecho. De alli á poco ſacaron por la miſma ventana una pequeña cruz, hecha de cañas, y luego la bolvieron á entrar. Eſta ſeñal nos confirmó, en que alguna Chriſtiana devia de eſtar cautiva en aquella caſa, y era la que el bien nos hacía: pero la blancura de la mano, y las axorcas que en ella vimos, nos deſhizo eſte penſamiento, pueſto que imaginamos, que devia de ſer Chriſtiana renegada, á quien de ordinario ſuelen tomar por legitimas mugeres ſus miſmos amos, y aun lo tienen á ventura, porque las eſtiman en mas que las de ſu nacion. En todos nueſtros diſcurſos, dimos muy lexos de la verdad del caſo, y así todo nueſtro entretenimiento deſde alli adelante era mirar, y tener por norte, á la ventana donde nos avia aparecido

cído la eſtrella de la caña: pero bien ſe paſaron quince dias en que no la vimos, ni la mano tampoco, ni otra ſeñal alguna. Y aunque en eſte tiempo procuramos con toda ſolicitud, ſaber quien en aquella caſa vivia, y ſi avia en ella alguna Chriſtiana renegada, jamas huvo quien nos dixeſe otra coſa, ſino que alli vivia un Moro principal, y rico, llamado Agimoraro, Alcayde que avia ſido de la Pata, que es oficio entre ellos de mucha calidad. Mas quando mas deſcuidados eſtavamos, de que por alli avian de llover mas zianiys, vimos á deſhora parecer la caña, y otro lienzo en ella, con otro nudo mas crecido: y eſto fue á tiempo que eſtava el baño como la vez paſada, ſolo, y ſin gente. Hicímos la acoſtumbrada prueva, yendo cada uno primero que yo, de los miſmos tres que eſtavamos, pero á ninguno ſe rindió la caña ſino á mí, porque en llegando yo la dexaron caer. Deſaté el nudo, y hallé quarenta eſcudos de oro Eſpañoles, y un papel eſcrito en Arabigo, y al cabo de lo eſcrito hecha una grande cruz. Beſé la cruz, tomé los eſcudos, bolvíme al terrado, hicímos todos nueſtras zalemas, tornó á parecer la mano, hice ſeñas que leería el papel, cerraron la ventana. Quedamos todos confuſos, y alegres con lo ſucedido, y como ninguno de noſotros no entendia el Arabigo, era grande el deſeo que teniamos de entender lo que el papel contenia, y mayor la dificultad de buſcar quien lo leyeſe. En fin yo me determiné de fiarme de un renegado, natural de Murcia, que ſe avia dado por grande amigo mio, y pueſto prendas entre los dos, que le obligavan á guardar el ſecreto que le encargaſe: porque ſuelen algunos renegados, quando tienen intencion de bolverſe á tierra de Chriſtianos, traer conſigo algunas firmas de cautivos principales, en que dan fe en la forma que pueden, como el tal renegado es hombre de bien, y que ſiempre ha hecho bien á Chriſtianos, y que lleva deſeo de huirſe en la primera ocaſion que ſe le ofrezca. Algunos,

ay

ay, que procuran eſtas fees con buena intencion: otros ſe ſirven dellas, á caſo, y de induſtria: que viniendo á robar á tierra de Chriſtianos, ſi a dicha ſe pierden, ó los cautivan, ſacan ſus firmas y dicen, que por aquellos papeles ſe verá el propoſito con que venian, el qual era, de quedarſe en tierra de Chriſtianos, y que por eſo venian en corſo con los demas Turcos. Con eſto ſe eſcapan de aquel primer impetu, y ſe reconcilian con la Igleſia, ſin que ſe les haga daño, y quando ven la ſuya, ſe buelven á Berberia á ſer lo que antes eran. Otros ay que uſan deſtos papeles, y los procuran con buen intento, y ſe quedan en tierra de Chriſtianos. Pues uno de los renegados, que he dicho, era eſte amigo, el qual tenía firmas de todas nueſtras camaradas, donde le acreditavamos quanto era poſible: y ſi los Moros le hallaran eſtos papeles, le quemaran vivo. Supe que ſabia muy bien Arabigo, y no ſolamente hablarlo, ſino eſcrivirlo. Pero antes que del todo me declaraſe con él, le dixe, que me leyeſe aquel papel, que á caſo me avia hallado en un agujero de mi rancho. Abrióle, y eſtuvo un buen eſpacio mirandole, y conſtruyendole, murmurando entre los dientes. Preguntéle, ſi lo entendia? Dixome, que muy bien, y que ſi queria que me lo declaraſe palabra por palabra, que le dieſe tinta, y pluma, porque mejor lo hicieſe. Dimoſle luego lo que pedia, y él poco á poco lo fue traduciendo: y en acabando, dixo: Todo lo que va aquí en Romance ſin faltar letra, es lo que contiene eſte papel Moriſco: y ha ſe de advertir, que adonde dice, Lela Marien, quiere decir, nueſtra Señora la Virgen Maria. Leimos el papel, y decia así.

Quando yo era niña, tenía mi padre una eſclava, la qual en mi lengua me moſtró la Zala Chriſtianeſca, y me dixo muchas coſas de Lela Marien. La Chriſtiana murió, y yo ſé que no fue al fuego, ſino con Alá, porque deſpues la vi dos veces, y me dixo,

que me fuese á tierra de Christianos, á ver á Lela Marien, que me queria mucho. No sé yo como vaya, muchos Christianos he visto por esta ventana, y ninguno me ha perecido cavallero, sino tu. Yo soy muy hermosa, y muchacha, y tengo muchos dineros que llevar conmigo. Mira tu si puedes hacer como nos vamos, y serás allá mi marido, si quisieres, y sino quisieres, no se me dará nada, que Lela Marien me dará con quien me case. Yo escriví esto, mira á quien lo das á leer, no te fies de ningun Moro, porque son todos marfuzes. Desto tengo mucha pena, que quisiera que no te descubrieras á nadie, porque si mi padre lo sabe, me echará luego en un pozo, y me cubrirá de piedras. En la caña pondré un hilo, ata alli la respuesta: y sino tienes quien te escriva Arabigo, dimelo por señas, que Lela Marien hará que te entienda. Ella, y Alá te guarde, y esa cruz que yo beso muchas veces, que así me lo mandó la cautiva.

Mirad, señores, si es razon que las razones deste papel nos admirasen, y alegrasen, y así lo uno, y lo otro fue de manera, que el renegado entendió, que no á caso se avia hallado aquel papel, sino que realmente á alguno de nosotros se avia escrito, y así nos rogó, que si era verdad lo que sospechava, que nos fiasemos dél, y se lo dixesemos, que él aventuraría su vida por nuestra libertad, y diciendo esto, sacó del pecho un crucifixo de metal, y con muchas lagrimas juró por el Dios que aquella imagen representava, en quien él, aunque pecador, y malo, bien, y fielmente creya, de guardarnos lealtad, y secreto, en todo quanto quisiesemos descubrirle, porque le parecia, y casi adivinava, que por medio de aquella que aquel papel avia escrito, avia él, y todos nosotros de tener libertad, y verse él en lo que tanto deseava, que era reducirse al gremio de la santa Iglesia su madre, de quien como miembro podrido estava dividido, y apartado por su ignorancia, y

pecado.

pecado. Con tantas lagrimas, y con mueſtras de tanto arrepentimiento dixo eſto el renegado, que todos de un miſmo parecer conſentimos, y venimos en declarar la verdad del caſo, y así le dimos cuenta de todo, ſin encubrirle nada. Moſtramoſle la ventanilla por donde parecia la caña, y él marcó deſde alli la caſa, y quedó de tener eſpecial, y gran cuidado, de informarſe quien en ella vivia. Acordamos anſi miſmo, que ſería bien reſponder al billete de la Mora: y como teniamos quien lo ſupieſe hacer, luego al momento el renegado eſcrivió las razones que yo le fuy notando, que puntualmente fueron las que diré, porque de todos los puntos ſuſtanciales que en eſte ſuceſo me acontecieron, ninguno ſe me ha ido de la memoria, ni aun ſe me irá en tanto que tuviere vida. En efeto, lo que á la Mora ſe le reſpondió fue eſto.

El verdadero Alá te guarde, ſeñora mia, y aquella bendita Marien, que es la verdadera Madre de Dios, y es la que te ha pueſto en corazon, que te vayas á tierra de Chriſtianos, porque te quiere bien. Ruegale tu que ſe ſirva de darte á entender, como podrás poner por obra lo que te manda, que ella es tan buena, que ſi hará. De mi parte, y de la de todos eſtos Chriſtianos que eſtan conmigo, te ofrezco de hacer por tí todo lo que pudieremos, haſta morir. No dexes de eſcrivirme, y aviſarme lo que penſares hacer, que yo te reſponderé ſiempre, que el grande Alá nos ha dado un Chriſtiano cautivo, que ſabe hablar, y eſcrivir tu lengua, tan bien como lo verás por eſte papel. Así que ſin tener miedo, nos puedes aviſar de todo lo que quiſieres. A lo que dices, que ſi fueres á tierra de Chriſtianos, que has de ſer mi muger, yo te lo prometo, como buen Chriſtiano: y ſabe que los Chriſtianos cumplen lo que prometen, mejor que los Moros. Alá, y Marien ſu Madre ſean en tu guarda, ſeñora mia.

Eſcrito,

Eſcrito, y cerrado eſte papel, aguardé dos dias á que eſtuvieſe el baño ſolo, como ſolia, y luego ſalí al paſo acoſtumbrado del terradillo, por ver ſi la caña parecia, que no tardó mucho en aſomar. Así como la vi, aunque no podia ver quien la ponia, moſtré el papel, como dando á entender, que puſieſen el hilo: pero ya venia pueſto en la caña, al qual até el papel, y de alli á poco tornó á parecer nueſtra eſtrella con la blanca vandera de paz del atadillo, dexaronla caer, y alcéla yo, y hallé en el paño en toda ſuerte de moneda, de plata, y de oro, mas de cincuenta eſcudos, los quales cinquenta veces mas doblaron nueſtro contento, y confirmaron la eſperanza de tener libertad. Aquella miſma noche bolvió nueſtro renegado, y nos dixo, que avia ſabido que en aquella caſa vivia el miſmo Moro que á noſotros nos avian dicho que ſe llamava Agimorato, riquiſimo por todo eſtremo, el qual tenía una ſola hija, heredera de toda ſu hacienda: y que era comun opinion en toda la ciudad, ſer la mas hermoſa muger de la Berberia: y que muchos de los Virreyes que alli venian la avian pedido por muger, y que ella nunca ſe avia querido caſar: y que tambien ſupo, que tuvo una Chriſtiana cautiva, que ya ſe avia muerto. Todo lo qual concertava con lo que venia en el papel. Entramos luego en conſejo con el renegado, en que orden ſe tendria para ſacar á la Mora, y venirnos todos á tierra de Chriſtianos: y en fin ſe acordó por entonces, que eſperaſemos al aviſo ſegundo de Zorayda, que así ſe llamava la que aora quiere llamarſe Maria. Porque bien vimos, que ella, y no otra alguna era la que avia de dar medio á todas aquellas dificultades. Deſpues que quedamos en eſto, dixo el renegado, que no tuvieſemos pena, que él perderia la vida, ó nos pondria en libertad. Quatro dias eſtuvo el baño con gente, que fue ocaſion que quatro dias tardaſe en parecer la caña: al cabo de los quales en la acoſtumbrada ſoledad

del

del baño pareció con el lienzo tan preñado, que un felicisimo parto prometia. Inclinóse á mi la caña, y el lienzo: hallé en el otro papel, y cien escudos de oro sin otra moneda alguna. Estava alli el renegado, dimosle á leer el papel dentro de nuestro rancho, el qual dixo que así decia.

Yo no sé, mi señor, como dar orden que nos vamos á España, ni Lela Marien me lo ha dicho, aunque yo se lo he preguntado: lo que se podrá hacer, es, que yo os daré por esta ventana muchisimos dineros de oro, rescataos vos con ellos, y vuestros amigos, y vaya uno en tierra de Christianos, y compre allá una barca, y buelva por los demas, y á mí me hallará en el jardin de mi padre, que está á la puerta de Babazon, junto á la marina, donde tengo de estar todo este verano con mi padre y con mis criados: de alli de noche me podreys sacar sin miedo, y llevarme á la barca. Y mira que has de ser mi marido, porque sino yo pediré á Marien que te castigue. Si no te fias de nadie, que vaya por la barca, rescatate tu, y ve, que yo sé que bolverás mejor que otro, pues eres cavallero, y Christiano. Procura saber el jardin, y quando te pasees por aí, sabré que está solo el baño, y te daré mucho dinero. Alá te guarde, señor mio.

Esto decia, y contenia el segundo papel: lo qual visto por todos, cada uno se ofreció á querer ser el rescatado, y prometió de ir, y bolver con toda puntualidad, y tambien yo me ofrecí á lo mismo: á todo lo qual se opuso el renegado, diciendo, que en ninguna manera consintiría que ninguno saliese de libertad, hasta que fuesen todos, juntos: porque la experiencia le avia mostrado quan mal cumplian los libres las palabras que davan en el cautiverio: porque muchas veces avian usado de aquel remedio algunos principales cautivos rescatado á uno que fuese á Valencia, ó Mallorca con dineros para poder armar una barca, y bolver por los que le avian rescatado, y nunca avian buelto: porque la liber-

tad

tad alcanzada, y el temor de bolver á perderla, les borrava de la memoria todas las obligaciones del mundo. Y en confirmacion de la verdad que nos decia, nos contó brevemente un caſo, que caſi en aquella miſma ſazon avia acaecido á unos cavalleros Chriſtianos, el mas eſtraño que jamas ſucedió en aquellas partes, donde á cada paſo ſuceden coſas de grande eſpanto, y de admiracion. En efeto el vinó á decir, que lo que ſe podia, y devia hacer, era, que el dinero que ſe avia de dar para reſcatar al Chriſtiano, que ſe le dieſe á él, para comprar alli en Argel una barca, con achaque de hacerſe mercader, y tratante en Tetuan, y en aquella coſta, y que ſiendo él ſeñor de la barca facilmente ſe daría traza para ſacarlos del baño, y embarcarlos á todos. Quanto mas que ſi la Mora, como ella decia, dava dineros para reſcatarlos á todos, que eſtando libres era faciliſima coſa aun embarcarſe en la mitad del dia: y que la dificultad que ſe ofrecia mayor era, que los Moros no conſienten, que renegado alguno compre, ni tenga barca, ſino es baxel grande para ir en corſo: porque ſe temen, que él que compra barca, principalmente ſi es Eſpañol, no la quiere ſino para irſe á tierra de Chriſtianos: pero que el facilitaría eſte inconveniente, con hacer que un Moro Tagarino fueſe á la parte con él en la compañia de la barca, y en la ganancia de las mercancias, y con eſta ſombra él vendria á ſer ſeñor de la barca, con que dava por acabado todo lo demas. Y pueſto que á mí, y á mis camaradas nos avia parecido mejor lo de embiar por la barca á Mallorca, como la Mora decia, no oſamos contradecirle, temeroſos que ſi no haciamos lo que él decia, nos avia de deſcubrir, y poner á peligro de perder las vidas, ſi deſcubrieſe el trato de Zorayda, por cuya vida dieramos todos las nueſtras: y así determinamos de ponernos en las manos de Dios, y en las del renegado. Y en aquel miſmo punto ſe le reſpondió á Zorayda, diciendole que hariamos

todo

todo quantó nos aconſejava, porque lo avia advertido tan bien, como ſi Lela Marien ſe lo huviera dicho, y que en ella ſola eſtava dilatar aquel negocio ó ponello luego por obra. Ofrecimele de nuevo de ſer ſu eſpoſo, y con eſto, otro dia que acaeció á eſtar ſolo el baño, en diverſas veces con la caña, y el paño, nos dió dos mil eſcudos de oro, y un papel donde decia, que el primer Juma, que es el Viernes, ſe iva al jardin de ſu padre, y que antes que ſe fueſe nos daría mas dinero: y que ſi aquello no baſtaſe, que ſe lo aviſaſemos, que nos daría quanto le pidieſemos, que ſu padre tenía tantos, que no le echariamos menos, quanto mas, que ella tenía las llaves de todo. Dimos luego quinientos eſcudos al Renegado para comprar la barca: con ochocientos me reſcaté yo, dando el dinero á un mercader Valenciano, que á la ſazon ſe hallava en Argel, el qual me reſcató del Rey, tomandome ſobre ſu palabra, dandola de que con el primer baxel que vinieſe de Valencia pagaría mi reſcate. Porque ſi luego diera el dinero, fuera dar ſoſpechas al Rey que avia muchos dias que mi reſcate eſtava en Argel, y que el mercader por ſus grangerias lo avia callado. Finalmente, mi amo era tan caviloſo, que en ninguna manera me atreví á que luego ſe deſembolſaſe el dinero. El Jueves antes del Viernes, que la hermoſa Zorayda ſe avia de ir al jardin, nos dió otros mil eſcudos, y nos aviſó de ſu partida: rogandome, que ſi me reſcataſe ſupieſe luego el jardin de ſu padre, y que en todo caſo buſcaſe ocaſion de ir allá, y verla. Reſpondíle en breves palabras, que así lo haría, y que tuvieſe cuidado de encomendarnos a Lela Marien, con todas aquellas oraciones que la Cautiva le avia enſeñado. Hecho eſto, dieron orden en que los tres compañeros nueſtros ſe reſcataſen, por facilitar la ſalida del baño: y porque viendome á mí reſcatado, y á ellos no, pues avia dinero, no ſe alborotaſen, y les perſuadieſe el diablo que hicieſen alguna coſa en per-

juicio de Zorayda: que puesto que el ser ellos quien eran, me podia asegurar deste temor, con todo eso no quise poner el negocio en aventura, y así los hice rescatar por la misma orden que yo me rescaté, entregando todo el dinero al mercader, para que con certeza, y seguridad, pudiese hacer la fianza: al qual nunca descubrimos nuestro trato, y secreto, por el peligro que avia.

Cap. XLI. Donde toda via prosigue el Cautivo su suceso.

NO se pasaron quinze dias, quando ya nuestro Renegado tenía comprada una muy buena barca, capaz de mas de treinta personas: y para asegurar su hecho, y dalle color, quiso hacer, como hizo, un viage á un lugar que se llama Sargel, que está treinta leguas de Argel hácia la parte de Oran, en el qual ay mucha contratacion de higos pasos. Dos, ó tres veces hizo este viage en compañia del Tagarino que avia dicho. Tagarinos llaman en Berberia á los Moros de Aragon: y á los de Granada, Mudejares: y en el Reyno de Fez llaman á los Mudejares, Elches, los quales son la gente de quien aquel Rey mas se sirve en la guerra. Digo pues, que cada vez que pasava con su barca dava fondo en una caleta, que estava no dos tiros de ballesta del jardin donde Zorayda esperava: y alli muy de proposito se ponia el renegado con los Morillos que bogavan el remo, ó ya á hacer la Zala, ó á como por ensayarse de burlas á lo que pensava hacer de veras: y así se iva al jardin de Zorayda, y le pedia fruta, y su padre se la dava sin conocelle: y aunque él quisiera hablar á Zorayda, como él despues me dixo, y decille que él era él que por orden mia la avia de llevar á tierra de Christianos, que estuviese contenta, y se-

y ſegura, nunca le fue poſible, porque las Moras no ſe dexan ver de ningun Moro, ni Turco, ſino es que ſu marido, ó ſu padre ſe lo manden. De Chriſtianos cautivos ſe dexan tratar, y comunicar, aun mas de aquello que ſería razonable: y á mí me huviera peſado que él la huviera hablado, que quiza la alborotara, viendo, que ſu negocio andava en boca de renegados. Pero Dios que lo ordenava de otra manera, no dió lugar al buen deſeo que nueſtro Renegado tenía: el qual viendo quan ſeguramente iva, y venia á Sargel, y que dava fondo quando, y como, y adonde queria, y que el Tagarino ſu compañero no tenía mas voluntad de lo que la ſuya ordenava, y que yo eſtava ya reſcatado, y que ſolo faltava buſcar algunos Chriſtianos que bogaſen el remo, me dixo, que miraſe yo quales queria traer conmigo, fuera de los reſcatados, y que los tuvieſe hablados para el primer Viernes, donde tenía determinado que fueſe nueſtra partida. Viendo eſto, hablé á doce Eſpañoles, todos valientes hombres de remo, y de aquellos que mas libremente podian ſalir de la ciudad: y no fue poco hallar tantos en aquella coyuntura, porque eſtavan veinte baxeles en corſo, y ſe avian llevado toda la gente de remo: y eſtos no ſe hallaran, ſino fuera que ſu amo ſe quedó aquel Verano ſin ir en corſo á acabar una galeota que tenía en Aſtillero. A los quales no les dixe otra coſa, ſino que el primer Viernes en la tarde ſe ſalieſen uno á uno diſimuladamente, y ſe fueſen la buelta del jardin de Agimorato, y que alli me aguardaſen haſta que yo fueſe. A cada uno dí eſte aviſo de por sí, con orden, que aunque alli vieſen otros Chriſtianos, no les dixeſen, ſino que yo les avia mandado eſperar en aquel lugar. Hecha eſta diligencia, me faltava hacer otra, que era la que mas me convenia, y era la de aviſar á Zorayda en el punto que eſtavan los negocios, para que eſtuvieſe apercebida, y ſobre aviſo, que no ſe ſobreſaltaſe, ſi de improviſo la aſaltaſemos antes del tiempo

que ella podia imaginar, que la barca de Chriſtianos podia bolver. Y así determiné de ir al jardin, y ver ſi podría hablarla: y con ocaſion de coger algunas yervas, un dia antes de mi partida fuy allá, y la primera perſona con quien encontré fue con ſu padre, el qual me dixo en lengua que en toda la Berberia, y aun en Conſtantinopla ſe halla entre cautivos, y Moros, que ni es Moriſca, ni Caſtellana, ni de otra nacion alguna, ſino una mezcla de todas las lenguas, con la qual todos nos entendemos. Digo pues, que en eſta manera de lenguaje me preguntó, que que buſcava en aquel ſu jardin, y de quien era. Reſpondíle, que era eſclavo de Arnaute Mami (y eſto porque ſabia yo por muy cierto, que era un grandiſimo amigo ſuyo) y que buſcava de todas yervas para hacer enſalada. Preguntóme por el conſiguiente, si era hombre de reſcate, ó no, y que quanto pedia mi amo por mí. Eſtando en todas eſtas preguntas, y reſpueſtas, ſalió de la caſa del jardin la bella Zorayda, la qual ya avia mucho que me avia viſto: y como las Moras en ninguna manera hacen melindre de moſtrarſe á los Chriſtianos, ni tampoco ſe eſquivan (como ya he dicho) no ſe le dió nada de venir á donde ſu padre conmigo eſtava, antes luego quando ſu padre vió que venia, y de eſpacio, la llamó, y mandó que llegaſe. Demaſiada coſa ſería decir yo aora la mucha hermoſura, la gentileza, el gallardo, y rico adorno con que mi querida Zorayda ſe moſtró á mis ojos: ſolo diré, que mas perlas pendian de ſu hermoſisimo cuello, orejas, y cabellos, que cabellos tenía en la cabeza. En las gargantas de los ſus pies, que deſcubiertas á ſu uſanza traya, traya dos carcaxes (que así ſe llamavan las manillas, ó axorcas de los pies, en Moriſco) de puriſimo oro con tantos diamantes engaſtados, que ella me dixo deſpues, que ſu padre los eſtimava en diez mil doblas, y las que traya en las muñecas de las manos valian otro tanto. Las perlas eran en

gran

gran cantidad, y muy buenas, porque la mayor gala, y bizarria de las Moras, es adornarſe de ricas perlas, y aljofar: y así ay mas perlas, y aljofar entre Moros, que entre todas las demas naciones, y el padre de *Z*orayda tenía fama de tener muchas, y de las mejores que en Argel avia, y de tener así miſmo mas de docientos mil eſcudos Eſpañoles: de todo lo qual era ſeñora eſta que aõra lo es mia. Si con todo eſte adorno podia venir entonces hermoſa, ó no, por las reliquias que le han quedado en tantos trabajos, ſe podrá conjeturar qual devia de ſer en las proſperidades. Porque ya ſe ſabe que la hermoſura de algunas mugeres tiene dias, y ſazones, y requiere acidentes para diminuirſe, ó acrecentarſe: y es natural coſa que las paſiones del animo la levanten, ó baxen, pueſto que las mas veces la deſtruyen. Digo en fin, que entonces llegó en todo eſtremo aderezada, y en todo eſtremo hermoſa, ó alomenos á mí me pareció ſerlo la mas que haſta entonces avia viſto: y con eſto viendo las obligaciones en que me avia pueſto, me parecía que tenía delante de mí una deidad del cielo, venida á la tierra para mi guſto, y para mi remedio. Así como ella llegó, le dixo ſu padre en ſu lengua, como yo era cautivo de ſu amigo Arnaute Mami, y que venia á buſcar enſalada. Ella tomó la mano, y en aquella mezcla de lenguas que tengo dicho, me preguntó, ſi era cavallero, y que era la cauſa que no me reſcatava. Yo le reſpondí: Que ya eſtava reſcatado, y que en el precio podia echar de ver en lo que mi amo me eſtimava, pues avia dado por mi mil y quinientos zoltamis. A lo qual ella reſpondió. En verdad que ſi tu fueras de mí padre, que yo hiciera que no te diera él por otros dos tantos: porque voſotros Chriſtianos ſiempre mentis en quanto decis: y os haceys pobres, por engañar á los Moros. Bien podría ſer eſo, ſeñora, le reſpondí, mas en verdad, que yo la he tratado con mi amo, y la trato, y la tratáré con quantas perſonas

ay

mundo. Y quando te vas, dixo Zorayda? Mañana creo yo, dixe: porque eſta aquí un baxel de Francia, que ſe hace mañana á la vela, y pienſo irme con el. No es mejor (replicó Zorayda) eſperar á que vengan baxeles de Eſpaña, y irte con ellos, que no con los de Francia, que no ſon vueſtros amigos? No, reſpondí yo, aunque, ſi como ay nuevas que viene ya un baxel de Eſpaña, es verdad, toda via yo le aguardaré, pueſto que es mas cierto el partirme mañana, porque el deſeo que tengo de verme en mi tierra, y con las perſonas que bien quiero, es tanto, que no me dexará eſperar otra comodidad ſi ſe tarda, por mejor que ſea. Deves de ſer ſin duda caſado en tu tierra, dixo Zorayda, y por eſo deſeas ir á verte con tu muger. No ſoy, reſpondí yo, caſado, mas tengo dada la palabra de caſarme en llegando allá. Y es hermoſa la dama á quien ſe la diſte, dixo Zorayda? Tan hermoſa es, reſpondí yo, que para encarecella, y decirte la verdad, te parece á tí mucho. Deſto ſe riyó muy de veras ſu padre, y dixo: Guala Chriſtiano, que deve de ſer muy hermoſa ſi ſe parece á mi hija, que es la mas hermoſa de todo eſte Reino: Sino mirala bien, y verás como te digo verdad. Servianos de interpete á las mas deſtas palabras, y razones, el padre de Zorayda, como mas ladino, que aunque ella hablava la baſtarda lengua, que como he dicho alli ſe uſa, mas declarava ſu intencion por ſeñas, que por palabras. Eſtando en eſtas, y otras muchas razones, llegó un Moro corriendo, y dixo á grandes voces, que por las bardas, ó paredes del jardin avian ſaltado quatro Turcos, y andavan cogiendo la fruta, aunque no eſtava madura. Sobreſaltóſe el viejo, y lo miſmo hizo Zorayda. Porque es comun, y caſi natural, el miedo que los Moros á los Turcos tienen, eſpecialmente á los ſoldados, los quales ſon tan inſolentes, y tienen tanto imperio ſobre los Moros que á ellos eſtan ſugetos, que los tratan peor pue ſi fueſen eſclavos ſuyos.

Digo

Digo pues, que dixo ſu padre á Zorayda: Hija retirate á la caſa, y encierrate, en tanto que yo voy á hablar á eſtos canes: y tu Chriſtiano buſca tus yervas, y vete en buen hora, y llevete Alá con bien á tu tierra. Yo me incliné, y él ſe fue á buſcar los Turcos, dexandome ſolo con Zorayda, que comenzó á dar mueſtras de irſe donde ſu padre le avia mandado. Pero á penas él ſe encubrió con los arboles del jardin, quando ella bolvieſe á mí, llenos los ojos de lagrimas, me dixo: Amexi Chriſtiano, amexi, que quiere decir: Vaſte Chriſtiano, vaſte? Yo la reſpondí: Señora sí, pero no en ninguna manera ſin tí: el primer Juma me aguarda, y no te ſobreſaltes quando nos veas, que ſin duda alguna iremos á tierra de Chriſtianos. Yo le dixe eſto de manera, que ella me entendia muy bien á todas las razones que entrambos paſamos: y echandome un brazo al cuello, con deſmayados paſos comenzó á caminar hácia la caſa: y quiſo la ſuerte, que pudiera ſer muy mala ſi el cielo no lo ordenara de otra manera, que yendo los dos de la manera, y poſtura que os he contado, con un brazo al cuello, ſu padre que ya bolvia de hacer ir á los Turcos, nos vió de la ſuerte, y manera que ivamos, y noſotros vimos que él nos avia viſto. Pero Zorayda advertida, y diſcreta, no quiſo quitar el brazo de mi cuello, antes ſe llegó mas á mí, y puſo ſu cabeza ſobre mi pecho doblando un poco las rodillas, dando claras ſeñales, y mueſtras que ſe deſmayava: y yo anſi miſmo dí á entender, que la ſoſtenia contra mi voluntad. Su padre llegó corriendo á donde eſtavamos, y viendo á ſu hija de aquella manera le preguntó, que que tenía: Pero como ella no le reſpondieſe, dixo ſu padre: Sin duda alguna, que con el ſobreſalto de la entrada de eſtos canes ſe ha deſmayado, y quitandola del mio, la arrimó á ſu pecho: y ella dando un ſuſpiro, y aun no enxutos los ojos de lagrimas, bolvio á decir: Amexi Chriſtiano, amexi: Vete Chriſtiano, vete. A lo que ſu padre reſpondió:

pondió: No importa, hija, que el Chriſtiano ſe vaya, que ningun mal te ha hecho, y los Turcos ya ſon idos: no te ſobreſalte coſa alguna, pues ninguna ay que pueda darte peſadumbre: pues como ya te he dicho, los Turcos á mi ruego ſe bolvieron por donde entraron. Ellos, ſeñor, la ſobraſaltaron como has dicho, dixe yo á ſu padre; más pues ella dice, que yo me vaya, no la quiero dar peſadumbre; quedate en paz, y con tu licencia bolveré, ſi fuere meneſter por yervas á eſte jardin, que ſegun dice mi amo, en ninguno las ay mejores para enſalada, que en el. Todas las que quiſieres podrás bolver, reſpondió Agimorato, que mi hija no dice eſto porque tu, ni ninguno de los Chriſtianos la enojavan, ſino que por decir que los Turcos ſe fueſen, dixo que tu te fueſes, ó porque ya era hora que buſcaſes tus yervas. Con eſto me deſpedí al punto de entrambos, y ella arrancandoſele el alma (al parecer) ſe fue con ſu padre. Y yo con achaque de buſcar las yervas, rodeé muy bien, y á mi placer todo el jardin. Miré bien las entradas, y ſalidas, y la fortaleza de la caſa, y la comodidad que ſe podia ofrecer, para facilitar todo nueſtro negocio. Hecho eſto, me vine, y dí cuenta de quanto avia paſado al renegado, y á mis compañeros: y ya no veya la hora de verme gozar ſin ſobreſalto del bien que en la hermoſa, y bella Zorayda la ſuerte me ofrecia. En fin el tiempo ſe paſó, y ſe llegó el dia, y plazo de noſotros tan deſeado: y ſiguiendo todos el orden, y parecer, que con diſcreta conſideracion, y largo diſcurſo muchas veces aviamos dado, tuvimos el buen ſuceſo que deſeavamos. Porque el Viernes, que ſe ſiguió al dia que yo con Zorayda hablé en el jardin, Morrenago al anochecer dió fondo con la barca, caſi frontero de donde la hermoſiſima Zorayda eſtava. Ya los Chriſtianos que avian de bogar el remo, eſtavan prevenidos, y eſcondidos por diverſas partes de todos aquellos alrededores. Todos eſtavan ſuſ-

penſos

penſos y alborozados, aguardandome, deſeoſos ya de enveſtir con el baxel, que á los ojos tenían: porque ellos no ſabian el concierto del Renegado, ſino que penſavan que á fuerza de brazos avian de aver y ganar la libertad, quitando la vida á los Moros que dentro de la barca eſtavan. Sucedió pues, que así como yo me moſtré, y mis compañeros, todos los demas eſcondidos que nos vieron, ſe vinieron llegando á noſotros. Eſto era ya á tiempo que la Ciudad eſtava ya cerrada, y por toda aquella campaña ninguna perſona parecia. Como eſtuvimos juntos, dudamos ſi ſería mejor ir primero por Zorayda, ó rendir primero á los Moros Vagarinos, que bogavan el remo en la barca. Y eſtando en eſta duda, llegó á noſotros nueſtro Renegado, diciendonos, que en que nos deteniamos, que ya era hora, y que todos ſus Moros eſtavan deſcuidados, y los mas de ellos durmiendo. Diximoſle en lo que reparavamos, y él dixo, que lo que mas importava, era rendir primero el baxel, que ſe podia hacer con grandiſima facilidad, y ſin peligro alguno, y que luego podiamos ir por Zorayda. Pareciónos bien á todos lo que decia, y así ſin detenernos mas, haciendo él la guia llegamos al baxel y ſaltando él dentro primero metió mano á un alfanje, y dixo en Moriſco: Ninguno de voſotros ſe mueva de aquí, ſino quiere que le cueſte la vida. Ya á eſte tiempo avian entrado dentro caſi todos los Chriſtianos. Los Moros que eran de poco animo, viendo hablar de aquella manera á ſu Arraez, quedaronſe eſpantados, y ſin ninguno de todos ellos echar mano á las armas, que pocas, ó caſi ningunas tenían, ſe dexaron, ſin hablar alguna palabra, maniatar de los Chriſtianos, los quáles con mucha preſteza lo hicieron, amenazando á los Moros, que ſi alzavan por alguna via, ó manera la voz, que luego al punto los paſarían todos á cuchillo. Hecho ya eſto, quedandoſe en guardia dellos la mitad de los nueſtros: los que quedavamos, haciendonos así miſmo

el Renegado la guia, fuimos al jardin de Agimorato, y quiſo la buena ſuerte, que llegando á abrir la puerta, ſe abrió con tanta facilidad, como ſi cerrada no eſtuviera, y así con gran quietud, y ſilencio llegamos á la caſa ſin ſer ſentidos de nadie. Eſtava la bellisima Zorayda aguardandonos á una ventana, y así como ſintió gente, proguntó con voz baxa, ſi eramos Nizarani, como ſi dixera, ó preguntara, ſi eramos Chriſtianos? Yo le reſpondí, que sí, y que baxaſe. Quando ella me conoció, no ſe detuvo un punto, porque ſin reſponderme palabra, baxó en un inſtante: abrió la puerta, y moſtróſe á todos tan hermoſa, y ricamente veſtida, que no lo acierto á encarecer. Luego que yo la vi le tomé una mano, y la comenzé á beſar, y el Renegado hizo lo miſmo, y mis dos camaradas: y los demas que el caſo no ſabian, hicieron lo que vieron que noſotros haciamos, que no parecia ſino que le davamos las gracias, y la reconociamos por ſeñora de nueſtra libertad. El Renegado le dixo en lengua Moriſca, si eſtava ſu padre en el jardin? Ella reſpondio que sí, y que dormia. Pues ſerá meneſter deſpertalle, replicó el Renegado, y llevarnoſle con noſotros, y todo aquello que tiene de valor en eſte hermoſo jardin. No, dixo ella, á mi padre no ſe ha de tocar en ningun modo: y en eſta caſa no ay otra coſa que lo que yo llevo, que es tanto, que bien avrá para que todos quedeys ricos, y contentos: y eſperaos un poco, y lo vereys. Y diciendo eſto, ſe bolvió á entrar, diciendo, que muy preſto bolvería, que nos eſtuvieſemos quedos, ſin hacer ningun ruido. Preguntele al Renegado, lo que con ella avia paſado: el qual me lo contó, á quien yo dixe, que en ninguna coſa, ſe avia de hacer mas de lo que Zorayda quisieſe. La qual ya bolvia cargada con un cofrecillo lleno de eſcudos de oro, tantos, que apenas lo podia ſuſtentar. Quiſo la mala ſuerte, que ſu padre deſpertaſe en el interin, y ſintieſe el ruido que andava en el jardin, y aſomandoſe á

la ventana, luego conoció que todos los que en el eſtavan eran Chriſtianos, y dando muchas, grandes, y deſaforadas voces, comenzó á decir en Arabigo: Chriſtianos, Chriſtianos; ladrones, ladrones: por los quales gritos nos vimos todos pueſtos en grandisima, y temeroſa confusion. Pero el Renegado viendo el peligro en que eſtavamos, y lo mucho que le importava ſalir con aquella empreſa, antes de ſer ſentido, con grandisima preſteza ſubió donde Agimorato eſtava: y juntamente con él fueron algunos de noſotros, que yo no oſé deſamparar á la Zorayda, que como deſmayada ſe avia dexado caer en mis brazos: en reſolucion los que ſubieron ſe dieron tan buena maña, que en un momento baxaron con Agimorato, trayendole atadas las manos, y pueſto un pañizuelo en la boca, que no le dexava hablar palabra, amenazandole que el hablarla le avia de coſtar la vida. Quando ſu hija le vió, ſe cubrió los ojos por no verle, y ſu padre quedó eſpantado, ignorando quan de ſu voluntad ſe avia pueſto en nueſtras manos. Mas entonces ſiendo mas neceſarios los pies, con diligencia, y preſteza nos pusimos en la barca, que ya los que en ella avian quedado nos eſperavan, temeroſos de algun mal ſuceſo nueſtro, Apenas ſerían dos horas paſadas de la noche quando ya eſtavamos todos en la barca, en la qual ſe le quitó al padre de Zorayda la atadura de las manos, y el paño de la boca: pero tornóle á decir el Renegado, que no hablaſe palabra, que le quitarían la vida: él como vió alli á ſu hija comenzó á ſuſpirar ternisimamente, y mas quando vió que yo eſtrechamente la tenía abrazada, y que ella ſin defenderſe, ni quexarſe, ni eſquivarſe, ſe eſtava queda, pero con todo eſto callava, porque no pusieſen en efeto las muchas amenazas que el Renegado le hacía. Viendoſe pues Zorayda ya en la barca, y que queriamos dar los remos al agua, y viendo alli á ſu padre, y á los demas Moros que atados eſtavan, le dixo al Renegado, que

me dixeſe le hicieſe merced de ſoltar á aquellos Moros, y de dar libertad á ſu padre, porque antes ſe arrojaría en la mar que ver delante de ſus ojos, y por cauſa ſuya llevar cautivo á un padre que tanto la avia querido. El Renegado me lo dixo, y yo reſpondí, que era muy contento: pero él reſpondió, que no convenia, á cauſa que si alli los dexavan apellidarían luego la tierra, y alborotarían la Ciudad, y ſerian cauſa, que ſalieſen á buſcallos con algunas fragatas ligeras, y les tomaſen la tierra, y la mar, de manera, que no pudieſemos eſcaparnos, que lo que ſe podria hacer era, darles libertad en llegando á la primera tierra de Chriſtianos: en eſte parecer venimos todos, y Zorayda, á quien ſe le dió cuenta, con las cauſas que nos movían á no hacer luego lo que queria, tambien ſe ſatisfizo, y luego con regozijado ſilencio, y alegre diligencia cada uno de nueſtros valientes remeros tomó ſu remo, y comenzamos, encomendandonos á Dios de todo corazon, á navegar la buelta de las Iſlas de Mallorca, que es la tierra de Chriſtianos mas cerca: pero á cauſa de ſoplar un poco el viento Tramontana, y eſtar la mar algo picada, no fue poſible ſeguir la derrota de Mallorca, y fuenos forzoſo dexarnos ir tierra á tierra la buelta de Oran, no ſin mucha peſadumbre nueſtra, por no ſer deſcubiertos del lugar de Sargel, que en aquella coſta cae no mas que ſeſenta millas de Argel: y así miſmo temiamos encontrar por aquel parage alguna galeota de las que de ordinario venian con mercancia de Tetuan, aunque cada uno por sí, y por todos juntos preſumiamos, de que si ſe encontrava galeota de mercancia, como no fueſe de las que andan en corſo, que no ſolo no nos perderiamos, mas que tomariamos baxel donde con mas ſeguridad pudieſemos acabar nueſtro viage. Iva Zorayda, en tanto que ſe navegava, pueſta la cabeza entre mis manos, por no ver á ſu padre, y ſentia yo que iva llamando á Lela Marien, que nos ayudaſe. Bien

avriamos

avriamos navegado treinta millas, quando nos amaneció, como tres tiros de arcabuz desviados de tierra, toda la qual vimos desierta, y sin nadie que nos descubriese, pero con todo eso nos fuimos á fuerza de brazos entrando un poco en la mar, que ya estava algo mas sosegado, y aviendo entrado casi dos leguas, dióse orden que se bogase á quarteles en tanto que comiamos algo, que iva bien proveida la barca, puesto que los que bogavan dixeron que no era aquel iempo de tomar reposo alguno, que les diesen de comer los que no bogavan, que ellos no querian soltar los remos de las manos en manera alguna. Hizose ansi, y en esto comenzó á soplar un viento largo que nos obligó á hacer luego vela, y á dexar el remo, y enderezar á Oran por no ser posible poder hacer otro viage: todo se hizo con mucha presteza, y así á la vela navegamos por mas de ocho millas por hora, sin llevar otro temor alguno, sino el de encontrar con baxel que de corso fuese. Dimos de comer á los Moros Vagarinos, y el Renegado les consoló, diciendoles como no ivan cautivos, que en la primera ocasion les darían libertad: lo mismo se le dixo al padre de Zorayda, el qual respondió: Qualquiera otra cosa pudiera yo esperar, y creer de vuestra liberalidad, y buen termino, ó Christianos, mas el darme libertad, no me tengays por tan simple, que lo imagine, que nunca os pusistes vosotros al peligro de quitarmela para bolverla tan liberalmente, especialmente sabiendo quien soy yo, y el interese que se os puede seguir de darmela, el qual interese si le quereys poner nombre, desde aquí os ofrezco todo aquello que quisieredes por mí, y por esa desdichada hija mia ó sino por ella sola, que es la mayor, y la mejor parte de mi alma. En diciendo esto, comenzó á llorar tan amargamente, que á todos nos movío á compasion, y forzó á Zorayda, que le mirase, la qual viendole llorar así, se enterneció que se levantó de mis pies, y fue á abrazar á su padre, y juntando su

roſtro con el ſuyo, comenzaron los dos tan tierno llanto, que muchos de los que alli ivamos le acompañamos en el: pero quando ſu padre la vió adornada de fieſta, y con tantas joyas ſobre sí, le dixo en ſu lengua: Que es eſto hija, que ayer al anochecer, antes que nos ſucedieſe eſta terrible deſgracia en que nos vemos, te vi con tus ordinarios, y caſeros veſtidos, y agora ſin que ayas tenido tiempo de veſtirte, y ſin averte dado alguna nueva alegre de ſolenizarla con adornarte, y pulirte te veo compueſta con los mejores veſtidos que yo ſupe, y pude darte, quando nos fue la ventura mas favorable? Reſpondeme á eſto, que me tiene mas ſuſpenſo, y admirado, que la miſma deſgracia en que me hallo. Todo lo que el Moro decia á ſu hija, nos lo declarava el Renegado, y ella no le reſpondia palabra: pero quando el vió á un lado de la barca el cofrezillo donde ella ſolia tener ſus joyas, el qual ſabia el bien que le avia dexado en Argel, y no traidole al jardin, quedó mas confuſo, y preguntóle, que como aquel cofre avia venido á nueſtras manos, y que era lo que venia dentro? A lo qual el renegado, ſin aguardar que Zorayda le reſpondieſe, le reſpondió: No te canſes, ſeñor, en preguntar á Zorayda tu hija tantas coſas, porque con una que yo te reſponda te ſatisfare á todas: y así quiero, que ſepas que ella es Chriſtiana, y es la que ha ſido la lima de nueſtras cadenas, y la libertad de nueſtro cautiverio: ella va aquí de ſu voluntad tan contenta, á lo que yo imagino, de verſe en eſte eſtado, como él que ſale de las tinieblas á la luz, de la muerte á la vida, y de la pena á la gloria. Es verdad lo que eſte dice, hija, dixo el Moro? Así es, reſpondió Zorayda. Que en efeto, replicó el viejo, tu eres Chriſtiana, y la que ha pueſto á ſu padre en poder de ſus enemigos? A lo qual reſpondió Zorayda: La que es Chriſtiana yo ſoy: pero no la que te ha pueſto en eſte punto, porque nunca mi deſeo ſe eſtendió á dexarte, ni á hacerte mal, ſino á hacerme á

mí

mí bien. Y que bien es el que te has hecho, hija? Eſo, reſpondió ella, preguntaſelo tu á Lela Marien, que ella te lo ſabra decir mejor que yo. Apenas huvo oido eſto el Moro, quando con una increible preſteza ſe arrojó de cabeza en la mar, donde ſin ninguna duda ſe ahogara, ſi el veſtido largo, y embarazoſo que traya no le entretuviera un poco ſobre el agua. Dió voces Zorayda que le ſacaſen, y así acudimos luego todos, y aſiendole de la almalafa le ſacamos medio ahogado, y ſin ſentido, de que recibió tanta pena Zorayda, que como ſi fuera ya muerto hacía ſobre él un tierno, y doloroſo llanto. Bolvimoſle boca á baxo, bolvió mucha agua: tornó en sí al cabo de dos horas, en las quales aviendoſe trocado el viento nos convinó bolver hácia tierra, y hacer fuerza de remos por no enveſtir en ella: mas quiſo nueſtra buena ſuerte, que llegamos á una cala que ſe hace al lado de un pequeño promontorio, ó cabo, que de los Moros es llamado el de la Cava Rumia, que en nueſtra lengua quiere decir la mala muger Chriſtiana, y es tradicion entre los Moros, que en aquel lugar eſtá enterrada la Cava, por quien ſe perdió Eſpaña: porque Cava en ſu lengua, quiere decir muger mala, y Rumia Chriſtiana, y aun tienen por mal aguero llegar alli á dar fondo, quando la neceſidad les fuerza á ello, porque nunca le dan ſin ella, pueſto que para noſotros no fue abrigo de mala muger, ſino puerto ſeguro de nueſtro remedio, ſegun andava alterada la mar. Puſimos nueſtras centinelas en tierra, y no dexamos jamas los remos de la mano: comimos de lo que el Renegado avia proveido, y rogamos á Dios, y á Nueſtra Señora de todo nueſtro corazon, que nos ayudaſe, y favoreciеſe, para que felizmente dieſemos fin á tan dichoſo principio. Dióſe orden á ſuplicacion de Zorayda como echaſemos en tierra á ſu padre, y a todos los demas Moros que alli atados venian: porque no le baſtava el animo, ni lo podian ſufrir ſus blandas entrañas, ver delante de ſus ojos atado

tado á ſu padre, y aquellos de ſu tierra preſos. Prometimoſle de hacerlo así al tiempo de la partida, pues no corria peligro el dexallos en aquel lugar que era deſpoblado. No fueron tan vanas nueſtras oraciones que no fueſen oidas del cielo, que en nueſtro favor luego bolvió el viento tranquilo el mar, combidandonos á que tornaſemos alegres á proſeguir nueſtro comenzado viage. Viendo eſto, deſatamos á los Moros, y uno á uno los puſimos en tierra, de lo que ellos ſe quedaron admirados: pero llegando á deſembarcar al padre de Zorayda, que ya eſtava en todo ſu acuerdo, dixo: Porque penſays, Chriſtianos, que eſta mala hembra huelga de que me deys libertad? Penſays, que es por piedad que de mí tiene? no por cierto, ſino que lo hace por el eſtorvo que le dará mi preſencia, quando quiera poner en execucion ſus malos deſeos, ni penſeys, que la ha movido á mudar religion entender ella que la vueſtra á la nueſtra ſe aventaja, ſino el ſaber que en vueſtra tierra ſe uſa la deſhoneſtidad mas libremente que en la nueſtra: y bolviendoſe á Zorayda, teniendole yo, y otro Chriſtiano de entrambos brazos aſido, porque algun deſatino no hicieſe, le dixo: O infame moza, y mal aconſejada muchacha, adonde vas ciega, y deſatinada en poder deſtos perros, naturales enemigos nueſtros. Maldita ſea la hora en que yo te engendré, y malditos ſean los regalos, y deleites en que te he criado. Pero viendo yo que llevava termino de no acabar tan preſto, dí prieſa á ponelle en tierra, y deſde alli á voces proſiguió en ſus maldiciones, y lamentos, rogando á Mahoma rogaſe á Alá que nos deſtruyeſe, confundieſe, y acabaſe: y quando por aver nos hechó á la vela no podimos oir ſus palabras, vimos ſus obras, que eran arrancarſe las barbas, meſarſe los cabellos, y arraſtrarſe por el ſuelo: mas una vez esforzó la voz de tal manera que podimos entender que decia: Buelve amada hija, buelve á tierra, que todo te lo perdono, entrega á eſos hombres eſe

dinero

dinero que ya es ſuyo, y buelve á conſolar á eſte triſte padre tuyo, que en eſta deſierta arena dexará la vida ſi tu le dexas. Todo lo qual eſcuchava Zorayda, y todo lo ſentia, y llorava, y no ſupo decirle, ni reſpondelle palabra, ſino: Plega á Alá, padre mio, que Lela Marien, que ha ſido la cauſa de que yo ſea Chriſtiana, ella te conſuele en tu triſteza. Alá ſabe bien que no pude hacer otra coſa de la que he hecho, y que eſtos Chriſtianos no deven nada á mi voluntad, pues aunque quiſiera no venir con ellos, y quedarme en mi caſa, me fuera impoſible, ſegun la prieſa que me dava mi alma á poner por obra eſta, que á mí me parece tan buena, como tú, padre amado, la juzgas por mala. Eſto dixo á tiempo que ni ſu padre la oya, ni noſotros ya le veyamos: y así conſolando yo á Zorayda atendimos todos á nueſtro viage, el qual nos le facilitava el propio viento, de tal manera, que bien tuvimos por cierto de vernos otro dia al amanecer en las riberas de Eſpaña: mas como pocas veces, ó nunca viene el bien puro, y ſencillo ſin ſer acompañado, ó ſeguido de algun mal que le turbe, ó ſobreſalte, quiſo nueſtra ventura, ó quiza las maldiciones que el Moro á ſu hija avia echado, que ſiempre ſe han de temer de qualquier padre que ſean: quiſo digo, que eſtando ya engolfados, y ſiendo ya caſi paſadas tres horas de la noche, yendo con la vela tendida de alto baxa, frenillados los remos, porque el proſpero viento nos quitava del trabajo, de averlos meneſter, con la luz de la Luna, que claramente reſplandecía, vimos cerca de noſotros un baxel redondo que con todas las velas tendidas, llevando un poco á orza el timon delante de noſotros, atraveſava, y eſto tan cerca que nos fue forzoſo amainar por no enveſtirle, y ellos así miſmo hicieron fuerza de timon para darnos lugar que paſaſemos: avianſe pueſto á bordo del baxel á preguntarnos quien eramos, y adonde navegavamos, y de donde veniamos: pero por preguntarnos eſto en lengua Fran-

ceſa, dixo nueſtro Renegado: Ninguno reſponda, porque eſtos ſin duda ſon coſarios Franceſes, que hacen á toda ropa: por eſte advertimiento ninguno reſpondió palabra, y aviendo paſado un poco delante, que ya el baxel quedava ſotavento, de improviſo ſoltaron dos piezas de artilleria, y á lo que parecia ambas venian con cadenas, porque con una cortaron nueſtro arbol por medio, y dieron con el, y con la vela en la mar, y al momento diſparando otra pieza vinó á dar la bala en mitad de nueſtra barca, de modo que la abrió toda ſin hacer otro mal alguno: pero como noſotros nos vimos ir á fondo, comenzamos todos á grandes voces á pedir ſocorro, y á rogar á los del baxel que nos acogieſen, porque nos anegavamos: amainaron entonces, y echando el eſquife, ó barca á la mar, entraron en el haſta doce Franceſes bien armados con ſus arcabuzes, y cuerdas encendidas, y así llegaron junto al nueſtro, y viendo quan pocos eramos, y cómo el baxel ſe hundia, nos recogieron, diciendo, que por aver uſado de la deſcorteſia de no reſpondelles nos avia ſucedido aquello. Nueſtro Renegado tomó el cofre de las riquezas de Zorayda, y dió con el en la mar, ſin que ninguno echaſe de ver en lo que hacía: en reſolucion todos paſamos con los Franceſes, los quales deſpues de averſe informado de todo aquello que de noſotros ſaber quiſieron, como ſi fueran nueſtros capitales enemigos, nos deſpojaron de todo quanto teniamos, y á Zorayda le quitaron haſta los carcaxes que traya en los pies, pero no me dava á mí tanta peſadumbre la que á Zorayda davan, como me la dava el temor que tenía, de que avian de paſar del quitar de las riquiſimas, y precioſisimas joyas, al quitar de la joya que mas valia, y ella mas eſtimava, pero los deſeos de aquella gente no ſe eſtienden á mas que al dinero, y deſto jamas ſe vee harta ſu codicia, la qual entonces llegó á tanto, que aun haſta los veſtidos de cautivos nos quitaran, ſi de algun provecho les fueran: y

huvo

huvo parecer entre ellos de que á todos nos arojaſen á la mar embueltos en una vela, porque tenían intencion de tratar en algunos puertos de Eſpaña, con nombre de que eran Bretones, y ſi nos llevavan vivos ſerían caſtigados ſiendo deſcubierto ſu hurto, mas el Capitan que era él que avia deſpojado á mi querida Zorayda, dixo que él ſe contentava con la preſa que tenía, y que no queria tocar en ningun puerto de Eſpaña, ſino irſe luego á camino, y paſar el eſtrecho de Gibraltar de noche, ó como pudieſe, haſta á la Rochela de donde avia ſalido, y así tomaron por acuerdo de darnos el eſquife de ſu navio, y todo lo neceſario, para la corta navegacion que nos quedava, como lo hicieron otro dia, ya á viſta de tierra de Eſpaña, con la qual viſta, y alegria, todas nueſtras peſadumbres, y pobrezas ſe nos olvidaron de todo punto, como ſi propiamente no huvieran paſado por noſotros, tanto es el guſto de alcanzar la libertad perdida. Cerca de medio dia podria ſer, quando nos echaron en la barca, dandonos dos barriles de agua, y algun bizcocho, y el Capitan movido no ſé de que miſericordia al embarcarſe la hermoſiſima Zorayda le dió haſta quarenta eſcudos de oro, y no conſintió que le quitaſen ſus ſoldados eſtos miſmos veſtidos, que á hora tiene pueſtos. Entramos en el baxel, dimoſles las gracias por el bien que nos hacían, moſtrandonos mas agradecidos que quexoſos: ellos ſe hicieron á lo largo ſiguiendo la derrota del eſtrecho, noſotros ſin mirar á otro Norte, que á la tierra que ſe nos moſtrava delante, nos dimos tanta prieſa á bogar, que al poner del Sol eſtavamos tan cerca, que bien pudieramos á nueſtro parecer llegar antés que fuera muy noche, pero por no parecer en aquella noche la Luna, y el cielo moſtrarſe eſcuro, y por ignorar el parage en que eſtavamos, no nos pareció coſa ſegura enveſtir en tierra, como á muchos de noſotros les parecia, diciendo, que dieſemos en ella,

aunque fueſe en unas peñas, y lexos de poblado, porque así aſegurariamos el temor, que de razon ſe devia tener, que por alli anduvieſen baxeles de coſarios de Tetuan, los quales anochecen en Berberia, y amanecen en las Coſtas de Eſpaña, y hacen de ordinario preſa, y ſe buelven á dormir á ſus caſas: pero de los contrarios pareceres, el que ſe tomó fue, que nos llegaſemos poco á poco, y que ſi el ſoſiego del mar lo concedieſe, deſembarcaſemos donde pudieſemos. Hizoſe así, y poco antes de la media noche ſería, quando llegamos al pie de una disformiſima, y alta montaña, no tan junto al mar, que no concedieſe un poco de eſpacio para poder deſembarcar comodamente: enveſtimos en la arena, ſalimos todos á tierra, y beſamos el ſuelo, y con lagrimas de alegriſimo contento, dimos todos gracias á Dios Señor nueſtro, por el bien tan incomparable, que nos avia hecho en nueſtro viage: ſacamos de la barca los baſtimentos que tenía, tiramoſla en tierra, y ſubimos un grandiſimo trecho en la montaña, porque aun alli eſtavamos, y aun no podiamos aſegurar el pecho, ni acabávamos de creer que era tierra de Chriſtianos la que ya nos ſoſtenia. Amaneció mas tarde, á mi parecer, de lo que quiſieramos: acabamos de ſubir toda la montaña por ver ſi deſde alli algun poblado ſe deſcubria, ó algunas cabañas de paſtores, pero aunque mas tendimos la viſta, ni poblado, ni perſona, ni ſenda, ni camino deſcubrimos. Con todo eſto determinamos de entrarnos la tierra á dentro: pues no podria ſer menos, ſino que preſto deſcubrieſemos quien nos dieſe noticia della: pero lo que á mí mas me fatigava, era el ver ir á pie á Zorayda por aquellas aſperezas, que pueſto que alguna vez la puſe ſobre mis ombros, mas le canſava á ella mi canſancio, que la repoſava ſu repoſo, y así nunca mas quiſo que yo aquel trabajo tomaſe: y con mucha paciencia, y mueſtras de alegria llevandola yo ſiempre de la mano, poco menos de un quarto

de

de legua deviamos de aver andado, quando llegó á nueſtros oidos el ſon de una pequeña eſquila, ſeñal clara que por alli cerca avia ganado, y mirando todos con atencion ſi alguno ſe parecia, vimos al pie de un alcornoque un paſtor mozo, que con grande repoſo, y deſcuido eſtava labrando un palo con un cuchillo, dimos voces, y él alzando la cabeza ſe puſo ligeramente en pie, y á lo que deſpues ſupimos, los primeros que á la viſta ſe le ofrecieron, fueron el Renegado, y Zorayda, y como él los vió en habito de Moros, penſó que todos los de la Berberia eſtavan ſobre él, y metiendoſe con eſtraña ligereza por el boſque adelante comenzó á dar los mayores gritos del mundo, diciendo: Moros, Moros ay en la tierra: Moros, Moros, arma, arma. Con eſtas voces quedamos todos confuſos, y no ſabiamos que hacernos, pero conſiderando que las voces del paſtor avian de alborotar la tierra, y que la cavalleria de la coſta avia de venir luego á ver lo que era, acordamos que el Renegado ſe deſnudaſe las ropas de Turco, y ſe viſtieſe un gilequelco, ó caſaca de cautivo que uno de noſotros le dió luego, aunque ſe quedó en camiſa, y así encomendandonos á Dios fuimos por el miſmo camino, que vimos que el paſtor llevava, eſperando ſiempre quando avia de dar ſobre noſotros la cavalleria de la coſta, y no nos engaño nueſtro penſamiento, porque aun no avrian paſado dos horas, quando aviendo ya ſalido de aquellas malezas á un llano deſcubrimos haſta cincuenta cavalleros, que con gran ligereza corriendo á media rienda á noſotros ſe venían, y así como los vimos nos eſtuvimos quedos aguardandolos, pero como ellos llegaron, y vieron, en lugar de los Moros que buſcavan, tanto pobre Chriſtiano, quedaron confuſos, y uno dellos nos preguntó ſi eramos noſotros á caſo la ocaſion, porque un paſtor avia apellidado al arma: Sí, dixe yo, y queriendo comenzar á decirle mi ſuceſo, y de donde veniamos, y quien eramos: uno de los Chriſtianos

tianos que con noſotros venian conoció al ginete que nos avia hecho la pregunta, y dixo ſin dexarme á mí decir mas palabra: Gracias ſean dadas á Dios, ſeñores, que á tan buena parte nos ha conducido, porque ſi yo no me engaño, la tierra que piſamos es la de Velez Malaga, ſi ya los años de mi cautiverio no me han quitado de la memoria el acordarme, que vos, ſeñor, que nos preguntays quien ſomos, ſoys Pedro de Buſtamante tio mio: á penas huvo dicho eſto el Chriſtiano Cautivo, quando el ginete ſe arrojó del cavallo, y vinó á abrazar al mozo, diciendole: Sobrino de mi alma, y de mi vida, ya te conozco, y ya te he llorado por muerto, yo, y mi hermana tu madre, y todos los tuyos, que aun viven: y Dios ha ſido ſervido de darles vida, para que gozen el placer de verte: ya ſabiamos que eſtavas en Argel, y por las ſeñales, y mueſtras de tus veſtidos, y la de todos los deſta compañia comprehendo que aveys tenido milagroſa libertad. Así es, reſpondió el mozo, y tiempo nos quedara para contaroſlo todo. Luego que los ginetes entendieron que eramos Chriſtianos cautivos ſe apearon de ſus cavallos, y cada uno nos combidava con el ſuyo, para llevarnos á la Ciudad de Velez Malaga, que legua, y media de alli eſtava, algunos dellos bolvieron á llevar la barca á la Ciudad, diciendoles donde la aviamos dexado: otros nos ſubieron á las ancas: y Zorayda fue en las del cavallo del tio del Chriſtiano. Saliónos á recebir todo el pueblo, que ya de alguno que ſe avia adelantado ſabian la nueva de nueſtra venida. No ſe admiravan de ver cautivos libres, ni Moros cautivos, porque toda la gente de aquella coſta eſtá hecha á ver los unos, y a los otros, pero admiravanſe de la hermoſura de Zorayda, la qual en aquel inſtante, y ſazon eſtava en ſu punto, anſi con el canſancio del camino, como con la alegria de verſe ya en tierra de Chriſtianos, ſin ſobreſalto de perderſe, y eſto le avia ſacado al roſtro tales colores, que ſino es que

la

la aficion entonces me engañava, oſara decir, que mas hermoſa criatura no avia en el mundo, alomenos, que yo la huvieſe viſto. Fuimos derechos á la Igleſia á dar gracias á Dios por la merced recebida, y así como en ella entró Zorayda, dixo que alli avia roſtros que ſe parecian á los de Lela Marien: diximoſle que eran imagenes ſuyas, y como mejor ſe pudo le dió el Renegado á entender lo que ſignificavan, para que ella las adoraſe, como ſi verdaderamente fueran cada una de ellas la miſma Lela Marien, que la avia hablado: ella que tiene buen entendimiento, y un natural facil, y claro, entendio luego quanto acerca de las imagenes ſe le dixo. Deſde alli nos llevaron, y repartieron a todos en diferentes caſas del pueblo, pero al Renegado, Zorayda, y á mí nos llevó el Chriſtiano que vinó con noſotros, y en caſa de ſus padres, que medianamente eran acomodados de los bienes de fortuna, y nos regalaron con tanto amor, como á ſu miſmo hijo. Seys dias eſtuvimos en Velez, al cabo de los quales el Renegado hecha ſu informacion de quanto le convenia, ſe fue á la Ciudad de Granada á reducirſe por medio de la ſanta Inquiſicion, al gremio ſantiſimo de la Igleſia: los demas Chriſtianos libertados ſe fueron cada uno donde mejor le pareció, ſolos quedamos Zorayda, y yo con ſolos los eſcudos que la corteſia del Frances le dió á Zorayda, de los quales compré eſte animal en que ella viene, y ſirviendo la yo haſta aora de padre, y eſcudero, y no de eſpoſo, vamos con intencion de ver ſi mi padre es vivo, ó ſi alguno de mis hermanos ha tenido mas proſpera ventura, que la mia. Pueſto que por averme hecho el cielo compañero de Zorayda, me parece, que ninguna otra ſuerte me pudiera venir, por buena que fuera, que mas la eſtimara. La paciencia con que Zorayda lleva las incomodidades, que la pobreza trae conſigo, y el deſeo que mueſtra tener, de verſe ya Chriſtiana, es tanto, y tal, que me admira, y me mueve a ſervirla

virla todo el tiempo de mi vida. Puesto que el gusto que tengo de verme suyo, y de que ella sea mia, me le turba, y deshace, no saber si hallaré en mi tierra algun rincon donde recogella, y si avran hecho el tiempo, y la muerte, tal mudanza en la hacienda, y vida de mi padre, y hermanos, que apenas halle quien me conozca, si ellos faltan. No tengo mas, señores, que deciros de mi historia. La qual si es agradable, y peregrina, juzguenlo vuestros buenos entendimientos, que de mí se decir, que quisiera averlos contado mas brevemente, puesto que el temor de enfadaros mas de quatro circunstancias me ha quitado de la lengua.

Cap. XLII. Que trata de lo que mas sucedió en la venta, y de otras muchas cosas dignas de saberse.

CAlló en diciendo esto el Cautivo, á quien Don Fernando dixo: Por cierto, señor Capitan, el modo con que aveys contado este estraño suceso, ha sido tal, que iguala á la novedad, y estrañeza del mismo caso. Todo es peregrino, y raro, y lleno de accidentes, que maravillan, y suspenden, á quien los oye. Y es de tal manera el gusto que hemos recebido, en escuchalle, que aunque nos hallara el dia de mañana entretenidos en el mismo cuento, holgaramos que de nuevo se comenzara. Y en diciendo esto, Don Antonio, y todos los demas se le ofrecieron, con todo lo á ellos posible, para servirle, con palabras, y razones tan amorosas, y tan verdaderas, que el Capitan se tuvo por bien satisfecho de sus voluntades. Especialmente le ofreció Don Fernando, que si queria bolverse con él, que él haría que el Marques su hermano fuese padrino del Bautismo de Zorayda, y que él por su parte le acomo-

acomodaría de manera, que pudieſe entrar en ſu tierra, con el autoridad, y comodo, que á ſu perſona ſe devia. Todo lo agradeció corteſisimamente el Cautivo, pero no quiſo acetar ninguno de ſus liberales ofrecimientos. En eſto llegava ya la noche, y al cerrar della llegó á la venta un coche con algunos hombres de á cavallo: pidieron poſada, á quien la Ventera reſpondió, que no avia en toda la venta un palmo deſocupado. Pues aunque eſo ſea, dixo uno de los de á cavallo, que avian entrado, no ha de faltar para el ſeñor Oidor, que aquí viene. A eſte nombre ſe turbó la hueſpeda, y dixo: Señor, lo que en ello ay es, que no tengo camas, ſi es que ſu merced del Señor Oidor la trae, que sí deve de traer, entre en buen hora, que yo, y mi marido nos ſaldremos de nueſtro apoſento, por acomodar á ſu merced. Sea en buen hora, dixo el eſcudero: pero á eſte tiempo, ya avia ſalido del coche un hombre, que en el trage moſtró luego el oficio, y cargo que tenía, porque la ropa luenga, con las mangas arrocadas, que veſtia, moſtraron ſer Oidor, como ſu criado avia dicho. Traya de la mano á una donzella, al parecer de haſta diez, y ſeys años, veſtida de camino, tan bizarra, tan hermoſa, y tan gallarda, que á todos puſo en admiracion ſu viſta. De ſuerte, que á no aver viſto á Dorotea, y á Luſcinda, y Zorayda, que en la venta eſtavan, creyeran que otra tal hermoſura, como la deſta donzella, dificilmente pudiera hallarſe. Hallóſe Don Quixote al entrar del Oidor, y de la donzella, y así como le vió, dixo: Seguramente puede vueſtra merced entrar, y eſpaciarſe en eſte caſtillo, que aunque es eſtrecho, y mal acomodado, no ay eſtrecheza, ni incomodidad en el mundo, que no dé lugar á las armas, y á las letras, y mas ſi las armas, y letras, traen por guia, y adalid á la fermoſura, como la traen las letras de vueſtra merced, en eſta fermoſa donzella, á quien deven no ſolo abrirſe, y manifeſtarſe los caſtillos, ſino apartarſe los riſcos,

y divídirſe, y abaxarſe las montañas, para dalle acogida. Entre vueſtra merced, digo, en eſte paraiſo, que aquí hallará eſtrellas, y ſoles, que acompañen el cielo, que vueſtra merced trae conſigo. Aquí hallará las armas en ſu punto, y la hermoſura en ſu eſtremo. Admirado quedó el Oidor del razonamiento de Don Quixote, á quien ſe puſo á mirar muy de propoſito. Y no menos le admirava ſu talle, que ſus palabras, y ſin hallar ningunas con que reſpondelle, ſe tornó á admirar de nuevo, quando vió delante de sí á Luſcinda, Dorotea, y á Zorayda, que á las nuevas de los nuevos hueſpedes, y á las que la Ventera les avia dado de la hermoſura de la donzella, avian venido á verla, y á recebirla. Pero Don Fernando, Cardenio, y el Cura le hicieron mas llenos, y mas corteſanos ofrecimientos. En efecto, el ſeñor Oidor entró confuſo, así de lo que veya, como de lo que eſcuchava, y las hermoſas de la venta dieron la bien llegada á la hermoſa donzella. En reſolucion, bien echó de ver el Oidor, que era gente principal toda la que alli eſtava. Pero el talle, viſage, y la poſtura de Don Quixote le deſatinava, y aviendo paſado entre todos corteſes ofrecimientos, y tanteado la comodidad de la venta, ſe ordenó lo que antes eſtava ordenado, que todas las mugeres ſe entraſen en el camaranchon ya referido, y que los hombres ſe quedaſen fuera, como en ſu guarda. Y así fue contento el Oidor, que ſu hija, que era la donzella, ſe fueſe con aquellas ſeñoras, lo que ella hizo de muy buena gana. Y con parte de la eſtrecha cama del Ventero, y con la mitad de la que el Oidor traya, ſe acomodaron aquella noche mejor de lo que penſavan. El Cautivo, que deſde el punto que vió al Oidor, le dió ſaltos el corazon, y barruntos, de que aquel era ſu hermano, preguntó á uno de de los criados, que con él venian, que como ſe llamava, y ſi ſabia de que tierra era? El criado le reſpondió, que ſe llamava el Licenciado Juan Perez de Viedma, y que avia oido

decir,

decir, que era de un lugar de las Montañas de Leon. Con eſta relacion, y con lo que él avia viſto, ſe acabó de confirmar, de que aquel era ſu hermano, que avia ſeguido las letras por conſejo de ſu padre. Y alborotado, y contento, llamando á parte á Don Fernando, á Cardenio, y al Cura, les contó lo que paſava, certificandoles, que aquel Oidor era ſu hermano. Aviale dicho tambien el criado, como iva proveido por Oidor á las Indias, en la Audiencia de Mexico. Supo tambien, como aquella donzella era ſu hija, de cuyo parto avia muerto ſu madre, y que él avia quedado muy rico con el dote, que con la hija ſe le quedó en caſa. Pidióles conſejo, que modo tendría para deſcubrirſe, ó para conocer primero, ſi deſpues de deſcubierto, ſu hermano por verle pobre ſe afrentaría, ó le recebiria con buenas entrañas. Dexeſeme á mí el hacer eſa experiencia, dixo el Cura, quanto mas que no ay penſar, ſino que vos, ſeñor Capitan, ſereys muy bien recebido, porque el valor, y prudencia, que en ſu buen parecer deſcubre vueſtro hermano, no da indicios de ſer arrogante, ni deſconocido, ni que no ha de ſaber poner los caſos de la fortuna en ſu punto. Con todo eſo, dixo el Capitan, yo querria no de improviſo, ſino por rodeos, darmele á conocer. Ya os digo, reſpondió el Cura, que yo lo trazare de modo, que todos quedemos ſatisfechos. Ya en eſto eſtava arderezada la cena, y todos ſe ſentaron á la meſa, eceto el Cautivo, y las Señoras, que cenaron de por sí en ſu apoſento, En la mitad de la cena, dixo el Cura: Del miſmo nombre de vueſtra merced, ſeñor Oidor, tuve yo una camarada en Conſtantinopla, donde eſtuve cautivo algunos años. La qual camarada, era uno de los valientes ſoldados, y Capitanes, que avia en toda la infanteria Eſpañola. Pero tanto quanto tenía de esforzado, y valeroſo, tenía de deſdichado. Y como ſe llamava eſe Capitan, ſeñor mio, preguntó el Oidor? Llamavaſe, reſpondió el Cura, Ruy Perez de Viedma, y era natural

tural de un lugar de las Montañas de Leon. El qual me contó un caſo, que á ſu padre con ſus hermanos le avia ſucedido, que á no contarmelo un hombre tan verdadero como él, lo tuviera por conſeja, de aquellas que las viejas cuentan el invierno al fuego. Porque me dixo, que ſu padre avia dividido ſu hacienda entre tres hijos que tenía, y les avia dado ciertos conſejos, mejores que los de Caton. Y ſé yo decir, que el que él eſcogió, de venir á la guerra, le avía ſucedido tan bien, que en pocos años por ſu valor, y esfuerzo, ſin otro brazo que el de ſu mucha virtud, ſubió á ſer Capitan de infanteria, y á verſe en camino, y predicamento, de ſer preſto Maeſtre de Campo. Pero ſuele la fortuna contraria, pues donde la pudiera eſperar, y tener buena, alli la perdió, con perder la libertad, en la feliciſima jornada, donde tantos la cobraron, que fue en la batalla de Lepanto. Yo la perdí en la Goleta, y deſpues por diferentes ſuceſos nos hallamos camaradas en Conſtantinopla. Deſde alli vinó á Argel, donde ſé que le ſucedió uno de los mas eſtraños caſos, que en el mundo han ſucedido. De aquí fue proſiguiendo el Cura, y con brevedad ſucinta contó lo que con Zorayda á ſu hermano avia ſucedido. A todo lo qual eſtava tan atento el Oidor, que ninguna vez avia ſido tan oidor como entonces. Solo llegó el Cura al punto, de quando los Franceſes deſpojaron á los Chriſtianos que en la barca venian, y la pobreza, y neceſidad en que ſu camarada, y la hermoſa Mora avian quedado. De los quales, no avia ſabido en que avian parado, ni ſi avian llegado á Eſpaña, ó llevadolos los Franceſes á Francia. Todo lo que el Cura decia, eſtava eſcuchando algo de alli deſviado el Capitan, y notava todos los movimientos que ſu hermano hacía. El qual, viendo que ya el Cura avia llegado al fin de ſu cuento, dando un grande ſuſpiro, y llenandoſele los ojos de agua, dixo: O ſeñor, ſi ſupieſedes las nuevas que me aveys contado, y como

me

me tocan tan en parte, que me es forzoſo dar mueſtras dello con eſtas lagrimas, que contra toda mi diſcrecion, y recato, me ſalen por los ojos! Eſe Capitan tan valeroſo que decis es mi mayor hermano, el qual como mas fuerte, y de mas altos penſamientos que yo, ni otro hermano menor mio, eſcogió el honroſo, y digno exercicio de la guerra. Que fue uno de los tres caminos, que nueſtro padre nos propuſo, ſegun os dixo vueſtra camarada en la conſeja, que á vueſtro parecer le oiſtes. Yo ſeguí el de las letras, en las quales Dios, y mi diligencia me han pueſto en el grado que me veys. Mi menor hermano eſtá en el Piru tan rico, que con lo que ha embiado á mi padre, y á mí, ha ſatisfecho bien la parte que él ſe llevó. Y aun dado á las manos de mi padre, con que poder hartar ſu liberalidad natural. Y yo anſi miſmo he podido con mas decencia, y autoridad tratarme en mis eſtudios, y llegar al pueſto en que me veo. Vive aun mi padre, muriendo con el deſeo de ſaber de ſu hijo mayor, y pide á Dios con continuas oraciones, no cierre la muerte ſus ojos, haſta que él vea con vida á los de ſu hijo. Del qual me maravillo, ſiendo tan diſcreto, como en tantos trabajos, y afliciones, ó proſperos ſuceſos, ſe aya deſcuidado de dar noticia de sí á ſu padre, que sí él lo ſupiera, ó alguno de noſotros, no tuviera neceſidad de aguardar al milagro de la caña para alcanzar ſu reſcate. Pero de lo que yo agora me temo es, de penſar ſi aquellos Franceſes le avran dado libertad, ó le avran muerto, por encubrir ſu hurto. Eſto todo ſerá, que yo proſiga mi viage, no con aquel contento con que le comence, ſino con toda melancolia, y triſteza. O buen hermano mio, y quien ſupiera agora donde eſtas, que yo te fuera á buſcar, y á librar de tus trabajos, aunque fuera á coſta de los mios. O quien llevara nuevas á nueſtro viejo padre, de que tenías vida, aunque eſtuvieras en las mazmorras mas eſcondidas de Berberia, que de alli te ſacaran

ſus

ſus riquezas, las de mi hermano, y las mias. O Zorayda hermoſa y liberal, quien pudiera pagar el bien que á un hermano hiciſte, quien pudiera hallarſe al renacer de tu alma, y á las bodas, que tanto guſto á todos nos dieran. Eſtas, y otras ſemejantes palabras decia el Oidor, lleno de tanta compaſion, con las nuevas que de ſu hermano le avian dado, que todos los que le oyan, le acompañavan en dar mueſtras del ſentimiento, que tenían de ſu laſtima. Viendo pues el Cura, que tan bien avia ſalido con ſu intencion, y con lo que deſeava el Capitan, no quiſo tenerlos á todos mas tiempo triſtes, y así ſe levantó de la meſa, y entrandó donde eſtava Zorayda, la tomó por la mano, y tras ella ſe vinieron Luſcinda, Dorotea, y la hija del Oidor. Eſtava eſperandó el Capitan á ver lo que el Cura queria hacer, que fue, que tomandole á él asimiſmo de la otra mano, con entrambos á dos, ſe fue donde el Oidor, y los demas cavalleros eſtavan, y dixo: Ceſen, Señor Oidor, vueſtras lagrimas, y colmeſe vueſtro deſeo de todo el bien que acertare á deſearſe, pues teneys delante á vueſtro buen hermano, y á vueſtra buena cuñada: eſte, que aquí veys, es el Capitan Viedma, y eſta la hermoſa Mora, que tanto bien le hizo. Los Franceſes que os dixe, los puſieron en la eſtrecheza que veys, para que vos moſtreys la liberalidad de vueſtro buen pecho. Acudió el Capitan á abrazar á ſu hermano, y él le puſo las manos en los pechos, por mirarle algo mas apartado: mas quando le acabó de conocer, le abrazó tan eſtrechamente, derramando tan tiernas lagrimas de contento, que los mas de los que preſentes eſtavan le huvieron de acompañar en ellas. Las palabras que entrambos hermanos ſe dixeron, los ſentimientos que moſtraron, apenas creo que pueden penſarſe, quanto mas eſcrivirſe. Alli en breves razones, ſe dieron cuenta de ſus ſuceſos, alli moſtraron pueſta en ſu punto la buena amiſtad de dos hermanos, alli abrazó el Oidor á Zorayda,

alli

alli la ofreció ſu hacienda, alli hizo que la abrazaſe ſu hija, alli la Chriſtiana hermoſa, y la Mora hermoſisima renovaron las lagrimas de todos. Alli Don Quixote eſtava atento, ſin hablar palabra, conſiderando eſtos tan eſtraños ſuceſos, atribuyendolos todos á quimeras de la andante cavalleria. Alli concertaron, que el Capitan, y Zorayda ſe bolvieſen con ſu hermano á Sevilla, y aviſaſen á ſu padre de ſu hallazgo, y libertad. Para que como pudieſe, vinieſe á hallarſe en las bodas, y bautiſmo de Zorayda, por no le ſer al Oidor poſible dexar el camino qne llevava, á cauſa de tener nuevas, que de alli á un mes partia flota de Sevilla á la Nueva Eſpaña, y fuerale de grande incomodidad perder el viage. En reſolucion, todos quedaron contentos, y alegres del buen ſuceſo del Cautivo, y como ya la noche iva caſi en las dos partes de ſu jornada, acordaron de recogerſe, y repoſar lo que de ella les quedava. Don Quixote ſe ofreció á hacer la guardia del caſtillo, porque de algun Gigante, ó otro mal andante follon, no fueſen acometidos, codicioſos del gran teſoro de hermoſura, que en aquel caſtillo ſe encerrava. Agradecieronſelo los que le conocian, y dieron al Oidor cuenta del humor eſtraño de Don Quixote, de que no poco guſto recibió. Solo Sancho Panza ſe deſeſperava, con la tardanza del recogimiento, y ſolo él ſe acomodó mejor que todos, echandoſe ſobre los aparejos de ſu jumento, que le coſtaron tan caros, como adelante ſe dirá. Recogidas pues las damas en ſu eſtancia, y los demas acomodandoſe, como menos mal pudieron, Don Quixote ſe ſalió fuera de la venta á hacer la centinela del caſtillo, como lo avia prometido. Sucedió pues, que, faltando poco para venir el alva, llegó á los oidos de las damas, una voz tan entonada, y tan buena, que les obligó á que todas le preſtaſen atento oido. Eſpecialmente Dorotea, que deſpierta eſtava, á cuyo lado dormía Doña Clara de Viedma, que anſi ſe llamava la hija del Oidor. Nadie podia imaginar

ginar quien era la perſona, que tan bien cantava, y era una voz ſola, ſin que la acompañaſe inſtrumento alguno. Unas veces les parecia que cantava en el patio, otras que en la cavalleriza. Y eſtando en eſta confuſion muy atentas, llegó á la puerta del aposento Cardenio, y dixo: Quien no duerme eſcuche, que oiran una voz de un mozo de mulas, que de tal manera canta, que encanta. Ya lo oimos ſeñor, reſpondió Dorotea. Y con eſto ſe fue Cardenio, y Dorotea, poniendo toda la atencion poſible, entendió que lo que ſe cantava era eſto.

Cap. XLIII. Donde ſe cuenta la agradable hiſtoria del Mozo de mulas, con otros eſtraños acaecimientos en la venta ſucedidos.

Marinero ſoy de amor,
Y en ſu pielago profundo
Navego ſin eſperanza
De llegar á puerto alguno.
Siguiendo voy á una eſtrella,
Que deſde lejos deſcubro,
Mas bella, y reſplandeciente,
Que quantas vió Palinuro.
Yo no ſé adonde me guia,
Y aſí navego confuſo,
El alma á mirarla atenta,
Cuidadoſa, y con deſcuido.
Recatos impertinentes,
Honeſtidad contra el uſo,
Son nubes que me la encubren,
Quando mas verla procuro. *O clara,*

O clara, y luciente eſtrella,
En cuya lumbre me apuro,
Al punto que te me encubras,
Será de mi muerte el punto.

Llegando él que cantava á eſte punto, le pareció á Dorotea, que no ſería bien, que dexaſe Clara de oir una tan buena voz; y así moviendola á una, y á otra parte, la deſpertó, diciendole: Perdoname niña, que te deſpierto, pues lo hago, porque guſtes de oir la mejor voz, que quiza avras oido en toda tu vida. Clara deſpertó toda ſoñolienta, y de la primera vez no entendió lo que Dorotea le decia, y bolviendoſelo á preguntar ella, ſe lo bolvió á decir; por lo qual eſtuvo atenta Clara. Pero apenas huvo oido dos verſos, que él que cantava iva proſiguiendo, quando le tomó un temblor tan eſtraño, como ſi de algun grave accidente de quartana eſtuviera enferma, y abrazandoſe eſtrechamente con Dorotea, le dixo: Ay ſeñora de mi alma, y de mi vida, para que me deſpertaſtes? Que el mayor bien que la fortuna me podia hacer por aora, era tenerme cerrados los ojos, y los oidos, para no ver, ni oir á eſe deſdichado muſico. Que es lo que dices, niña? Mira que dicen que él que canta, es un mozo de mulas. No es, ſino ſeñor de lugares, reſpondió Clara, y el que él tiene en mi alma con tanta ſeguridad, que ſi él no quiere dexalle, no le será quitado eternamente. Admirada quedó Dorotea de las ſentidas razones de la muchacha, pareciendole que ſe aventajavan en mucho á la diſcrecion que ſus pocos años prometian. Y así le dixo: Hablays de modo, ſeñora Clara, que no puedo entenderos: declaraos mas, y decidme, que es lo que decis de alma, y de lugares, y deſte muſico, cuya voz tan inquieta os tiene. Pero no me digays nada por aora, que no quiero perder, por acudir á vueſtro ſobreſalto,

el gusto que recibo de oir al que canta, que me parece que con nuevos versos, y nuevo tono, torna á su canto. Sea en buen hora, respondió Clara, y por no oille, se tapó con las manos entrambos oidos, de lo que tambien se admiró Dorotea. La qual estando atenta á lo que se cantava, vió que proseguian en esta manera.

DUlce esperanza mia,
Que rompiendo imposibles, y malezas,
Sigues firme la via,
Que tú misma te finges, y aderezas,
No te desmaye el verte
A cada paso junto al de tu muerte.
No alcanzan perezosos
Honrados triunfos, ni vitoria alguna,
Ni pueden ser dichosos
Los, que no contrastando á la fortuna,
Entregan desvalidos
Al ocio blando todos los sentidos.
Que amor sus glorias venda
Caras es gran razon, y es trato justo,
Pues no ay mas rica prenda,
Que la que se quilata por su gusto,
Y es cosa manifiesta,
Que no es de estima lo que poco cuesta.
Amorosas porfias
Tal vez alcanzan imposibles cosas,
Y ansi aunque con las mias
Sigo de amor las mas dificultosas,
No por eso rezelo
De no alcanzar desde la tierra el cielo.

Aqui

Aquí dió fin la voz, y principio á nuevos ſollozos Clara. Todo lo qual encendia el deſeo de Dorotea, que deſeava ſaber la cauſa de tan ſuave canto, y de tan triſte lloro. Y así le bolvió á preguntar, que era lo que le queria decir denantes? Entonces Clara temeroſa, de que Luſcinda no la oyeſe, abrazando eſtrechamente á Dorotea, puſo ſu boca tan junto del oido de Dorotea, que ſeguramente podia hablar, ſin ſer de otra ſentida. Y así le dixo: Eſte que canta, ſeñora mia, es un hijo de un cavallero, natural del Reyno de Aragon, ſeñor de dos lugares, el qual vivia frontero de la caſa de mi padre en la Corte. Y aunque mi padre tenía las ventanas de ſu caſa, con lienzos en el invierno, y celoſias en el verano, yo no ſé lo que fue, ni lo que no, que eſte cavallero, que andava al eſtudio, me vió, ni ſé ſi en la Igleſia, ó en otra parte: finalmente, él ſe enamoró de mí, y me lo dió á entender deſde las ventanas de ſu caſa con tantas ſeñas, y con tantas lagrimas, que yo le huve de creer, y aun querer, ſin ſaber lo que me queria. Entre las ſeñas que me hacía, era una, de juntarſe la una mano con la otra, dandome á entender, que ſe caſaría conmigo, y aunque yo me holgaría mucho, de que anſi fuera: como ſola, y ſin madre, no ſabia con quien comunicallo, y así lo dexé eſtar, ſin dalle otro favor, ſino era quando eſtava mi padre fuera de caſa, y el ſuyo tambien, alzar un poco el lienzo, ó la celoſia, y dexarme ver toda, de lo que él hacía tanta fieſta, que dava ſeñales de bolverſe loco. Llegóſe en eſto el tiempo de la partida de mi padre, la qual él ſupo, y no de mí, pues nunca pude decirſelo. Cayó malo, á lo que yo entiendo, de peſadumbre, y así el dia que nos partímos, nunca pude verle, para deſpedirme dél, ſi quiera con los ojos. Pero á cabo de dos dias que caminavamos, al entrar de una poſada en un lugar, una jornada de aquí, le vi á la puerta del meſon, pueſto en habito de mozo de mulas, tan al natural, que ſi yo no le

truxera tan retratado en mi alma, fuera impoſible conocelle. Conocíle, admireme, y alegreme: él me miró á hurto de mi padre, de quien él ſiempre ſe eſcon'e, quando atravieſa por delante de mí en los caminos, y en las poſadas do llegamos. Y como yo ſé quien es, y conſidero, que por amor de mí viene á pie, y con tanto trabajo, muérome de peſadumbre, y á donde él pone los pies, pongo yo los ojos. No ſé con que intencion viene, ni como ha podido eſcaparſe de ſu padre, que le quiere eſtraordinariamente, porque no tiene otro heredero, y porque él lo merece, como lo verá vueſtra merced, quando le vea. Y mas le ſé decir, que todo aquello que canta, lo ſaca de ſu cabeza, que he oido decir, que es muy grande eſtudiante, y Poeta. Y ay mas, que cada vez que le veo, ó le oigo cantar, tiemblo toda, y me ſobreſalto, temeroſa de que mi padre le conozca, y venga en conocimiento de nueſtros deſeos. En mi vida le he hablado palabra, y con todo eſo le quiero de manera, que no he de poder vivir ſin él. Eſto es, ſeñora mia, todo lo que os puedo decir deſte muſico, cuya voz tanto os ha contentado, que en ſola ella echareys bien de ver, que no es mozo de mulas, como decis, ſino ſeñor de almas, y lugares, como ya os he dicho. No digays mas, Señora Doña Clara, dixo á eſta ſazon Dorotea, y eſto beſandola mil veces: No digays mas, digo, y eſperad que venga el nuevo dia, que yo eſpero en Dios de encaminar de manera vueſtros negocios, que tengan el felice fin, que tan honeſtos principios merecen. Ay ſeñora, dixo Doña Clara, qué fin ſe puede eſperar, ſi ſu padre es tan principal, y tan rico, que le parecera, que aun yo no puedo ſer criada de ſu hijo, quanto mas eſpoſa: pues caſarme yo á hurto de mi padre, no lo haré por quanto ay en el mundo. No querria, ſino que eſte mozo ſe bolvieſe, y me dexaſe, quiza con no velle, y con la gran diſtancia del camino que llevamos, ſe me aliviaría la pena que aora llevo: aun-

que

que ſé decir, que eſte remedio que me imagino, me ha de aprovechar bien poco: no ſé que diablos ha ſido eſto, ni por donde ſe ha entrado eſte amor que le tengo, ſiendo yo tan muchacha, y él tan muchacho, que en verdad que creo, que ſomos de una edad miſma, y que yo no tengo cumplidos diez, y ſeys años, que para el dia de San Miguel que vendra, dice mi padre que los cumplo. No pudo dexar de reirſe Dorotea, oyendo quan como niña hablava Doña Clara, á quien dixo: Repoſemos, ſeñora, lo poco que creo queda de la noche, y amanecera Dios, y medraremos, ó mal me andarán las manos. Soſegaronſe con eſto, y en toda la venta ſe guardava un grande ſilencio, ſolamente no dormian la hija de la Ventera, y Maritornes ſu criada. Las quales como ya ſabian el humor, de que pecava Don Quixote, y que eſtava fuera de la venta, armado, y á cavallo, haciendo la guarda, determinaron las dos de hacelle alguna burla, ó alomenos de paſar un poco el tiempo, oyendole ſus diſparates.

Es pues el caſo, que en toda la venta no avia ventana que ſalieſe al campo, ſino un agujero de un pajar, por donde echavan la paja por de fuera. A eſte agujero ſe puſieron las dos ſemidonzellas, y vieron que Don Quixote eſtava á cavallo, recoſtado ſobre ſu lanzon, dando de quando en quando tan dolientes, y profundos ſuſpiros, que parecia que con cada uno ſe le arrancava el alma. Y aſí miſmo oyeran que decia con voz blanda, regalada, y amoroſa: O mi ſeñora Dulcinea del Toboſo, eſtremo de toda hermoſura, fin y remate de la diſcrecion, archivo del mejor donaire, depoſito de la honeſtidad: y ultimadamente idea de todo lo provechoſo, honeſto, y deleitable que ay en el mundo, y que fará agora la tu merced? Si tendras por ventura las mientes en tu cautivo cavallero, que á tantos peligros por ſolo ſervirte, de ſu voluntad ha querido ponerſe? Dame tú nuevas della, ó Luminaria de las tres caras: quiza con

embi-

embidia de la ſuya la eſtás ora mirando, que, ó paſandoſe por alguna galeria de ſus ſuntuoſos palacios, ó ya pueſta de pechos ſobre algun balcon, eſta conſiderando, como, ſalva ſu honeſtidad, y grandeza, ha de amanſar la tormenta que por ella eſte mi cuitado corazon padece, que gloria ha de dar á mis penas, que ſoſiego á mi cuidado: y finalmente, que vida á mi muerte, y que premio á mis ſervicios. Y tú Sol, que ya deves de eſtar aprieſa enſillando tus cavallos, por madrugar, y ſalir á ver á mi ſeñora, así como la veas, ſuplicote que de mi parte la ſaludes: pero guardate que al verla, y ſaludarla, no le des paz en el roſtro, que tendre mas zelos de tí, que tú los tuviſte de aquella ligera ingrata, que tanto te hizo ſudar, y correr por los llanos de Teſalia, ó por las riberas de Peneo, que no me acuerdo bien por donde corriſte entonces, zeloſo, y enamorado. A eſte punto llegava entonces Don Quixote en ſu tan laſtimero razonamiento, quando la hija de la Ventera le comenzó á cecear, y á decirle: Señor mio, llegueſe acá la vueſtra merced, ſi es ſervido. A cuyas ſeñas, y voz, bolvió Don Quixote la cabeza, y vió á la luz de la Luna, que entonces eſtava en toda ſu claridad, como le llamavan del agujero, que á él le pareció ventana, y aun con rejas doradas, como conviene que las tengan tan ricos caſtillos, como él ſe imaginava que era aquella venta: y luego en el inſtante ſe le repreſentó en ſu loca imaginacion, que otra vez como la paſada la donzella fermoſa, hija de la ſeñora de aquel caſtillo, vencida de ſu amor, tornava á ſolicitarle: y con eſte penſamiento, por no moſtrarſe deſcortes, y deſagradecido, bolvió las riendas á Rozinante, y ſe llegó al agujero, y aſí como vió á las dos mozas, dixo: Laſtima os tengo, fermoſa ſeñora, de que ayades pueſto vueſtras amoroſas mientes en parte donde no es poſible correſponderos conforme merece vueſtro gran valor, y gentileza, de lo que no deveys dar culpa á eſte miſerable andante cavallero, á

quien

quien tiene amor impoſibilitado de poder entregar ſu voluntad á otra, que á aquella, que en el punto que ſus ojos la vieron, la hizo ſeñora abſoluta de ſu alma. Perdonadme, buena ſeñora, y recogeos en vueſtro apoſento, y no querays con ſignificarme mas vueſtros deſeos, que yo me mueſtre mas deſagradecido: y ſi del amor que me teneys, hallays en mí otra coſa con que ſatisfaceros, que el miſmo amor no ſea, pedidmela, que yo os juro, por aquella auſente enemiga dulce mia, de daroſla en continente, ſi bien me pidieſedes una guedeja de los cabellos de Meduſa, que eran todos culebras: ó ya los miſmos rayos del Sol, encerrados en una redoma. No ha meneſter nada deſo mi ſeñora, (ſeñor cavallero) dixo á eſte punto Maritornes. Pues que ha meneſter, diſcreta dueña, vueſtra ſeñora, reſpondió Don Quixote? Sola una de vueſtras hermoſas manos, dixo Maritornes, por poder desfogar con ella el gran deſeo que á eſte agujero la ha traido, tan á peligro de ſu honor, que ſi ſu ſeñor padre la huviera ſentido, la menor tajada della fuera la oreja. Ya quiſiera yo ver eſo, reſpondió Don Quixote, pero él ſe guardará bien deſo, ſi ya no quiere hacer el mas deſaſtrado fin que padre hizo en el mundo, por aver pueſto las manos en los delicados miembros de ſu enamorada hija. Parecióle á Maritornes, que ſin duda Don Quixote daría la mano que le avia pedido, y proponiendo en ſu penſamiento lo que avia de hacer, ſe baxó del agujero, y ſe fue á la cavalleriza, donde tomó el cabeſtro del jumento de Sancho Panza, y con mucha preſteza ſe bolvió á ſu agujero, á tiempo que Don Quixote ſe avia pueſto de pies ſobre la ſilla de Rozinante, por alcanzar á la ventana enrejada, donde ſe imaginava eſtar la ferida donzella, y al darle la mano, dixo: Tomad, ſeñora, eſa mano, ó por mejor decir, eſe verdugo de los malhechores del mundo: tomad eſa mano, digo, á quien no ha tocado otra de muger alguna, ni aun la de aquella que tiene entera

poſeſion

poſeſion de todo mi cuerpo. No os la doy para que la beſeys, ſino para que mireys la conteſtura de ſus nervios, la travazon de ſus muſculos, la anchura, y eſpacioſidad de ſus venas, de donde ſacareys, que tal deve de ſer la fuerza del brazo que tal mano tiene. Aora lo veremos, dixo Maritornes, y haciendo una lazada corrediza al cabeſtro, ſe la echó á la muneca, y baxandoſe del agujero, ató lo que quedava al cerrojo de la puerta del pajar muy fuertemente. Don Quixote, que ſintió la aſpereza del cordel en ſu muñeca, dixo: Mas parece que vueſtra merced me ralla, que no que me regala la mano: no la trateys tan mal, pues ella no tiene la culpa del mal que mi voluntad os hace, ni es bien que en tan poca parte vengueys el todo de vueſtro enojo: mirad que quien quiere bien, no ſe venga tan mal. Pero todas eſtas razones de Don Quixote ya no las eſcuchava nadie, porque así como Maritornes le ató, ella, y la otra ſe fueron muertas de riſa, y le dexaron aſido de manera, que fue impoſible ſoltarſe.

Eſtava pues, como ſe ha dicho, de pies ſobre Rozinante, metido todo el brazo por el agujero, y atado de la muñeca, y al cerrojo de la puerta, con grandiſimo temor, y cuydado, que ſi Rozinante ſe deſviava á un cabo, ó á otro, avia de quedar colgado del brazo, y así no oſava hacer movimiento alguno: pueſto que de la paciencia, y quietud de Rozinante, bien ſe podia eſperar que eſtaría ſin moverſe un ſiglo entero. En reſolucion viendoſe Don Quixote atado, y que ya las damas ſe avian ido, ſe dió á imaginar, que todo aquello ſe hacía por via de encantamento, como la vez paſada, quando en aquel miſmo caſtillo le molió aquel Moro encantado del Harriero: y maldecia entre sí ſu poca diſcrecion, y diſcurſo, pues aviendo ſalido tan mal la vez primera de aquel caſtillo, ſe avia aventurado a entrar en el la ſegunda: ſiendo advertimiento de cavalleros andantes, que quando han provado una aventura, y

no ſalido bien con ella, es ſeñal que no eſtá para ellos guardada, ſino para otros, y así no tienen neceſidad de provarla ſegunda vez. Con todo eſto tirava de ſu brazo, por ver ſi podia ſoltarſe, mas él eſtava tan bien aſido, que todas ſus pruevas fueron en vano. Bien es verdad, que tirava con tiento, porque Rozinante no ſe moviese: y aunque él quiſiera ſentarſe, y ponerſe en la ſilla, no podia, ſino eſtar en pie, ó arrancarſe la mano. Alli fue el deſear de la eſpada de Amadis, contra quien no tenía fuerza encantamento alguno: alli fue el maldecir de ſu fortuna: alli fue el exagerar la falta que haría en el mundo ſu preſencia el tiempo que alli eſtuvieſe encantado, que ſin duda alguna ſe avia creido que lo eſtava. Alli el acordarſe de nuevo de ſu querida Dulcinea del Toboſo: alli fue el llamar á ſu buen eſcudero Sancho Panza, que ſepultado en ſueño, y tendido ſobre el albarda de ſu jumento, no ſe acordava en aquel inſtante de la madre que lo avia parido: alli llamó á los ſabios Lirgandeo, y Alquiſe, que le ayudaſen: alli invocó á ſu buena amiga Urganda, que le ſocorrieſe: y finalmente, alli le tomó la mañana, tan deſeſperado, y confuſo, que bramava como un toro, porque no eſperava él, que con el dia ſe remediaría ſu cuita, porque la tenía por eterna, teniendoſe por encantado: y hacíale creer eſto, ver que Rozinante, poco, ni mucho ſe movia: y creya que de aquella ſuerte, ſin comer ni bever, ni dormir, avian de eſtar él, y ſu cavallo, haſta que aquel mal influxo de las eſtrellas ſe paſaſe, ó haſta que otro mas ſabio encantador le deſencantaſe. Pero engañoſe mucho en ſu creencia, porque á penas comenzó á amanecer, quando llegaron á la venta, quatro hombres de á cavallo, muy bien pueſtos, y aderezados, con ſus eſcopetas ſobre los arzones, Llamaron á la puerta de la venta, que aun eſtava cerrada, con grandes golpes: lo qual viſto por Don Quixote, deſde donde aun no dexava de hacer la centinela, con voz arrogante, y alta, dixo: Ca-

valleros, ó eſcuderos, ó quien quiera que ſeays, no teneys para que llamar á las puertas deſte caſtillo, que aſaz de claro eſtá, que a tales horas, ó los que eſtán dentro duermen, ó no tienen por coſtumbre de abrirſe las fortalezas, haſta que el Sol eſté tendido por todo el ſuelo: deſviaos á fuera, y eſperad que aclare el dia, y entonces veremos ſi ſerá juſto, ó nó, que os abran. Que diablos de fortaleza, ó caſtillo es eſte, dixo uno, para obligarnos á guardar eſas ceremonias: ſi ſoys el ventero, mandad que nos abran, que ſomos caminantes, que no queremos mas de dar cevada á nueſtras cavalgaduras, y paſar adelante, porque vamos de prieſa. Pareceos, cavalleros, que tengo yo talle de ventero, reſpondió Don Quixote? No ſé de que teneys talle, reſpondió el otro, pero ſé que decis diſparates en llamar caſtillo á eſta venta. Caſtillo es, replico Don Quixote, y aun de los mejores de toda eſta provincia: y gente tiene dentro, que ha tenida cetro en la mano, y corona en la cabeza. Mejor fuera al reves, dixo el caminante, el cetro en la cabeza, y la corona en la mano, y ſerá, ſi á mano viene, qué deve de eſtar dentro alguna compañia de repreſentantes, de los quales es tener á menudo eſas coronas, y cetros que decis: porque en una venta tan pequeña, y á donde ſe guarda tanto filencio como eſta, no creo yo que ſe alojan perſonas dignas de corona, y cetro. Sabeys poco del mundo, replicó Don Quixote, pues ignorays los caſos que ſuelen acontecer en la cavalleria andante. Canſavanſe los compañeros, que con el preguntante venian, del coloquio que con Don Quixote paſava, y así tornaron á llamar con grande furia, y fue de modo, que el Ventero deſpertó, y aun todos quantos en la venta eſtavan, y así ſe levantó á preguntar quien llamava. Sucedió en eſte timpo, que una de las cavalgaduras en que venian los quatro que llamavan, ſe llegó á oler á Rozinante, que melancolico, y triſte, con las orejas caidas, ſoſtenía ſin moverſe

verſe á ſu eſtirado ſeñor, y como en fin era de carne, aunque parecia de leño, no pudo dexar de reſentirſe, y tornar á oler á quien le llegava á hacer caricias: y así no ſe huvo movido tanto quanto, quando ſe deſviaron los juntos pies de Don Quixote, y reſbalando de la ſilla, dieran con él en el ſuelo, á no quedar colgado del brazo: coſa que le cauſó tanto dolor, que creyó, ó que la muñeca le cortavan, ó que el brazo ſe le arrancava, porque él quedó tan cerca del ſuelo, que con los eſtremos de las puntas de los pies beſava la tierra, que era en ſu perjuicio, porque como ſentia lo poco que le faltava para poner las plantas en la tierra, fatigavaſe, y eſtiravaſe quanto podia, por alcanzar al ſuelo, bien así como los que eſtan en el tormento de la garrucha pueſtos á toca no toca, que ellos miſmos ſon cauſa de acrecentar ſu dolor con el ahinco que ponen en eſtirarſe, engañados de la eſperanza que ſe les repreſenta que con poco mas que ſe eſtiren llegarán al ſuelo.

Cap. XLIV. Donde ſe proſiguen los inauditos ſuceſos de la venta.

EN efeto, fueron tantas las voces que Don Quixote dió, que abriendo de preſto las puertas de la venta, ſalió el Ventero deſpavorido á ver quien tales gritos dava: y los que eſtavan fuera hicieron lo miſmo. Maritornes, que ya avia deſpertado á las miſmas voces, imaginando lo que podia ſer, ſe fue al pajar, y deſató, ſin que nadie lo vieſe, el cabeſtro que á Don Quixote ſoſtenía, y él dió luego en el ſuelo, á viſta del Ventero, y de los caminantes, que llegandoſe á él le preguntaron, que tenía, que tales voces dava? El ſin reſponder palabra, ſe quitó el cordel de la muñeca, y levantandoſe en pie, ſubió ſobre Rozinante, embrazó ſu adarga, enriſtró

ſu lanzon, y tomando buena parte del campo, bolvió á medio galope, diciendo: Qualquiera que dixere que yo he ſido con juſto titulo encantado, como mi ſeñora la Princeſa Micomicona me dé licencia para ello, yo le deſmiento, le rieto, y deſafio á ſingular batalla. Admirados ſe quedaron los nuevos caminantes de las palabras de Don Quixote, pero el Ventero les quitó de aquella admiracion, diciendoles, que era Don Quixote, y que no avia que hacer caſo dél, porque eſtava fuera de juicio. Preguntaronle al Ventero, ſi á caſo avia llegado á aquella venta un muchacho, de haſta edad de quince años, que venia veſtido como mozo de mulas, de tales, y tales ſeñas, dando las miſmas que traya el amante de Doña Clara. El Ventero reſpondió, que avia tanta gente en la venta, que no avia echado de ver en él que preguntavan. Pero aviendo viſto uno dellos el coche donde avia venido el Oidor, dixo: Aquí deve de eſtar ſin duda, porque eſte es el coche que él dicen que ſigue: quedeſe uno de noſotros á la puerta, y entren los demas á buſcarle: y aun ſería bien, que uno de noſotros rodeaſe toda la venta, porque no ſe fueſe por las bardas de los corrales. Así ſe hará, reſpondió uno dellos, y entrandoſe los dos dentro, uno ſe quedó á la puerta, y el otro ſe fue á rodear la venta: todo lo qual veya el Ventero, y no ſabia atinar para que ſe hacían aquellas diligencias, pueſto que bien creyó que buſcavan aquel mozo, cuyas ſeñas le avian dado. Ya á eſta ſazon aclarava el dia, y así por eſto, como por el ruido que Don Quixote avia hecho, eſtavan todos deſpiertos, y ſe levantavan, eſpecialmente Doña Clara, y Dorotea, que la una con ſobreſalto de tener tan cerca á ſu amante, y la otra con el deſeo de verle, avian podido dormir bien mal aquella noche. Don Quixote que vió que ninguno de los quatro caminantes hacía caſo dél, ni le reſpondian á ſu demanda, moría, y rabiava de deſpecho, y ſaña: y ſi él hallara en las ordenanzas

de

de ſu cavalleria, que licitamente podia el cavallero andante tomar, y emprender otra empreſa, aviendo dado ſu palabra, y ſe, de no ponerſe en ninguna, haſta acabar la que avia prometido, el enviſtiera con todos, y les hiciera reſponder mal de ſu grado. Pero por parecerle no convenirle bien comenzar nueva empreſa, haſta poner a Micomicona en ſu Reino, huvo de callar, y eſtarſe quedo, eſperando á ver en que paravan las diligencias de aquellos caminantes: uno de los quales halló al mancebo que buſcava, durmiendo al lado de un mozo de mulas, bien deſcuidado de que nadie, ni le buſcalle, ni menos de que le hallaſe. El hombre le travó del brazo, y le dixo: Por cierto, Señor Don Luys, que reſponde bien á quien vos ſoys el habito que teneys, y que dice bien la cama en que os hallo al regalo con que vueſtra madre os crió. Limpióſe el mozo los ſoñolientos ojos, y miró de eſpacio al que le tenia aſido, y luego conoció que era criado de ſu padre, de que recibió tal ſobreſalto, que no acertó, ó no pudo hablarle palabra por un buen eſpacio: y el criado proſiguió, diciendo: Aquí no ay que hacer otra coſa, Señor Don Luys, ſino preſtar paciencia, y dar la buelta á caſa, ſi ya vueſtra merced no guſta, que ſu padre, y mi ſeñor la dé al otro mundo, porque no ſe puede eſperar otra coſa de la pena con que queda por vueſtra auſencia. Pues como ſupo mi padre, dixo Don Luys, que yo venía eſte camino, y en eſte trage? Un eſtudiante, reſpondió el criado, á quien diſtes cuenta de vueſtros penſamientos, fue él que lo deſcubrió, movido á laſtima, de las que vió que hacía vueſtro padre, al punto que os echó menos, y así deſpachó á quatro de ſus criados envueſtra buſca, y todos eſtamos aquí á vueſtro ſervicio, mas contentos de lo que imaginarſe puede, por el buen deſpacho con que tornaremos, llevando os á los ojos que tanto os quieren. Eſo ſerá como yo quiſiere, ó como el cielo ordenare, reſpondió don Luys. Que aveys de querer, ó que

ha de ordenar el cielo, fuera de consentir en bolveros, porque no ha de ser posible otra cosa? Todas estas razones que entre los dos pasavan, oyó el mozo de mulas, junto á quien Don Luys estava, y levantandose de alli, fue á decir lo que pasava a Don Fernando, y á Cardenio, y á los demas, que ya vestido se avian: á los quales dixo, como aquel hombre llamava de Don á aquel muchacho, y las razones que pasavan, y como le queria bolver á casa de su padre, y el mozo no queria: y con todo esto, y con lo que dél sabian de la buena voz que el cielo le avia dado, vinieron todos en gran deseo de saber mas particularmente á quien era, y aun de ayudarle, si alguna fuerza le quisiesen hacer, y así se fueron hácia la parte donde aun estava hablando, y porfiando con su criado. Salió en esto Dorotea de su aposento, y tras ella Doña Clara, toda turbada, llamando Dorotea á Cardenio á parte, le contó en breves razones la historia del musico, y de Doña Clara: á quien él tambien dixo lo que pasava, de la venida á buscarle los criados de su padre, y no se lo dixo tan callando, que lo dexase de oir Doña Clara, de lo que quedó tan fuera de sí, que si Dorotea no llegara a tenerla, diera consigo en el suelo. Cardenio dixo á Dorotea, que se bolviesen al aposento que él procuraría poner remedio en todo, y ellas lo hicieron. Ya estavan todos los quatro que venian á buscar á Don Luys dentro de la venta, y rodeados dél, persuadiendole, que luego sin detenerse un punto, bolviese á consolar á su padre. El respondió, que en ninguna manera lo podia hacer, hasta dar fin á un negocio en que le iva la vida, la honra, y el alma. Apretaronle entonces los criados, diciendole, que en ningun modo bolverían sin él, y que le llevarían, quisiese, ó no quisiese. Esto no hareys vosotros, replicó Don Luys, sino es llevandome muerto: aunque de qualquiera manera que me lleveys, será llevarme sin vida. Ya á esta sazon avian acudido á la porfia todos

los

los mas que en la venta eſtavan, eſpecialmente Cardenio, Don Fernando, ſus camaradas, el Oidor, el Cura, el Barbero, y Don Quixote, que ya le pareció que no avia neceſidad de guardar mas el caſtillo. Cardenio, como ya ſabia la hiſtoria del mozo, preguntó á los que llevarle querian, que que les movia á querer llevar contra ſu voluntad aquel muchacho? Muevenos, reſpondió uno de los quatro, dar la vida á ſu padre, que por la auſencia deſte cavallero, queda á peligro de perderla. A eſto dixo Don Luys: No ay para que ſe dé cuenta aqui de mis coſas, yo ſoy libre, y bolveré, ſi me diere guſto, y ſino ninguno de voſotros me ha de hacer fuerza. Haraſela á vueſtra merced la razon, reſpondió el hombre, y quando ella no baſtare con vueſtra merced, baſtará con noſotros para hacer á lo que venimos, y lo que ſomos obligados. Sepamos que es eſto de rayz, dixo á eſte tiempo el Oidor. Pero el hombre, que lo conoció, como vecino de ſu caſa, reſpondió: No conoce vueſtra merced, Señor Oidor, á eſte cavallero, que es el hijo de ſu vecino, el qual ſe ha auſentado de caſa de ſu padre en el habito tan indecente á ſu calidad, como vueſtra merced puede ver? Miróle entonces el Oidor mas atentamente, y conocióle, y abrazandole, dixo: Que niñerias ſon eſtas, Señor Don Luys, ó que cauſas tan poderoſas, que os ayan movido á venir deſta manera, y en eſte trage, que dice tan mal con la calidad vueſtra? Al Mozo ſe le vinieron las lagrimas á los ojos, y no pudo reſponder palabra al Oidor. Dixo á los quatro, que ſe ſoſegaſen que todo ſe haría bien, y tomando por la mano á Don Luys, le apartó á una parte, y le preguntó, que venida avia ſido aquella. Y en tanto, que le hacía eſta, y otras preguntas, oyeron grandes voces á la puerta de la venta, y era la cauſa dellas, que dos hueſpedes que aquella noche avian alojado en ella, viendo á toda la gente ocupada en ſaber lo que los quatro buſcavan, avian intentado á irſe ſin pagar

gar lo que devian; mas el Ventero que atendia mas á su negocio que á los agenos, les asió al salir de la puerta, y pidió su paga, y les afeó su mala intencion con tales palabras, que les movió á que le respondiesen con los puños: y así le comenzaron á dar tal mano, que el pobre Ventero tuvo necesidad de dar voces, y pedir socorro. La Ventera, y su hija, no vieron á otro mas desocupado para poder socorrerle, que á Don Quixote, á quien la hija de la Ventera dixo: Socorra vuestra merced, Señor cavallero, por la virtud que Dios le dió, á mi pobre padre, que dos malos hombres le estan moliendo como á cibera. A lo qual respondió Don Quixote muy de espacio, y con mucha flema: Fermosa donzella, no ha lugar por aora vuestra peticion, porque estoy impedido de entrometerme en otra aventura en tanto que no diere cima á una en que mi palabra me ha puesto: mas lo que yo podré hacer por serviros, es lo que aora diré: Corred, y decid á vuestro padre, que se entretenga en esa batalla lo mejor que pudiere, y que no se dexe vencer en ningun modo, en tanto que yo pido licencia á la Princesa Micomicona, para poder socorrerle en su cuita, que si ella me la da, tened por cierto que yo le sacaré della: Pecadora de mí, dixo á esto Maritornes, que estava delante: primero que Vuestra merced alcance esa licencia que dice, estará ya mi señor en el otro mundo. Dadme vos, señora, que yo alance la licencia que digo, respondió Don Quixote, que como yo la tenga, poco hará al caso, que el esté en el otro mundo, que de alli le sacaré, á pesar del mismo mundo que lo contradiga, ó por lo menos, os daré tal venganza de los que allá le huvieren embiado, que quedeys mas que medianamente satisfechas. Y sin decir mas, se fue á poner de hinojos ante Dorotea, pidiendole con palabras cavallerescas, y andantescas, que la su grandeza fuese servida de darle licencia de acorrer, y socorrer al Castellano de aquel castillo, que estava puesto en una

grave

gráve mengua. La Princeſa ſe la dió de buen talante: y él luégo, embrazando ſu adarga, y poniendo mano á ſu eſpada, acudió á la puerta de la venta, á donde aun toda via trayan los dos hueſpedes á mal traer al Ventero, pero ásí como llegó, embazó, y ſe eſtuvo quedo, aunque Maritornes, y la Ventera le decian, que en que ſe detenia, que ſocorrieſe á ſu ſeñor, y marido. Detengome, dixo Don Quixote, porque no me es licito poner mano á la eſpada contra gente eſcuderil: pero llamadme aquí á mi eſcudero Sancho, que á él toca, y atañe eſta defenſa, y venganza. Eſto paſava en la puerta de la venta, y en ella andavan las puñadas, y moxicones muy en ſu punto, todo en daño del Ventero, y en rabia de Maritornes, la Ventera, y ſu hija, que ſe deſeſperava de ver la cobardia de Don Quixote, y de lo mal que lo paſava ſu marido, ſeñor, y padre. Pero dexemoſle aquí, que no faltará quien le ſocorra, ó ſino ſufra, y calle él que ſe atreve á mas de lo que ſus fuerzas le prometen, y bolvamos atras cincuenta paſos, á ver que fue lo que Don Luys reſpondió al Oidor, que le dexamos á parte, preguntandole la cauſa de ſu venida á pie, y de tan vil trage veſtido: á lo qual el Mozo, aſiendole fuertemente de las manos, como en ſeñal de que algun gran dolor le apretava el corazon, y derramando lagrimas en grande abundancia, le dixo: Señor mio, yo no ſé deciros otra coſa, ſino que deſde el punto que quiſo el cielo, y facilitó nueſtra vecindad, que yo vieſe á mi ſeñora Doña Clara, hija vueſtra, y ſeñora mia, deſde aquel inſtante la hice dueño de mi voluntad: y ſi la vueſtra, verdadero ſeñor, y padre mio, no lo impide, en eſte miſmo dia ha de ſer mi eſpoſa. Por ella dexé la caſa de mi padre, y por ella me puſe en eſte trage para ſeguirla, donde quiera que fueſe, como la ſaeta al blanco, ó como el marinero al Norte. Ella no ſabe de mis deſeos mas de lo, que ha podido entender de algunas veces que deſde lexos ha viſto llorar mis ojos. Ya ſeñor, ſabeys

la riqueza, y la nobleza de mis padres, y como yo ſoy ſu unico heredero: ſi os parece que eſtas ſon partes para que os aventureys á hacerme en todo venturoſo, recebidme luego por vueſtro hijo: que ſi mi padre, llevado de otros deſignios ſuyos, no guſtare deſte bien que yo ſupe buſcarme, mas fuerza tiene el tiempo para deshacer, y mudar las coſas, que las humanas voluntades. Calló en diciendo eſto el enamorado mancebo, y el Oidor quedó en oirle ſuſpenſo, confuſo, y admirado, así de aver oido el modo, y la diſcrecion con que Don Luys le avia deſcubierto ſu penſamiento, como de verſe en punto que no ſabia él que poder tomar en tan repentino, y no eſperado negocio: y así no reſpondió otra coſa, ſino que ſe ſoſegaſe por entonces, y entretuvieſe á ſus criados, que por aquel dia no le bolvieſen, porque ſe tuvieſe tiempo para conſiderar lo que mejor á todos eſtuvieſe. Beſóle las manos por fuerza Don Luys, y aun ſe las bañó con lagrimas, coſa que pudiera enternecer un corazon de marmol, no ſolo el del Oidor, que como diſcreto ya avia conocido quan bien le eſtava á ſu hija aquel matrimonio: pueſto que ſi fuera poſible, lo quiſiera efetuar con voluntad del padre de Don Luys, del qual ſabia, que pretendia hacer de titulo á ſu hijo.

Ya á eſta ſazon eſtavan en paz los hueſpedes con el Ventero, pues por perſuaſion, y buenas razones de Don Quixote, mas que por amenazas, le avian pagado todo lo que él quiſo, y los criados de Don Luys aguardavan el fin de la platica del Oidor, y la reſolucion de ſu amo, quando el demonio, que no duerme, ordenó, que en aquel miſmo punto entró en la venta el barbero á quien Don Quixote quitó el Yelmo de Mambrino, y Sancho Panza los aparejos del aſno, que trocó con los del ſuyo: el qual barbero, llevando ſu jumento á la cavalleriza vió á Sancho Panza que eſtava aderezando no ſé que de la albarda, y así como la vió la conoció, y ſe

atrevió

atrevió á arremeter á Sancho, diciendo: A don ladron, que aquí os tengo, venga mi bacia, y mi albarda con todos mis aparejos que me robaſtes. Sancho, que ſe vió acometer tan de improviſo, y oyó los vituperios que le decian, con la una mano asió de la albarda, y con la otra dió un moxicon al barbero, que le bañó los dientes en ſangre: pero no por eſto dexó el barbero la preſa que tenía hecha en el albarda, antes alzó la voz de tal manera, que todos los de la venta acudieron al ruido, y pendencia, y decia: Aquí del Rey, y de la juſticia, que ſobre cobrar mi hacienda me quiere matar eſte ladron, ſalteador de caminos. Mentis, reſpondió Sancho, que yo no ſoy ſalteador de caminos, que en buena guerra ganó mi ſeñor Don Quixote eſtos deſpojos. Ya eſtava Don Quixote delante con mucho contento de ver quan bien ſe defendia, y ofendia ſu eſcudero, y tuvole deſde alli adelante por hombre de pro, y propuſo en ſu corazon de armarle cavallero en la primera ocaſion que ſe le ofrecieſe, por parecerle que ſería en él bien empleada la orden de la cavalleria. Entre otras coſas que el barbero decia en el diſcurſo de la pendencia, vinó á decir: Señores, así eſta albarda es mia, como la muerte que devo á Dios, y así la conozco, como ſi la huviera parido, y ay eſtá mi aſno en el eſtablo, que no me dexara mentir, ſino pruevenſela, y ſino le viniere pintiparada, yo quedaré por infame: y ay mas, que el miſmo dia que ella ſe me quitó, me quitaron tambien una bacia de azofar nueva que no ſe avia eſtrenado, que era ſeñora de un eſcudo. Aquí no ſe pudo contener Don Quixote ſin reſponder, y poniendoſe entre los dos, y apartandoles, depoſitando la albarda en el ſuelo, que la tuvieſe de manifieſto, haſta que la verdad ſe aclaraſe, dixo: Porque vean vueſtras mercedes clara, y manifieſtamente el error en que eſtá eſte buen eſcudero, pues llama bacia á lo que fue, es, y ſerá, el Yelmo de Mambrino, el qual ſe le quité yo en buena guerra, y

me hize ſeñor del con legítima, y licita poſeſion: en lo del albarda no me entremeto, que lo que en ello ſabré decir es, que mi eſcudero Sancho me pidió licencia para quitar los jaeces del cavallo deſte vencido covarde, y con ellos adornar el ſuyo, yo ſe la dí, y él los tomó, y de averſe convertido de jaez en albarda, no ſabré dar otra razon, ſino es la ordinaria, que como eſas transformaciones ſe veen en los ſuceſos de la cavalleria: para confirmacion de lo qual corre Sancho hijo, y ſaca aquí el yelmo que eſte buen hombre dice ſer bacía. Pardiez ſeñor, dixo Sancho, ſino tenemos otra prueva de nueſtra intencion, que la que vueſtra merced dice, tan bacia es el Yelmo de Mambrino, como el jaez deſte buen hombre albarda. Haz lo que te mando, replicó Don Quixote, que no todas las coſas deſte caſtillo han de ſer guiadas por encantamento. Sancho fue á do eſtava la bacia, y la truxo, y así como Don Quixote la vió la tomó en las manos, y dixo: Miren vueſtras mercedes con que cara podia decir eſte eſcudero que eſta es bacia, y no el yelmo que yo he dicho: y juro por la orden de cavalleria que profeſo, que eſte yelmo fue el miſmo que yo le quité, ſin aver añadido en el, ni quitado coſa alguna. En eſo no ay duda, dixo á eſta ſazon Sancho, porque deſde que mi ſeñor le ganó haſta aora, no ha hecho con el mas de una batalla, quando libró á los ſin ventura encadenados, y ſino fuera por eſte baciyelmo no lo paſara entonces muy bien, porque huvo aſaz de pedradas en aquel trance.

Cap.

Cap. XLV. Donde ſe acaba de averiguar la duda del Yelmo de Mambrino, y de la albarda, y otras aventuras ſucedidas con toda verdad.

QUE les parece a vueſtras mercedes, ſeñores, dixo el barbero, de lo que afirman eſtos gentiles hombres, pues aun porfian que eſta no es bacia, ſino yelmo? Y quien lo contrario dixere, dixo Don Quixote, le haré yo conocer que miente ſi fuere cavallero, y ſi eſcudero, que remiente mil veces. Nueſtro Barbero, que á todo eſtava preſente, como tenía tan bien conocido el humor de Don Quixote, quiſo esforzar ſu deſatino, y llevar adelante la burla, para que todos riyeſen: y dixo hablando con el otro barbero: Señor barbero, ó quien ſoys, ſabed que yo tambien ſoy de vueſtro oficio, y tengo mas ha de veinte años carta de examen: y conozco muy bien de todos los inſtrumentos de la barberia, ſin que le falte uno, y ni mas ni menos fuy un tiempo en mi mocedad ſoldado, y ſé tambien que es yelmo, y que es morrion, y celada de encaxe, y otras coſas tocantes á la milicia, digo á los generos de armas de los ſoldados: y digo ſalvo mejor parecer, remitiendome ſiempre al mejor entendimiento, que eſta pieza que eſtá aquí delante, que eſte buen ſeñor tiene en las manos, no ſolo no es bacia de barbero, pero eſtá tan lexos de ſerlo, como eſtá lexos lo blanco de lo negro, y la verdad de la mentira: tambien digo, que eſte aunque es yelmo, no es yelmo entero. No por cierto, dixo Don Quixote, porque le falta la mitad, que es la babéra. Así es, dixo el Cura, que ya auia entendido la intencion de ſu amigo el Barbero, y lo miſmo confirmó Cardenio, Don Fernando, y ſus camaradas, y aun

el

el Oidor, ſino eſtuviera tan penſativo con el negocio de Don Luys, ayudara por ſu parte á la burla: pero las veras de lo que penſava le tenían tan ſuſpenſo, que poco, ó nada atendia á aquellos donaires. Valame Dios, dixo á eſta ſazon el barbero burlado, que es poſible, que tanta gente honrada diga, que eſta no es bacia, ſino yelmo: coſa parece eſta que puede poner en admiracion á toda una Univerſidad por diſcreta que ſea. Baſta, ſi es que eſta bacia es yelmo, tambien deve de ſer eſta albarda jaez de cavallo, como eſte ſeñor ha dicho. A mí albarda me parece, dixo Don Quixote, pero ya he dicho que en eſo no me entremeto de que ſea albarda, ó jaez. Dixo el Cura, no eſtá en mas de decirlo el ſeñor Don Quixote, que en eſtas coſas de la cavalleria todos eſtos ſeñores, y yo le damos la ventaja. Por Dios, ſeñores mios, dixo Don Quixote, que ſon tantas, y tan eſtrañas las coſas que en eſte caſtillo, en dos veces que en el he alojado, me han ſucedido, que no me atreva á decir afirmativamente ninguna coſa, de lo que acerca de lo que en el ſe contiene, ſe preguntare, porque imagino que quanto en el ſe trata va por via de encantamento: la primera vez me fatigó mucho un Moro encantado que en el ay, y á Sancho no le fue muy bien con otros ſus ſequaces, y á noche eſtuve colgado deſte brazo caſi dos horas, ſin ſaber como, ni como no vine á caer en aquella deſgracia. Así que ponerme yo aora en coſa de tanta confuſion á dar mi parecer, ſerá caer en juicio temerario: en lo que toca á lo que dicen que eſta es bacia, y no yelmo, ya yo tengo reſpondido, pero en lo de declarar ſi eſa es albarda, ó jaez, no me atrevo á dar ſentencia difinitiva, ſolo lo dexo al buen parecer de vueſtras mercedes, quiza por no ſer armados cavalleros, como yo lo ſoy, no tendrán que ver con vueſtras mercedes los encantamentos deſte lugar, y tendrán los entendimientos libres, y podrán juzgar de las coſas deſte caſtillo como ellas ſon, real, y verdadera-

verdaderamente, y no como á mí me parecían. No ay duda, reſpondió á eſto Don Fernando, ſino que el Señor Don Quixote ha dicho muy bien oy, que á noſotros toca la difinicion deſte caſo: y porque vaya con mas fundamento, yo tomaré en ſecreto los votos deſtos ſeñores, y de lo que reſultare daré entera, y clara noticia. Para aquellos que la tenían del humor de Don Quixote era todo eſto materia de grandiſima riſa: pero para los que la ignoravan les parecia el mayor diſparate del mundo, eſpecialmente á los quatro criados de Don Luys, y á Don Luys, ni mas, ni menos, y á otros tres paſangeros que á caſo avian llegado á la venta que tenían parecer de ſer Quadrilleros, como en efeto lo eran: pero él que mas ſe deſeſperava era el barbero, cuya bacia alli delante de ſus ojos ſe la avia buelto en Yelmo de Mambrino, y cuya albarda penſava ſin duda alguna, que ſe le avia de bolver en jaez rico de cavallo, y los unos, y los otros ſe reyan de ver como andava Don Fernando tomando los votos de unos en otros, hablando los al oido, para que en ſecreto declaraſen ſi era albarda, ó jaez aquella joya, ſobre quien tanto ſe avia peleado: y deſpues que huvo tomado los votos de aquellos que á Don Quixote conocian, dixo en alta voz: El caſo es, buen hombre, que ya yo eſtoy canſado de tomar tantos pareceres, porque veo que á ninguno pregunto lo que deſeo ſaber, que no me diga, que es diſparate el decir que eſta ſea albarda de jumento, ſino jaez de cavallo, y aun de cavallo caſtizo, y así avreys de tener paciencia, porque á vueſtro peſar, y al de vueſtro aſno, eſte es jaez, y no albarda, y vos aveys alegado, y provado muy mal de vueſtra parte. No la tenga yo en el cielo, dixo el ſobrebarbero, ſi todas vueſtras mercedes no ſe engañan, y que así parezca mi anima ante Dios, como ella me parece á mí albarda, y no jaez: pero allá van leyes, &c. y no digo mas: y en verdad que no eſtoy borracho, que no me he deſayunado, ſi de pecar no. No menos

caufa-

cauſavan riſa las necedades que decia el barbero, que los diſparates de Don Quixote: el qual á eſta ſazon dixo: Aquí no ay mas que hacer, ſino que cada uno tome lo que es ſuyo, y á quien Dios ſe la dió San Pedro ſe la bendiga. Uno de los quatro dixo: Si ya no es que eſto ſea burla penſada, no me puedo perſuadir que hombres de tan buen entendimiento, como ſon, ó parecen todos los que aquí eſtan, ſe atrevan á decir, y afirmar que eſta no es bacia, ni aquella albarda, mas como veo que lo afirman, y lo dicen, me doy á entender que no carece de miſterio el porfiar una coſa tan contraria de lo que nos mueſtra la miſma verdad, y la miſma experiencia: porque voto á tal, y arrojóle redondo, que no me den á mí á entender quantos oy viven en el mundo al reves de que eſta no ſea bacia de barbero, y eſta albarda de aſno. Bien podria ſer de borrica, dixo el Cura. Tanto monta, dixo el criado, que el caſo no conſiſte en eſo, ſino en ſi es, ó no es albarda, como vueſtras mercedes dicen. Oyendo eſto uno de los Quadrilleros que avian entrado, que avia oido la pendencia, y quiſtion, lleno de colera, y enſado, dixo: Tan albarda es como mi padre, y él que otra coſa ha dicho, ó dixere, deve de eſtar hecho uva. Mentis, como vellaco villano, reſpondió Don Quixote, y alzando el lanzon, que nunca le dexava de las manos, le iva á deſcargar tal golpe ſobre la cabeza, que á no deſviarſe el Quadrillero ſe le dexara alli tendido: el lanzon ſe hizo pedazos en el ſuelo, y los demas Quadrilleros que vieron tratar mal á ſu compañero alzaron la voz, pidiendo favor á la Santa Hermandad. El Ventero, que era de la quadrilla, entró al punto por ſu varilla, y por ſu eſpada, y ſe puſo al lado de ſus compañeros: los criados de Don Luys rodearon á Don Luys, porque con el alboroto no ſe les fueſe. El barbero viendo la caſa rebuelta tornó á aſir de ſu albarda, y lo miſmo hizo Sancho. Don Quixote puſo mano á ſu eſpada, y arremetió

á los

á los Quadrilleros, Don Luys dava voces á ſus criados que le dexaſen á él, y acorrieſen á Don Quixote, y á Cardenio, y á Don Fernando, que todos favorecían á Don Quixote. El Cura dava voces, la Ventera gritava, ſu hija ſe afligia, Maritornes llorava, Dorotea eſtava confuſa, Luſcinda ſuſpenſa, y Doña Clara deſmayada. El barbero aporreava á Sancho, Sancho molía al barbero: Don Luys, á quien un criado ſuyo ſe atrevió á aſirle del brazo, porque no ſe fueſe, le dió una puñada, que le bañó los dientes en ſangre, el Oidor le defendia: Don Fernando tenía debaxo de ſus pies á un Quadrillero midiendole el cuerpo con ellos muy á ſu ſabor. El Ventero tornó á reforzar la voz, pidiendo favor á la Santa Hermandad: de modo que toda la venta era llantos, voces, gritos, confuſiones, temores, ſobreſaltos, deſgracias, cuchilladas, moxicones, palos, coces, y efuſion de ſangre: y en la mitad deſte caos, maquina, y laberinto de coſas ſe le repreſentó en la memoria de Don Quixote, que iva metido de hoz, y de coz en la diſcordia del campo de Agramante: y aſí dixo con voz que atronava la venta: Tenganſe todos, todos embaynen, todos ſe ſoſieguen, oiganme todos, ſi todos quieren quedar con vida. A cuya gran voz todos ſe pararon, y él proſiguió, diciendo: No os dixe yo, ſeñores, que eſte caſtillo era encantado, y que alguna region de demonios deve de habitar en el? en confirmacion de lo qual quiero que veays por vueſtros ojos como ſe ha paſado aquí, y traſladado entre noſotros la diſcordia del campo de Agramante: mirad como allí ſe pelea por la eſpada: aquí por el cavallo, aculla por el aguila, acá por el yelmo, y todos peleamos, y todos no nos entendemos: venga pues vueſtra merced, ſeñor Oidor, y vueſtra merced, ſeñor Cura, y el uno ſirva de Rey Agramante, y el otro de Rey Sobrino, y ponganos en paz, porque por Dios todo poderoſo, que es gran vellaqueria que tanta gente principal como aquí eſtamos ſe mate por cauſas tan livianas:

los Quadrilleros que no entendian el frafis de Don Quixote, y ſe veyan mal parados de Don Fernando, Cardenio, y ſus camaradas no querian ſoſegarſe, el barbero sí, porque en la pendencia tenía deſhechas las barbas, y el albarda: Sancho á la mas minima voz de ſu Amo obedeció, como buen criado: los quatro criados de Don Luys tambien ſe eſtuvieron quedos, viendo quan poco les iva en no eſtarlo, ſolo el Ventero porfiava, que ſe avian de caſtigar las inſolencias de aquel loco que á cada paſo le alborotava la venta: finalmente el rumor ſe apaziguó por entonces, la albarda ſe quedó por jaez haſta el dia del juicio, y la bacia por yelmo, y la venta por caſtillo en la imaginacion de Don Quixote. Pueſtos pues ya en ſoſiego, y hechos amigos todos, á perſuaſion del Oidor, y del Cura, bolvieron los criados de Don Luys á porfiarle que al momento ſe vinieſe con ellos: y en tanto que él con ellos ſe avenía, el Oidor comunicó con Don Fernando, Cardenio, y el Cura, que devia hacer en aquel caſo, contandoſeles con las razones que Don Luys le avia dicho: en fin fue acordado que Don Fernando dixeſe á los criados de Don Luys quien él era, y como era ſu guſto, que Don Luys ſe fueſe con él al Andaluzia, donde de ſu hermano el Marques ſería eſtimado como el valor de Don Luys merecía, porque deſta manera ſe ſabía de la intencion de Don Luys, que no bolvería por aquella vez á los ojos de ſu padre ſi le hicieſen pedazos. Entendida pues de los quatro la calidad de Don Fernando, y la intencion de Don Luys, determinaron entre ellos, que los tres ſe bolvieſen á contar lo que paſava á ſu padre, y el otro ſe quedaſe á ſervir á Don Luys, y á no dexalle haſta que ellos bolvieſen por él, ó vieſe lo que ſu padre les ordenava: deſta manera ſe apaziguó aquella maquina de pendencias por la autoridad de Agramante, y prudencia del Rey Sobrino: pero viendoſe el enemigo de la concordia, y el emulo de la paz menoſpreciado,

y bur-

y burlado, y el poco fruto que avia grangeado de averlos puesto á todos en tan confuso laberinto, acordó de provar otra vez la mano, resucitando nuevas pendencias, y desasosiegos. Es pues el caso, que los Quadrilleros se sosegaron por aver entreoido la calidad de los que con ellos se avian combatido, y se retiraron de la pendencia, por parecerles que de qualquiera manera que sucedièse avian de llevar lo peor de la batalla: pero uno dellos que fue él que fue molido, y pateado por Don Fernando, le vino á la memoria, que entre algunos mandamientos que traya para prender á algunos delinquentes traya uno contra Don Quixote, á quien la Santa Hermandad avia mandado prender por la libertad que dió á los Galeotes, y como Sancho con mucha razon avia temido: imaginando pues esto, quiso certificarse si las señas, que de Don Quixote traya, venian bien, y sacando del seno un pergamino topó con el que buscava, y poniendosele á leer de espacio, porque no era buen letor, á cada palabra que leya, ponia los ojos en Don Quixote, y iva cotexando las señas del mandamiento con el rostro de Don Quixote, y halló que sin duda alguna era él, que el mandamiento rezava, y apenas se huvo certificado, quando recogiendo su pergamino, y teniendo en la mano izquierda el mandamiento, con la derecha asió á Don Quixote del cuello fuertemente, que no le dexava alentar, y á grandes voces decia: Favor á la Santa Hermandad, y para que se vea que lo que pido es de veras, lease este mandamiento donde se contiene que se prenda á este salteador de caminos. Tomó el mandamiento el Cura, y vió como era verdad, quanto el Quadrillero decia, y como convenia con las señas con Don Quixote, el qual viendose tratar mal de aquel villano Malandrin, puesta la colera en su punto, y cruxiendole los huesos de su cuerpo, como meor pudo él, asió al Quadrillero con entrambas manos de la garganta, que á no ser socorrido de sus compañeros alli dexara la vida antes que

Don Quixote la preſa. El Ventero que por fuerza avia de favorecer á los de ſu oficio, acudió luego á dalle favor. La Ventera, que vió de nuevo á ſu marido en pendencias, de nuevo alzó la voz, cuyo tenor le llevaron luego Maritornes, y ſu hija, pidiendo favor al cielo, y a los que alli eſtavan. Sancho dixo, viendo lo que paſava: Vive el Señor, que es verdad quanto mi Amo dice de los encantos deſte caſtillo, pues no es poſible vivir una hora con quietud en el. Don Fernando deſpartió al Quadrillero, y á Don Quixote, y con guſto de entrambos les deſenclavijó las manos, que el uno en el collar del ſayo del uno, y el otro en la garganta del otro bien aſidas tenía: pero no por eſto ceſavan los Quadrilleros de pedir ſu preſo, y que les ayudaſen á darſele atado, y entregado á toda ſu voluntad, porque así convenia al ſervicio del Rey, y de la Santa Hermandad, de cuya parte de nuevo los pedian ſocorro, y favor, para hacer aquella priſion de aquel robador y ſalteador de ſendas, y de carreras. Reyaſe de oir decir eſtas razones Don Quixote, y con mucho ſoſiego, dixo: Venid acá gente ſoez, y mal nacida, ſaltear de caminos llamays al dar libertad á los encadenados, ſoltar los preſos, acorrer á los miſerables, alzar los caidos, remediar los meneſteroſos: á gente infame, digna por vueſtro baxo, y vil entendimiento, que el cielo no os comunique el valor que ſe encierra en la cavalleria andante, ni os dé á entender el pecado, é ignorancia en que eſtays en no reverenciar la ſombra, quanto mas la aſiſtencia de qualquier cavallero andante. Venid acá ladrones en quadrilla, que no Quadrilleros, ſalteadores de caminos con licencia de la Santa Hermandad, decidme, quien fue el ignorante que firmó mandamiento de priſion contra un tal cavallero como yo ſoy? Quien él que ignoró que ſon eſentos de todo judicial fuero los cavalleros andantes? Y que ſu ley es eſpada, ſus fueros ſus brios, ſus prematicas ſu voluntad? Quien

fue

fue el mentecato, buelvo á decir, que no ſabe que no ay executoria de hidalgo con tantas preeminencias, ni eſenciones como la que adquiere un cavallero andante el dia que ſe arma cavallero, y ſe entrega al duro exercicio de la cavalleria. Que cavallero andante pagó pecho, alcavala, chapin de la Reina, moneda forera, portazgo, ni barca? Que ſaſtre le llevó hechura de veſtido que le hicieſe? Que Caſtellano le acogió en ſu caſtillo que le hicieſe pagar el eſcote: Que Rey no le aſentó á ſu meſa? Que donzella no ſe le aficionó, y ſe le entregó rendida á todo ſu talante, y voluntad? Y finalmente, que cavallero andante ha avido, ay, ni avrá en el mundo, que no tenga brios para dar él ſolo quatrocientos palos á quatrocientos quadrilleros que ſe le pongan delante?

Cap. XLVI. De la notable aventura de los Quadrilleros, y la gran ferocidad de nueſtro buen cavallero Don Quixote.

EN Tanto que Don Quixote eſto decia, eſtava perſuadiendo el Cura á los Quadrilleros como Don Quixote era falto de juicio, como lo veyan por ſus obras, y por ſus palabras, y que no tenían para que llevar aquel negocio adelante: pues aunque le prendieſen, y lleuaſen, luego le avian de dexar por loco: á lo que reſpondió él del mandamiento: Que á él no tocava juzgar de la locura de Don Quixote, ſino hacer lo que por ſu mayor le era mandado, y que una vez preſo, ſi quiera le ſoltaſen trecientas. Con todo eſo, dixo el Cura, por eſta vez no le aveys de llevar, ni aun él dexara llevarſe, á lo que yo entiendo: en efeto tanto les ſupo el Cura decir, y tantas locuras ſupo Don Quixote hacer, que mas locos fueran que no él los Quadrilleros, ſino conocieran la falta de

de Don Quixote, y así tuvieron por bien de apaciguarſe, y aun de ſer medianeros de hacer las paces entre el barbero, y Sancho Panza, que toda via aſiſtian con gran rancor á ſu pendencia : finalmente ellos como miembros de juſticia mediaron la cauſa, y fueron arbitros della, de tal modo, que ambas partes quedaron, ſino del todo contentas, alomenos en algo ſatisfechas, porque ſe trocaron las albardas, y no las cinchas, y xaquimas. Y en lo que tocava á lo del Yelmo de Mambrino, el Cura á ſocapa, y ſin que Don Quixote lo entendieſe, le dió por la bacia ocho reales, y el barbero le hizo una cedula del recibo, y de no llamarſe á engaño por entonces, ni por ſiempre jamas Amen. Soſegadas pues eſtas dos pendencias, que eran las mas principales, y de mas tomo, reſtava que los criados de Don Luys ſe contentaſen de bolver los tres, y que el uno quedaſe para acompañarle donde Don Fernando le queria llevar : y como ya la buena ſuerte, y mejor fortuna avia comenzado á romper lanzas, y facilitar dificultades en ſaber de los amantes de la venta, y de los valientes della, quiſo llevarlo al cabo y dar á todo felice ſuceſo, porque los criados ſe contentaron de quanto Don Luys queria, de que recibió tanto contento Doña Clara, que ninguno en aquella ſazon la mirara al roſtro que no conociera el rogozijo de ſu alma. Zorayda, aunque no entendia bien todos los ſuceſos que avia viſto, ſe entriſtecia, y alegrava á bulto conforme veya, y notava los ſemblantes á cada uno, eſpecialmente de ſu Eſpañol, en quien tenía ſiempre pueſtos los ojos, y traya colgada el alma. El Ventero, á quien ſe le paſó por alto la dadiva, y recompenſa que el Cura avia hecho al barbero, pidio él eſcote de Don Quixote, con el menoſcabo de ſus cueros, y falta de vino, jurando que no ſaldría de la venta Rozinante, ni el jumento de Sancho, ſin que ſe le pagaſe primero haſta el ultimo ardite. Todo lo apaziguó el Cura, y lo pagó Don Fernando, pueſto que el Oidor

dor de muy buena voluntad avia tambien ofrecido la paga, y de tal manera quedaron todos en paz, y ſoſiego, que ya no parecia la venta la diſcordia del campo de Agramante, como Don Quixote avia dicho, ſino la miſma paz, y quietud del tiempo de Otaviano: de todo lo qual fue comun opinion, que ſe devian dar las gracias á la buena intencion, y mucha eloquencia del Señor Cura, y á la incomparable liberalidad de Don Fernando. Viendoſe pues Don Quixote libre, y deſembarazado de tantas pendencias, así de ſu eſcudero, como ſuyas, le pareció qne ſería bien ſeguir ſu comenzado viage, y dar fin á aquella grande aventura, para que avia ſido llamado, y eſcogido: y asì con reſoluta determinacion ſe fue á poner de hinojos ante Dorotea, la qual no le conſintió que hablaſe palabra haſta que ſe levantaſe, y él por obedecella ſe puſo en pie, y le dixo: Es comun proverbio, fermoſa ſeñora, que la diligencia es madre de la buena ventura, y en muchas, y graves coſas ha moſtrado la experiencia, que la ſolicitud del negociante trae á buen fin el pleito dudoſo, pero en ningunas coſas ſe mueſtra mas eſta verdad, que en las de la guerra, á donde la celeridad, y preſteza previene los diſcurſos del enemigo, y alcanza la vitoria, antes que el contrario ſe ponga en defenſa: todo eſto digo, alta, y precioſa ſeñora, porque me parece, que la eſtada nueſtra en eſte caſtillo ya es ſin provecho, y podria ſernos de tanto daño, que lo echaſemos de ver algun dia, porque quien ſabe ſi por ocultas eſpias, y diligentes, avrá ſabido ya vueſtro enemigo el Gigante, de que yo voy á deſtruille, y dandole lugar el tiempo ſe fortificaſe en algun inexpugnable caſtillo, ó fortaleza, contra quien valieſen poco mis diligencias, y la fuerza de mi incanſable brazo? Así que, ſeñora mia, prevengamos, como tengo dicho, con nueſtra diligencia ſus deſignios, y partamonos luego á la buena ventura, que no eſtá mas de tener la vueſtra grandeza lo que deſea, de quanto yo tarde de

verme

verme con vueſtro contrario. Calló, y no dixo mas Don Quixote, y eſperó con mucho ſoſiego la reſpueſta de la fermoſa Infanta, la qual con ademan ſeñoril, y acomodado al eſtilo de Don Quixote, le reſpondió deſta manera: Yo os agradezco, ſeñor cavallero, el deſeo que moſtrays tener de favorecerme en mi gran cuita, bien así como cavallero, á quien es anexo, y concerniente, favorecer los huerfanos, y meneſteroſos: y quiera el cielo que el vueſtro, y mi deſeo ſe cumplan, para que veays que ay agradecidas mugeres en el mundo: y en lo de mi partida, ſea luego, que yo no tengo mas voluntad que la vueſtra, diſponed vos de mí á toda vueſtra guiſa, y talante, que la, que una vez os entregó la defenſa de ſu perſona, y puſo en vueſtras manos la reſtauracion de ſus ſeñoríos, no ha de querer ir contra lo que la vueſtra prudencia ordenare. A la mano de Dios, dixo Don Quixote, pues así es, que una ſeñora ſe me humilla, no quiero yo perder la ocaſion de levantalla, y ponella en ſu heredado trono: la partida ſea luego, porque me va poniendo eſpuelas el deſeo, y el camino, lo que ſuele decirſe que en la tardanza eſtá el peligro: y pues no ha criado el cielo, ni viſto el infierno ninguno que me eſpante, ni acobarde, enſilla Sancho á Rozinante, y apareja tu jumento, y el palafren de la Reina, y deſpidamonos del Caſtellano, y deſtos ſeñores, y vamos de aquí luego al punto. Sancho, que á todo eſtava preſente, dixo meneando la cabeza á una parte, y á otra: Ay ſeñor, ſeñor, y como ay mas mal en el aldeguela que ſe ſuena, con perdon ſea dicho de las tocas honradas. Que mal puede aver en ninguna aldea, ni en todas las ciudades del mundo, que pueda ſonarſe en menoſcabo mio, villano? Si vueſtra merced ſe enoja, reſpondió Sancho, yo callaré, y dexaré decir lo que ſoy obligado como buen eſcudero, y como deve un buen criado decir á ſu ſeñor. Dí lo que quiſieres, replicó Don Quixote, como tus palabras

bras no ſe encaminen á ponerme miedo: que ſi tú le tienes, háces como quien eres: y ſi yo no le tengo hago como quien ſoy. No es eſo, pecador ſuy yo á Dios, reſpondió Sancho, ſino que yo tengo por cierto, y por averiguado que eſta ſeñora, que ſe dice ſer Reina del gran Reino Micomicon, no lo es mas que mi madre, porque, á ſer lo que ella dice, no ſe anduviera hocicando con alguno de los que eſtan en la rueda á buelta de cabeza, y á cada traſpueſta. Paróſe colorada con las razones de Sancho Dorotea, porque era verdad que ſu eſpoſo Don Fernando alguna vez á hurto de otros ojos avia cogido con los labios parte del premio que merecian ſus deſeos. Lo qual avia viſto Sancho, y parecióle que aquella deſemboltura mas era de dama corteſana, que de Reina de tan gran Reino. Y no pudo, ni quiſo reſponder palabra á Sancho, ſino dexole proſeguir en ſu platica, y él fue diciendo: Eſto digo ſeñor, porque ſi al cabo de aver andado caminos, y carreras, y paſado malas noches, y peores dias, ha de venir á coger el fruto de nueſtros trabajos él que ſe eſtá holgando en eſta venta, no ay para que darme prieſa, á que enſille á Rozinante, albarde el jumento, y aderece el palafren, pues ſerá mejor que nos eſtemos quedos, y cada puta hile, y comamos. O valame Dios, y quan grande que fue el enojo que recibió Don Quixote, oyendo las deſcompueſtas palabras de ſu eſcudero! Digo que fue tanto, que con voz atropellada, y tartamuda lengua, lanzando vivo fuego por los ojos, dixo: O vellaco, villano, mal mirado, deſcompueſto, é ignorante, infacundo, deſlenguado, atrevido, murmurador, y maldiciente, tales palabras has oſado decir en mi preſencia, y en la deſtas iñclitas ſeñoras? Y tales deſhoneſtidades, y atrevimientos oſaſte poner en tu confuſa imaginacion? Veté de mi preſencia, monſtruo de naturaleza, depoſitario de mentiras, almario de embuſtes, ſilo de vellaquerias, inventor de maldades, publicador de

ſandeces, enemigo del decoro que ſe deve á las Reales perſonas. Vete, no parezcas delante de mí, ſo pena de mi ira: y diciendo eſto, enarcó las cejas, hinchó los cartillos, miró á todas partes, y dió con el pie derecho una gran patada en el ſuelo, ſeñales todas de la ira que encerrava en ſus entrañas. A cuyas palabras, y furibundos ademanes, quedó Sancho tan encogido, y medroſo, que ſe holgara que en aquel inſtante ſe abriera debaxo de ſus pies la tierra, y le tragara. Y no ſupo que hacerſe, ſino bolver las eſpaldas, y quitarſe de la enojada preſencia de ſu ſeñor. Pero la diſcreta Dorotea, que tan entendido tenía ya el humor de Don Quixote, dixo, para templarle la ira: No os deſpecheys, ſeñor cavallero de la triſte Figura, de las ſandeces que vueſtro buen eſcudero ha dicho. Porque quizá no las deve de decir ſin ocaſion, ni de ſu buen entendimiento, y chriſtiana conciencia, ſe puede ſoſpechar que levante teſtimonio á nadie: y así ſe ha de creer ſin poner duda en ello, que como en eſte caſtillo, ſegun vos ſeñor cavallero decis, todas las coſas van, y ſuceden por modo de encantamento, podría ſer, digo, que Sancho huvieſe viſto por eſta diabolica via lo, que él dice que vió, tan en ofenſa de mi honeſtidad. Por el omnipotente Dios juro, dixo á eſta ſazon Don Quixote, que la vueſtra grandeza ha dado en el punto, y que alguna mala viſion ſe le puſo delante á eſte pecador de Sancho, que le hizo ver lo que fuera impoſible verſe de otro modo, que por el de encantos no fuera, que ſé yo bien de la bondad, é inocencia deſte deſdichado, que no ſabe levantar teſtimonios á nadie. Así es, y así ſera, dixo Don Fernando, por lo qual deve vueſtra merced ſeñor Don Quixote perdonalle, y reducille al gremio de ſu gracia, *Sicut erat in principio*, antes que las tales viſiones le ſacaſen de juicio. Don Quixote reſpondió, que él le perdonava, y el Cura fue por Sancho, el qual vinó muy humilde, y hincandoſe de rodillas, pidió la

mano

mano á ſu Amo, y él ſe la dió, y deſpues de averſela dexado beſar, le echo la bendicion, diciendo: Aora acabarás de conocer, Sancho hijo, ſer verdad lo que yo otras muchas veces te he dicho, de que todas las coſas deſte caſtillo ſon hechas por via de encantamento. Así lo creo yo, dixo Sancho, excepto aquello de la manta, que realmente ſucedió por via ordinaria. No lo creas, reſpondió Don Quixote, que ſi así fuera, yo te vengara entonces, y aun aora. Pero ni entonces, ni aora pude, ni vi en quien tomar venganza de tu agravio. Deſearon ſaber todos, que era aquello de la manta, y el Ventero lo contó, punto por punto, la bolateria de Sancho Panza, de que no poco ſe riyeron todos. Y de que no menos ſe corriera Sancho, ſi de nuevo no le aſegurara ſu Amo, que era encantamento. Pueſto que jamas llegó la ſandez de Sancho á tanto, que creyeſe no ſer verdad pura, y averiguada, ſin mezcla de engaño alguno, lo de aver ſido manteado por perſonas de carne, y hueſo, y no por fantaſmas ſoñadas, ni imaginadas, como ſu ſeñor lo creya, y lo afirmava. Dos dias eran ya paſados los que avia que toda aquella iluſtre compañia eſtava en la venta: y pareciendoles que ya era tiempo de partirſe, dieron orden, para que ſin ponerſe al trabajo de bolver Dorotea, y Don Fernando con Don Quixote á ſu aldea, con la invencion de la libertad de la Reina Micomicona, pudieſen el Cura, y el Barbero, llevarſele como deſeavan, y procurar la cura de ſu locura en ſu tierra. Y lo que ordenaron fue, que ſe concertaron con un carretero de bueyes, que á caſo acertó á paſar por allí, para que lo llevaſe en eſta forma. Hicieron una como jaula de palos enrejados, capaz, que pudieſe en ella caber holgadamente Don Quixote: y luego Don Fernando, y ſus camaradas, con los criados de Don Luys, y los Quadrilleros, juntamente con el Ventero, todos por orden, y parecer del Cura ſe cubrieron los roſtros, y ſe disfrazaron, quien de una manera, y quien de otra: de modo, que á

Don Quixote le pareciese ser otra gente, de la que en aquel castillo avia visto. Hecho esto, con grandisimo silencio se entraron á donde él estava durmiendo, y descansando de las pasadas refriegas. Llegaronse á él, que libre, y seguro de tal acontecimiento dormía, y asiendole fuertemente, le ataron muy bien las manos, y los pies: de modo, que quando él despertó con sobresalto, no pudo menearse, ni hacer otra cosa, mas que admirarse, y suspenderse de ver delante de sí tan estraños visages. Y luego dió en la cuenta, de lo que su continua, y desvariada imaginacion le representava, y se creyó, que todas aquellas figuras eran fantasmas de aquel encantado castillo, y que sin duda alguna ya estava encantado, pues no se podia menear, ni defender. Todo á punto, como avia pensado que sucederia el Cura, trazador desta maquina. Solo Sancho de todos los presentes estava en su mismo juicio, y en su misma figura: el qual aunque le faltava bien poco para tener la misma enfermedad de su Amo, no dexó de conocer quien eran todas aquellas contrahechas figuras, mas no osó descoser su boca, hasta ver en que parava aquel asalto, y prision de su Amo, el qual tampoco hablava palabra, atendiendo á ver el paradero de su desgracia. Que fue, que trayendo alli la jaula, le encerraron dentro, y le clavaron los maderos tan fuertemente, que no se pudieran romper á dos tirones. Tomaronle luego en ombros, y al salir del aposento se oyó una voz temerosa, todo quanto la supo formar el Barbero, no el del albarda, sino el otro, que decia: O cavallero de la triste Figura, no te dé afincamiento la prision en que vas, porque así conviene para acabar mas presto la aventura en que tu gran esfuerzo te puso. La qual se acabará, quando el furibundo leon Manchego con la blanca paloma Tobosina yogiren en uno, ya despues de humilladas las altas cervices al blando yugo matrimoñesco: De cuyo inaudito consorcio saldrán á la luz del Orbe los bravos cachorros,

cachorros, que imitaran las rapantes garras del valeroſo padre. Y eſto ſerá antes que el ſeguidor de la fugitiva ninfa faga dos vegadas, á la viſita de las lucientes imagines con ſu rapido, y natural curſo. Y tú, ó el mas noble, y obediente eſcudero que tuvo eſpada en cinta, barba en roſtro, y olfato en las narices, no te deſmaye, ni deſcontente, ver llevar así delante de tus ojos miſmos á la flor de la cavalleria andante. Que preſto, ſi al Plaſmador del mundo le place, te verás tan alto, y tan ſublimado, que no te conozcas, y no ſaldrán defraudadas las promeſas, que te ha fecho tu buen ſeñor. Y aſegurote, de parte de la ſabia Mentironiana, que tu ſalario te ſea pagado, como lo verás por lao bra, y ſigue las piſadas del valeroſo, y encantado cavallero, que conviene que vayas donde pareys entrambos: y porque no me es licito decir otra coſa, á Dios quedad, que yo me buelvo á donde yo me ſé. Y al acabar de la profecia alzó la voz de punto, y diſminuyóla deſpues con tan tierno acento, que aun los ſabidores de la burla eſtuvieron por creer, que era verdad lo que oyan. Quedó Don Quixote conſolado con la eſcuchada profecia, porque luego coligió de todo en todo, la ſignificacion de ella: y vió que le prometian el verſe ayuntados en ſanto, y devido matrimonio con ſu querida Dulcinea del Toboſo, de cuyo felice vientre ſaldrian los cachorros, que eran ſus hijos, para gloria perpetua de la Mancha. Y creyendo eſto bien, y firmemente, alzó la voz, y dando un gran ſuſpiro, dixo: O tú quien quiera que ſeas, que tanto bien me has pronoſticado, ruegote, que pidas de mi parte al ſabio encantador que mis coſas tiene á cargo que no me dexe perecer en eſta priſion, donde aora me llevan, haſta ver cumplidas tan alegres, é incomparables promeſas, como ſon las que aquí ſe me han hecho. Que como eſto ſea, tendré por gloria las penas de mi carcel, y por alivio eſtas cadenas que me ciñen, y no por duro campo de batalla eſte lecho en que me acueſ-

tan,

tan, ſino por cama blanda, y talamo dichoſo. Y en lo que toca á la conſolacion de Sancho Panza mi eſcudero, yo confio de ſu bondad, y buen proceder, que no me dexará, en buena, ni en mala ſuerte. Porque quando no ſuceda por la ſuya, ó por mi corta ventura, el poderle yo dar la Inſula, ó otra coſa equivalente, que le tengo prometida, por lo menos ſu ſalario no podrá perderſe, que en mi teſtamento, que ya eſtá hecho, dexo declarado lo que ſe le ha de dar, no conforme á ſus muchos, y buenos ſervicios, ſino á la poſibilidad mia. Sancho Panza ſe le inclinó con mucho comedimiento, y le beſó entrambas las manos, porque la una no pudiera, por eſtar atadas entrambas. Luego tomaron la jaula en ombros aquellas viſiones, y la acomodaron en el carro de los bueyes.

Cap. XLVII. Del eſtraño modo con que fue encantado Don Quixote de la Mancha, con otros famoſos ſuceſos.

QUando Don Quixote ſe vió de aquella manera enjaulado, y encima del carro, dixo: Muchas, y muy graves hiſtorias he yo leido de cavalleros andantes, pero jamas he leido, ni viſto, ni oido, que á los cavalleros encantados, los lleven deſta manera, y con el eſpacio que prometen eſtos perezoſos, y tardios animales. Porque ſiempre los ſuelen llevar por los aires con eſtraña ligereza, encerrados en alguna parda, y eſcura nube, ó en algun carro de fuego, ó ya ſobre algun Hipogrifo, ó otra beſtia ſemejante. Pero que me lleven á mí aora ſobre un carro de bueyes, vive Dios que me pone en confuſion. Pero quiza la cavalleria, y los encantos deſtos nueſtros tiempos, deven de ſeguir otro camino, que ſiguie-

ron

ron los antiguos. Y tambien podria ſer, que como yo ſoy nuevo cavallero en el mundo, y el primero que ha reſucitado el ya olvidado exercicio de la cavalleria aventurera, tambien nuevamente ſe ayan inventado otros generos de encantamentos, y otros modos de llevar á los encantados. Que te parece deſto, Sancho hijo? No ſé yo lo que me parece, reſpondió Sancho, por no ſer tan leido como vueſtra merced en las eſcrituras andantes. Pero con todo eſo oſaría afirmar, y jurar, que eſtas viſiones que por aquí andan, que no ſon del todo catolicas. Catolicas, mi padre! reſpondió Don Quixote, como han de ſer catolicas, ſi ſon todos demonios, que han tomado cuerpos fantaſticos, para venir á hacer eſto, y á ponerme en eſte eſtado? Y ſi quieres ver eſta verdad, tocalos, y palpalos, y veras como no tienen cuerpo, ſino de aire, y como no conſiſten mas de en la apariencia. Par Dios, ſeñor, replicó Sancho, ya yo los he tocado, y eſte diablo, que aquí anda tan ſolicito, es rollizo de carnes, y tiene otra propiedad, muy diferente de la que yo he oido decir, que tienen los demonios. Porque ſegun ſe dicen, todos huelen á piedra azufre, y á otros malos olores, pero eſte huele á ambar de media legua. Decia eſto Sancho por Don Fernando, que como tan ſeñor, devia de oler á lo que Sancho decia. No te maravilles deſo, Sancho amigo, reſpondió Don Quixote, porque te hago ſaber, que los diablos ſaben mucho, y pueſto que traigan olores conſigo, ellos no huelen nada, porque ſon eſpíritus, y ſi huelen no pueden oler coſas buenas, ſino malas, y hediondas. Y la razon es, que como ellos, donde quiera que eſtan, traen el infierno conſigo, y no pueden recebir genero de alivio alguno en ſus tormentos, y el buen olor ſea coſa que deleita, y contenta, no es poſible que ellos huelan coſa buena. Y ſi á tí te paroce, que eſe demonio que dices, huele á ambar, ó tu te engañas, ó él quiere engañarte, con hacer que no le tengas por demonio.

Todos

Todos eſtos coloquios paſaron entre Amo, y criado, y temiendo Don Fernando, y Cardenio, que Sancho no vinieſe á caer del todo en la cuenta de ſu invencion, á quien andava ya muy en los alcances, determinaron de abreviar con la partida, y llamando á parte al Ventero, le ordenaron que enſillaſe á Rozinante, y enalbardaſe el jumento de Sancho, el qual lo hizo con mucha preſteza. Ya en eſto el Cura ſe avia concertado con los Quadrilleros, que le acompañaſen haſta ſu lugar, dandoles un tanto cada dia. Colgó Cardenio del arzon de la ſilla de Rozinante, del un cabo la adarga, y del otro la bacía, y por ſeñas mandó á Sancho, que ſubieſe en ſu aſno, y tomaſe de las riendas á Rozinante, y puſo á los dos lados del carro á los dos Quadrilleros con ſus eſcopetas. Pero antes que ſe movieſe el carro, ſalió la Ventera, ſu hija, y Maritornes á deſpedirſe de Don Quixote, fingiendo que lloravan de dolor de ſu deſgracia, á quien Don Quixote dixo: No lloreys mis buenas ſeñoras, que todas eſtas deſdichas ſon anexas á los que profeſan lo que yo profeſo, y ſi eſtas calamidades no me acontecieran, no me tuviera yo por famoſo cavallero andante. Porque á los cavalleros de poco nombre, y fama, nunca les ſuceden ſemejantes caſos, porque no ay en el mundo quien ſe acuerde dellos. A los valeroſos ſí, que tienen embidioſos de ſu virtud, y valentia, á muchos Principes, y á muchos otros cavalleros, que procuran por malas vias deſtruir á los buenos. Pero con todo eſo, la virtud es tan poderoſa, que por ſí ſola, á peſar de toda la nigromancia, que ſupo ſu primer inventor Zoroaſtes, ſaldra vencedora de todo trance, y dará de ſí luz en el mundo, como la dá el Sol en el cielo. Perdonadme, fermoſas damas, ſi algun deſaguiſado por deſcuido mio os he fecho, que de voluntad, y á ſabiendas, jamas le di á nadie. Y rogad á Dios me ſaque deſtas priſiones; donde algun mal intencionado encantador me ha pueſto, que ſi dellas me veo libre, no ſe me caerán

caerán de la memoria las mercedes que en eſte caſtillo me avedes fecho para gratificarlas, ſervillas, y recompenſallas, como ellas merecen. En tanto que las damas del caſtillo eſto paſavan con Don Quixote; el Cura, y el Barbero ſe deſpidieron de Don Fernando, y ſus camaradas, y del Capitan, y de ſu hermano, y todas aquellas contentas ſeñoras, eſpecialmente de Dorotea, y Luſcinda: Todos ſe abrazaron, y quedaron de darſe noticia de ſus ſuceſos. Diciendo Don Fernando al Cura, donde avia de eſcrivirle, para aviſarle en lo que parava Don Quixote, aſegurandole, que no avria coſa que mas guſto le dieſe, que ſaberlo. Y que él así miſmo le aviſaría de todo aquello que él vieſe que podría darle guſto, así de ſu caſamiento, como del Bautiſmo de Zorayda, y ſuceſo de Don Luys, y buelta de Luſcinda á ſu caſa. El Cura ofreció de hacer quanto ſe le mandava, con toda puntualidad. Tornaron á abrazarſe otra vez, y otra vez tornaron á nuevos ofrecimientos. El Ventero ſe llegó al Cura, y le dió unos papeles, diciendole que los avia hallado en un aforro de la maleta, donde ſe halló la novela del Curioſo Impertinente; y que pues ſu dueño no avia buelto mas por alli, que ſe los llevaſe todos, que pues él no ſabia leer, no los queria. El Cura ſe lo agradeció, y abriendolos luego, vió que al principio de lo eſcrito, decia: Novela de Rinconete, y Cortadillo, por donde entendió ſer alguna novela: y coligió, que pues la del Curioſo Impertinente avia ſido buena, que tambien lo ſería aquella, pues podría ſer fueſen todas de un miſmo autor, y así la guardó, con proſupueſto de leerla, quando tuvieſe comodidad. Subió á cavallo, y tambien ſu amigo el Barbero con ſus antifazes, porque no fueſen luego conocidos de Don Quixote, y puſieronſe á caminar tras el carro, y la orden que llevavan era eſta. Iva primero el carro, guiandole ſu dueño: á los dos lados ivan los Quadrilleros, como ſe ha dicho, con ſus eſcopetas: ſeguia luego Sancho

Panza ſobre ſu aſno, llevando de rienda á Rozinante. Detras de todo eſto ivan el Cura, y el Barbero, ſobre ſus poderoſas mulas, cubiertos los roſtros, como ſe ha dicho, con grave, y repoſado continente, no caminando mas de lo que permitia el paſo tardo de los bueyes. Don Quixote iva ſentado en la jaula, las manos atadas, tendidos los pies, y arrimado á las verjas, con tanto ſilencio, y tanta paciencia, como ſi no fuera hombre de carne, ſino eſtatua de piedra. Y así con aquel eſpacio, y ſilencio, caminaron haſta dos leguas, que llegaron á un valle, donde le pareció al boyero, ſer lugar acomodado para repoſar, y dar paſto á los bueyes. Y comunicandolo con el Cura, fue de parecer el Barbero, que caminaſen un poco mas, porque él ſabia detras de un recueſto que cerca de alli ſe moſtrava, avia un valle de mas yerva, y mucho mejor que aquel, donde parar querían. Tomóſe el parecer del Barbero, y así tornaron á proſeguir ſu camino. En eſto bolvió el Cura el roſtro, y vió que á ſus eſpaldas venian haſta ſeys, ó ſiete hombres de á cavallo, bien pueſtos, y aderezados, de los quales ſueron preſto alcanzados, porque caminavan, no con la flema, y repoſo de los bueyes, ſino como quien iva ſobre mulas de Canonigos, y con deſeo de llegar preſto á ſeſtear á la venta, que menos de una legua de alli ſe parecia. Llegaron los diligentes á los perezoſos, y ſaludaronſe corteſmente, y uno de los que venian, que en reſolucion era Canonigo de Toledo, y ſeñor de los demas que le acompañavan, viendo la concertada proceſion del carro, Quadrilleros, Sancho, Rozinante, Cura, y Barbero, y mas á Don Quixote enjaulado, y apriſionado, no pudo dexar de preguntar, que ſignificava llevar aquel hombre de aquella manera, Aunque ya ſe avia dado á entender, viendo las inſignias de los Quadrilleros, que devia de ſer algun facinoroſo ſalteador, ó otro delinquente, cuyo caſtigo tocaſe á la Santa Hermandad. Uno de los Quadrilleros, á quien

quien fue hecha la pregunta, reſpondió así: Señor, lo que ſignifica ir eſte cavallero deſta manera, digalo él, porque noſotros no lo ſabemos. Oyó Don Quixote la platica, y dixo: Por dicha vueſtras mercedes, ſeñores cavalleros, ſon verſados, y peritos en eſto de la cavalleria andante, porque ſi lo ſon, comunicaré con ellos mis deſgracias, y ſino, no ay para que me canſe en decirlas. Y á eſte tiempo avian ya llegado el Cura, y el Barbero, viendo que los caminantes eſtavan en platicas con Don Quixote de la Mancha, para reſponder de modo, que no fueſe deſcubierto ſu artificio. El Canonigo, á lo que Don Quixote dixo, reſpondió: En verdad hermano, que ſé mas de libros de cavallerias, que de las ſumulas de Villalpando, así que ſi no eſtá mas que en eſto, ſeguramente podeys comunicar conmigo lo que quiſieredes. A la mano de Dios, replicó Don Quixote, pues así es, quiero, ſeñor cavallero, que ſepades, que yo voy encantado en eſta jaula, por embidia, y fraude de malos encantadores, que la virtud mas es perſeguida de los malos, que amada de los buenos. Cavallero andante ſoy, y no de aquellos, de cuyos nombres jamas la fama ſe acordó para eternizarlos en ſu memoria, ſino de aquellos que á deſpecho, y peſar de la miſma embidia, y de quantos Magos crió Perſia, Bracmanes la India, Ginoſofiſtas la Etiopia, ha de poner ſu nombre en el templo de la inmortalidad, para que ſirva de exemplo, y dechado en los venideros ſiglos, donde los cavalleros andantes vean los paſos que han de ſeguir, ſi quiſieren llegar á la cumbre, y alteza honroſa de las armas. Dice verdad el ſeñor Don Quixote de la Mancha, dixo á eſta ſazon el Cura, que él va encantado en eſta carreta, no por ſus culpas, y pecados, ſino por la mala intencion de aquellos á quien la virtud enfada, y la valentia enoja. Eſte es, ſeñor, el cavallero de la triſte figura, ſi ya le oiſtes nombrar en algun tiempo, cuyas valeroſas hazañas, y grandes hechos, ſeran eſcritos en bronces duros, y en eternos marmoles, por mas que ſe

canſe la embidia en eſcurecerlos, y la malicia en ocultarlos. Quando el Canonigo oyó hablar al preſo, y al libre en ſemejante eſtilo, eſtuvo por hacerſe la cruz de admirado, y no podia ſaber lo que le avia acontecido: y en la miſma admiracion cayeron todos los que con él venian. En eſto Sancho Panza, que ſe avia acercado á oir la platica, para adobarlo todo, dixo: Aora, ſeñores, quieranme bien, ó quieranmé mal por lo que dixere, el caſo de ello es, que así va encantado mi ſeñor Don Quixote, como mi madre; él tiene ſu entero juicio, él come, y beve, y hace ſus neceſidades como los demas hombres, y como las hacía ayer antes que le enenjaulaſen. Siendo eſto así, como quieren hacerme á mí entender que va encantado? Pues yo he oido decir á muchas perſonas, que los encantados, ni comen, ni duermen, ni hablan, y mi Amo, ſino le van á la mano, hablará mas que treinta procuradores. Y bolviendoſe á mirar al Cura, proſiguió diciendo: A ſeñor Cura, ſeñor Cura! penſará vueſtra merced que no le conozco, y penſará que yo no calo, y adivino, adonde ſe encaminan eſtos nuevos encantamentos? Pues ſepa que le conozco, por mas que ſe encubra el roſtro, y ſepa que le entiendo, por mas que diſimule ſus embuſtes. En fin, donde reina la embidia, no puede vivir la virtud, ni adonde ay eſcaſeza, la liberalidad. Mal aya el diablo, que ſi por ſu reverencia no fuera, eſta fuera ya la hora que mi ſeñor eſtuviera caſado con la Infanta Micomicona, y yo fuera Conde por lo menos, pues no ſe podia eſperar otra coſa, así de la bondad de mi ſeñor, él de la triſte figura, como de la grandeza de mis ſervicios. Pero ya veo que es verdad, lo que ſe dice por ay, que la rueda de la fortuna anda mas liſta, que una rueda de molino, y que los, que ayer eſtavan en pinganitos, oy eſtan por el ſuelo. De mis hijos, y de mi muger me peſa, pues quando podian, y devian eſperar ver entrar á ſu padre por ſus puertas hecho Gobernador,

vernador, ó Viſorrey de alguna Inſula, ó Reino, le verán entrar hecho mozo de cavallos. Todo eſto que he dicho, Señor Cura, no es mas de por encarecer á ſu Paternidad, haga conciencia, del mal tratamiento que á mi ſeñor le hace, y mire bien no le pida Dios en la otra vida eſta priſion de mi Amo, y ſe le haga cargo de todos aquellos ſocorros, y bienes, que mi ſeñor Don Quixote dexa de hacer en eſte tiempo que eſtá preſo. Adobame eſos candiles, dixo á eſte punto el Barbero. Tambien vos, Sancho, ſoys de la cofradia de vueſtro Amo? Vive el Señor, que voy viendo, que le aveys de tener compañia en la jaula, y que aveys de quedar tan encantado como él, por lo que os toca de ſu humor, y de ſu cavalleria. En mal punto os empreñaſtes de ſus promeſas, y en mal hora ſe os entró en los caſcos la Inſula que tanto deſeays. Yo no eſtoy preñado de nadie, reſpondió Sancho, ni ſoy hombre que me dexaría empreñar del Rey que fueſe, y aunque pobre ſoy Chriſtiano viejo, y no devo nada á nadie, y ſi Inſulas deſeo, otros deſean otras coſas peores, y cada uno es hijo de ſus obras, y debaxo de ſer hombre, puedo venir á ſer Papa, quanto mas Governador de una Inſula, y mas pudiendo ganar tantas mi ſeñor, que le falte á quien darlas. Vueſtra merced mire como habla, Señor Barbero, que no es todo hacer barbas, y algo va de Pedro á Pedro. Digolo porque todos nos conocemos, y á mí no ſe me ha de echar dado falſo. Y en eſto del encanto de mi Amo, Dios ſabe la verdad, y quedeſe aquí, porque es peor menearlo. No quiſo reſponder el Barbero á Sancho, porque no deſcubrieſe con ſus ſimplicades lo que él, y el Cura tanto procuravan encubrir. Y por eſte miſmo temor avia el Cura dicho al Canonigo, que caminaſe un poco delante, que él le diria el miſterio del enjaulado, con otras coſas que le dieſen guſto. Hizolo así el Canonigo, y adelantóſe con ſus criados, y con él eſtuvo atento á todo aquello que decirle quiſo, de la condicion, vida, locura,

cura, y coſtumbres de Don Quixote. Contandole brevemente el principio, y cauſa de ſu deſvario, y todo el progreſo de ſus ſuceſos, haſta averlo pueſto en aquella jaula, y el deſignio que llevavan, de llevarle á ſu tierra, para ver ſi por algun medio, hallavan remedio á ſu locura. Admiraronſe de nuevo los criados, y el Canonigo, de oir la peregrina hiſtoria de Don Quixote. Y en acabandola de oir, dixo: Verdaderamente, Señor Cura, yo hallo por mi cuenta, que ſon perjudiciales en la republica eſtos que llaman libros de cavallerias. Y aunque he leido, llevado de un ocioſo, y falſo guſto, caſi el principio de todos los mas que ay impreſos, jamas me he podido acomodar á leer ninguno del principio al cabo. Porque me parece, que qual mas, qual menos, todos ellos ſon una miſma coſa, y no tiene mas eſte, que aquel, ni eſtotro, que el otro. Y ſegun á mí me parece, eſte genero de eſcritura, y compoſicion cae debaxo de aquel de las fabulas, que llaman Mileſias, que ſon cuentos diſparatados, que atienden ſolamente á deleitar, y no á enſeñar, al contrario de lo que hacen las fabulas Apologas, que deleitan, y enſeñan juntamente. Y pueſto que el principal intento de ſemejantes libros ſea el deleitar, no ſé yo como puedan conſeguirle, yendo llenos de tantos, y tan deſaforados diſparates. Que el deleite que en el alma ſe concibe, ha de ſer de la hermoſura, y concordancia que vee, ó contempla en las coſas que la viſta, ó la imaginacion le ponen delante: y toda coſa qûe tiene en sí fealdad, y deſcompoſtura, no nos puede cauſar contento alguno. Pues, que hermoſura puede aver, o que proporcion de partes con el todo, y del todo con las partes, en un libro, ó fabula, donde un mozo de diez, y ſeys años da una cuchillada á un gigante como una torre, y le divide en dos mitades como ſi fuera de alfeñique: y que quando nos quieren pintar una batalla, deſpues de aver dicho, que ay de la parte de los enemi-

gos

gos un millon de combatientes, como ſea contra ellos el ſeñor del libro, forzoſamente mal que nos péſe, avemos de entender, que el tal cavallero alcanzó la vitoria por ſolo el valor de ſu fuerte brazo? Pues que diremos de la facilidad con que una Reina, ó Emperatriz, heredera, ſe conduce en los brazos de un andante, y no conocido cavallero? Qne ingenio, ſino es del todo barbaro, é inculto, podra contentarſe leyendo, que una gran torre llena de cavalleros va por la mar adelante, como nave con proſpero viento, y oy anochece en Lombardia, y mañana amanezca en tierras del Preſte Juan de las Indias, ó en otras, que ni las deſcubrió Tolomeo, ni las vió Marco Polo? Y ſi á eſto ſe me reſpondieſe, que los que tales libros componen, los eſciven como coſas de mentira, y que así no eſtan obligados á mirar en delicadezas, ni verdades: Reſponderiales yo, que tanto la mentira es mejor, quanto mas parece verdadera, y tanto mas agrada quanto tiene mas de lo dudoſo, y poſible. Hanſe de caſar las fabulas mentiroſas con el entendimiento de los que las leyeren, eſcriviendoſe de ſuerte, que facilitando los impoſibles, allanando las grandezas, ſuſpendiendo los animos, admiren, ſuſpendan, alboroeen, y entretengan, de modo que anden á un miſmo paſo la admiracion, y la alegria juntas: y todas eſtas coſas no podra hacer él que huyere de la veriſimilitud: y de la imitacion, en quien conſiſte la perfecion de lo que ſe eſcrive, no he viſto ningun libro de cavallerias, que haga un cuerpo de fabula entero con todos ſus miembros, de manera, que el medio correſponda al principio, y el fin al principio y al medio, ſino que los componen con tantos miembros, que mas parece que llevan intencion á formar una quimera, ó un monſtruo, que á hacer una figura proporcionada. Fuera deſto ſon en el eſtilo duros, en las hazañas increibles, en los amores laſcivos, en las corteſias mal mirados, largos en las batallas, necios en las razones, diſparatados en los viages: y finalmente agenos de todo diſcreto

artificio,

artificio, y por eſto dignos de ſer deſterrados de la Republica Chriſtiana, como á gente inutil. El Cura le eſtuvo eſcuchando con grande atencion, y parecióle hombre de buen entendimiento, y que tenía razon en quanto decia: y así le dixo, que por ſer él de ſu miſma opinion, y tener ojeriza á los libros de cavallerias, avia quemado todos los de Don Quixote, que eran muchos. Y contóle el eſcrutinio que dellos avia hecho, y los que avia condenado al fuego, y dexado con vida, de que no poco ſe rió el Canonigo, y dixo, que con todo quanto mal avia dicho de tales libros, hallava en ellos una coſa buena, que era el ſugeto que ofrecían, para que un buen entendimiento pudieſe moſtrarſe en ellos, porque davan largo, y eſpacioſo campo, por donde ſin empacho alguno pudieſe correr la pluma, deſcriviendo naufragios, tormentas, rencuentros, y batallas, pintando un Capitan valeroſo, con todas las partes que para ſer tal ſe requieren, moſtrandoſe prudente, previniendo las aſtucias de ſus enemigos: y eloquente orador, perſuadiendo, ó diſuadiendo á ſus ſoldados: maduro en el conſejo, preſto en lo determinado, tan valiente en el eſperar como en el acometer. Pintando ora un lamentable, y tragico ſuceſo, aora un alegre, y no penſado acontecimiento: alli una hermoſisima dama, honeſta, diſcreta, y recatada: aquí un cavallero Chriſtiano, valiente, y comedido: acullá un deſaforado barbaro fanfarron: acá un Principe cortes, valeroſo, y bien mirado: repreſentando bondad, y lealtad de vaſallos, grandezas, y mercedes de ſeñores, ya puede moſtrarſe aſtrologo, ya coſmografo excelente, ya muſico, ya inteligente en las materias de eſtado: y tal vez le vendra ocaſion de moſtrarſe nigromante ſi quiſiere. Puede moſtrar las aſtucias de Uliſes, la piedad de Eneas, la valentia de Aquiles, las deſgracias de Ector, las traiciones de Sinon, la amiſtad de Eurialo, la liberalidad de Alexandro, el valor de Ceſar, la clemencia y verdad

de

de Trajano, la fidelidad de Zopiro, la prudencia de Caton: y finalmente todas aquellas acciones que pueden hacer perfeto á un varon iluſtre, aora poniendolas en uno ſolo, aora dividiendolas en muchos, y ſiendo eſto hecho con apacibilidad de eſtilo, y con ingenioſa invencion, que tire lo mas que fuere poſible á la verdad, ſin duda compondra una tela de varios y hermoſos lazos texida, que deſpues de acabada tal perfecion y hermoſura mueſtre, que conſiga el fin mejor que ſe pretende en los eſcritos, que es enſeñar, y deleitar juntamente, como ya tengo dicho. Porque la eſcritura deſatada deſtos libros dá lugar á que el autor pueda moſtrarſe Epico, Lirico, Tragico, Comico, con todas aquellas partes que encierran en sí las dulciſimas, y agradables ciencias de la Poeſia, y de la Oratoria: que la Epica tambien puede eſcrivirſe en proſa como en verſo.

Cap. XLVIII. Donde proſigue el Canonigo la materia de los libros de Cavallerias, con otras coſas dignas de ſu ingenio.

ASí es como vueſtra merced dice, Señor Canonigo, dixo el Cura, y por eſta cauſa ſon mas dignos de reprehenſion los que haſta aquí han compueſto ſemejantes libros, ſin tener advertencia á ningun buen diſcurſo, ni al arte, y reglas por donde pudieran guiarſe, y hacerſe famoſos en proſa, como lo ſon en verſo los dos Principes de la Poeſia Griega, y Latina. Yo alomenos, replicó el Canonigo, he tenido cierta tentacion de hacer un libro de cavallerias, guardando en el todos los puntos que he ſignificado: y ſi he de confeſar la verdad, tengo eſcritas mas de cien hojas, y para hacer la experiencia, de ſi correſpondian á mi eſtimacion

timacion, las he comunicado con hombres apaſionados deſta leyenda, dotos, y diſcretos, y con otros ignorantes, que ſolo atienden al guſto de oir diſparates, y de todos he hallado una agradable aprobacion: pero con todo eſto no he proſeguido adelante, así por parecerme que hago coſa agena de mi profeſion, como por ver que es mas el numero de los ſimples, que de los prudentes: y que pueſto que es mejor ſer loado de los pocos ſabios, que burlado de los muchos necios, no quiero ſugetarme al confuſo juicio del deſvanecido vulgo, á quien por la mayor parte toca leer ſemejantes libros: pero lo que mas me le quitó de las manos, y aun del penſamiento de acabarle, fue un argumento que hice conmigo miſmo, ſacado de las comedias que agora ſe repreſentan, diciendo: Si eſtas que aora ſe uſan, así las imaginadas, como las de hiſtoria, todas, ó las mas ſon conocidos diſparates, y coſas que no llevan pies ni cabeza, y con todo eſo el vulgo las oye con guſto, y las tiene y las aprueva por buenas, eſtando tan lejos de ſerlo, y los autores que las componen, y los actores que las repreſentan dicen, que así han de ſer, porque así las quiere el vulgo, y no de otra manera: y que las que llevan traza, y ſiguen la fabula como el arte pide, no ſirven ſino para quatro diſcretos que las entienden, y todos los demas ſe quedan ayunos de entender ſu artificio, y que á ellos les eſtá mejor ganar de comer con los muchos, que no opinion con los pocos. Deſte modo vendrá á ſer un libro, al cabo de averme quemado las cejas por guardar los preceptos referidos, y vendré á ſer el ſaſtre del cantillo. Y aunque algunas veces he procurado perſuadir á los actores, que ſe engañan en tener la opinion que tienen, y que mas gente atraeran, y mas fama cobrarán repreſentando comedias, que ſigan el arte, que no con las diſparatadas, ya eſtan tan aſidos, y encorporados en ſu parecer, que no ay razon, ni evidencia que del los ſaque. Acuerdome que un

dia

dia dixe á uno deſtos pertinaces: Decidme, no os acordays que ha pocos años, que ſe repreſentaron en Eſpaña tres Tragedias, que compuſo un famoſo Poeta de eſtos Reinos, las quales fueron tales, que admiraron, alegraron, y ſuſpendieron á todos quantos las oyeron, así ſimples como prudentes, así del vulgo como de los eſcogidos, y dieron mas dineros á los repreſentantes ellas tres ſolas, que treinta de las mejores que deſpues acá ſe han hecho? Sin duda, reſpondió el autor, que digo, que deve de decir vueſta merced por la Iſabela, la Filis, y la Alexandra? Por eſas digo, le repliqué yo: y mirad ſi guardavan bien los preceptos del arte, y ſi por guardarlos dexaron de parecer lo que eran, y de agradar á todo el mundo? Así qne no eſtá la falta en el vulgo que pide diſparates, ſino en aquellos que no ſaben repreſentar otra coſa. Sí que no fue diſparate la Ingratitud Vengada, ni el tuvo la Numancia, ni ſe le halló en la del Mercader Amante, ni menos en la Enemiga Favorable, ni en otras algunas, que de algunos entendidos Poetas han ſido compueſtas, para fama y renombre ſuyo, y para ganancia de los que las han repreſentado, y otras coſas añadí á eſtas, con que, á mi parecer, le dexé algo confuſo, pero no ſatisfecho, ni convencido, para ſacarle de ſu errado penſamiento. En materia ha tocado vueſtra merced, ſeñor Canonigo, dixo á eſta ſazon el Cura, que ha deſpertado en mí un antiguo rancor que tengo con las comedias que aora ſe uſan, tal que iguala al que tengo con los libros de cavallerias, porque aviendo de ſer la comedia, ſegun le parece á Tulio, eſpejo de la vida humana, exemplo de las coſtumbres, é imagen de la verdad, las que aora ſe repreſentan ſon eſpejos de diſparates, exemplos de necedades, é imagenes de la laſcivia. Porque, que mayor diſparate puede ſer en el ſujeto que tratamos, que ſalir un niño en mantillas en la primera ſcena del primer acto, y en la ſegunda ſalir ya hecho hombre barbado? Y que mayor, que pin-

tarnos un viejo valiente, y un mozo cobarde, un lacayo retorico, vn page conſejero, un Rey ganapan, y una Princeſa fregona? Que dire pues de la obſervancia que guardan en los tiempos, en que pueden, ó podian ſuceder las acciones que repreſentan, ſino que he viſto comedia que la primera jornada comenzó en Europa, la ſegunda en Aſia, la tercera ſe acabó en Africa, y aun ſi fuera de quatro jornadas la quarta acabará en America, y así ſe huviera hecho en todas las quatro partes del mundo. Y ſi es que la imitacion es lo principal que ha de tener la comedia, como es poſible que ſatisfaga á ningun mediano entendimiento? que fingiendo una accion que paſa en tiempo del Rey Pepino, y Carlo Magno, el miſmo que en ella hace la perſona principal, le atribuyan que fue el Emperador Eraclio, que entró con la Cruz en Jeruſalen, y el que ganó la Caſa Santa, como Godofre de Bullon aviendo infinitos años de lo uno á lo otro, y fundandoſe la comedia ſobre coſa fingida, atribuirle verdades de hiſtoria, y mezclarle pedazos de otras ſucedidas á diferentes perſonas, y tiempos: y eſto no con trazas veriſimiles, ſino con patentes errores de todo punto inexcuſables: y es lo malo, que ay ignorantes que digan, que eſto es lo perfeto, y que lo demas es buſcar gullurias. Pues que ſi venimos á las comedias divinas, que de milagros fingen en ellas, que de coſas apocrifas, y mal entendidas, atribuyendo á un ſanto los milagros de otro? Y aun en las humanas ſe atreven á hacer milagros, ſin mas reſpeto, ni conſideracion, que parecerles que alli eſtará bien el tal milagro y apariencia, como ellos llaman, para que la gente ignorante ſe admire, y venga á la comedia: que todo eſto es en perjuicio de la verdad, y en menoſcabo de las hiſtorias, y aun en oprobrio de los ingenios Eſpañoles: porque los Eſtrangeros que con mucha puntualidad guardan las leyes de la comedia, nos tienen por barbaros, é ignorantes, viendo los abſurdos, y diſparates de las

que

que hacemos. Y no ſería baſtante diſculpa deſto decir, que el principal intento que las republicas bien ordenadas tienen, permitiendo que ſe hagan publicas comedias, es para entretener la comunidad con alguna honeſta recreacion, y divertirla á veces de los malos humores que ſuele engendrar la ocioſidad: y que pues eſte ſe conſigue con qualquier comedia buena, ó mala, no ay para que poner leyes, ni eſtrechar á los que las componen, y repreſentan, á que las hagan como devian hacerſe: pues como de hicho, con qualquiera ſe conſigue lo que con ellas ſe pretende. A lo qual reſpondería yo, que eſte fin ſe conſeguiría mucho mejor ſin comparacion alguna con las comedias buenas, que con las no tales. Porque de aver oido la comedia artificioſa, y bien ordenada, ſaldría el oyente alegre con las burlas: enſeñado con las veras: admirado de los ſuceſos: diſcreto con las razones: advertido con los embuſtes: ſagaz con los exemplos: airado contra el vicio, y enamorado de la virtud: que todos eſtos afetos ha de deſpertar la buena comedia en el animo dél que la eſcuchare, por ruſtico, y torpe que ſea. Y de toda impoſibilidad es impoſible dexar de alegrar, y entretener, ſatisfacer, y contentar la comedia, que todas eſtas partes tuviere, mucho mas que aquella que careciere dellas: como por la mayor parte carecen eſtas que de ordinario agora ſe repreſentan. Y no tienen la culpa deſto los poetas que las componen, porque algunos ay dellos que conocen muy bien en lo que yerran, y ſaben eſtremadamente lo que deven hacer. Pero como las comedias ſe han hecho mercaderia vendible, dicen, y dicen verdad, que los repreſentantes no ſe las comprarían, ſino fueſen de aquel jaez: y así el Poeta, procura acomodarſe con lo que el repreſentante, que le ha de pagar ſu obra, le pide. Y que eſto ſea verdad, veaſe por muchas é infinitas comedias, que ha compueſto un feliciſimo ingenio deſtos Reinos, con tanta gala, con tanto donaire, con tan elegante verſo,

con

con tan buenas razones, con tan graves ſentencias, y finalmente tan llenas de elocucion y alteza de eſtilo, que tiene lleno el mundo de ſu fama. Y por querer acomodarſe al guſto de los repreſentantes, no han llegado todas, como han llegado algunas al punto de la perfecion que requieren. Otros las componen tan ſin mirar lo que hacen que deſpues de repreſentadas tienen neceſidad los recitantes de huirſe, y auſentarſe, temeroſos de ſer caſtigados, como lo han ſido muchas veces, por aver repreſentado coſas en perjuicio de algunos Reyes, y en deſhonra de algunos linages. Y todos eſtos inconvenientes ceſarían, y aun otros muchos mas, que no digo, con que huvieſe en la Corte una perſona inteligente, y diſcreta, que examinaſe todas las comedias, antes que ſe repreſentaſen: no ſolo aquellas que ſe hicieſen en la Corte, ſino todas las que ſe quiſieſen repreſentar en Eſpaña, ſin la qual aprovacion, ſello, y firma, ninguna juſticia en ſu lugar dexaſe repreſentar comedia alguna: y deſta manera los comediantes tendrían cuidado de embiar las comedias á la Corte, y con ſeguridad podrían repreſentarlas: y aquellos que las componen, mirarían con mas cuidado, y eſtudio lo que hacían, temeroſos de aver de paſar ſus obras por el riguroſo examen de quien lo entiende: y deſta manera ſe harían buenas comedias, y ſe conſeguiría felicisimamente lo que en ellas ſe pretende, así el entretenimiento del pueblo como la opinion de los ingenios de Eſpaña, el interes, y ſeguridad de los recitantes, y el ahorro del cuidado de caſtigarlos. Y ſi ſe dieſe cargo á otro, ó á eſte miſmo que examinaſe los libros de cavallerias, que de nuevo ſe compuſieſen, ſin duda podrían ſalir algunos con la perfecion que vueſtra merced ha dicho, enriqueciendo nueſtra lengua del agradable, y precioſo teſoro de la eloquencia, dando ocaſion que los libros viejos ſe eſcurecieſen á la luz de los nuevos que ſalieſen, para honeſto paſatiempo, no ſolamente de los ocioſos, ſino de los

mas

mas ocupados. Pues no es posible que esté continuo el arco armado, ni la condicion, y flaqueza humana se pueda sustentar sin alguna licita recreacion. A este punto de su coloquio llegavan el Canonigo, y el Cura, quando adelantandose el Barbero llegó á ellos y dixo al Cura: Aquí, Señor Licenciado, es el lugar que yo dixe que era bueno, para que, festeando nosotros, tuviesen los bueyes fresco, y abundoso pasto: Así me lo parece á mí, respondió el Cura: y diciendole al Canonigo lo que pensava hacer, él tambien quiso quedarse con ellos, combidado del sitio de un hermoso valle que á la vista se les ofrecia: y así por gozar del, como de la conversacion del Cura, de quien ya se iva aficionando: y por saber mas por menudo las hazañas de Don Quixote, mandó á algunos de sus criados que se fuesen á la venta, que no lejos de alli estava, y truxesen della lo que huviese de comer para todos: porque él determinava de festear en aquel lugar aquella tarde. A lo qual uno de sus criados respondió: Que el azemila del repuesto, que ya devia de estar en la venta, traya recado bastante, para no obligar á tomar de la venta mas que cevada. Pues así es, dixo el Canonigo, llevense allá todas las cavalgaduras, y haced bolver la azemila. En tanto que esto pasava, viendo Sancho que podia hablar á su Amo, sin la continua asistencia del Cura, y el Barbero, que tenía por sospechosos, se llegó á la jaula, donde iva su Amo, y le dixo: Señor, para descargo de mi conciencia le quiero decir lo que pasa cerca de su encantamento, y es: Que aquestos dos, que vienen aquí encubiertos los rostros, son el Cura de nuestro lugar, y el Barbero, y imagino han dado esta traza de llevarle desta manera, de pura embidia que tienen como vuestra merced se les adelanta en hacer famosos hechos. Presupuesta pues esta verdad, figuese, que no va encantado, sino embaido, y tonto. Para prueva de lo qual le quiero preguntar una cosa, y si me responde, como creo que me ha de responder,

tocará

tocará con la mano eſte engaño, y verá como no va encantado, ſino traſtornado el juicio. Pregunta lo que quiſieres, hijo Sancho, reſpondió Don Quixote, que yo te ſatisfaré, y reſponderé á toda tu voluntad. Y en lo que dices, que aquellos que alli van, y vienen con noſotros, ſon el Cura, y el Barbero nueſtros compatriotos y conocidos, bien podrá ſer que parezca que ſon ellos miſmos: pero que lo ſean realmente y en efeto, eſo no lo creas en ninguna manera. Lo que has de creer, y entender es, que ſi ellos ſe les parecen, como dices, deve de ſer que los que me han encantado avran tomado eſa apariencia, y ſemejanza, porque es facil á los encantadores tomar la figura que ſe les antoja, y avran tomado las deſtos nueſtros amigos: para darte á tí ocaſion de que pienſes lo que pienſas, y ponerte en un laberinto de imaginaciones, que no aciertes á ſalir del, aunque tuvieſes la ſoga de Teſeo: y tambien lo avran hecho, para que yo vacile en mi entendimiento, y no ſepa atinar de donde me viene eſte daño. Porque ſi por una parte tu me dices, que me acompañan el Barbero, y el Cura de nueſtro pueblo, y por otra yo me veo enjaulado, y ſé de mí, que fuerzas humanas, como no fueran ſobrenaturales, no fueran baſtantes para enjaularme: que quieres que diga, ó pienſe, ſino que la manera de mi encantamento excede á quantas yo he leido en todas las hiſtorias que tratan de cavalleros andantes que han ſido encantados. Así que bien puedes darte paz, y ſoſiego en eſto de creer que ſon los que dices: porque así ſon ellos como yo ſoy Turco. Y en lo que toca á querer preguntarme algo, dí, que yo te reſponderé, aunque me preguntes de aquí á mañana. Valame Nueſtra Señora, reſpondió Sancho, dando una gran voz, y es poſible que ſea vueſtra merced tan duro de celebro, y tan falto de meollo, que no eche de ver que es pura verdad la que le digo: y que en eſta ſu priſion, y deſgracia, tiene mas parte la malicia, que el

encanto?

encanto? Pero pues así es, yo le quiero provar evidentemente como no va encantado. Sino digame, así Dios le ſaque deſta tormenta, y así ſe vea en los brazos de mi Señora Dulcinea, quando menos ſe pienſe. Acaba de conjurarme, dixo Don Quixote, y pregunta lo que quiſieres, que ya te he dicho que te reſpondere con toda puntualidad. Eſo pido, replicó Sancho: y lo que quiero ſaber es, que me diga, ſin añadir ni quitar coſa ninguna, ſino con toda verdad, como ſe eſpera que la han de decir, y la dicen todos aquellos que profeſan las armas, como vueſtta merced las profeſa debaxo de titulo de cavalleros andantes. Digo que no mentiré en coſa alguna, reſpondió Don Quixote. Acaba ya de preguntar, que en verdad que me canſas con tantas ſalvas, plegarias, y prevenciones, Sancho. Digo que yo eſtoy ſeguro de la bondad, y verdad de mi Amo, y así, porque hace al caſo á nueſtro cuento, pregunto, hablando con acatamiento: Si á caſo deſpues que vueſtra merced va enjaulado, y á ſu parecer encantado en eſta jaula, le ha venido gana, y voluntad de hacer aguas, mayores, ó menores, como ſuele decirſe? No entiendo eſo de hacer aguas, Sancho, aclarate mas, ſi quieres que te reſponda derechamente. Es poſible que no entiende vueſtra merced de hacer aguas menores, ó mayores? Pues en la eſcuela deſtetan á los muchachos con ello. Pues ſepa, que quiero decir, ſi le ha venido gana de hacer lo que no ſe eſcuſa? Ya, ya te entiendo Sancho: y muchas veces: y aun agora la tengo, ſacame deſte peligro, que no anda todo limpio.

Cap. XLIX. Donde ſe trata del diſcreto coloquio que Sancho Panza tuvo con ſu Señor Don Quixote.

HA, dixo Sancho, cogido le tengo: eſto es lo que yo deſeava ſaber como al alma, y como á la vida. Venga acá ſeñor: podria negar lo que comunmente ſuele decirſe por ay, quando una perſona eſtá de mala voluntad: No ſé que tiene fulano, que ni come, ni beve, ni duerme, ni reſponde á propoſito á lo que le preguntan, que no parece fino que eſtá encantado? De donde ſe viene á ſacar, que los que no comen, ni beven, ni duermen, ni hacen las obras naturales que yo digo, eſtos tales eſtan encantados, pero no aquellos que tienen la gana que vueſtra merced tiene, y que beve quando ſe lo dan, y come quando lo tiene, y reſponde á todo aquello que le preguntan? Verdad dices, Sancho, reſpondió Don Quixote: pero ya te he dicho que ay muchas maneras de encantamentos, y podría ſer, que con el tiempo ſe huvieſen mudado de unos en otros: y que agora ſe uſe, que los encantados hagan todo lo que yo hago, aunque antes no lo hacían. De manera, que contra el uſo de los tiempos no ay que arguir, ni de que hacer conſequencias. Yo ſé, y tengo para mí, que voy encantado, y eſto me baſta para la ſeguridad de mi conciencia, que la formaría muy grande, ſi yo penſaſe que no eſtava encantado, y me dexaſe eſtar en eſta jaula, perezoſo, y covarde, defraudando el ſocorro que podría dar á muchos meneſteroſos, y neceſitados, que de mi ayuda y amparo deven tener á la hora de á hora preciſa y eſtrema neceſidad. Pues con todo eſo, replicó Sancho, digo, que para mayor abundancia y ſatisfacion, ſería bien que vueſtra merced

ced

ced provaſe á ſalir deſta carcel, que yo me obligo con todo mi poder á facilitarlo, y aun ſacarle della, y provaſe de nuevo á ſubir ſobre ſu buen Rozinante, que tambien parece que va encantado, ſegun va de melancolico, y triſte. Y hecho eſto, provaſemos otra vez la ſuerte de buſcar mas aventuras: y ſino nos ſucedieſe bien, tiempo nos queda para bolvernos á la jaula: en la qual prometo á ley de buen, y leal eſcudero de encerrarme juntamente con vueſtra merced, ſi á caſo fuere vueſtra merced tan deſdichado, ó yo tan ſimple, que no acierte á ſalir con lo que digo. Yo ſoy contento de hacer lo que dices, Sancho hermano, replicó Don Quixote: y quando tu veas coyuntura de poner en obra mi libertad, yo te obedecere en todo y por todo: pero tú, Sancho, verás como te engañas en el conocimiento de mi deſgracia. En eſtas platicas ſe entretuvieron el cavallero andante, y el mal andante eſcudero, haſta que llegaron, donde ya apeados los aguardavan el Cura, el Canonigo, y el Barbero. Deſuncio luego los bueyes de la carreta el boyero, y dexo los andar á ſus anchuras por aquel verde, y apacible ſitio, cuya freſcura combidava á quererla gozar, no á las perſonas tan encantadas como Don Quixote, ſino á los tan advertidos, y diſcretos como ſu eſcudero: el qual rogó al Cura, que permitieſe que ſu ſeñor ſalieſe por un rato de la jaula: porque ſino le dexavan ſalir, no iría tan limpia aquella priſion, como requiría la decencia de un tal cavallero como ſu Amo. Entendióle el Cura, y dixo, que de muy buena gana haría lo que le pedía, ſino temiera, que en viendoſe ſu ſeñor en libertad, avia de hacer de las ſuyas, y irſe donde jamas gentes le vieſen. Y lo fio de la fuga, reſpondió Sancho. Y yo y todo, dixo el Canonigo: y mas ſi él me da la palabra como cavallero, de no apartarſe de noſotros, haſta que ſea nueſtra voluntad. Si doy, reſpondió Don Quixote, que todo lo eſtava eſcuchando, quanto mas, que él que eſtá encantado como

yo, no tiene libertad para hacer de ſu perſona lo que quiſiere: porque él que le encantó le puede hacer, que no ſe mueva de un lugar en tres ſiglos: y ſi huviere huido, le hará bolver en bolandas: y que pues eſto era así, bien podían ſoltarle, y mas ſiendo tan en provecho de todos: y del no ſoltarle les proteſtava que no podia dexar de fatigarles el olfato, ſi de alli no ſe deſviavan. Tomóle la mano el Canonigo, aunque las tenía atadas, y debaxo de ſu buena fé, y palabra, le deſenjaularon, de que él ſe alegró infinito, y en grande manera de verſe fuera de la jaula. Y lo primero que hizo, fue, eſtirarſe todo el cuerpo, y luego ſe fue donde eſtava Rozinante, y dandole dos palmadas en las ancas, dixo: Aun eſpero en Dios, y en ſu bendita Madre, flor, y eſpejo de los cavallos, que preſto nos hemos de ver los dos qual deſeamos: tu con tu ſeñor acueſtas, y yo encima de tí, exercitando el oficio para que Dios me echó al mundo. Y diciendo eſto Don Quixote, ſe apartó con Sancho en remota parte, de donde vinó mas aliviado, y con mas deſeos de poner en obra lo que ſu eſcudero ordenaſe. Miravalo el Canonigo, y admiravaſe de ver la eſtrañeza de ſu grande locura, y de que en quanto hablava, y reſpondia, moſtrava tener boniſimo entendimiento, ſolamente venia á perder los eſtribos, como otras veces ſe ha dicho, en tratandole de cavallerias: y así movido de compaſion, deſpues de averſe ſentado todos en la verde yerva, para eſperar el repueſto del Canonigo, le dixo: Es poſible, ſeñor Hidalgo, que aya podido tanto con vueſtra merced la amarga, y ocioſa letura de los libros de cavallerias, que le ayan buelto el juicio de modo, que venga á creer que va encantado, con otras coſas deſte jaez, tan lejos de ſer verdaderas, como lo eſtá la miſma mentira de la verdad? Y como es poſible que aya entendimiento humano, que ſe dé á entender que ha avido en el mundo aquella infinidad de Amadiſes, y aquella turbamulta de tanto famoſo

moſo cavallero, tanto Emperador de Trapiſonda, tanto Felixmarte de Hircania, tanto palafren, tanta donzella andante, tantas ſierpes, tantos endriagos, tantos Gigantes, tantas inauditas aventuras, tanto genero de encantamento, tantas batallas, tantos deſaforados encuentros, tanta bizarria de trages, tantas Princeſas enamoradas, tantos eſcuderos Condes, tantos enanos gracioſos, tanto billete, tanto requiebro, tantas mugeres valientes: y finalmente, tantas y tan diſparatadas coſas como los libros de cavallerias contienen? De mi ſé decir, que quando los leo, en tanto que no pongo la imaginacion en penſar, que ſon todos mentira, y liviandad, me dan algun contento: pero quando caigo en la cuenta de lo que ſon, doy con el mejor dellos en la pared: y aun diera con el en el fuego, ſi cerca, ó preſente le tuviera, bien como á merecedores de tal pena, por ſer falſos, y embuſteros, y fuera del trato que pide la comun naturaleza, y como á inventores de nuevas ſectas, y de nuevo modo de vida: y como á quien dá ocaſion que el vulgo ignorante venga a creer, y tener por verdaderas tantas necedades como contienen. Y aun tienen tanto atrevimiento, que ſe atreven á turbar los ingenios de los diſcretos, y bien nacidos hidalgos, como ſe echa bien de ver por lo que con vueſtra merced han hecho, pues le han traido á terminos, que ſea forzoſo encerrarle en una jaula, y traerle ſobre un carro de bueyes, como quien trae ó lleva algun leon, ó algun tigre, de lugar en lugar, para ganar con el, dexando que le vean. Ea Señor Don Quixote, duelaſe de ſi miſmo, y reduzgaſe al gremio de la diſcrecion, y ſepa uſar de la mucha que el cielo fue ſervido de darle, empleando el feliciſimo talento de ſu ingenio en otra letura, que redunde en aprovechamiento de ſu conciencia, y en aumento de ſu honra. Y ſi toda via, llevado de ſu natural inclinacion, quiſiere leer libros de hazañas, y de cavallerias, lea en la ſacra Eſcritura

tura el de los Jueces, que alli hallará verdades grandioſas, y hechos tan verdaderos como valientes. Un Viriato tuvo Luſitania, un Ceſar Roma, un Anibal Cartago, un Alexandro Grecia, un Conde Fernan Gonzalez Caſtilla, un Cid Valencia, un Gonzalo Fernandez Andaluzia, un Diego Garcia de Paredes Eſtremadura, un Garci Perez de Vargas Xerez, un Garci Laſſo Toledo, un Don Manuel de Leon Sevilla, cuya lecion de ſus valeroſos hechos, puede entretener, enſeñar, deleitar, y admirar á los mas altos ingenios que los leyeren. Eſta sí ſerá letura digna del buen entendimiento de vueſtra merced, Señor Don Quixote mio, de la qual ſaldrá erudito en la hiſtoria, enamorado de la virtud, enſeñado en la bondad, mejorado en las coſtumbres, valiente ſin temeridad, oſado ſin covardia: y todo eſto para honra de Dios, provecho ſuyo, y fama de la Mancha, do ſegun he ſabido, trae vueſtra merced ſu principio, y origen. Atentiſimamente eſtuvo Don Quixote eſcuchando las razones del Canonigo, y quando vió que ya avia pueſto fin á ellas: deſpues de averle eſtado un buen eſpacio mirando, le dixo: Pareceme, ſeñor hidalgo, que la platica de vueſtra merced ſe ha encaminado á querer darme á entender, que no ha avido cavalleros andantes en el mundo, y que todos los libros de cavallerias ſon falſos, mentiroſos, dañadores, é inutiles para la republica, y que yo he hecho mal en leerlos, y peor en creerlos, y mas mal en imitarlos, aviendome pueſto á ſeguir la duriſima profeſion de la cavalleria andante, que ellos enſeñan, negandome, que no ha avido en el mundo Amadiſes, ni de Gaula, ni de Grecia, ni todos los otros cavalleros de que las eſcrituras eſtan llenas? Todo es al pie de la letra, como vueſtra merced lo va relatando, dixo á eſta ſazon el Canonigo. A lo qual reſpondió Don Quixote: Añadió tambien vueſtra merced, diciendo, que me avian hecho mucho daño tales libros, pues me avian buelto el juicio, y pueſtome

en una jaula, y que me ſería mejor hacer la enmienda, y mudar de letura, leyendo otros mas verdaderos, y que mejor deleitan, y enſeñan. Así es, dixo el Canonigo. Pues yo, replicó Don Quixote, hallo por mi cuenta, que el ſin juicio, y el encantado, es vueſtra merced, pues ſe ha pueſto á decir tantas blasfemias contra una coſa tan recebida en el mundo, y tenida por tan verdadera, que él que la negaſe, como vueſtra merced la niega, merecia la miſma pena, que vueſtra merced dice que dá á los libros, quando los lee, y le enfadan. Porque querer dar á entender á nadie, que Amadis no fue en el mundo, ni todos los otros cavalleros aventureros, de que eſtan colmadas las hiſtorias, ſerá querer perſuadir, que el Sol no alumbra, ni el yelo enfria, ni la tierra ſuſtenta: porque que ingenio puede aver en el mundo, que pueda perſuadir á otro, que no fue verdad lo de la Infanta Floripes, y Guy de Borgoña: y lo de Fierabras, con la puente de Mantible, que ſucedió en el tiempo de Carlo Magno, que voto á tal, que es tanta verdad, como es aora de dia? Y ſi es mentira, tambien lo deve de ſer, que no huvo Hector, ni Aquiles, ni la guerra de Troya, ni los doce Pares de Francia, ni el Rey Artus de Inglaterra, que anda haſta aora convertido en cuervo, y le eſperan en ſu Reino por momentos. Y tambien ſe atreverán á decir, que es mentiroſa la hiſtoria de Guarino Mezquino, y la de la demanda del ſanto Grial, y que ſon apocrifos los amores de Don Triſtan, y la Reina Iſeo, como los de Ginebra, y Lanzarote, aviendo perſonas que caſi ſe acuerdan de aver viſto á la Dueña Quintañona, que fue la mejor eſcanciadora de vino que tuvo la gran Bretaña: y es eſto tan así, que me acuerdo yo que me decia una mi aguela, de partes de mi padre, quando veya alguna dueña con tocas reverendas: Aquella, nieto, ſe parece á la Dueña Quintañona, de donde arguyo yo, que la devió de

conocer

conocer ella, ó por lo menos, devió de alcanzar á ver algun retrato ſuyo. Pues quien podra negar, no ſer verdadera la hiſtoria de Pierres, y la linda Magalona, pues aun haſta oy dia ſe vee en la armeria de los Reyes la clavija con que bolvia el cavallo de madera, ſobre quien iva el valiente Pierres por los aires, que es un poco mayor que un timon de carreta: y junto á la clavija eſtá la ſilla de Babieca. Y en Ronceſvalles eſtá el Cuerno de Roldan, tamaño como una grande viga: de doñde ſe infiere, que huvo doce Pares, que huvo Pierres, que huvo Cides, y otros cavalleros ſemejantes, deſtos que dicen las gentes, que a ſus aventuras van. Sino diganme tambien, que no es verdad qué fue Cavallero andante el valiente Luſitano Juan de Merlo, que fue á Borgoña, y ſe combatió en la Ciudad de Ras, con el famoſo ſeñor de Charni, llamado Moſen Pierres, y deſpues en la Ciudad de Baſilea con Moſen Enrique de Remeſtan, ſaliendo de entrambas empreſas vencedor, y lleno de honroſa fama. Y las aventuras, y deſafios, que tambien acabaron en Borgoña los valientes Eſpañoles, Pedro Barba, y Gutierre Quixada (de cuya alcurnia yo deciendo por linea recta de varon) venciendo á los hijos del Conde de San Polo. Nieguenme asímiſmo que no fue á buſcar las aventuras á Alemania Don Fernando de Guevara, donde ſe combatió con Micer Jorge, cavallero de la caſa del Duque de Auſtria. Digan que fueron burla las juſtas de Suero de Quiñones del paſo: las empreſas de Moſen Luys de Falſes, contra Don Gonzalo de Guzman, cavallero Caſtellano, con otras muchas hazañas hechas por cavalleros Chriſtianos, deſtos, y de los Reinos eſtrangeros, tan autenticas y verdaderas, que torno á decir, que él que las negaſe, carecería de toda razon, y buen diſcurſo. Admirado quedó el Canonigo, de oir la mezcla que Don Quixote hacía de verdades, y mentiras, y de ver la noticia que tenía de todas aquellas coſas, tocantes, y

concer-

concernientes á los hechos de ſu andante cavalleria, y así le reſpondió: No puedo yo negar, Señor Don Quixote, que no ſea verdad algo de lo que vueſtra merced ha dicho, eſpecialmente en lo que toca á los cavalleros andantes Eſpañoles: y así miſmo quiero conceder, que huvo doce Pares de Francia, pero no quiero creer, que hicieron todas aquellas coſas que el Arzobiſpo Turpin dellos eſcrive: porque la verdad dello es, que fueron cavalleros eſcogidos por los Reyes de Francia, á quien llamaron Pares, por ſer todos iguales en valor, en calidad, y en valentia, alomenos ſino lo eran, era razon que lo fueſen, y era como una Religion de las que aora ſe uſan, de Santiago, ó de Calatrava, que ſe preſupone que los que la profeſan, han de ſer, ó deven ſer cavalleros valeroſos, valientes, y bien nacidos: y como aora dicen cavallero de ſan Juan, ó de Alcantara, decian en aquel tiempo: Cavallero de los doce Pares, porque no fueron doce iguales los que para eſta religion militar ſe eſcogieron. En lo de que huvo Cid, no ay duda, ni menos Bernardo del Carpio, pero de que hicieron las hazañas que dicen, creo que la ay muy grande. En lo otro de la clavija, que vueſtra merced dice del Conde Pierres, y que eſtá junto á la ſilla de Babieca en la armeria de los Reyes, confieſo mi pecado, que ſoy tan ignorante, ó tan corto de viſta, que aunque he viſto la ſilla, no he echado de ver la clavija, y mas ſiendo tan grande como vueſtra merced ha dicho. Pues alli eſtá ſin duda alguna, replicó Don Quixote, y por mas ſeñas dicen que eſtá metida en una funda de vaqueta, porque no ſe tome de moho. Todo puede ſer, reſpondió el Canonigo, pero por las ordenes que recebí, que no me acuerdo averla viſto: mas pueſto que conceda que eſtá alli, no por eſo me obligo á creer las hiſtorias de tantos Amadiſes, ni las de tanta turbamulta de cavalleros como por ay nos cuentan: ni es razon, que un

hombre como vueſtra merced, tan honrado, y de tan buenas partes, y dotado de tan buen entendimiento, ſe dé á entender, que ſon verdaderas tantas, y tan eſtrañas locuras, como las que eſtan eſcritas en los diſparatados libros de cavallerias.

Cap. L. De las diſcretas altercaciones que Don Quixote, y el Canonigo tuvieron, con otros ſuceſos.

BUeno eſtá eſo, reſpondió Don Quixote, los libros que eſtan impreſos con licencia de los Reyes, y con aprobacion de aquellos á quien ſe remitieron, y que con guſto general ſon leidos, y celebrados de los grandes y de los chicos: de los pobres, y de los ricos: de los letrados, é ignorantes: de los plebeyos, y cavalleros: finalmente, de todo genero de perſonas, de qualquier eſtado y condicion que ſean, avian de ſer mentira, y mas llevando tanta apariencia de verdad, pues nos cuentan el padre, la madre, la patria, los parientes, la edad, el lugar, y las hazañas, punto por punto, y dia por dia, que el tal cavallero hizo, ó cavalleros hicieron. Calle vueſtra merced, no diga tal blasfemia, y creame, que le aconſejo en eſto lo que deve de hacer, como diſcreto, ſino lealos, y verá el guſto que recibe de ſu leyenda. Sino digame, ay mayor contento, que ver, como ſi dixeſemos, aquí aora ſe mueſtra delante de noſotros un gran lago de pez, hirviendo á borvollones, y que andan nadando, y cruzando por el muchas ſerpientes, culebras, y lagartos, y otros muchos generos de animales feroces, y eſpantables, y que del medio del lago ſale una voz triſtiſima que dice: Tu cavallero, quien quiera que ſeas, que el temeroſo lago eſtas mirando, ſi quieres alcanzar el bien que debaxo deſ-

tas

tas negras aguas se encubre, mueſtra el valor de tu fuerte pecho, y arrojate en mitad de ſu negro y encendido licor, porque ſi así no lo haces, no ſerás digno de ver las altas maravillas que en sí encierran, y contienen los ſiete caſtillos de las ſiete Fadas, que debaxo deſta negregura yacen: y que á penas el cavallero no ha acabado de oir la voz temeroſa, quando ſin entrar mas en cuentas conſigo, ſin ponerſe á conſiderar el peligro á que ſe pone, y aun ſin deſpojarſe de la peſadumbre de ſus fuertes armas, encomendandoſe á Dios, y á ſu ſeñora, ſe arroja en mitad del bullente lago: y quando no ſe cata, ni ſabe donde ha de parar, ſe halla entre unos floridos campos, con quien los Eliſeos no tienen que ver en ninguna coſa. Alli le parece que el cielo es mas tranſparente, y que el Sol luce con claridad mas nueva. Ofreceſele á los ojos una apacible floreſta de tan verdes, y frondoſos arboles compueſta, que alegra á la viſta ſu verdura, y entretiene los oidos el dulce, y no aprendido canto de los pequeños, infinitos, y pintados paxarillos, que por los intricados ramos van cruzando. Aquí deſcubre un arroyuelo, cuyas freſcas aguas, que liquidos criſtales parecen, corren ſobre menudas arenas, y blancas pedrezuelas, que oro cernido, y puras perlas ſemejan. Aculla vee una arcificio fuente de jaſpe variado, y de liſo marmol compueſta. Aca vee otra á lo bruteſco ordenada, adonde las menudas conchas de las almejas, con las torcidas caſas blancas, y amarillas del caracol, pueſtas con orden deſordenada, mezclados entre ellas pedazos de criſtal luciente, y de contrahechas eſmeraldas, hacen una variada labor, de manera, que el arte imitando á la naturaleza, parece que alli la vence. Aculla de improviſo, ſe le deſcubre un fuerte caſtillo, ó viſtoſo alcazar, cuyas murallas ſon de mazizo oro, las almenas de diamantes, las puertas de jacintos: finalmente, el es de tan admirable compoſtura, que con ſer la materia de que eſta formado, no menos

que de diamantes, de carbuncos, de rubies, de perlas, de oro, y de eſmeraldas, es de mas eſtimacion ſu hechura? Y ay mas que ver, deſpues de aver viſto eſto, que ver ſalir por la puerta del caſtillo un buen numero de donzellas, cuyos galanos y viſtoſos trages, ſi yo me puſieſe aora á decirlos, como las hiſtorias nos los cuentan, ſería nunca acabar? y tomar luego la que parecia principal de todas por la mano al atrevido cavallero, que ſe arrojó en el ferviente lago, y llevarle, ſin hablarle palabra, dentro del rico alcazar, ó caſtillo, y hacerle deſnudar, como ſu madre le parió, y bañarle con templadas aguas, y luego untarle todo con oloroſos unguentos, y veſtirle una camiſa de cendal delgadiſimo, toda oloroſa, y perfumada: y acudir otra donzella, y echarle un manton ſobre los ombros, que por lo menos, menos, dicen que ſuele valer una ciudad, y aun mas? Que es ver pues, quando nos cuentan que tras todo eſto le llevan á otra ſala, donde halla pueſtas las meſas, con tanto concierto, que queda ſuſpenſo, y admirado? Que el verle echar agua á manos, toda de ambar, y de oloroſas flores diſtilada? Que el hacerle ſentar ſobre una ſilla de marfil? Que verle ſervir todas las donzellas, guardando un maravilloſo ſilencio? Que el traerle tanta diferencia de manjares, tan ſabroſamente guiſados, que no ſabe el apetito á qual deva de alargar la mano? Qual ſerá oir la muſica, que en tanto que come, ſuena, ſin ſaberſe quien la canta, ni adonde ſuena? Y deſpues de la comida acabada, y las meſas alzadas, quedarſe el cavallero recoſtado ſobre la ſilla, y quiza mondandoſe los dientes, como es coſtumbre, entrar á deſhora por la puerta de la ſala otra mucho mas hermoſa donzella, que ninguna de las primeras, y ſentarſe al lado del cavallero, y comenzar á darle cuenta, de que caſtillo es aquel, y de como ella eſtá encantada en el, con otras coſas, que ſuſpenden al cavallero, y admiran á los leyentes que van leyendo ſu hiſtoria?

toria? No quiero alargarme mas en eſto, pues dello ſe puede colegir, que qualquiera parte que ſe lea de qualquiera hiſtoria de cavallero andante, ha de cauſar guſto, y maravilla á qualquiera que la leyere. Y vueſtra merced creame, y como otra vez le he dicho, lea eſtos libros, y verá como le deſtierran la melancolia que tuviere, y le mejoran la condicion, ſi á caſo la tiene mala. De mí ſe decir, que deſpues que ſoy cavallero andante, ſoy valiente, comedido, liberal, bien criado, generoſo, cortés, atrevido, blando, paciente, ſufridor de trabajos, de priſiones, de encantos: y aunque ha tan poco que me vi encerrado en una jaula como loco, pienſo por el valor de mi brazo, favoreciendome el cielo, y no me ſiendo contraria la fortuna, en pocos dias verme Rey de algun Reino, á donde pueda moſtrar el agradecimiento, y liberalidad que mi pecho encierra: que mia fe, ſeñor, el pobre eſtá inabilitado de poder moſtrar la virtud de liberalidad con ninguno, aunque en ſumo grado la poſea: y el agradecimiento, que ſolo conſiſte en el deſeo, es coſa muerta, como es muerta la fé ſin obras. Por eſto querria que la fortuna me ofrecieſe preſto alguna ocaſion, donde me hicieſe Emperador, por moſtrar mi pecho, haciendo bien á mis amigos, eſpecialmente á eſte pobre de Sancho Panza, mi eſcudero, que es el mejor hombre del mundo, y querria darle un Condado, que le tengo muchos dias ha prometido, ſino que temo, que no ha de tener abilidad para governar ſu eſtado. Caſi eſtas ultimas palabras oyó Sancho á ſu Amo, á quien dixo: Trabaje vueſtra merced, Señor Don Quixote, en darme eſe Condado, tan prometido de vueſtra merced, como de mí eſperado, que yo le prometo, que no me falte a mí abilidad para governarle: y quando me faltare, yo he oido decir, que ay hombres en el mundo, que toman en arrendamiento los eſtados de los ſeñores, y les dan un tanto cada año, y ellos ſe tienen cuidado del govierno, y el ſeñor ſe eſtá á

pierna

pierna tendida, gozando de la renta que le dan, ſin curarſe de otra coſa: y así hare yo, y no reparare en tanto mas quanto, ſino que luego me deſiſtiré de todo, y me gozaré mi renta, como un Duque, y allá ſe lo ayan. Eſo, hermano Sancho, dixo el Canonigo, entiendeſe en quanto al gozar la renta, empero al adminiſtrar juſticia, ha de entender el ſeñor del eſtado, y aquí entra la abilidad, y buen juicio, y principalmente la buena intencion de acertar, que ſi eſta falta en los principios, ſiempre iran errados los medios, y los fines: y así ſuele Dios ayudar al buen deſeo del ſimple, como desfavorecer al malo del diſcreto. No ſé eſas filoſofias, reſpondió Sancho Panza, mas ſolo ſé que tan preſto tuvieſe yo el Condado, como ſabría regirle, que tanta alma tengo yo comó otro, y tanto cuerpo como el que mas, y tan Rey ſería yo de mi eſtado como cada uno del ſuyo: y ſiendolo, ¿haría lo que quiſieſe: y haciendo lo que quiſieſe, haría mi guſto: y haciendo mi guſto, eſtaría contento: y en eſtando uno contento, no tiene mas que deſear: y no teniendo mas que deſear, acabóſe, y el eſtado venga, y á Dios, y veamonos, como dixo un ciego á otro. No ſon malas filoſofias eſas, como tu dices, Sancho, dixo el Canonigo, pero con todo eſo ay mucho que decir ſobre eſta materia de Condados. A lo qual replicó Don Quixote: Yo no ſé que aya que decir, ſolo me guio por muchos, y diverſos exemplos que podria traer á eſte propoſito de cavalleros de mi profeſion, que correſpondiendo á los leales, y ſeñalados ſervicios que de ſus eſcuderos avian recebido, les hicieron notables mercedes, haciendoles ſeñores abſolutos de ciudades, y inſulas: y qual huvo que llegaron ſus merecimientos á tanto grado, que tuvo humos de hacerſe Rey. Pero para que gaſto tiempo en eſto, ofreciendome un tan inſigne exemplo el grande, y nunca bien alabado Amadis de Gaula, que hizo á ſu eſcudero Conde de la Inſula Firme, y así puedo yo ſin eſcrupulo de conciencia, hacer Conde á Sancho Panza, que

es

es uno de los mejores eſcuderos que cavallero andante ha tenido? Admirado quedó el Canonigo de los concertados diſparates, (ſi diſparates ſufren concierto) que Don Quixote avia dicho, del modo con que avia pintado la aventura del cavallero del Lago, de la impreſion que en él avian hecho las penſadas mentiras de los libros que avia leido: y finalmente le admirava la necedad de Sancho, que con tanto ahinco deſeava alcanzar el Condado que ſu Amo le avia prometido. Ya en eſto bolvian los criados del Canonigo, que á la venta avian ido por la azemila del repueſto, y haciendo meſa de una alhombra, y de la verde yerva del prado, a la ſombra de unos arboles ſe ſentaron, y comieron alli, porque el boyero no perdieſe la comodidad de aquel ſitio, como queda dicho. Y eſtando comiendo, á deſhora oyeron un recio eſtruendo, y un ſon de eſquila, que por entre unas zarzas, y eſpeſas matas que alli junto eſtavan, ſonava, y al miſmo inſtante vieron ſalir de entre aquellas malezas una hermoſa cabra, toda la piel manchada de negro, blanco, y pardo. Tras ella venia un cabrero dandole voces, y diciendole palabras á ſu uſo, para que ſe detuvieſe, ó al rebaño bolvieſe. La fugitiva cabra temeroſa, y deſpavorida, ſe vinó á la gente, como á favorecerſe della, y alli ſe detuvo: Llegó el cabrero, y aſiendola de los cuernos, como ſi fuera capaz de diſcurſo, y entendimiento, le dixo: Ha cerrera, cerrera, manchada, manchada, y como andays vos eſtos dias de pie coxo? que lobos os eſpantan, hija? No me direys que es eſto, hermoſa? Mas que puede ſer, ſino que ſoys hembra, y no podeys eſtar ſoſegada, que mal aya vueſtra condicion, y la de todas aquellas á quien imitays. Bolved, bolved amiga, que ſino tan contenta, alomenos eſtareys ſegura en vueſtro apriſco, ó con vueſtras compañeras: que ſi vos que las aveys de guardar, y encaminar, andays tan ſin guia, y tan deſcaminada, en que podrán parar ellas? Contento dieron las palabras del cabrero

brero á los que las oyeron, eſpecialmente al Canonigo, que le dixo: Por vida vueſtra, hermano, que os ſoſegueys un poco, y no os acucieys en bolver tan preſto eſa cabra á ſu rebaño, que pues ella es hembra, como vos decis, ha de ſeguir ſu natural diſtinto, por mas que vos os pongays á eſtorvarlo. Tomad eſte bocado, y beved una vez, con que templareys la colera, y en tanto deſcanſará la cabra. Y el decir eſto, y el darle con la punta del cuchillo los lomos de un conejo fiambre todo fue uno. Tomólo, y agradeciólo el cabrero: bevió, y ſoſegóſe, y luego dixo: No querria que por aver yo hablado con eſta alimaña tan en ſeſo, me tuvieſen vueſtras mercedes por hombre ſimple, que en verdad que no carecen de miſterio las palabras que le dixe. Ruſtico ſoy, pero no tanto, que no entienda como ſe ha de tratar con los hombres, y con las beſtias. Eſo creo yo muy bien, dixo el Cura, que ya yo ſé de experiencia, que los montes crian letrados, y las cabañas de los paſtores encierran filoſofos. Alomenos, ſeñor, replicó el cabrero, acogen hombres eſcarmentados: y para que creays eſta verdad, y la toqueys con la mano, aunque parezca que ſin ſer rogado me combido, ſino os enfadays dello, y quereys, ſeñores, un breve eſpacio preſtarme oido atento, os contaré una verdad, que acredite lo que eſe ſeñor (ſeñalando al Cura) ha dicho, y la mia. A eſto reſpondió Don Quixote: Por ver que tiene eſte caſo un no ſé que de ſombra de aventura de cavalleria, yo por mi parte os oiré, hermano, de muy buena gana, y así lo haran todos eſtos ſeñores, por lo mucho que tienen de diſcretos, y de ſer amigos de curioſas novedades, que ſuſpendan, alegren, y entretengan los ſentidos, como ſin duda pienſo que le ha de hacer vueſtro cuento. Comenzad pues, amigo, que todos eſcucharemos. Saco la mia, dixo Sancho, que yo á aquel arroyo me voy con eſta empanada, donde pienſo hartarme por tres dias, porque he oido decir á mi

Señor

Señor Don Quixote, que el eſcudero de cavallero andante ha de comer, quando ſe le ofreciere, haſta no poder mas, á cauſa que ſe les ſuele ofrecer entrar á caſo por una ſelva tan intricada, que no aciertan á ſalir della en ſeys dias, y ſi el hombre no va harto, ó bien proveidas las alforjas, alli ſe podrá quedar, como muchas veces ſe queda, hecho carne momia. Tu eſtás en lo cierto, Sancho, dixo Don Quixote, vete á donde quiſieres, y come lo que pudieres, que yo ya eſtoy ſatifecho, y ſolo me falta dar al alma ſu refacion, como ſe la daré eſcuchando el cuento deſte buen hombre. Aſi la daremos todos á las nueſtras, dixo el Canonigo: y luego rogó al cabrero, que dieſe principio á lo que prometido avia. El cabrero dió dos palmadas ſobre el lomo á la cabra que por los cuernos tenía, diciendole: Recueſtate junto a mí, manchada, que tiempo nos queda para bolver á nueſtro apero. Parece que lo entendió la cabra, porque en ſentandoſe ſu dueño, ſe tendió ella junto á él, con mucho ſoſiego, y mirandole al roſtro dava á entender, que eſtava atenta á lo que el cabrero iva diciendo: el qual comenzó ſu hiſtoria deſta manera.

Cap. LI. Que trata de lo que contó el cabrero á todos los que llevavan á Don Quixote.

TRES Leguas deſte valle eſtá una aldea, que aunque pequeña, es de las mas ricas que ay en todos eſtos contornos, en la qual avia un labrador muy honrado, y tanto, que aunque es anexo al ſer rico el ſer honrado, mas lo era él por la virtud que tenía, que por la riqueza que alcanzava: mas lo que le hacía mas dichoſo, ſegun él decia, era tener una hija de tan eſtremada hermoſura, rara

diſcrecion, donayre, y virtud, que él que la conocia, y la mirava, ſe admirava de ver las eſtremadas partes con que el cielo, y la naturaleza la avian enriquecido. Siendo niña fue hermoſa, y ſiempre fue creciendo en belleza, y en la edad de diez y ſeys años fue hermoſiſima. La fama de ſu belleza ſe comenzo á eſtender por todas las circunvecinas aldeas: que digo yo, por las circunvecinas no mas, ſi ſe eſtendió á las apartadas ciudades, y aun ſe entró por las ſalas de los Reyes, y por los oidos de todo genero de gente, que como á coſa rara, ó como á imagen de milagros, de todas partes á ver la venian. Guardavala ſu padre, y guardavaſe ella, que no ay candados, guardas, ni cerraduras, que mejor guarden á una donzella, que las del recato propio: la riqueza del padre, y la belleza de la hija movieron á muchos, así del pueblo, como foraſteros, á que por muger ſe la pidieſen: mas él, como á quien tocava diſponer de tan rica joya, andava confuſo ſin ſaber determinarſe, á quien la entregaría de los infinitos que le importunavan; y entre los muchos que tan buen deſeo tenían fuy yo uno, á quien dieron muchas, y grandes eſperanzas de buen ſuceſo, conocer que el padre conocia quien yo era, el ſer natural del miſmo pueblo, limpio en ſangre, en la edad floreciente, en la hacienda muy rico, y en el ingenio no menos acabado: con todas eſtas miſmas partes, la pidió tambien otro del miſmo pueblo, que fue cauſa de ſuſpender, y poner en balanza la voluntad del padre á quien parecia, que con qualquiera de noſotros eſtava ſu hija bien empleada: y por ſalir deſta confuſion determinó decirſelo á Leandra, que así ſe llama la rica, que en miſeria me tiene pueſto, advirtiendo, que pues los dos eramos iguales, era bien dexar á la voluntad de ſu querida hija el eſcoger á ſu guſto, coſa digna de imitar de todos los padres que á ſus hijos quieren poner en eſtado. No digo yo que los dexen eſcoger en coſas ruines, y malas, ſino que ſe las propon-

propongan buenas, y de las buenas que eſcojan á ſu guſto: no ſé yo el que tuvo Leandra, ſolo ſé que el padre nos entretuvo á entrambos con la poca edad de ſu hija, y con palabras generales, que ni le obligavan, ni nos deſobligavan tampoco. Llamaſe mi competidor Anſelmo, y yo Eugenio, porque vayas con noticia de los nombres de las perſonas, que en eſta tragedia ſe contienen, cuyo fin aun eſtá pendiente: pero bien ſe dexa entender que ha de ſer deſaſtrado. En eſta ſazon vinó á nueſtro pueblo un Vicente de la Roca, hijo de un pobre labrador del miſmo lugar: el qual Vicente venia de las Italias, y de otras diverſas partes de ſer ſoldado, llevóle de nueſtro lugar, ſiendo muchacho de haſta doce años, un Capitan, que con ſu compañia por alli acertó á paſar, y bolvió el mozo de allí á otros doce, veſtido á la ſoldadeſca, pintado con mil colores, lleno de mil dixes de criſtal, y ſutiles cadenas de azero: oy ſe ponia una gala, y mañana otra: pero todas ſutiles, pintadas, de poco peſo, y menos tomo: la gente labradora, que de ſuyo es malicioſa, y dandole el ocio lugar, es la miſma malicia, lo notó, y contó punto por punto ſus galas, y preſeas, y halló que los veſtidos eran tres de diferentes colores, con ſus ligas, y medias, pero él hacía tantos guiſados, é invenciones dellas, que ſi no ſe los contaran huviera quien jurara que avia hecho mueſtras de mas de diez pares de veſtidos, y de mas de veinte plumas. Y no parezca impertinencia, y demaſia eſto que de los veſtidos voy contando, porque ellos hacen una buena parte en eſta hiſtoria. Sentavaſe en un poyo que debaxo de un gran alamo eſtá en nueſtra plaza, y alli nos tenía á todos la boca abierta, pendientes de las hazañas que nos iva contando: no avia tierra en todo el Orbe que no huvieſe viſto, ni batalla donde no ſe huvieſe hallado: avia muerto mas Moros que tiene Marruecos, y Tunez, y entrado en mas ſingulares deſafios, ſegun él decia, que Gante, y Luna, Diego Garcia de Pare-

des, y otros mil que nombrava, y de todos avia ſalido con vitoria, ſin que le huvieſen derramado una ſola gota de ſangre: por otra parte moſtrava ſeñales de heridas, que aunque no ſe diviſavan, nos hacía entender que eran arcabuzazos dados en diferentes rencuentros, y faciones: finalmente con una no viſta arrogancia llamava de vos á ſus iguales, y á los miſmos que le conocian, y decia, que ſu padre era ſu brazo, ſu linage ſus obras, y que debaxo de ſer ſoldado, al miſmo Rey no devia nada. Añadióſele á eſtas arrogancias ſer un poco muſico, y tocar una guitarra á lo raſgado, de manera que decian algunos que la hacía hablar: pero no pararon aquí ſus gracias, que tambien la tenía de Poeta, y así de cada niñeria que paſava en el pueblo, componia un romance de legua, y media de eſcritura. Eſte ſoldado, pues que aquí he pintado, eſte Vicente de la Roca, eſte bravo, eſte galan, eſte muſico, eſte Poeta, fue viſto, y mirado muchas veces de Leandra deſde una ventana de ſu caſa que tenía la viſta á la plaza, enamoróla el oropel de ſus viſtoſos trages: encantaronla ſus romances, que de cada uno que componia dava veinte traſlados: llegaron á ſus oidos las hazañas que él de sí miſmo avia referidó: y finalmente, que así el diablo lo devia de tener ordenado, ella ſe vinó á enamorar dél antes que en él nacieſe preſuncion de ſolicitarla: y como en los caſos de amor no ay ninguno que con mas facilidad ſe cumpla, que aquel que tiene de ſu parte el deſeo de la dama, con facilidad ſe concertaron Leandra, y Vicente, y primero que alguno de ſus muchos pretendientes cayeſe en la cuenta de ſu deſeo, ya ella tenía le cumplido, aviendo dexado la caſa de ſu querido, y amado padre, (que madre no la tiene) y auſentadoſe de la aldea con el ſoldado, que ſalió con mas triunfo deſta empreſa, que de todas las muchas, que él ſe aplicava. Admiró el ſuceſo á toda la aldea, y aun á todos los que del noticia tuvieron: yo quedé ſuſpenſo,

penſo, Anſelmo atonito, el padre triſte, ſus parientes afrentados, ſolicita la juſticia, los quadrilleros liſtos, tomaronſe los caminos, eſcudriñaronſe los boſques, y quanto avia, y al cabo de tres dias hallaron á la antojadiza Leandra en una cueva de un monte, deſnuda en camiſa, ſin muchos dineros, y precioſiſimas joyas que de ſu caſa avia ſacado: bolvieronla á la preſencia del laſtimado padre, preguntaronle ſu deſgracia, confeſó ſin apremio que Vicente de la Roca la avia engañado, y debaxo de ſu palabra de ſer ſu eſpoſo la perſuadió que dexaſe la caſa de ſu padre, que él la llevaría á la mas rica, y mas vicioſa ciudad que avia en todo el univerſo mundo, que era Napoles, y que ella mal advertida, y peor engañada le avia creido: y robando á ſu padre, ſe le entregó la miſma noche que avia faltado, y que él la llevó á un aſpero monte, y la encerró en aquella cueva, donde la avian hallado: contó tambien como el ſoldado, ſin quitarle ſu honor, le robó quanto tenía, y la dexó en aquella cueva, y ſe fue: ſuceſo que de nuevo puſo admiracion á todos. Dificil, ſeñor, ſe hizo de creer la continencia del mozo, pero ella lo afirmó con tantas veras, que fueron parte para que el deſconſolado padre ſe conſolaſe, no haciendo cuenta de las riquezas que le llevavan, pues le avian dexado á ſu hija con la joya, que ſi una vez ſe pierde no dexa eſperanza de que jamas ſe cobre. El miſmo dia que pareció Leandra, la deſpareció ſu padre de nueſtros ojos, y la llevó á encerrar en un monaſterio de una villa que eſtá aquí cerca, eſperando que el tiempo gaſte alguna parte de la mala opinion en que ſu hija ſe puſo. Los pocos años de Leandra ſirvieron de diſculpa de ſu culpa, alomenos con aquellos que no les iva algun interes en que ella fueſe mala, ó buena: pero los, que conocían ſu diſcrecion, y mucho entendimiento, no atribuyeron á ignorancia ſu pecado, ſino á ſu deſemboltura, y á la natural inclinacion de las mugeres, que por la mayor parte ſuele ſer deſatinada, y mal

compueſta.

compueſta. Encerrada Leandra, quedaron los ojos de Anſelmo ciegos, alomenos ſin tener coſa que mirar que contento le dieſe: los mios en tinieblas ſin luz que á ninguna coſa de guſto les encaminaſe: con la auſencia de Leandra crecia nueſtra triſteza, apocavaſe nueſtra paciencia, maldeciamos las galas del ſoldado, y abominavamos del poco recato del padre de Leandra: finalmente Anſelmo, y yo nos concertamos de dexar el aldea, y venirnos á eſte valle, donde él apacentando una gran cantidad de ovejas ſuyas propias, y yo un numeroſo rebaño de cabras tambien mias, paſamos la vida entre los arboles, dando vado á nueſtras paſiones, ó cantando juntos alabanzas, ó vituperios de la hermoſa Leandra, ó ſuſpirando ſolos, y á ſolas comunicando con el cielo nueſtras querellas. A imitacion nueſtra, otros muchos de los pretendientes de Leandra ſe han venido á eſtos aſperos montes, uſando el miſmo exercicio nueſtro, y ſon tantos que parece que eſte ſitio ſe ha convertido en la paſtoral Arcadia, ſegun eſtá colmado de paſtores y de apriſcos, y no ay parte en el donde no ſe oiga el nombre de la hermoſa Leandra: eſte la maldice, y la llama antojadiza, varia, y deſhoneſta: aquel la condena por facil, y ligera: tal la abſuelve, y perdona, y tal la juſtifica, y vitupera: uno celebra ſu hermoſura, otro reniega de ſu condicion, y en fin todos la deſhonran, y todos la adoran, y de todos ſe eſtiende á tanto la locura, que ay quien ſe quexe de deſden, ſin averla jamas hablado, y aun quien ſe lamente, y ſienta la rabioſa enfermedad delos zelos, que ella jamas dió á nadie: porque, como ya tengo dicho, antes ſe ſupo ſu pecado que ſu deſeo: no ay hueco de peña, ni margen de arroyo, ni ſombra de arbol, que no eſté ocupada de algun paſtor, que ſus deſventuras á los aires cuente; el Eco repite el nombre de Leandra donde quiera que pueda formarſe: Leandra reſuenan los montes: Leandra murmuran los arroyos, y Leandra nos tiene á todos ſuſpenſos, y encantados, eſperando ſin eſperanza, y temi-

y temiendo ſin ſaber de que tememos. Entre eſtos diſparatados, él que mueſtra que menos, y mas juicio tiene, es mi competidor Anſelmo, el qual teniendo tantas otras coſas de que quexarſe, ſolo ſe quexa de auſencia, y al ſon de un rabel que admirablemente toca, con verſos, donde mueſtra ſu buen entendimiento, cantando ſe quexa: yo ſigo otro camino mas facil, y á mi parecer el mas acertado, que es decir mal de la ligereza de las mugeres, de ſu inconſtancia, de ſu doble trato, de ſus promeſas muertas, de ſu fe rompida: y finalmente del poco diſcurſo, que tienen en ſaber colocar ſus penſamientos, é intenciones: y eſta fue la ocaſion, ſeñores, de las palabras, y razones que dixe á eſta cabra, quando aquí llegué, que por ſer hembra la tengo en poco, aunque es la mejor de todo mi apero. Eſta es la hiſtoria que prometí contaros, ſi he ſido en el contarla prolixo, no ſeré en ſervicios corto, cerca de aquí tengo mi maxada, y en ella tengo freſca leche, y muy ſabroſisimo queſo, con otras varias, y ſazonadas frutas, no menos á la viſta que al guſto agradables.

Cap. LII. De la pendencia que Don Quixote tuvo con el cabrero, con la rara aventura de los Diciplinantes, á quien dió felice fin á coſta de ſu ſudor.

GEneral Guſto cauſó el cuento del cabrero á todos los que eſcuchado le avian, eſpecialmente le recibió el Canonigo, que con eſtraña curioſidad notó la manera con que le avia contado, tan lexos de parecer ruſtico cabrero, quan cerca de moſtrarſe diſcreto corteſano: y así dixo, que avia dicho muy bien el Cura en decir, que los montes criavan letrados: todos ſe ofrecieron á Eugenio,

genio, pero él que mas ſe moſtró liberal en eſto, fue Don Quixote, que le dixo: Porcierto, hermano cabrero, que ſi yo me hallara poſibilitado de poder comenzar alguna aventura, que luego, luego me puſiera en camino, porque vos la tuvierades buena, que yo ſacara del monaſterio (donde ſin duda alguna deve de eſtar contra ſu voluntad) á Leandra, á peſar del Abadeſa, y de quantos quiſieran eſtorvarlo, y os la puſiera en vueſtras manos, para que hicierades della á toda vueſtra voluntad, y talante, guardando pero las leyes de la cavalleria, que mandan que á ninguna donzella ſe le ſea fecho deſaguiſado alguno: aunque yo eſpero en Dios nueſtro Señor, que no ha de poder tanto la fuerza de un encantador malicioſo, que no pueda mas la de otro encantador mejor intencionado, y para entonces os prometo mi favor, y ayuda, como me obliga mi prófeſion, que no es otra, ſino de favorecer á los deſvalidos, y meneſteroſos. Miróle el cabrero, y como vió á Don Quixote de tan mal pelage, y catadura, admiróſe, y preguntó al Barbero, que cerca de sí tenía: Señor quien es eſte hombre que tal talle tiene, y de tal manera habla? Quien ha de ſer, reſpondió el Barbero, ſino el famoſo Don Quixote de la Mancha, desfacedor de agravios, enderezador de tuertos, el amparo de las donzellas, el aſombro de los gigantes, y el vencedor de las batallas. Eſo me ſemeja, reſpondió el cabrero, á lo que ſe lee en los libros de cavalleros andantes, que hacían todo eſo que de eſte hombre vueſtra merced dice: pueſto que para mí tengo, ó que vueſtra merced ſe burla, ó que eſte gentil hombre devē de tener vacios los apoſentos de la cabeza. Soys un grandiſimo vellaco, dixo á eſta ſazon Don Quixote, y vos ſoys el vacio, y el menguado, que yo eſtoy mas lleno que jamas lo eſtuvo la muy hideputa, puta que os parió, y diciendo, y hablando arrebató de un pan que junto á ſi tenía, y dio con el al cabrero en todo el roſtro, con tanta furia que le remachó

las

las narizes: mas el cabrero que no ſabia de burlas, viendo con quantas veras le maltratava, ſin tener reſpeto á la alhombra, ni á los manteles, ni á todos aquellos que comiendo eſtavan, ſaltó ſobre Don Quixote, y aſiendole del cuello con entrambas manos, no dudara de ahogarle, ſi Sancho Panza no llegara en aquel punto, y le aſiera por las eſpaldas, y diera con él encima de la meſa, quebrando platos, rompiendo tazas, y derramando, y eſparciendo quanto en ella eſtava. Don Quixote que ſe vió libre, acudió á ſubirſe ſobre el cabrero, el qual lleno de ſangre el roſtro, molido á cozes de Sancho, andava buſcando á gatas algun cuchillo de la meſa para hacer alguna ſanguinolenta venganza: pero eſtorvaronſelo el Canonigo, y el Cura; mas el Barbero hizo de ſuerte que el cabrero cogió debaxo de sí á Don Quixote, ſobre el qual llovió tanto numero de moxicones, que del roſtro del pobre cavallero llovia tanta ſangre, como del ſuyo. Rebentavan de riſa el Canonigo, y el Cura, ſaltavan los Quadrilleros de gozo, zuzavan los unos, y los otros, como hacen á los perros quando en pendencia eſtan travados, ſolo Sancho Panza ſe deſeſperava, porque no ſe podia deſaſir de un criado del Canonigo, que le eſtorvava que á ſu Amo no ayudaſe. En reſolucion eſtando todos en regozijo, y fieſta, ſino los dos aporreantes que ſe carpían, oyeron el ſon de una trompeta, tan triſte, que los hizo bolver los roſtros hácia donde les pareció que ſonava: pero él que mas ſe alborotó de oirle fue Don Quixote, el qual aunque eſtava debaxo del cabrero, harto contra ſu voluntad, y mas que medianamente molido, le dixo: Hermano demonio, que no es poſible que dexes de ſerlo, pues has tenido valor, y fuerzas para ſugetar las mias, ruegote que hagamos treguas, no mas de por una hora, porque el doloroſo ſon de aquella trompeta que á nueſtros oidos llega, me parece, que á alguna nueva aventura me llama. El cabrero que ya eſtava canſado de moler, y

ſer molido, le dexó luego, y Don Quixote ſe puſo en pie, bolviendo así miſmo el roſtro adonde el ſon ſe oya, y vió á deſhora que por un recueſto baxavan muchos hombres veſtidos de blanco, á modo de diciplinantes. Era el caſo, que aquel año avian las nubes negado ſu rocio á la tierra, y por todos los lugares de aquella comarca ſe hacían proceſiones, rogativas, y diciplinas, pidiendo á Dios abrieſe las manos de ſu miſericordia, y les llovieſe: y para eſte efeto la gente de una aldea que alli junto eſtava venia en proceſion á una devota ermita, que en un recueſto de aquel valle avia. Don Quixote que vió los eſtraños trages de los Diciplinantes, ſin paſarle por la memoria las muchas veces que los avia de aver viſto, ſe imaginó que era coſa de aventura, y que á él ſolo tocava, como á cavallero andante, el acometerla: y confirmóle mas eſta imaginacion penſar, que una imagen, que trayan cubierta de luto, fueſe alguna principal ſeñora, que llevavan por fuerza aquellos follones, y deſcomedidos Malandrines, y como eſto le cayó en las mientes, con gran ligereza arremetió á Rozinante, que paciendo andava, quitandole del arzon el freno, y el adarga, y en un punto le enfrenó, y pidiendo á Sancho ſu eſpada ſubió ſobre Rozinante, y embrazó ſu adarga, y dixo en alta voz á todos los que preſentes eſtavan: Aora, valeroſa compañia, veredes quanto importa que aya en el mundo cavalleros que profeſen la orden de la andante cavalleria: aora digo que veredes en la libertad de aquella buena ſeñora, que alli va cautiva, ſi ſe han de eſtimar los cavalleros andantes: y en diciendo eſto, apretó los muſlos á Rozinante, porque eſpuelas no las tenía, y á todo galope, porque carrera tirada no ſe lee en toda eſta verdadera hiſtoria, que jamas la dieſe Rozinante, ſe fue á encontrar con los Diciplinantes: bien que fueron el Cura, y el Canonigo, y Barbero á detenerle, mas no les fue poſible, ni menos le detuvieron las voces que Sancho le dava, diciendo: A donde va,

Señor

Señor Don Quixote, que demonios lleva en el pecho, que le incitan á ir contra nueſtra Fe Catolica: advierta, mal aya yo, que aquella es proceſion de diciplinantes, y que aquella Señora que llevan ſobre la peana, es la imagen benditiſima de la Virgen ſin mancilla: mire ſeñor lo que hace, que por eſta vez ſe puede decir que no es lo que ſabe. Fatigóſe en vano Sancho, porque ſu Amo iva tan pueſto en llegar á los enſavanados, y en librar á la Señora enlutada, que no oyó palabra, y aunque la oyera no bolviera, ſi el Rey ſe lo mandara. Llegó pues á la proceſion, y paró á Rozinante, que ya llevava deſeo de quietarſe un poco, y con turbada, y ronca voz dixo: Voſotros, que quiza por no ſer buenos os encubris los roſtros, atended, y eſcuchad lo que deciros quiero. Los primeros que ſe detuvieron fueron los que la imagen llevavan, y uno de los quatro clerigos que cantavan las Ledanias viendo la eſtraña catadura de Don Quixote, la flaqueza de Rozinante, y otras circunſtancias de riſa que notó, y deſcubrió en Don Quixote, le reſpondió diciendo, Señor hermano, ſi nos quiere decir algo, digalo preſto, porque ſe van eſtos hermanos abriendo las carnes, y no podemos, ni es razon que nos detengamos á oir coſa alguna, ſi ya no es tan breve que en dos palabras ſe diga. En una lo diré, replicó Don Quixote, y es eſta, que luego al punto dexeys libre á eſa hermoſa ſeñora, cuyas lagrimas, y triſte ſemblante dan claras mueſtras que la llevays contra ſu voluntad, y que algun notorio deſaguiſado le avedes fecho, y yo, que nací en en el mundo para desfacer ſemejantes agravios, no conſentiré, que un ſolo paſo adelante paſe, ſin darle la deſeada libertad que merece. En eſtas razones cayeron todos los que las oyeron, que Don Quixote devia de ſer algun hombre loco, y tomaronſe á reir muy de gana, cuya riſa fue poner polvora á la colera de Don Quixote, porque ſin decir mas palabra ſacando la eſpada arremetió á las andas: uno de aquellos

que las llevavan dexando la carga á ſus compañeros ſalió al encuentro de Don Quixote, enarbolando una horquilla, ó baſton con que ſuſtentava las andas en tanto que deſcanſava, y recibiendo en ella una gran cuchillada que le tiró Don Quixote, con que ſe la hizo dos partes, con el ultimo tercio que le quedó en la mano dió tal golpe á Don Quixote encima de un ombro por el miſmo lado de la eſpada, que no pudo cubrir el adarga contra la villana fuerza, que el pobre Don Quixote vinó al ſuelo muy mal parado. Sancho Panza, que hijadeando le iva á los alcances, viendole caido, dió voces á ſu moledor, que no le dieſe otro palo, porque era un pobre cavallero encantado, que no avia hecho mal á nadie en todos los dias de ſu vida: mas lo que detuvo al villano, no fueron las voces de Sancho, ſino el ver que Don Quixote no bullia pie, ni mano, y así creyendo que le avia muerto, con prieſa ſe alzó la tunica á la cinta, y dió á huir por la campaña, como un gamo: ya en eſto llegaron todos los de la compañia de Don Quixote á donde él eſtava, y mas los de la Proceſion, que los vieron venir corriendo, y con ellos los Quadrilleros con ſus balleſtas, temieron algun mal ſuceſo, y hicieronſe todos un remolino al rededor de la imagen, y alzados los capirotes, empuñando las diciplinas, y los clerigos los ciriales, eſperavan el aſalto, con determinacion de defenderſe, y aun ofender ſi pudieſen á ſus acometedores: pero la fortuna lo hizo mejor que ſe penſava, porque Sancho no hizo otra coſa que arrojarſe ſobre el cuerpo de ſu ſeñor, haciendo ſobre él el mas doloroſo, y riſueño llanto del mundo, creyendo que eſtava muerto. El Cura fue conocido de otro cura que en la proceſion venia, cuyo conocimiento puſo en ſoſiego el concebido temor de los dos eſquadrones: el primer Cura dió al ſegundo en dos razones cuenta de quien era Don Quixote, y así él como toda la turba de los Diciplinantes fueron á ver ſi eſtava muerto el pobre cavallero, y oyeron

que

que Sancho Panza con lagrimas en los ojos decia: O flor de la cavalleria, que con ſolo un garrotazo acabaſte la carrera de tus tan bien gaſtados años. O honra de tu linage, honor, y gloria de toda la Mancha, y aun de todo el mundo, el qual faltando tú en el, quedara lleno de malhechores, ſin temor de ſer caſtigados de ſus malas fechorias. O liberal ſobre todos los Alexandros, pues por ſolos ocho meſes de ſervicio me tenías dada la mejor inſula que el mar ciñe, y rodea. O homilde con los ſobervios, y arrogante con los humildes, acometedor de peligros, ſufridor de afrentas, enamorado ſin cauſa, imitador de los buenos, azote de los malos, enemigo de los ruines: en fin cavallero andante, que es todo lo que decirſe puede. Con las voces, y gemidos de Sancho, revivió Don Quixote, y la primera palabra que dixo fue: El, que de vos vive auſente, dulciſima Dulcinea, á mayores miſerias que eſtas eſtá ſugeto, ayudame, Sancho amigo, á ponerme ſobre el carro encantado, que no eſtoy para oprimir la ſilla de Rozinante, porque tengo todo eſte ombro hecho pedazos. Eſo haré yo de muy buena gana, Señor mio, reſpondió Sancho, y bolvamos á mi aldea en compañia deſtos ſeñores que ſu bien deſean, y alli daremos orden de hacer otra ſalida, que nos ſea de mas provecho, y fama. Bien dices, Sancho, reſpondió Don Quixote, y ſerá gran prudencia dexar paſar el mal influxo de las eſtrellas que aora corre. El Canonigo, y el Cura, y Barbero, le dixeron que haría muy bien en hacer lo que decia, y así aviendo recebido grande guſto de las ſimplicidades de Sancho Panza, puſieron á Don Quixote en el carro, como antes venia. La proceſion bolvió á ordenarſe, y a proſeguir ſu camino. El Cabrero ſe deſpidió de todos: los Quadrilleros no quiſieron paſar adelante, y el Cura les pagó lo que ſe les devia: el Canonigo pidió al Cura le aviſaſe el ſuceſo de Don Quixote, ſi ſanava de ſu locura, ó ſi proſeguia en ella: y con eſto tomó licencia para ſeguir ſu viage:

en

en fin todos ſe dividieron, y apartaron, quedando ſolos el Cura, y Barbero, Don Quixote, y Panza, y el bueno de Rozinante, que á todo lo que avia viſto eſtava con ſanta paciencia, como ſu Amo. El boyero uncio ſus bueyes, y acomodó á Don Quixote ſobre un haz de heno, y con ſu acoſtumbrada flema ſiguió el camino que el Cura quiſo, y á cabo de ſeys dias llegaron á la aldea de Don Quixote, adonde entraron en la mitad del dia que acertó á ſer Domingo, y la gente eſtava toda en la plaza, por mitad de la qual atraveſó el carro de Don Quixote. Acudieron todos á ver lo que en el carro venia, y quando conocieron á ſu compatrioto, quedaron maravillados, y un muchacho acudió corriendo á dar las nuevas á ſu Ama, y á ſu Sobrina, de que ſu Tio, y ſu Señor venia flaco, y amarillo, y tendido ſobre un monton de heno, y ſobre un carro de bueyes. Coſa de laſtima fue oir los gritos que las dos buenas ſeñoras alzaron, las bofetadas que ſe dieron, las maldiciones que de nuevo echaron á los malditos libros de cavallerias, todo lo qual ſe renovó quando vieron entrar á Don Quixote por ſus puertas. A las nuevas deſta venida de Don Quixote, acudió la muger de Sancho Panza, que ya avia ſabido que avia ido con él, ſirviendole de eſcudero, y así como vió á Sancho, lo primero que le preguntó fue que ſi venia bueno el aſno? Sancho reſpondió, que venia mejor que ſu amo. Gracias ſean dadas á Dios, replicó ella, que tanto bien me ha hecho: pero contadme aora, amigo, que bien aveys ſacado de vueſtras eſcuderias? que ſaboyana me traeys á mí? que zapaticos á vueſtros hijos? No traigo nada deſo, dixo Sancho, muger mia, aunque traigo otras coſas de mas momento, y conſideracion. Deſo recibo yo mucho guſto, reſpondió la muger: moſtradme eſas coſas de mas conſideracion, y mas momento, amigo mio, que las quiero ver para que ſe me alegre eſte corazon, que tan triſte, y deſcontento ha eſtado en todos los ſiglos de vueſtra

eſtra auſencia. En caſa os las moſtraré, muger, dixo Panza, y por aora eſtad contenta, que ſi [illegible] dios ſervido de que otra vez ſalgamos en viage, á buſcar aventuras, vos me vereys preſto Conde, ó Governador de una Inſula, y no de las de por ay, ſino la mejor que pueda hallarſe. Quieralo así el cielo, marido mio, que bien lo avemos meneſter. Mas decidme, que es eſo de Inſulas, que no lo entiendo? No es la miel para la boca del aſno, reſpondió Sancho, á ſu tiempo lo verás muger, y aun te admirarás ds oirte llamar ſeñoria de todos tus vaſallos. Que es lo que decis Sancho, de ſeñorias, Inſulas, y vaſallos? reſpondió Juana Panza, que así ſe llamava la muger de Sancho, aunque no eran parientes, ſino porque ſe uſa en la Mancha tomar las mugeres el apellido de ſus maridos. No te acucies, Juana, por ſaber todo eſto tan apriesa, baſta que te digo verdad, y coſe la boca. Solo te ſabré decir así de paſo, que no ay coſa mas guſtoſa en el mundo que ſer un hombre honrado, eſcudero de un cavallero andante, buſcador de aventuras. Bien es verdad, que las mas que ſe hallan, no ſalen tan á guſto como el hombre querria, porque de ciento que ſe encuentrán, las noventa, y nueve ſuelen ſalir avieſas, y torcidas. Sélo yo de experiencia, porque de algunas hẽ ſalido manteado, y de otras molido. Pero con todo eſo es linda coſa eſperar los ſuceſos, atraveſando montes, eſcudriñando ſelvas, piſando peñas, viſitando caſtillos, aloxando en ventas, á toda diſcrecion ſin pagar ofrecido ſea al diablo el maravedi. Todas eſtas platicas paſaron entre Sancho Panza, y Juana Panza ſu muger, en tanto que el Ama, y Sobrina de Don Quixote le recibieron, y le deſnudaron, y le tendieron en ſu antiguo lecho. Miravalas él con ojos atraveſados, y no acabava de entender en que parte eſtava. El Cura encargó á la Sobrina, tuvieſe gran cuenta con regalar á ſu Tio, y que eſtuvieſen alerta, de que otra vez no ſe les eſcapaſe, contando lo que avia ſido

meneſte

meneſter para traelle á ſu caſa. Aqui alzaron las dos de nuevo los gritos al cielo, alli ſe renovaron las maldiciones de los libros de cavallerias, alli pidieron al cielo, que confundieſe en el centro del abiſmo á los autores de tantas mentiras, y diſparates. Finalmente, ellas quedaron confuſas, y temeroſas de que ſe avian de ver ſin ſu Amo, y Tio, en el miſmo punto que tuvieſe alguna mejoria: y ſi fue, como ellas ſe lo imaginaron. Pero el autor deſta hiſtoria, pueſto que con curioſidad, y diligencia, ha buſcado los hechos que Don Quixote hizo en ſu tercera ſalida, no ha podido hallar noticia de ellas, alomenos por eſcrituras autenticas, ſolo la fama ha guardado en las memorias de la Mancha, que Don Quixote, la tercera vez que ſalió de ſu caſa, fue á Zaragoza, donde ſe halló en unas famoſas juſtas, que en aquella ciudad ſe hicieron, y alli le paſaron coſas dignas de ſu valor, y buen entendimiento. Ni de ſu fin, y acabamiento pudo alcanzar coſa alguna, ni la alcanzara, ni ſupiera, ſi la buena ſuerte no le deparara un antiguo medico, que tenía en ſu poder una caxa de plomo, que ſegun él dixo, ſe avia hallado en los cimientos derribados de una antigua ermita, que ſe renovava. En la qual caxa, ſe avian hallado unos pergaminos eſcritos con letras Goticas, pero en verſos Caſtellanos, que contenian muchas de ſus hazañas, y davan noticia de la hermoſura de Dulcinea del Toboſo, de la figura de Rozinante, de la fidelidad de Sancho Panza, y de la ſepultura del miſmo Don Quixote, con diferentes epitafios, y elogios de ſu vida, y coſtumbres. Y los que ſe pudieron leer, y ſacar en limpio, fueron los que aquí pone el fidedigno autor deſta nueva, y jamas viſta hiſtoria. El qual autor no pide á los que la leyeren, en premio del inmenſo trabajo, que le coſtó inquirir, y buſcar todos los archivos Manchegos, por ſacarla á luz: ſino que le den el miſmo credito que ſuelen dar los diſcretos á los libros de cavallerias, que tan validos andan en el mundo, que con eſto ſe tendrá por bien pagado, y ſatisfecho.

tisfecho. Y ſe animará á ſacar, y buſcar otras, ſino tan verdaderas, alomenos de tanta invencion, y paſatiempo. Las palabras primeras que eſtavan eſcritas en el pergamino, que ſe halló en la caxa de plomo, eran eſtas.

Los Academicos de la Argamaſilla, lugar de la Mancha en vida, y muerte del valeroſo Don Quixote de la Mancha, hoc ſcripſerunt.

El Monicongo Academico de la Argamaſilla, á la ſepultura de Don Quixote.

EPITAFIO.

EL calvatrueno, que adornó á la Mancha,
De mas deſpojos que Jaſon de Creta,
El juicio que tuvo la veleta
Aguda donde fuera mejor ancha.
El brazo, que ſu fuerza tanto enſancha,
Que llegó del Catay, haſta Gaeta,
La Muſa mas horrenda, y mas diſcreta,
Que gravó verſos en broncinea plancha.
El que á cola dexó las Amadiſes,
Y en muy poquito á Galaores tuvo,
Eſtribando en ſu amor, y bizarria:
El que hizo callar los Belianiſes,
Aquel que en Rozinante errando anduvo,
Yace debaxo deſta loſa fria.

Del Paniaguado, Academico de la Argamaſilla, in laudem Dulcineæ del Toboſo.

SONETO.

ESta que veys de roſtro amondongado,
Alta de pechos, y ademan brioſo,

Es Dulcinea Reina del Toboſo,
De quien fue el gran Quixote aficionado.
Pisó por ella el uno, y otro lado
De la gran Sierra Negra, y el famoſo
Campo de Montiel, haſta el hervoſo
Llano de Aranjuez, á pie, y canſado.
(Culpa de Rozinante.) O dura eſtrella,
Que eſta Manchega dama, y eſte invito
Andante cavallero, en tiernos años,
Ella dexó muriendo de ſer bella,
Y él aunque queda en marmoles eſcrito,
No pudo huir de amor, iras, y engaños.

Del Caprichoſo, diſcretiſimo Academico de la Argamaſilla, en loor de Rozinante, cavallo de Don Quixote de la Mancha.

SONETO.

EN el ſoberuio tronco diamantino,
Que con ſangrientas plantas huella Marte,
(Frenetico) el Manchego ſu eſtandarte
Tremóla con esfuerzo peregrino.
Cuelga las armas, y el azero fino,
Con que deſtroza, aſuela, raja, y parte,
(Nuevas proezas) pero inventa el arte
Un nuevo eſtilo al nuevo Paladino.
Y ſi de ſu Amadis ſe precia Gaula,
Por cuyos bravos deſcendientes Grecia
Triunfó mil veces, y ſu fama enſancha:

Oy á Quixote le corona el Aula
Do Belona preſide, y dél ſe precia
Mas que Grecia, ni Gaula, la alta Mancha.
Nunca ſus glorias el olvido mancha,
Pues haſta Rozinante en ſer gallardo
Excede á Brilladoro, y á Bayardo.

Del Burlador Academico Argamaſilleſco á Sancho Panza.

SONETO.

SAncho Panza es aqueſte en cuerpo chico,
Pero grande en valor, milagro eſtraño,
Eſcudero el mas ſimple, y ſin engaño,
Que tuvo el mundo, os juro, y certifico,
De ſer Conde no eſtuvo en un tantico,
Sino ſe conjuraran en ſu daño,
Inſolencias, y agravios del tacaño
Siglo, que aun no perdonan á un borrico.
Sobre el anduvo, con perdon ſe miente,
Eſte manſo eſcudero, tras el manſo
Cavallo Rozinante, y tras ſu dueño.
O vanas eſperanzas de la gente,
Como paſays con prometer deſcanſo,
Y al fin parays en ſombra, en humo, en ſueño.

Del Cachidiablo Academico de la Argamaſilla, en la ſepultura de Don Quixote.

EPITAFIO.

AQuí yace el cavallero
Bien molido, y mal andante,
A quien llevó Rozinante
Por uno, y otro ſendero

Sancho Panza el majadero,
Yace tambien junto á él,
Eſcudero el mas fiel,
Que vió el trato de eſcudero.

Del Tiquitoc Academico de la Argamaſilla, en la ſepultura de Dulcinea del Toboſo.

EPITAFIO.

REpoſa aquí Dulcinea,
Y aunque de carnes rolliza,
La bolvió en polvo, y ceniza,
La muerte eſpantable, y fea.
Fue de caſtiza ralea,
Y tuvo aſomos de dama,
Del gran Quixote fue llama,
Y fue gloria de ſu aldea.

Eſtos fueron los verſos que ſe pudieron leer, los demas por eſtar carcomida la letra, ſe entregaron á un Academico, para que por conjeturas los declaraſe. Tieneſe noticia que lo ha hecho, á coſta de muchas vigilias, y mucho trabajo, y que tiene intencion de ſacallos á luz, con eſperanza de la tercera ſalida de Don Quixote.

Forſi altri canterá con miglior plettro.

FINIS.

T A B L A

De los Capitulos que contiene eſta famoſa Hiſtoria del valeroſo cavallero Don Quixote de la Mancha.

Primera parte del ingenioſo Don Quixote de la Mancha.

CAPITULO Primero. Que trata de la condicion, y exercicio del famoſo, y valiente hidalgo Don Quixote de la Mancha. — 1

Cap. 2. *Que trata de la primera ſalida que de ſu tierra hizo el ingenioſo Don Quixote.* — — — — 7

Cap. 3. *Donde ſe cuenta la gracioſa manera que tuvo Don Quixote en armarſe cavallero* — — — — 13

Cap. 4. *De lo que le ſucedió á nueſtro cavallero, quando ſalió de la venta.* — — — — — 20

Cap. 5. *Donde ſe proſigue la narracion de la deſgracia de nueſtro cavallero.* — — — 27

Cap. 6. *Del donoſo eſcrutinio que el Cura, y el Barbero hicieron en la libreria de nueſtro ingenioſo hidalgo.* — — 32

Cap. 7. *De la ſegunda ſalida de nueſtro buen cavallero.* - — 39

Cap. 8. *Del buen ſuceſo que el valeroſo Don Quixote tuvo en la eſpantable, y jamas imaginada aventura de los molinos de viento, &c.* 45

Cap. 9. *Donde ſe concluye, y da fin á la eſtupenda batalla que el gallardo Vizcayno, y el valiente Manchego tuvieron.* — — 54

Cap. 10. *Del Diſcurſo que tuvo Don Quixote con ſu buen Eſcudero Sancho Panza.* — — — 60

Cap.

TABLA.

Cap. 11. *De lo que le ſucedió á Don Quixote con unos cabreros.* — 66

Cap. 12. *De lo que contó un cabrero á los que eſtavan con Don Quixote.* — — — 74

Cap. 13. *Donde ſe da fin al cuento de la paſtora Marcela: con otros ſuceſos.* — — — 81

Cap. 14. *Donde ſe ponen los verſos deſeſperados del difunto paſtor: con otros ſuceſos.* — — — 92

Cap. 15. *Donde ſe cuenta la deſgraciada aventura que ſe topó Don Quixote en topar con unos deſalmados Yangueſes.* — — 103

Cap. 16. *De lo que le ſucedió al ingenioſo Hidalgo en la venta que él ſe imaginava ſer caſtillo.* — — — 111

Cap. 17. *Donde ſe proſiguen los innumerables trabajos que el bravo Don Quixote, y ſu buen eſcudero Sancho Panza paſaron en la venta, &c.* — — — 120

Cap. 18. *Donde ſe cuentan las razones que pasó Sancho Panza con ſu ſeñor Don Quixote: con otras aventuras dignas de ſer contadas.* 129

Cap. 19. *De las diſcretas razones que Sancho paſava con ſu Amo: y de la aventura que le ſucedió con un cuerpo muerto, &c.* — 141

Cap. 20. *De la jamas viſta, ni oida aventura que con mas poco peligro fue acabada del famoſo cavallero en el mundo, como la que acabó el valeroſo Don Quixote.* — — — 149

Cap. 21. *Que trata de la alta aventura, y rica ganancia del yelmo de Mambrino, &c.* — — — 164

Cap. 22. *De la libertad que dió Don Quixote á muchos deſdichados Galeotes.* — — — 176

Cap. 23. *De lo que le aconteció al famoſo Don Quixote en Sierra Morena, que fue una de las mas raras aventuras que en eſta verdadera hiſtoria ſe cuenta.* — — — 188

Cap. 24. *Donde ſe proſigue la aventura de la Sierra Morena.* — 201

Cap. 25. *Que trata de las eſtrañas coſas que en Sierra Morena ſucedieron*

cedieron al valiente Cavallero de la Mancha, y de la imitacion que hizo á la penitencia de Beltenebros. — — 211
Cap. 26. *Donde ſe proſiguen las finezas que de enamorado hizo el nueſtro Don Quixote en Sierra Morena.* — — 229
Cap. 27. *De como ſalieron con ſu intencion el Cura, y el Barbero: con otras coſas dignas de que ſe cuenten.* — — 238
Cap. 28. *Que trata de la nueva, y agradable aventura que al Cura, y Barbero ſuce[illegible] en la miſma Sierra.* — — 257
Cap. 29. *Que trata de la diſcrecion de la hermoſa Dorotea: con otras coſas de guſto y paſatiempo.* — — — 273
Cap. 30. *Que trata del gracioſo artificio, y orden que ſe tuvo en ſacar á nueſtro enamorado cavallero de la aſperiſima penitencia en que ſe avia pueſto.* — — — 287
Cap. 31. *De los ſabroſos razonamientos que paſaron entre Don Quixote, y Sancho Panza ſu eſcudero: con otros ſuceſos.* — 298
Cap. 32. *Que trata de lo que ſucedió en la venta á toda la quadrilla de Don Quixote.* — — — 308
Cap. 33. *Donde ſe cuenta la Novela del Curioſo Impertinente.* — 315
Cap. 34. *Donde ſe proſigue la Novela del Curioſo Impertinente.* — 337
Cap. 35. *Que trata de la brava, y deſcomunal batalla, que Don Quixote tuvo conunos cueros de vino tinto: y donde ſe da fin á la Novela del Curioſo Impertinente.* — — 358
Cap. 36. *Otros raros ſuceſos que en la venta ſucedieron.* — 368
Cap. 37. *Que proſigue la hiſtoria de la famoſa Infanta Micomicona: con otras gracioſos aventuras.* — — 379
Cap. 38. *Que trata del diſcurſo que hizo Don Quixote de la armas, y las letras.* — — — 390
Cap. 39. *Donde el Cautivo cuenta ſu vida y ſuceſos.* — — 395
Cap. 40. *Donde ſe proſigue la hiſtoria del Cautivo.* - — 404
Cap. 41. *Donde toda via proſigue el Cautivo ſu ſuceſo.* — 418

TABLA.

Cap. 42. *Que trata de lo que mas ſucedió en la venta, y de otras muchas coſas dignas de ſaberſe.* — — 440

Cap. 43. *Donde ſe cuenta la agradable hiſtoria del Mozo de mulas: con otros eſtraños acaecimientos en la venta ſucedidos.* - — 448

Cap. 44. *Donde ſe proſiguen los inauditos ſuceſos de la venta.* — 459

Cap. 45. *Donde ſe acaba de averiguar la duda del yelmo de Mambrino, y de la albarda: y otras aventuras ſucedidas con toda verdad.* 469

Cap. 46. *De la notable aventura de los quadrilleros, y la gran ferocidad de nueſtro buen cavallero.* — — 477

Cap. 47. *Del eſtraño modo con que fue encantado Don Quixote: con otros famoſos ſuceſos.* — — — 486

Cap. 48. *Donde proſigue el Canonigo la materia de los libros de cavallerias, con otras coſas dignas de ſu ingenio.* - — 497

Cap. 49. *Donde ſe trata del diſcreto coloquio que Sancho Panza tuvo con ſu Señor Don Quixote.* — — 509

Cap. 50. *De las diſcretas altercaciones que Don Quixote, y el Canonigo tuvieron: con otros ſuceſos.* — — 514

Cap. 51. *Que trata de lo que contó el cabrero á todos los que llevavan al valiente Don Quixote.* — — 521

Cap. 52. *De la pendencia que Don Quixote tuvo con el cabrero: con la rara aventura de los diciplinantes, á quien dió felice fin á coſta de ſu ſudor.* — — — 527

Fin de la Tabla de la Primera Parte.

MVSEVM BRITANNICVM